
Serie
Engaños y
Perversiones
I
El
Duque
Marcado
EVELYN JONES

El Duque Marcado

EVELYN JONES



Copyright 2023 de Evelyn Jones

- Todos los derechos reservados. -

Publicaciones Romance



Sinopsis

La sociedad los repudió, pero ellos supieron ver más allá de las injurias.

Tras ser agredida y acusada por todos, Allison es enviada al campo bajo el cuidado de su estricta tía Mildred. Al verse sometida a abusos, decide huir, sin saber que acabará en las manos del temido…Duque Marcado.

Jason siempre ha sido considerado una bestia. Incluso su padre al nacer lo repudió, siendo educado por una familia escocesa. Pero ahora que se ha convertido en el nuevo duque, solo desea encontrar a la única familia que le queda. Su hermana perdida.

Ninguno de los dos sospecha que sus vidas están a punto de cambiar, cuando Allison es rescatada por el hombre al que todos temen.

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPITULO 3
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Harcastle era un estudio en blanco y negro. A una semana de Navidad, la nieve cubría el paisaje de colinas y valles en una alfombra asfixiante. Los granjeros de las comunidades de los alrededores se acurrucaban en sus casas, manteniéndose calientes junto a hogueras encendidas con turba. Los habitantes de Areng Major se abrigaban contra el gélido viento que azotaba sus calles desde las alturas.

Sobre todos ellos, desde hacía mucho tiempo, se alzaba la silueta negra y amenazadora del castillo de Haverton. Su posición era ventajosa y dominaba el territorio circundante. En el pasado, sus puertas se abrían para el Señor y sus caballeros. En ese momento, en el año del señor 1798, era el dinero lo que daba al señor del castillo de Haverton todo el control sobre su pueblo. No obstante, no era menos completo de lo que fue cuando las espadas gobernaban la tierra. La gente evitaba mirar al castillo y cuando lo hacían era con miedo y aversión.

En la tarde del diecisiete de diciembre de 1798, una tormenta azotó los antiguos parapetos y torres del castillo. El viento aullaba en la piedra musgosa y sacudía los marcos de las ventanas. Las parpadeantes antorchas y la luz de las hogueras del interior parecían un débil e inútil intento de mantener a raya la noche oscura.

Collins Marshall, decimoctavo duque de Haverton, paseaba por la Sala de las Espadas. La sala se llamaba así por sus numerosos trofeos del largo pasado marcial de los Haverton. Las espadas colgaban de las paredes entre estandartes y escudos. Las armaduras, que adornaban modelos de madera de la forma humana, montaban guardia entre los muros de piedra de la estancia. Era una reliquia del pasado medieval del castillo, que las sucesivas generaciones no habían tocado. En uno de los lados, unas ventanas con ranuras en forma de flecha daban a un patio.

En la enorme chimenea ardía el fuego. El Duque era un hombre alto, de hombros anchos, pelo oscuro y rostro cincelado y apuesto. Tenía una nariz imperial, la barbilla levantada y la mirada elevada de un aristócrata nato. Caminaba con las manos entrelazadas y el ceño fruncido.

En otro lugar del castillo, su esposa gritaba. Los muros de piedra retenían sus gritos de agonía; aunque él podía escuchar con claridad como rasgaban su garganta, mientras luchaba por expulsar al niño de su cuerpo.

El Duque apretó las manos y las abrió con fuerza a su espalda, no por su esposa, sino por su primogénito. Su hijo continuaría el noble linaje de los Haverton.

Las altas puertas de roble de la Sala de Espadas se abrieron y el Duque levantó la cabeza, al oír el llanto de un niño.

Apareció una mujer con un vestido de algodón en buen estado, con las mangas remangadas hasta los codos. Se limpiaba las manos mojadas en un trozo de lino blanco y su delantal estaba manchado de sangre. Miró al Duque desde el otro lado de la habitación y, por su parecido físico, se notaba que eran hermanos. No obstante, mientras las facciones masculinas estaban marcadas por la arrogancia, las de ella se mostraban sumisas.

—¿Y bien, Annabella? ¿Ya está? —inquirió el Duque con impaciencia.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, se giró y miró al lacayo que sostenía un bulto envuelto, del que salían los llantos del bebé. Estiró los brazos y tomó al niño con delicadeza.

—Su hijo, Excelencia —anunció con la voz pesada por el cansancio—. Me temo que Sarah... no sobrevivió al parto. Tu esposa ha fallecido.

El Duque se adelantó con ojos encendidos por la agitación.

—Las esposas van y vienen, querida cuñada, pero los herederos son mucho más difíciles de conseguir.

—En efecto, Excelencia. Permíteme recordarte que este niño es tu hijo, tu primogénito. Tu sangre. Pase lo que pase.

El Duque la miró confuso e hizo el intento de coger en brazos el niño envuelto.

—Primero, hermano, es mejor que mires. —Se giró para separarse—. Conozco tu temperamento y no quiero que le hagan daño a este niño.

La confusión dio paso a la ira por el gesto desafiante.

Ella apartó la suave tela que cubría al bebé y luego miró al Duque, sabiendo la reacción que vería. Sus ojos se abrieron de par en par y se quedó con la boca abierta. Luego la cerró, con los labios apretados.

—¿Qué es esto? ¡Qué engaño! Esto no puede ser...

—Es tu hijo. Nacido de tu esposa. Yo lo traje al mundo, Excelencia. No eres responsable de su aspecto y, aunque con gusto echaría la culpa sobre tus malvados hombros, no seré yo quien te juzgue. Tu hijo es diferente por fuera, pero es inocente por dentro. ¿Harás, por primera vez en tu miserable vida, lo correcto? ¿Te comportarás como un cristiano? Toma a tu hijo y dale la bienvenida al mundo.

El Duque aulló y se tambaleó hacia atrás, mientras Annabella le acercaba el niño. La tristeza desfiguró su rostro, pero rápidamente se disolvió en ira.

—¡No! —gruñó—. ¿Cómo puede ser esto? ¿Qué pecado he cometido para que esto...? —Se inclinó para mirarlo, pero se apartó cerrando los ojos con fuerza—. No daré la bienvenida al mundo a un... monstruo. Este no es mi hijo. Es... ¡es un monstruo! Reniego de él.

Se dio la vuelta y cruzó la habitación hacia una mesa en la que había una botella de brandy. Su cuñada volvió a cubrir al bebé, observó su cara con tristeza y le acarició suavemente la mejilla con un dedo.

—Esperaba esta reacción. No te molestará más, Excelencia —aseguró ella—. Haré lo que me pides y me lo llevaré de este castillo para siempre. No mereces la bendición de este hijo.

—¡Fuera! ¡Siempre has sido una desgracia para esta familia! Mezclándote con los campesinos, ensuciándote las manos con sus dolencias y quejas. Llévate esa... ¡esa cosa! —rugió el Duque, sirviéndose y bebiendo un gran vaso de brandy antes de llenar otro.

Annabella abandonó la sala. Se alejó con grandes zancadas por un pasillo de piedra bordeado de altas ventanas, con cortinas de felpa cerradas contra la tormenta y la noche. Sostenía al niño junto a su pecho, con lágrimas en los ojos por la muerte de su madre. Y por su hermana gemela.

CAPÍTULO 1

Allison entró en un cuento de hadas. Jadeó, juntó las manos delante de ella y miró a su alrededor. El gran salón de la Casa Hunter era una cámara que derrochaba oro.

Los candelabros iluminaban la estancia, las velas brillaban entre coruscantes piedras preciosas. Los paneles de las paredes tenían incrustaciones doradas, ámbar y plata, de modo que, reflejaban las velas que rodeaban la sala.

Espejos más grandes que ella se alzaban entre ventanas aún más altas. Recogían la luz y la multiplicaban por diez.

—Supongo que es precioso —observó Verety Partons—. Tal vez un poco exagerado, pero yo no soy nadie para cuestionar el gusto del Príncipe Regente.

—¿El Regente? Caramba, ¿está aquí? —preguntó Allison.

—Difícilmente, querida, pero la sociedad le sigue y los gustos del monarca son los gustos del resto de la gente.

—Ah, sí, claro. —Allison se sintió ligeramente abatida por la ingenuidad que había demostrado.

Pero el abatimiento no duró mucho. Llevaba dos semanas en Londres con sus padres y aquel era el primer verdadero baile de sociedad al que habían sido invitados. La casa era una construcción palaciega en Mayfair, la gran residencia del duque de Ingram.

Verety sonrió, rodeó la cintura de su amiga con un brazo y le dio un apretón.

—No importa, querida. Nadie más que yo se ha enterado.

Allison le devolvió la sonrisa al sentirse más tranquila. Su amiga tenía una larga melena de pelo oscuro que llevaba recogido en la coronilla y un vestido muy moderno que destacaba sus redondeadas caderas. Ella también vestía a la última moda, pues su padre había insistido en que fuera de compras por Oxford Street al recibir la invitación de la duquesa de Ingram.

«Nuestra familia ha surgido de la nada, pero ahora somos importantes. Nadie nos mirará por encima del hombro», había declarado sir John Crowley, con una sonrisa de oreja a oreja.

Verety condujo a Allison al interior de la sala y ella se sintió como en un mar de seda y joyas mientras la recorrían. Entablaron una conversación cortés, aquí y allá, y se relacionaron con sonrientes lores y damas durante el paseo.

Sus padres entraron en la sala detrás de ellas. John Crowley había sido elevado a la alta burguesía por un agradecido príncipe de Gales, antes de convertirse en Regente, por los servicios prestados durante la guerra contra los franceses.

Era un motivo de inmenso orgullo para la familia, ya que le habían concedido el título de Caballero que acompañaba a la riqueza que su padre había acumulado durante años, gracias a su negocio comercial.

A ella le encantaba el esplendor de la sociedad londinense, su belleza, pero no le afectaban las pretensiones de la alta sociedad. Se sentía tan cómoda hablando con un mozo de cuadra en la finca de su padre como con un Conde o un Duque.

—Estás atrayendo muchas miradas —advirtió Verety en voz baja.

Allison no se había dado cuenta, pero sintió que se ruborizaba ante la sola idea. Tenía el pelo castaño y rizado y un puñado de pecas en la nariz. Sus caderas se veían igual de redondeadas con la moderna vestimenta, pero nunca se había considerado tan guapa como su amiga. En ese momento, se percató de que un joven de pelo rubio y ojos verdes la observaba con detenimiento.

Cuando sus miradas se cruzaron, él tomó dos copas de vino de un lacayo que pasaba por allí y dio un paso hacia ella, con una sonrisa confiada en los labios.

Verety se interpuso entre ellos, la agarró del brazo y la alejó.

—Vamos, Allison. No nos conformemos con los primeros dulces que veamos. Hay mucho donde elegir.

Ella se echó a reír y se dejó llevar por su amiga, consciente del tono cortante de su amiga. Le resultaba inconcebible que la hija del conde de Wilnington pudiera estar celosa de ella, pero esa fue su percepción.

Verety la hizo avanzar más rápidamente hasta que llegaron a un espacio despejado. Cogió dos copas de vino de una bandeja que había sobre una mesa y le entregó una a Allison.

—Aquí tienes, querida. Una buena cosecha, estoy segura.

Ella dio un sorbo:

—No estoy acostumbrada al vino.

—Pronto lo estarás. Es lo natural en estos asuntos. Bebes vino, bailas con hombres guapos y, si tienes mucha suerte, encuentras uno que será un buen marido.

La idea de un posible marido era estimulante. Un futuro amor de su vida entre la multitud, como si el destino la esperara a la vuelta de la esquina. Después de todo, así fue como su padre conoció a su madre. No en un entorno tan grandioso, sino en un baile más humilde.

Él era un joven caballero, lleno de sus propios logros, y ella la hija de un Barón. La historia de su encuentro, el primer baile que habían compartido y su posterior noviazgo, siempre le habían parecido indeciblemente románticos.

—Buenas noches, lady Partons. ¿Me permite el atrevimiento de pedirle que me presente a su bella amiga? —Sonó una voz detrás de Allison.

Ella se giró y se encontró ante el hombre más apuesto que jamás había visto. Era alto y delgado, con el pelo tan rubio y rizado que parecía casi dorado a la luz de las velas. Llevaba el uniforme de un oficial de caballería, con trenzas doradas en la parte delantera de su abrigo corto. Sus ojos eran de un azul pálido y su rostro fuerte y masculino, pero con unos labios que parecían sensibles y delicados.

—Lord Cranston, ella es Allison Crowley. Es la hija de sir John Crowley, un caballero… comerciante. Me alegro mucho de encontrarlo aquí.

Una mirada pasó entre lord Cranston y Verety. Allison la captó, así como el destello de una sonrisa en su rostro. Pero no comprendió su significado, aparte del hecho de que se conocían. No obstante, ¿por qué no iban a conocerse?

Él se inclinó y tomó su mano enguantada, apretando los labios contra ella.

—Es un placer conocerla, lady Allison. Por favor, hágame el gran honor de llamarme Reginald.

Sonrió y ella sintió que el corazón le daba un vuelco. Era encantador.

Las horas siguientes fueron un torbellino de música, vino, risas y la embriagadora sonrisa de lord Cranston. Verety desapareció de la mente de Allison, al igual que el baile. Se encontró caminando por un pasillo cuyas paredes mostraban cuadros de algunos pintores importantes del continente. Allison tenía bastantes conocimientos de arte y se deleitaba explicando a Reginald el

significado de las intrincadas pinceladas y el uso de la luz en las pinturas.

Siguiendo su sugerencia, entró en una habitación oscura. Cuando la puerta se cerró tras ella, sintió las manos de Reginald alrededor de su cintura, girándola hacia él. Luego la besó con rudeza.

Primero le agarró los pechos y luego las nalgas, a través de la falda del vestido. Allison lo apartó, pero él se la sujetó con fuerza y sus labios buscaron su cuello.

Su sonrisa se volvió de repente cruel, la lujuria desnuda pintando su rostro.

—¡Quíteme las manos de encima, milord! —Allison lo empujó con más fuerza.

—Haces bien en llamarme milord, no eres mejor que las putas de los muelles. Soy un lord de nacimiento. Deberías arrodillarte ante mí —le advirtió.

La agarró por el hombro y ella se apartó cuando su mano se cerró sobre su vestido. Sintió un fuerte tirón y oyó que la tela se rasgaba, dejando la parte superior del pecho al descubierto. Hizo lo que Barney, el mozo de cuadra que había sido su mejor amigo, le había enseñado a hacer de niña. Cerró el puño y golpeó a Reginald en el centro de la cara.

El golpe le sacudió la cabeza y le hizo tambalearse.

Allison corrió hacia la puerta al oír su gruñido de rabia detrás de ella. La abrió de un tirón y avanzó a paso rápido por el pasillo, donde chocó con una pareja de ancianos que se dirigían a ver los cuadros.

—¡Dios mío! —exclamó al sentir el impacto.

—¡Cómo se atreve, señorita! —El hombre se mostró indignado—. Esta es la casa de una familia noble.

—¡Pero él...! —Allison señaló hacia la habitación.

Reginald estaba saliendo de la habitación por otra puerta. Vio una sonrisa maliciosa antes de que la puerta se cerrara tras él.

—¡Salgan de esta casa de inmediato! —exigió el hombre.

A los gritos, apareció más gente al final del pasillo.

Ella se sintió desesperada y vislumbró entre los invitados a Verety. Fue a decirle algo, pero su amiga la miró sonriendo, su mirada era de pura victoria, y se escabulló con rapidez.

Todavía confundida, Allison se agarró el vestido roto para cubrir su cuerpo expuesto, se dio la vuelta y echó a correr.

CAPÍTULO 2

La luz resplandeciente y la belleza del baile eran un recuerdo empañado. Allison estaba sentada en la ventana de su dormitorio, mirando hacia las calles de Londres. La casa de su padre daba a Green Park. La había comprado después de alquilar la casa de campo en la que se había criado.

Las calles de abajo bullían de caballos y carruajes, de caballeros y damas que se ocupaban de sus asuntos. Las tiendas daban a la casa, con escaparates luminosos y acogedores. La nieve empezaba a caer en suaves ventiscas, dando a la escena una bonita blancura. Antes de los acontecimientos de la semana anterior, habría sido emocionante. Le habría entusiasmado salir a la calle entre los copos de nieve, a la vida de la ciudad.

Echaba de menos el campo, pero le fascinaba la energía palpitante de Londres. Sin embargo, en ese momento solo quería esconderse. No podía olvidar los ojos acusadores de la pareja de ancianos con la que se había cruzado aquella noche.

Una pareja que, según descubrió más tarde, eran el duque y la duquesa de Wright y que habían sido testigos de su vergüenza. Pero peor que sentir que sus ojos la juzgaban, fue la risa.

Estaba segura de que Verety fue una de las que se carcajeó de ella en un engaño cruel. Su amiga estaba celosa de la atención que había recibido, por eso la presentó deliberadamente a un hombre que ya sabía que era un bruto. Luego, cuando él la abordó, y la expuso al ridículo y la vergüenza, se burló de ella.

Después de correr por la casa para escapar de aquella situación, se encontró en los jardines. Vio un banco de piedra en un lugar apartado y se sentó a llorar. Un lacayo la encontró, y luego sus padres. Su madre se mostró horrorizada y su padre estaba furioso, aunque su ira se dirigió contra el hombre que había atacado a su hija. Según sir John Crowley, un hombre del rango de lord Reginald Cranston no podía haber actuado sin ser alentado.

En otras palabras, había sido culpa suya. Las lágrimas le escocían en los ojos, todo era muy injusto.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—Adelante —invitó Allison, parpadeando y poniéndose en pie.

Se alisó la falda y trató de serenarse. Ya había soportado suficientes humillaciones, no se expondría así ante nadie más. La puerta se abrió para dar paso a una doncella.

—Disculpe, lady Allison, su padre ha solicitado su presencia en su estudio —indicó la joven.

Ella creyó detectar un leve atisbo de sonrisa mientras la criada hacía una profunda reverencia. ¿Acaso iban a reírse de lo ocurrido, incluso los miembros del personal de su propia familia?

—Iré enseguida.

—Disculpe, lady Allison, pero su padre me ha dicho que vaya a verle enseguida —insistió la criada.

Definitivamente estaba sonriendo. Los rumores que corrían de ella por Londres habían llegado hasta los sirvientes.

Cruzó enérgicamente la habitación y sintió un impulso casi irrefrenable de golpear a la

muchacha, pero sabía que no podía. No era culpa de la doncella. Los cotilleos formaban parte de la sociedad. Así era en el campo y así era, sin duda, en Londres.

Pasó por su lado sin decir palabra y se dirigió al estudio de su padre. Antes de llegar a la puerta cerrada, oyó su voz elevada.

—Por Dios, mi padre hubiera tomado cartas en el asunto directamente. Una paliza es una excelente manera de disciplinar, sea un niño o una niña. Te he dejado malcriar a esa muchacha y esto es lo que ha pasado.

Allison tomó aire. Era la misma perorata que había resonado entre aquellas paredes durante una semana, aunque el enfado no se disipaba. Abrió la puerta sin llamar y entró.

—¿Me ha mandado llamar, padre?

Él estaba sentado detrás de su amplio escritorio, en un extremo de la habitación. Su madre estaba en una mecedora junto a la chimenea, en el otro extremo. Cuando Allison entró, levantó la barbilla y bebió un sorbo de un vaso de vino blanco. Tenía un aire de delicada nobleza que emanaba sin siquiera intentarlo. John Crowley, en cambio, tenía la cara roja y bebía un vaso de whisky.

Había papeles esparcidos por la mesa. La pared detrás de él estaba dominada por un retrato del matrimonio de cuerpo entero.

—Pues bien. Pensé que deberías saber que nuestra invitación al baile de Navidad del duque de Windlan ha sido revocada. Tu madre está fuera de sí. ¡Es la primera vez desde su debut que no asiste! La primera vez. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que nos avergonzamos? —Allison dijo con ironía.

—Que te avergüenzas —rugió su padre con ojos desorbitados—. ¡Tú..., desvergonzada! —Se levantó mientras hablaba, golpeando el vaso contra el escritorio y derramando whisky sobre los libros de contabilidad abiertos.

Pronunció las palabras bien, hasta que la ira pudo con él. Entonces, se le escapó el acento de su país natal. Su madre resopló, dándole la espalda a Allison, pero ella era como su padre y no pudo callarse.

—¡Me atacaron! —Avanzó unos pasos hacia la habitación.

—¡Eso dices! —replicó él—. He escrito al maldito Reginald Cranston, exigiendo una respuesta a tus acusaciones, y recibí una llameante carta con el membrete de la oficina del Príncipe Regente, ¡nada menos! Parece que milord admite haberse dejado llevar por tus insinuaciones. Que lamenta que su «pasión», como él la llama, rasgara tu vestido. Pero, dice en términos inequívocos que, si lo acuso públicamente de agredirte, el propio Príncipe Regente tendrá una opinión muy poco favorable.

—¡Entonces el Regente es tan malo como Cranston! —gritó Allison.

—El Regente es todo menos Rey, y sin él no tendríamos nada de esto —protestó su padre—. Así que te morderás la lengua cuando hables de él. Alguien como él, podría llevarnos a los tribunales y arrastrarnos a la bancarrota. Y todo porque tú...

—Fui tan tonta como para pensar que un hombre disfrutaría de mi compañía, de mi conversación, pero no que buscaría la oportunidad de poder... darse un revolcón conmigo.

Allison oyó a su madre jadear, sabía que el uso de palabras tan vulgares la escandalizaría. Miró desafiante a su padre y la injusticia y la sensación de traición avivaron su ira.

Sus padres deberían protegerla, o al menos posicionarse a su lado. En cambio, parecían más preocupados por lo que pensaran los demás.

—Nuestra posición ha sido diezmada. Y tu falta de remordimiento me hace pensar que hay

muchas posibilidades de que algo así vuelva a ocurrir si te quedas aquí. —Por fin habló su madre.

Se volvió hacia ella.

—¿Me está echando?

—He pedido consejo sobre el asunto. De uno de los pocos hombres que no han dado la espalda a nuestra familia. El reverendo Adams, el vicario de nuestra parroquia. Un joven muy serio que piensa que el único freno para tal comportamiento es un hogar muy cristiano. Así que te quedarás con tu tía Mildred —concluyó su madre con una tímida sonrisa—. Estarás muy lejos de Londres, en Havenshide. Alejada de la tentación.

Tragó saliva, sintiendo que el estómago se le revolvía. Estar lejos de Londres no era una gran dificultad. Ansiaba volver al campo. Pero Mildred Hanson era una metodista devota, casi rabiosa. En casa de su tía no habría música, ni arte, ni libros. Habría reuniones de oración y estudio de la Biblia. Y si transgredía alguna de las mil normas que su tía imponía, recibiría una paliza.

—No iré a vivir con esa bruja —replicó, sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Irás —aseveró su padre, volviendo a sentarse—. Te han preparado el equipaje y el carruaje está listo.

Tiró de una cuerda de seda que colgaba junto a su escritorio y una campana sonó en algún lugar de la casa. La puerta del estudio se abrió y aparecieron dos mozos de cuadra.

—Si no te vas de buena gana. Estos hombres te llevarán al carruaje, aunque sea atada de pies y manos.

CAPITULO 3

—¡Alto! —Daniel Adams golpeó el techo del carruaje con su robusto bastón de madera.

Afuera, bajo la espesa capa de nieve, reconoció la silueta de Tower Hill que se aproximaba. El camino era una masa empapada de hielo revuelto con nieve marrón y fangosa. Los carruajes obstruían la calle casi tanto como la capa de hielo. A su derecha, el río era una masa gris, lenta y ruidosa.

Daniel era delgado, de rostro pálido y huesos finos. Tenía la nariz torcida y algunas magulladuras alrededor del puente, producto de una agresión que había sufrido una semana antes. Por eso llevaba un garrote que hacía las veces de bastón.

En la oscuridad, el Támesis se olía antes de verse, sobre todo tan cerca de las curtidurías y los mataderos, fuera de las murallas de la ciudad londinense.

Adams se apeó e hizo una mueca de dolor, al sentir que sus pies mal calzados se hundían en el barro helado. Pagó al cochero y vio cómo se perdía el carruaje en la noche. Luego, se dio la vuelta para caminar por la calle conocida como Minories, en dirección a Whitechapel High Street.

La citación en casa de sir John Crowley resultó muy incómoda, pero no pudo ignorarla. Él y su esposa eran destacados benefactores de la Fundación Revenant, así como miembros de su rebaño.

Cada vez delegaba más tareas relacionadas con su iglesia parroquial de Kensington en un diácono, mientras que él mismo pasaba la mayor parte del tiempo más allá de Aldgate, en Whitechapel, donde la caridad cristiana era verdaderamente necesaria.

—¿Me da unas monedas, padre? —Llegó una voz quebradiza desde la oscuridad.

Daniel sabía que no debía detenerse. Al llegar a Aldgate y girar a la izquierda en Whitechapel High Street, supo que su ropa sencilla pero bien confeccionada llamaba la atención. Y lo que era más importante, estaba limpia.

Siguieron llamándolo más voces desde las negras aberturas de las estrechas calles laterales. Hombres, mujeres y niños desesperados, amenazantes o simplemente mendigando.

El olor que le asaltó era uno contra el que había endurecido sus sentidos durante los últimos cinco años. Era el hedor de los efluentes y la carne podrida, el sudor y la sangre. Lo único peor era el ruido. Gritos estridentes desde los patios de la posada, el sonido de hombres bebiendo y divirtiéndose. Jugando y peleando. Matando o muriendo.

Susurró una oración en voz baja, una y otra vez. Una rogativa para sobrevivir y llegar al modesto edificio de la Fundación. Una plegaria para que tuviera la fuerza de saber que no podía ayudar a todo el mundo, que debía elegir por qué almas lucharía contra el Diablo para salvarlas. Que la necesidad de más de su elixir especial le dejara en paz solo un poco más.

Sus botas de cuero hasta los tobillos pisaron algo blando que desprendía un olor espantoso, mientras giraba hacia el callejón de la Media Luna. Tras un momento de paso ligero, salió a la calle Buckle y frente a él se alzaba la alta estructura de ladrillo de la Fundación Revenant.

La construcción estaba muy deteriorada. Los alféizares de las ventanas se desprendían donde

aún quedaba pintura. Una verja oxidada, asegurada con candado y cadena, protegía el patio lleno de maleza situado frente al edificio.

Las ventanas de la planta baja estaban cálidamente iluminadas a pesar de su aspecto ruinoso. Daniel levantó la cabeza al detectar el sonido de un himno que salía del edificio, para batallar con el sonido de la pobreza y la corrupción.

Una sonrisa se dibujó en sus delicadas facciones, pero se desvaneció al oír un nuevo sonido. Era una joven que gritaba de miedo y dolor. También el gruñido gutural de un hombre.

Daniel se giró y miró hacia la oscuridad del callejón cuando escuchó pasos ligeros y descalzos. Le siguieron unas botas pesadas y ruidosas. Otro grito y, a la luz proyectada por las ventanas de la Fundación, Daniel vio a una joven detenida en su huida por un grueso puño que se había enredado en su pelo oscuro.

Un hombre seguía al puño. Tenía hombros anchos y vestía ropas harapientas. Su cabeza estaba rapada y mostraba unos dientes ennegrecidos en un rictus de rabia. Su rostro sucio estaba cubierto de tatuajes.

La muchacha a la que había perseguido estaba igual de andrajosa. Su piel era tan pálida como la nieve bajo una capa de mugre.

Sus miradas se cruzaron y el hombre la agarró.

—¡Alto! Alto ahí. —Daniel alzó la voz hacia la noche y se acercó a los dos.

—¡No es asunto suyo! —replicó el gigante, empezando a arrastrar a la joven hacia la oscuridad.

El vicario completó su plegaria, levantó su garrote y corriendo hacia ellos lo dejó caer con fuerza sobre la calva.

El hombre cayó de rodillas y se llevó las manos a la cabeza. Daniel cambió la empuñadura del garrote para sujetarlo por el centro, volvió a levantarlo y bajó el extremo del palo justo cuando el malvado empezaba a levantar la vista.

Hubo un instante en que se vislumbró un ojo torvo antes de que cayera el segundo golpe y el tipo se desplomara en el suelo, sin sentido. Daniel respiraba con dificultad, el sudor se le acumulaba en la frente a pesar del frío, y tendió una mano a la muchacha.

—Soy un hombre de Dios y no te haré daño. Él nos hará daño a los dos si nos ve cuando despierte. Ven conmigo, jovencita. Estarás a salvo.

La muchacha aceptó su mano y Daniel la condujo corriendo hasta las puertas de la Fundación. Tanteó con un juego de llaves que sacó del bolsillo de su abrigo, abrió y la hizo pasar antes de volver a cerrar el candado. Luego la condujo a través del patio hasta una pequeña puerta de madera que abrió con una segunda llave.

Una luz cálida bañaba el interior. El olor a pan recién horneado era intenso y el sonido de las canciones llegaba hasta ellos, a lo largo del pasillo encalado en el que se encontraban.

Él suspiró con alivio y la joven se apartó de él, claramente insegura de si había pasado de la sartén al fuego.

—Me llamo Daniel Adams. Soy vicario de la Iglesia Anglicana y esta es la Fundación Revenant. Aquí eres bienvenida y estás a salvo. Te doy mi palabra.

Después de la excitación de los últimos minutos, sintió que una aguda necesidad se apoderaba de él. En la última planta del edificio se encontraba lo que él ansiaba, pero el deber era lo primero y se armó de valor contra el creciente clamor de sus nervios.

—Yo... soy Summer —dijo tímidamente la chica.

—¿Sin apellido? —inquirió él. —Al verla negar con la cabeza, a Daniel se le cortó la

respiración. Observó una mancha negra en la piel de su hombro, que quedaba al descubierto por un desgarrón del vestido—. Eso no tiene buen aspecto. ¿Te encuentras mal o estás herida?

Ella intentó cubrirse el hombro.

—Siempre ha estado ahí. Desde que nací.

Daniel asintió, sin decir nada. En la zona pobre de la ciudad era frecuente encontrar a gente con defectos de nacimiento. Decidió no avergonzarla más y no hizo más preguntas. La joven era guapa, de delicadas facciones y nariz recta, algo respingona. Su cara era ovalada.

—¿Qué es este lugar? —preguntó, olfateando el aire.

—Un lugar de bondad cristiana. Donde puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Tenemos mucho espacio y mucho trabajo cristiano y honesto que hacer. Pero primero, creo que debo presentarte a algunos de mis amigos. Luego nos ocuparemos de que comas algo y te daremos ropa limpia.

Intentó alentarla con una sonrisa y se encaminó por el pasadizo, esperando que su último rescate lo siguiera. Mientras lo hacía, no pudo evitar comparar su situación con la de la chica de Crowley. No le cabía la menor duda de que Allison Crowley era culpable de las acciones de un lord pecador. La preocupación de sir John por su reputación, por encima del bienestar de su hija, era desagradable en extremo. Solo esperaba que su sugerencia, de que la muchacha lo ayudara, sirviera para encaminarla. Si eso significaba que se alejara de Londres, ya serviría de algo.

CAPÍTULO 3

Mientras la nieve caía suavemente sobre la capital, a ochenta kilómetros de distancia, se alzaba la antigua construcción conocida como el castillo de Harcastle. Las nubes oscurecían el paisaje y ocultaban la luna y las estrellas.

Las luces que marcaban Areng Major se agrupaban en la lejanía. En lo alto de la primera de las colinas que componían las High Fells, el castillo de Harcastle era una sombra mayor contra el cielo nocturno.

Pocas de sus ventanas daban al exterior, tan pocas como los cristales. Las torcidas líneas de torres, parapetos y almenas estaban ocultas por la oscuridad total, y solo se distinguía una vaga forma amenazadora. En la parte trasera del ominoso edificio se veían luces de velas. La luz brillaba y parpadeaba por las corrientes de aire que se abrían paso a través de la piedra medieval.

La habitación iluminada había sido conocida como la Sala de la Espada, cuando su propietario era un hombre enamorado de la guerra y la violencia. Allí residía su hijo y la habitación se había convertido en una biblioteca. Las espadas, los escudos y los estandartes que adornaron las paredes en el pasado habían desaparecido y se hallaban en un sótano húmedo e infestado de ratas, con la puerta cerrada para no volver a abrirse. En la sala se habían construido estanterías, con la madera, limpia y nueva.

La biblioteca estaba dispuesta en unos estantes que formaban hileras a lo largo de la enorme estancia. Otras se alineaban en las paredes. La chimenea seguía en pie, aunque el fuego que había en ella ardía poco. No había cortinas en las ventanas, ya que al actual señor del castillo no le importaba.

Dos hombres trabajaban en la biblioteca. Uno estaba sentado, encorvado ante el fuego. Llevaba un abrigo con el cuello vuelto hacia arriba alrededor de su cara cuadrada y las manos enfundadas en grandes guantes. Respiraba entrecortadamente y zapateaba mientras examinaba un montón de papeles escritos con letra pequeña. El otro hombre se paseaba entre las estanterías, dejando que sus dedos recorrieran los lomos de los libros, viejos y nuevos. Llevaba una gruesa capa que se arrastraba por el suelo de losas a su espalda. Una máscara negra y de cuero le cubría toda la cabeza. Unos agujeros dejaban ver unos ojos oscuros y una boca recta de labios carnosos.

Tenía una mano cubierta por un guante de cuero ajustado y la otra desnuda, con la piel tan blanca como la nieve.

—¡Excelencia! —lo llamó el hombre que estaba en la mesa—. ¡Lo tengo! Confirmado. —Su acento era de las gentes rurales, aunque suavizado por su educación.

—¿Y bien? —El enmascarado se giró y atravesó las estanterías hasta situarse junto a él.

El otro levantó la vista. Tenía la nariz deformada; rota una vez y mal colocada después, y la cara ancha. Su pelo era ralo y rubio.

—Esta es una carta escrita por su padre. La letra es desigual, lo que indicaría que fue escrita hacia el final de su vida, cuando sus achaques le estaban venciendo.

—Como se merecía el viejo bastardo —gruñó el enmascarado.

Su voz era profunda. A pesar de la blasfemia, era inequívocamente el acento de la

aristocracia. Había algo más que un matiz escocés en su acento.

—Exacto. Se trata de una respuesta a una correspondencia que aún no he localizado. Esta carta parece estar dirigida a un abogado. Y uno con oficina en Londres. Se refiere a la localización de una persona de interés para el Duque...

—¡Cedric, por Dios! Ve al grano —espetó la figura enmascarada—. ¿Se trata de la hija del Duque?

—Sí —aseveró el hombre, señalando una sección de la carta—. Su padre utiliza específicamente la palabra «hija». Sería su gemela, Excelencia.

El Duque enmascarado retiró una silla de madera y se sentó a su lado. Miró en silencio los papeles en la mesa y recordó que aquella búsqueda había comenzado con una pesadilla. Noche tras noche, se despertaba gritando, después de soñar que era un niño y que varios hombres y mujeres de rostro sombrío lo separaban de una muchacha. Eran unos monstruos. El rostro de la chica estaba vivo en su mente incluso en ese momento. En el sueño, era su hermana y lo más importante para él en todo el mundo.

Pero él no tenía hermana. Creció al cuidado de un abogado y su esposa en Edimburgo. Se había creído su hijo, nacido en una vida modesta pero cómoda en la antigua ciudad escocesa.

—Nos separaron antes de que me adoptaran los Gordon. Si hubiera habido una hermana conmigo en el orfanato, me lo habrían dicho.

—Ya lo creo. No es tan raro que los hermanos sean separados por las autoridades encargadas de ellos. Es más fácil que adopten a un niño que a dos —explicó el hombre.

—Una práctica bárbara. Si mis sueños son recuerdos deformados, entonces fue una experiencia traumática estar separado de ella.

Cedric asintió solemnemente. El Duque le dio una palmada en el hombro con una mano ancha, que hizo que se tambaleara por el impulso.

—Has hecho un buen trabajo, amigo mío. Hice bien en confiártelo. ¿Da la carta alguna indicación de lo que le ocurrió a la muchacha?

—Ninguna. Es un trozo de una cadena, pero aún no he encontrado ni los eslabones anteriores ni los posteriores. Al menos sabemos que es cierto que su madre tuvo gemelos.

—Ambos rechazados por mi padre. Quizá estaba tan desfigurada como yo.

—Tal vez. Pero, tal vez no. Esta es una prueba de que se arrepintió de su decisión y la estaba buscando.

—Pero no a mí.

—También sabemos que había una tía. Una hermana de su padre, que vivía en Londres.

Cedric se refirió a un descubrimiento anterior. Una referencia a una hermana, encontrada días atrás en un diario que escribía. El lenguaje había sido airado, sin dejar duda de que la hermana era considerada una especie de oveja negra.

—Sí, en la Orden de Santa Bernadette. Una monja, tal vez. Bueno, si tenemos que ir a Londres, tenemos que ir —declaró Jason—. Aunque poner un pie en un lugar tan concurrido será mi muerte. Pensarán que soy un fenómeno de circo. Como mi padre. —Se hizo el silencio entre ellos. Cedric apartó la mirada, avergonzado. El Duque observó las brasas del fuego—. No me afligiré ni lamentaré los caprichos de un diablo como era mi progenitor. Después de todo, no considero que el que ostentó mi título antes que yo fuera mi padre. Ese título corresponde a Donald Gordon de Edimburgo. —Volvió a mirar a Cedric, que se había metido las manos bajo los brazos para calentárselas—. Lo siento, viejo amigo. Olvido cosas tan humanas como el calor. Parece que no siento el frío. Ese es otro defecto de mi persona, tal vez, para acompañar esto...

Hizo un gesto con la mano hacia su rostro enmascarado—. Ocúpate del fuego, te lo ruego. Caliéntate y prepararé vino tibio para los dos.

—Gracias, Excelencia. —Cedric se puso en pie.

Una de sus botas tenía una suela de varios centímetros más que la otra. Unas tablillas de metal cosidas a los lados del cuero y sujetas a los pantalones le llegaban hasta la rodilla. Apoyó un bastón en la mesa que tenía a su lado y, con él, se acercó cojeando al fuego y empezó a avivarlo.

El duque de Haverton se levantó también, salió de la habitación y caminó por pasillos poco iluminados hacia las cocinas. No había sirvientes, ya que toleraba poca compañía. Mientras cogía dos copas de vino de una olla que se había dejado calentar en el hogar de la cocina, sus pensamientos volaron hacia el exterior. En algún lugar, había una mujer que llevaba su sangre. Su hermana gemela. Sintió la tentación de rezar, de pedir a Dios que le concediera que estaba viva y bien, esperando a que la encontrara.

En cuanto fue consciente de ese sentimiento, lo aplastó sin piedad.

En su vida no había lugar para Dios. Si su hermana estaba viva, la encontraría y la llevaría a casa.

CAPÍTULO 4

Allison vio pasar la campiña de Havenshide por la ventanilla del carruaje. Habían subido y subido por colinas cubiertas de nieve y descendían por largos bucles de carretera hacia un amplio valle. La blancura era uniforme, excepto donde corrían arroyos por la ladera. En lo alto, las nubes grises competían con el resplandor de las montañas.

Debería respirar profundamente el aire puro, apreciar el dramatismo del paisaje, o incluso dibujar el melancólico páramo y los cielos ominosos; pero no tenía ánimo, el arte estaba lejos de su mente. Aunque el campo estaba abierto, se sentía atrapada. El carruaje estaba cerrado y la ventanilla era demasiado pequeña para permitirle escapar, aunque quisiera saltar por ella.

Flanqueada por los fornidos mozos de cuadra, Allison había sido escoltada hasta el carruaje y encerrada, sin que la puerta volviera a abrirse hasta su llegada a Hanson House. El camino bordeaba una hilera de colinas. A lo lejos, una mancha oscura en el horizonte, salpicada por el humo de las chimeneas, indicaba la presencia de una ciudad. Ella, sin embargo, miró en dirección opuesta, donde se vislumbraba una construcción que destacaba contra el cielo gris por su negrura. Su silueta era irregular y dentada, pero sin duda se trataba de un castillo y se sintió atraída hacia él.

Eso le sorprendió, porque su experiencia con las casas de campo se limitaba a la finca en la que había crecido y a las que había visitado con su familia, como miembros de la sociedad; aunque aquella era mucho más antigua. Mientras que las otras casas habían sido gentiles y elegantes, el castillo se mostraba cruel y brutal. Fascinante.

Allison se movió en su asiento para no perderlo de vista mientras el carruaje avanzaba.

Finalmente, dejó de verlo y el camino la internó en un bosque. Volvió a sentarse cuando sintió el impulso de dibujar, de capturar lo que había visto como ocurría otras veces. Sin embargo, sus utensilios de pintura no habían sido incluidos en el equipaje que se le había dejado llevar. Tía Mildred no lo permitiría.

Allison apretó los dientes con disgusto y cerró los ojos para intentar fijar la imagen del castillo en su mente. Entonces, su imaginación divagó y se encontró pensando quién podría vivir en un lugar así.

De repente, se vio deslizándose sobre los brezos de dulce aroma. Lentamente, se acercó a los musgosos muros del castillo que vigilaban el páramo desde hacía siglos. El sol calentaba en un cielo azul y ella vestía un vaporoso vestido blanco. Caminaba descalza entre la suave maleza.

El estrépito de los cascos anunció la llegada del hombre que dominaba aquel castillo. Entonces, el caballo se encabritó, asustado por algo que había en el suelo.

Ella intentó mantener el equilibrio, pero sintió que caía de bruces, aunque la fuerza de la caída fue menor de lo que debería haber sido, a la manera de los sueños. Cuando intentó levantarse, su pierna izquierda no la sostenía. El caballo desapareció de repente, como si nunca hubiera existido.

Allison gritó pidiendo ayuda hacia el castillo.

Un caballo galopaba sobre un puente levadizo de madera, a las puertas abiertas. El hombre

que lo montaba llevaba una capa vaporosa y negra. Su abrigo y sus pantalones también eran oscuros, al igual que su pelo. Llevaba una melena a la altura de su magnífico corcel. Su rostro era duro, a juego con las piedras del castillo.

Allison se detuvo y le permitió acercarse. Sintió un revoloteo en el estómago y se le aceleró el corazón.

El gesto de su boca era cruel, pero al acercarse pudo ver la profundidad de sus ojos marrones y suaves. La fachada de fuerza y crueldad era superficial. Los ojos mostraban compasión y amor.

Sonrió cuando él bajó de la silla y se acercó.

—¿Está perdida, señorita? —Su voz era profunda y clara.

—No, estoy donde quiero estar —aseveró ella.

Él se acercó y la miró a los ojos.

—Pero aquí no hay nadie más que yo.

Ella siguió sonriendo, pero no contestó.

Él mostró comprensión en su rostro, se arrodilló a su lado y le subió la falda hasta la rodilla, para dejar al descubierto la pierna izquierda. Con manos firmes pero suaves, le palpó el tobillo.

Allison hizo una mueca de dolor. No notó nada, aunque sabía que era la zona de la herida.

Había algo intensamente erótico en la intimidad de su contacto, a pesar de que solo rozaba el pie desnudo con los dedos. Al sentir que su respiración se aceleraba, ella se sonrojó y abrió los ojos de par en par. Saber que él sentía la misma excitación no hizo más que aumentar la suya.

Acarició su pierna hasta encontrar la piel sensible detrás de la rodilla. Al hacerlo, se inclinó hacia delante. Ella se levantó para ir al encuentro de sus labios, deseando el contacto; pero él se contuvo, provocándola deliberadamente y haciéndola jadear. Deslizó una mano con una lentitud angustiosa, rozando la suave piel de la cara interna de su muslo y convirtiendo sus jadeos en gemidos.

Finalmente, puso fin a las bromas. Sus labios se encontraron con los suyos con una pasión aplastante. Ella se hundió de nuevo en el brezo, que era una cama mucho más blanda de lo que habría sido en la vida real. Mientras su cuerpo la arrastraba hasta el suelo, su mano se deslizó por la parte posterior de su pierna, bajo la falda, para acariciarle las nalgas. En aquel sueño no llevaba ni enaguas ni medias, y el endeble vestido no fue un obstáculo para su deseo.

Le subía por la cintura, obedeciendo a los movimientos rápidos y seguros de sus manos. Allison le mordió el labio inferior, luego se aferró a sus hombros y enredó los dedos en su suave cabello oscuro. Después, le lamió el lóbulo de la oreja. Él respondió, empujando con las caderas. La dureza contenida de sus empellones le arrancó un gemido de placer, teñido de miedo al sentir su tamaño.

Sintió que rasgaba la tela de la espalda para buscar su carne y sus labios se encontraron de nuevo, en una deliciosa combinación de suavidad y dureza. Tenía un sabor salado y amargo. Olía a madera y cuero. La pura masculinidad de él la llevó a un frenesí de deseo, plantando los pies contra el suelo y empujando las caderas para encontrarse con las suyas.

Allison se despertó sobresaltada cuando el carruaje se detuvo. Miró alrededor con culpabilidad, recordando sus gemidos y gritos del sueño. No sabía si había emitido los mismos ruidos en el mundo de la vigilia.

Un criado abrió la puerta, aunque su rostro no mostró que hubiera escuchado nada. Tampoco el rostro severo de la mujer que esperaba más allá.

Era alta y recta como una flecha. Tenía el pelo gris y lo llevaba recogido en un moño feroz, que parecía tensar la piel de su rostro. Sus labios eran estrechos, comprimidos, la nariz larga y

fina. Vestía totalmente de negro.

Allison descendió del carruaje y temió que el intenso sueño se notara en su cara, o que su tía fuera capaz de llegar a su mente y viera sus pecaminosos pensamientos.

—Buenas tardes, tía Mildred. —Se paró frente a ella—. Mi padre le envía saludos.

La expresión de la mujer no cambió, tenía la nariz fruncida como si hubiera olido algo desagradable. Allison miró más allá de ella, hacia modesta casa de piedra pintada de blanco. Lo que parecía un huerto ocupaba el lugar del césped en la parte delantera y una cruz de madera colgaba sobre la puerta principal.

—No te daré la bienvenida a mi casa. Dadas las circunstancias, no eres bienvenida y no abro mis puertas al pecado a la ligera. No obstante, cumpliré con mi deber cristiano, e intentaré corregir el camino que has elegido para salvar tu alma. —Allison sonrió con amabilidad, aunque por dentro estaba desesperada. Así recordaba a la tía Mildred, pero magnificada—. Vamos hija, no nos demoremos. Hay que hacer la obra del Señor. Te acompañaré a tus aposentos.

La mujer giró sobre sus talones y comenzó a marchar hacia la casa. Allison se apresuró a seguirla, deseando dar media vuelta y correr tan rápido como pudiera en dirección contraria.

—Vi un edificio fascinante de camino hacia aquí. Un viejo castillo, en lo alto de la colina... —inició una conversación.

Mildred se detuvo y se dio la vuelta para mirarla. Después apuntó con un dedo huesudo hacia su cara.

—Olvida ese sitio, muchacha. El castillo de Harcastle es un lugar maligno y su amo es el mismísimo diablo.

CAPÍTULO 5

Cedric soltó un grito y la vela que llevaba encendida parpadeó. Jason avanzó en la oscuridad, sostenía un candelabro y miraba hacia delante, mientras atravesaron un lúgubre desván. Sobre ellos, antiguas vigas de roble, tan gruesas como el cuerpo del Duque, sostenían un tejado en ángulo y embaldosado en pizarra. Los murciélagos se movían en las sombras y las ratas correteaban por las tablas de madera.

—Lo siento —murmuró Cedric.

—Uno pensaría que un hombre nacido para la minería estaría más cómodo en la oscuridad —replicó Jason.

El hombre dio un pisotón con el pie izquierdo.

—Mi enfermedad me alejó de los pozos. Si no, sería tan analfabeto como mi padre.

Siguieron caminando por un espacio a veces abierto y otras abarrotado de cajas y sacos. El aire estaba cargado de polvo y olía a humedad y podredumbre. Aquel hueco del tejado cubría un tercio de la superficie del castillo. Era una zona desconocida, al tratarse de una de las pocas partes del castillo que Jason no había explorado a fondo, desde que tomó posesión de la fortificación, cinco años antes.

—No tengo claro, Excelencia, ¿qué estamos buscando exactamente? Se supone que cualquier correspondencia o papeles almacenados en este lugar estarán inservibles. La humedad es insoportable, puedo sentirla en la cara.

—Sí, Cedric, estarán inutilizables, pero el lienzo dura más tiempo que cualquier papel o pergamino.

—¿Piensa encontrar un retrato de su hermana?

—Difícilmente, si nos separaron del Duque cuando éramos bebés. Sin embargo, de mi madre...

—Ah. —Comprendió.

Jason pasó junto a dos torres de cajas de madera que formaban un cañón a cada lado. Miró a izquierda y derecha, con la vela en alto.

—Ya he estado aquí dos veces y he visto montones de cuadros. Solo necesito recordar exactamente dónde. Esto me resulta familiar.

Se alejó hacia la izquierda. Cedric le siguió, agachándose bajo las telarañas que apartó con sus propias manos.

—Saber cómo era su madre le dará una pista de cómo puede ser su hermana ahora —advirtió el hombre.

—Eres el mejor de la clase —aseguró Jason con ironía.

Él conocía la cara de su padre. Lo había mirado desde un retrato en el salón de baile la primera vez que entró en el castillo de Harcastle. Y había seguido mirándolo mientras ardía en medio del antiguo y maltratado salón.

La marca de la hoguera aún ennegrecía el suelo. Hacía mucho tiempo que allí no se escuchaba música ni alumbraban grandes luces, pues a él no le hacía falta ninguna de las dos

cosas. Había cerrado las puertas tras de sí y no las había abierto desde entonces.

—Reconozco esto —dijo, llegando a una montaña de sacos de arpillera que contenían ropa vieja y mohosa—. Ven, sígueme.

Atravesó la habitación, con el candelabro en alto y Cedric detrás de él. La penumbra parpadeante distinguía las esquinas de los objetos rectangulares. Cuando la luz del hombre se complementó con la suya, se revelaron montones de cuadros apilados. Algunos estaban enmarcados, otros simplemente sobre lienzo. Luego estaban los marcos vacíos, de madera, dorados, ornamentados y sencillos.

—Debe de haber más de cien, milord.

—Entonces será mejor que nos pongamos a buscar. ¿Sabes qué aspecto tenía el viejo Duque?

—Por las pocas imágenes que encontré antes que usted, sí.

Jason no había tolerado que quedara intacta ninguna pintura de su odiado padre, aunque Cedric había encontrado algunos retratos del vanidoso Duque, que parecía haber encargado más de una docena a lo largo de los años. En ese momento, todos estaban reducidos a cenizas, pero se alegraba de que su leal empleado los hubiera encontrado primero.

—Agradezco que no seas tan testarudo como yo —reconoció, mientras cogía el primer retrato y luego lo colocaba a un lado.

—¿No sabe nada del color de pelo de sus antepasados ni de sus rasgos faciales? —El hombre comenzó a mirar lo que estaban en un lado, formando una pila vertical.

—Salvo lo que veo en el espejo y lo que he visto de mi padre. Mi madre murió durante el parto y no tuve más familia —explicó, desechando otro con estrépito.

—Entonces, ¿quién os secuestró a usted y a su hermana?

—Creo que la matrona. Al menos, eso me dijeron. Se apiadó de nosotros —gruñó, al ver que otro cuadro era de algún antepasado muy antiguo.

Se alejó en la oscuridad y tropezó con algo que cayó de forma estridente y que hizo saltar a Cedric.

—Supongo que la matrona no está por ninguna parte —sugirió el hombre.

—Está muerta. Mis únicas pistas son las que encontremos en esta monstruosidad de casa.

Siguieron buscando, reduciendo la pila de recuerdos en descomposición hasta que solo quedó un puñado.

—Parece imposible. —Se sentó de espaldas a la nueva montaña de marcos y lienzos que habían creado.

Encendió una vela nueva con el tronco de una vieja y Jason continuó buscando con ferocidad. Cada vez que daba con un callejón sin salida, soltaba un gruñido, hasta que ya no quedó ningún retrato por revisar.

—¡Maldición! ¡Ese viejo estúpido lo destruyó todo! —rugió con rabia.

Dio una patada a las tablas cubiertas de polvo y algo se movió bajo una gruesa capa de suciedad.

Cedric entrecerró los ojos al ver el movimiento, se inclinó y levantó la vela. Él se quedó inmóvil, mirando a través de los agujeros gemelos de la máscara que llevaba.

—¿Has visto eso? —susurró.

—Sí, lo he visto. Parece algo en el suelo, cubierto de tierra y quizá... un trozo de papel o...

—O un cuadro fuera de su marco.

Se arrodilló y sopló, revelando los bordes de una forma cuadrada. Luego lo levantó del suelo. Le temblaron las manos al ver el cuadro descolorido de una mujer. Estaba junto a un hombre

cuyo rostro conocía bien, su padre. Llevaba un largo vestido blanco y plateado y el pelo negro y rizado. Jason había encontrado a su madre.



El salón del castillo había sido antaño el lugar donde el personal de la casa se reunía para comer y charlar, después de un duro día sirviendo a los Duques en el piso de arriba. Era una habitación de techo bajo, enlucida de blanco, con pequeñas ventanas sobre un gran fregadero de cerámica y un aparador debajo del cual había armarios.

Había un huerto de hierbas aromáticas al otro lado de las ventanas, aunque estaba descuidado; sin embargo, la fragancia de la menta aún se colaba en verano.

En ese momento, la tenue luz del atardecer se filtraba por aquellas mismas ventanas, llevando consigo el aire helado de la nieve. En un extremo del salón se abría una amplia despensa y enfrente se alzaba una enorme chimenea ennegrecida. En medio había una gran mesa de cocina y varios sillones cómodos que habían llevado desde otros lugares del castillo.

Cedric había convertido aquella estancia en su pequeño hogar, doce meses antes, cuando aceptó el puesto de secretario del Duque. Jason nunca cenaba en compañía, pero acudía al salón para hablar del trabajo que él llevaba a cabo. Suponía que era lo más parecido a un amigo que tenía.

Se quedó mirando la mesa, que estaba sembrada de cartas, fragmentos de escritos, páginas de diarios y el cuadro de la antigua Duquesa. El cuadro era lo que más llamaba su atención. Era un pequeño lienzo que tenía los bordes deshilachados y una esquina rota. Pero la parte que contenía la imagen de su madre estaba limpia. Cedric trabajaba con un pequeño pincel y chorritos de agua para limpiar los residuos de los años de su rostro.

Tenía las mejillas altas y ligeramente inclinadas y la cara ovalada. Su aspecto era triste y delicado. No había ningún indicio de deformidad en ella, nada que indicara una anomalía que pudiera transmitirse a sus hijos.

Cedric finalmente se sentó.

—Eso es todo lo que me atrevo a hacer. Hay lugares en los que al frotar con agua se borra la pintura. Se necesita un especialista para hacer una buena restauración.

—Ya has hecho bastante, más que suficiente, amigo mío —dijo Jason—. Ahora sé qué aspecto puede tener mi hermana y dónde debo empezar a buscar. Dónde debemos empezar a buscar. —El hombre lo miró, incapaz de ocultar un brillo de excitación en sus ojos. En los de Jason no había ninguno, vistos a través de la máscara—. Nuestra búsqueda nos lleva al corazón de las tinieblas. Londres —agregó en un murmullo. —De lo alto de la casa llegaban los aullidos y el clamor de los sabuesos. Los sonidos eran cada vez más fuertes y cercanos y levantó la vista —. La manada exige salir. Después de estar toda la tarde en ese maldito desván, me vendría bien tomar el aire. ¿Nos acompañas a dar un paseo, Cedric?

—Por desgracia, no estoy hecho para este terreno. Prefiero los caminos pavimentados y cortos, preferiblemente con una taberna al final.

Jason soltó una carcajada lúgubre y se levantó, con la silla raspando ruidosamente en el suelo de baldosas. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido que los perros replicaron a su manera.

Después salió a grandes zancadas de la habitación.

—¡Vamos, muchachos! ¡Vamos a cazar!

CAPÍTULO 6

Allison se apretó contra la pared, escuchando la voz de avispa de su tía alejarse por el pasillo. Llevaba su vestido de montar favorito, un bonete atado bajo la barbilla y guantes y una capa para protegerse del frío. Desde que había llegado a Hanson House, dos semanas antes, no le habían permitido ir más allá de los terrenos circundantes. Un alto muro y una verja rodeaba el huerto que formaba el jardín trasero de la casa.

La puerta principal de la casa estaba cerrada, al igual que las laterales y la trasera. La tía Mildred guardaba las llaves en un ariete que llevaba en el cinturón. Allison se asombró al descubrir que pretendía mantenerla encerrada. La Navidad había sido muy triste y la mujer creía que los árboles de Navidad eran símbolos paganos, que los adornos de cualquier tipo eran papistas.

Ambas cosas eran heréticas o blasfemas, Allison no sabía cuál. Hubo una reunión de oración en el adusto círculo metodista de su tía, pero nada que se pudiera considerar festivo. Durante las dos semanas que llevaba encerrada en casa de Mildred, había dormido y había trabajado. Trabajo que antes había sido el dominio de los sirvientes.

Tenía las manos rojas y callosas de fregar el suelo o quitar las malas hierbas de los huertos. No es que la mujer no empleara sirvientes, lo hacía, aunque debía considerar que el trabajo duro y manual sería, de algún modo, bueno para su alma.

A los quince días de su estancia, Allison estaba planeando activamente su huida.

Cruzó corriendo el pasillo en cuanto consideró que Mildred ya no la oía. Atravesó una habitación desnuda, pintada de blanco y vacía de muebles, y entró en otra, también blanca y vacía, salvo por unos taburetes de madera colocados en círculo y una sencilla librería llena de folletos religiosos.

Las cortinas y las ventanas de ambas habitaciones estaban abiertas, dejando entrar el aire gélido del exterior. A Allison no le importaba demasiado, hacía que la casa pareciera más fresca. Mildred pensaba que el aire viciado y caliente fomentaba de algún modo la inmoralidad.

Se dirigió hacia la única puerta que estaba abierta. No solía estarlo, pero Allison, que era una chica amable y sociable, había hecho un aliado.

Patrick era el mayordomo de Hanson House. Desde la infancia, fue criado del difunto Conde, el marido de Mildred. Y, según había descubierto Allison, un católico devoto.

Cuando llegó a un salón cuyos suelos había fregado y cuyas mesas había desempolvado a diario, supo que estaba en la que ella llamaba «la sala odiosa», a la que detestaba por las horas de aburrimiento que le había dedicado.

Una pequeña puerta en una esquina daba a un pasillo de servicio que conducía a los establos. Patrick estaba de pie junto a la puerta, con las llaves en la mano. Era pequeño y redondo, de rostro adusto y cabello castaño ralo. Pero cuando sonreía, se convertía en un diablillo. Había sugerido abrir la puerta del pasadizo del establo, pero Allison se negó. La culpa caería sobre sus hombros y Mildred era lo bastante vengativa como para despedirlo en el acto.

Entonces, el hombrecillo que parecía deleitarse con cualquier oportunidad de desafiar en

secreto a su ama, sugirió otra cosa. Miró a su alrededor y, sin mediar palabra, hizo señas a Allison para que entrara en la habitación y señaló el rincón opuesto a la puertecita.

—Han sacado la estantería para limpiar el zócalo que hay detrás —susurró—. Lástima que hayan dejado al descubierto la entrada al antiguo túnel del cura, ¿verdad?

Allison sonrió, dirigiéndose hacia donde una librería había sido separada de la pared. Detrás había un panel de madera que sobresalía del muro. Lo empujó con el pie y se abrió sobre unas bisagras ocultas.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó.

—A un establo. Tenga cuidado por si está ocupado. Milady se está preparando para uno de sus grupos de oración en una sala que hay más al este. No oirá al caballo si se da prisa.

—No sabes nada de esto, recuérdalo. Que la culpa caiga sobre mis hombros —le advirtió Allison. —Él frunció el ceño, claramente incómodo con la idea y ella añadió—: Insisto. Mildred no puede hacerme nada, excepto encerrarme en mi habitación. Gracias, Patrick.

Le dedicó una gran sonrisa y se metió en el oscuro pasadizo. Cuando la puerta secreta se cerró tras ella, el túnel quedó en la más completa oscuridad y se estremeció al sentir el toque fantasmal de las telarañas. El mayordomo le había indicado que la galería seguía recta a lo largo del lateral de la casa, giraba en ángulo recto a la izquierda y volvía a seguir recto antes de terminar detrás de los establos, que colindaban con la casa principal.

En un abrir y cerrar de ojos, se acercó sigilosamente a un establo vacío. Un caballo de la cuadra contigua la miró con curiosidad. Era una hermosa yegua alazana que, según Allison, no había hecho suficiente ejercicio. El animal dio un pisotón y estiró el hocico hacia la humana, abriendo las fosas nasales y resoplando.

—Bueno. Mi suerte está echada. Una ruta de escape y dos buenos aliados. Creo que te llamaré Amity. Eso significa amigo. Y es obvio que quieres serlo —dijo Allison, acariciando el hocico del animal.

Rápidamente encontró el guadarnés y ensilló a la yegua, la condujo al patio de cuadras y montó con facilidad. Un arco de ladrillo conducía a la parte delantera de la casa y a la libertad. Espoleó a Amity al trote y, al pasar por delante de la casa, vislumbró a una tía Mildred boquiabierta asomada a una ventana.

«Ya no puedes detenerme, tía Mildred», pensó con alegría.

Momentos después, estaba galopando por la carretera y adentrándose en el campo. Por fin libre.

El viento le arrancó a Allison el sombrero de la cabeza y su largo cabello castaño se agitó detrás de ella. Los ojos le brillaban de tanto mirar el vendaval provocado por la velocidad desatada de Amity y se echó a reír, con el sonido arrebatado de su boca y lanzado lejos. El regocijo de ser libre era embriagador.

Allison se sintió como aquella fatídica noche en el baile de los duques de Ingram, cuando Verety le había dado la primera copa de vino. Poco acostumbrada a la bebida, Allison había sentido un suave hormigueo y un mareo que no era desagradable.

En ese momento, sentía la misma emoción sin necesidad de alcohol, algo que nunca había probado. Era una emoción pura y limpia. El paisaje que rodeaba la casa de su tía Mildred era de

suaves colinas y amplios pastizales. Al norte se alzaban unas tierras altas y melancólicas, y al sur, más bajas, incluido el pueblo más cercano. La nieve cubría el paisaje hasta donde alcanzaba la vista, solo interrumpida por las negras formas de los árboles sin hojas.

Se detuvo en lo alto de una ligera elevación desde la que se divisaba un amplio valle. La casa se perdía de vista tras una franja de bosque. En el valle, pudo ver una granja. Un río plateado serpenteaba entre los campos y podía distinguir la forma de una noria a lo largo de su recorrido. La escena era apacible y, en cualquier otro momento, le habría encantado instalarse aquí y pintar.

Pero el arte estaba prohibido por Mildred. Era pecaminoso, pues daba rienda suelta a las pasiones. Intentó grabar la imagen en su memoria, a que no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de estar aquí.

—¿Qué dices, Amity? ¿Cabalgamos hacia Londres? O a la ciudad más cercana. No sé qué podemos hacer.

No tenía ingresos ni medios para comprar comida, tampoco para pagar cobijo. Se sentía como si fuera un miserable mendigo. La libertad que había conseguido era solo temporal. Al final, tendría que volver a la casa de su tía y a su prisión, aunque todavía tenía unas horas de independencia que pensaba aprovechar al máximo. El recuerdo del misterioso castillo regresó.

No creía ni por un momento que aquel lugar fuera maligno. Los edificios no eran más que ladrillos y argamasa. El dueño del lugar podía ser un hombre malvado, de esos había muchos, pero ella no tenía por qué entrar. Allison solo quería ver de cerca el lugar, seguramente no habría nada malo en ello.

—Además, si me meto en problemas, siempre puedes llevarme lejos rápidamente, ¿no es así, pequeña? —le dijo a la yegua, acariciándole el cuello.

Indicó a Amity que girara en la dirección en la que creía que estaba el castillo y se puso en marcha. El sol se ocultaba en el horizonte cuando el camino que seguía dobló una colina y vio el torreón a lo lejos. Se acercaba desde una dirección distinta a la anterior y pudo ver una espesa alfombra de bosque que se interponía entre ella y el enigmático edificio en lo alto de la colina. Cuando lo había visto al acercarse a la casa de su tía, le había parecido que dominaba la lejana ciudad, pero supuso que se trataba del aspecto frontal. En ese momento, se acercaba por detrás.

El cielo se oscurecía con rapidez y Amity aminoró la marcha. Con el empeoramiento de la visibilidad, no arriesgaría las patas del caballo en un bache invisible del camino. La verdad era que, a medida que se acercaba la masa oscura y aparentemente impenetrable del bosque, y el castillo se cernía sobre ella, la curiosidad de Allison iba disminuyendo. Tenía una sensación de peligro inquietante.

La alternativa, sin embargo, era volver a su cautiverio. Tía Mildred tomaría medidas para evitar que pudiera volver a escaparse en caballo y redoblaría sus esfuerzos para sacar la maldad de su cuerpo, a base de trabajo muy pesado. O algo peor.

Allison siguió adelante hasta que Amity caminó sobre una espesa alfombra de nieve y hojas muertas, bajo los árboles. A lo lejos, creyó oír el aullido de algún perro grande y se le aceleró el pulso.

—Ya no hay lobos en Inglaterra —dijo en voz alta para hacer más creíbles sus palabras—. Eso es solo un perro. —El aullido volvió y esta vez más cerca. También provenía de más de una garganta y agregó, nerviosa—: Una jauría de perros. Eso es.

La yegua resopló, como si estuviera de acuerdo con ella. Allison se encontró de acuerdo con su montura. La oscuridad bajo los árboles era absoluta y ya no había camino ni siquiera senda que seguir. El terreno se inclinaba gradualmente hacia arriba.

Desmontó y condujo a Amity por las riendas mientras tomaba con cautela un camino cuesta arriba, apartando la tenaz maleza y las ramas de los árboles.

El animal agitó las orejas al oír el sonido de los perros y sus fosas nasales se agitaron y temblaron. Allison no dejaba de pensar en la casa de su tía, en su escaso mobiliario y en sus aún más escasos pasatiempos. Le esperaban más días interminables de tareas y reuniones de oración. Una pequeña aventura, aunque fuera aterradora, era preferible a eso. Además, estaba en Inglaterra. Nunca se podía correr demasiado peligro en la campiña inglesa.

Todo lo que tenía que hacer, razonó, era subir la colina. Los árboles no cubrían la cima y podría ver el castillo. También habría un camino que bajaría por el otro lado de la elevación y que podría seguir hasta la casa de su tía. Así que perseveró, caminando hacia arriba, con los pies cada vez más fríos y entumecidos por la nieve.

Debía de haber cambiado el viento. De repente, el sonido de los perros era más fuerte y estaba mucho más cerca. Su olor también debía de ser más fuerte, porque Amity reaccionó con violencia. Se encabritó, dio zarpazos al aire y gritó asustada. Allison fue cogida completamente por sorpresa, el animal estiró con fuerza de su brazo al alzarse sobre sus patas traseras y una pezuña le rozó el hombro.

Al soltar las riendas, cayó al suelo, sin aliento por el impacto.

Algo grande y bajo pasó a su lado haciendo que Amity gritara y volviera a retroceder. Le siguió otra forma, gruñendo y ladrando. Fue suficiente para la pobre yegua que echó a correr ladera abajo y la noche se tragó el ruido de sus pasos.

Allison se apoyó sobre las manos cuando vio aparecer de la oscuridad un brillante par de ojos amarillos. Comenzó un gruñido retumbante y voraz. Apareció otro par de ojos. Luego otro. No se distinguía ningún cuerpo en la oscuridad, solo unos ojos flotantes que avanzaban lentamente y el gruñido ominoso.

Entonces, el suelo desapareció bajo sus manos. En un momento la ladera estaba detrás de ella y al siguiente estaba cayendo de cabeza. Allison gritó al rodar por una pendiente pronunciada. Algo le golpeó la nuca al caer, una rama de un tronco de árbol. Una luz blanca estalló ante sus ojos. Luego sintió como si se deslizara por una superficie lisa y plana.

Incluso rodeada de oscuridad, sentía que el mundo giraba a su alrededor. Sentía náuseas en el estómago y le palpitaba la nuca. Los ojos amarillos la seguían ladera abajo. Los ladridos de los perros eran profundos y amenazadores. Sonidos de bestias salvajes que avisan de su ferocidad. Pero Allison no podía ponerse en pie. Cada vez que lo intentaba, sus manos o pies patinaban lejos de ella.

Estaba tendida sobre hielo, un estanque o arroyo helado. Dos nuevos sonidos penetraron en la niebla que se había apoderado de ella con el dolor de cabeza. Un crujido, como el de un cristal, y la voz de un hombre, profunda e imperiosa.

—¿Hay alguien ahí? —Consiguió preguntar—. ¿Quién...?

El resto de sus palabras se ahogaron, literalmente. El hielo que había bajo ella cedió y se sumergió en una negrura glacial. El agua entró en su boca abierta y la engulló.

CAPÍTULO 7

Jason no necesitaba ver para saber qué había sido del intruso cuyo rastro habían encontrado los perros. Había oído el relincho aterrorizado de un caballo, seguido del ruido de su huida colina abajo, al otro lado del barranco. Pero los perros no habían seguido al caballo. Bajaron por el empinado barranco que dividía la colina en dos y Jason escuchó el ruido de un cuerpo que se desplomaba delante de ellos.

Quienquiera que fuese estaría herido, y se lo merecía por sus payasadas. ¿Quién había oído hablar de cabalgar por el bosque en plena oscuridad? Sin embargo, no iba a dejarle morir de frío si la caída lo dejaba inconsciente. Así que bajó por la ladera opuesta y ordenó a los perros, sin mediar palabra, que guardaran silencio y esperaran.

Sus frenéticos gritos se apagaron. El amo había hablado, sabían que había sido alertado y que se estaba ocupando del intruso. No necesitaron actuar, sino que se dispusieron a esperar la siguiente orden.

Jason se sorprendió al oír una voz femenina que atravesaba la noche.

—¿Hay alguien ahí? ¿Quién...?

Al oír el crujido del hielo, supo que, quienquiera que fuera, había aterrizado en el arroyo helado que corría por el fondo del barranco. Cuando la voz se cortó por un fuerte crujido y un chapoteo, estuvo seguro de lo que había ocurrido.

Saltó hacia delante, arriesgando sus propias extremidades mientras corría y caía por la ladera. Fuera quien fuera el loco, tenía segundos. El agua llenaría sus pulmones y su ropa lo arrastraría.

La corriente era profunda y rápida. Lo más probable era que ya se hubiera llevado a quienquiera que fuera desde la ruptura del hielo, que ya se hubiera perdido en la gélida oscuridad. Sus pies calzados se estrellaron contra el agua, rompiendo el hielo, mientras se dirigía, infalible, hacia el lugar donde había oído la voz por última vez. El agua lo envolvió hasta las rodillas, luego los muslos y después la cintura.

La corriente tiró de él, queriendo arrastrarlo bajo el hielo, pero él puso los pies y se estiró. La suerte estaba con él y con la mujer que se había caído. Tras un segundo de estirarse a ciegas, sus dedos rozaron algo que no era hielo de bordes afilados. Agarró una muñeca delgada y tiró hacia atrás. Necesitó todas sus fuerzas. La mujer era delgada pero no ayudaba. Era un peso muerto.

Jason temía haber tardado demasiado en encontrarla. Si hubiera tenido la boca abierta al entrar, el agua le habría llenado los pulmones al instante, dejándola sin aliento y sin consciencia. Probablemente, su último acto consciente había sido agarrarse a algo para evitar ser arrastrada, y el frío habría contribuido a fundir su carne con el hielo.

Con un grito de esfuerzo, arrojó la delgada figura a la orilla y se arrastró fuera del agua junto a ella. Un quejido de preocupación anunció a un perro, que olfateó la figura supina en el suelo y luego lamió la cara de Jason. Las cacerías nocturnas en las que se embarcaba con sus sabuesos eran el único momento en que se aventuraba a salir del castillo sin su máscara. A los perros no les importaba su aspecto y la noche ocultaba su desfiguración de miradas indiscretas.

Hasta ese momento. Puso a la mujer boca arriba, le buscó la cara con las manos, se agachó y

le acercó la oreja a la boca. Su respiración era muy leve y su piel estaba helada.

De repente, ella tosió. Jason la puso de lado para que expulsara el agua de los pulmones en un chorro constante.

—Estás viva. Saca el agua y no tengas miedo —le dijo en voz baja.

Estaba furioso con aquella estúpida mujer. ¿Por qué vagaba por su bosque de noche? Podría haber muerto. Si hubiera caído por el barranco unos minutos antes o después, él no habría llegado a tiempo. Pero no era el momento de recriminaciones. Se preguntó cómo proceder. No podía seguir su camino, aunque encontrara su caballo. Estaba empapada y necesitaba calor y descanso para recuperarse.

El castillo de Harcastle no tenía sirvientes a los que pudiera enviar a Areng Major en busca de ayuda. Cedric no era jinete y ciertamente no podía caminar tan lejos. Solo quedaba una alternativa. Debía llevar a la mujer al castillo hasta que estuviera lo suficientemente bien como para volver al lugar de donde había venido.

Gruñó disgustado, y los perros, que ya se habían reunido a su alrededor, se hicieron eco de sus emociones. La mujer se agitó débilmente, emitiendo sonidos asustados. Algo en él respondió a su vulnerabilidad. Se quitó el grueso abrigo y la envolvió.

—Tranquila, estás a salvo. Estos perros no te harán daño ahora que estoy aquí. Voy a llevarte a un lugar cálido y seguro. —Ella asintió, apretándose el abrigo, temblando. Jason intentó ayudarla a ponerse en pie, pero ella se tambaleó y se llevó una mano a la cabeza. La cogió en brazos mientras se desmayaba—. Maldita sea —gruñó, y emprendió el largo camino de vuelta por la ladera hacia el castillo.

Tardó casi una hora en llegar a la sombra de los muros del castillo. Se dirigió a una pequeña puerta situada en la base de una de sus torres cuadradas. Los perros le siguieron mientras subía por una estrecha escalera de caracol de piedra y luego caminaba por un pasillo con columnas, cubierto de losas, que daba a la maraña de hierbas del jardín. Aún había luz en el salón y una sombra se movía contra ella, lo que indicaba que Cedric seguía despierto.

Jason abrió de un empujón una puerta en el extremo opuesto del pasillo y siguió por otra, de paredes desnudas y polvorientas. Una puerta más adelante empezó a abrirse, dejando ver la luz de las velas tras ella.

—¡Atrás, hombre! —rugió, antes de que su empleado pudiera entrar en el pasillo desde la habitación de más allá—. ¡Cierra la puerta y espera a que haya pasado! —Llevaba la cara descubierta.

La máscara que llevaba en presencia de la gente estaba arriba.

—¿Ocurre algo? —tartamudeó el hombre.

—¡Fuera de mi vista! —bramó Jason.

La puerta se cerró y oyó que Cedric se retiraba. Esperó, con la mujer inconsciente en sus brazos cada vez más pesada. Luego cruzó la puerta en dirección a la escalera que lo llevaría a la más cercana de las muchas habitaciones vacías.

Su empleado había dejado lámparas encendidas en algunos puntos del castillo, sin conocer su geografía tan bien como él, que prefería dejar el lugar a oscuras.

Al atravesar los dorados charcos de luz, vio por primera vez a la mujer que había rescatado. Una mirada a su rostro le hizo acelerar el paso. No tenía ningún deseo de ver su reacción a su cara descubierta, si se despertaba. Era preciosa. Su piel era pálida y detectó una mancha de pecas en una nariz delicada y respingona.

Le daba una sensación de frágil feminidad que le rompía el corazón. En sus brazos, su cuerpo

se sentía esbelto. No pudo evitar preguntarse por qué estaba en el bosque de noche. Iba bien vestida, incluso empapada, se daba cuenta de que su ropa era cara y estaba bien confeccionada. Sus peores temores se hicieron realidad cuando llegó a la puerta de la habitación de invitados más cercana y los ojos de ella se abrieron.



Allison se despertó de un sueño en el que una bestia sombría y voraz la perseguía por un bosque oscuro y pegajoso. Se despertó con un grito ahogado, conteniendo un grito. En el sueño, había un rostro. ¿Era el rostro de la criatura que la perseguía? ¿O era un hombre que la había protegido de aquella bestia? El sueño se volvía borroso y se alejaba de sus intentos de atraparlo con la conciencia.

Sintió sábanas calientes a su alrededor. Había un fardo envuelto en lino bajo la ropa de cama, a sus pies, que desprendía un calor agradable. La habitación estaba iluminada por el parpadeo de un saludable fuego. Tía Mildred debía de haber cambiado de opinión sobre los males del aire caliente. Entonces Allison se sobresaltó al darse cuenta de que no estaba en la casa de su tía.

El repentino movimiento hizo que oleadas de náuseas se abatieran sobre ella. Sintió un dolor punzante en la nuca y un bulto sensible. Estaba húmedo y se dio cuenta de que le habían puesto una bolsa de hielo en la almohada, justo debajo de la cabeza. La habitación no le resultaba familiar. Peor aún, estaba desnuda bajo la ropa de cama y no recordaba haberse desvestido. Sintió pánico y recordó el ataque que había sufrido en Londres.

Su ropa estaba tendida sobre un tendedero de madera que había junto a la chimenea. A la luz del fuego, Allison podía ver las paredes de piedra desnuda y el suelo cubierto de gruesas alfombras. La cama tenía cuatro postes, pero no estaba cubierta ni tenía cortinas. Las ventanas también estaban desnudas, y los marcos y alféizares eran de piedra. Cayó en la cuenta como un peso de plomo. Estaba en el castillo de la colina.

Se preguntó si alguien la había llevado allí. Intentó descifrar sus borrosos recuerdos y estaba casi segura de que se había caído.

Luchó contra las náuseas, apartó la ropa de cama y corrió hacia la chimenea. Su ropa estaba húmeda en algunas partes, pero seca en su mayor parte. Agarró su ropa interior y gritó cuando la puerta comenzó a abrirse, apretando la prenda contra su cuerpo expuesto.

Un hombre se quedó helado en el umbral. Llevaba una bandeja de la que salía un aroma a sopa y pan. La bandeja cayó al suelo de piedra cuando sus ojos se posaron en ella. Durante un instante, se miraron fijamente.

Allison no podía ver su rostro, oculto por una máscara que solo dejaba ver los ojos y la boca. Era alto y ancho de hombros, vestía ropas oscuras que parecían tener una década, o así fuera de la moda actual. Llevaba el pelo largo y oscuro sobre los hombros, asomando bajo la máscara.

Luego se dio la vuelta.

—Lo siento. Debería haber llamado. No esperaba que estuviera despierta y, es decir..., que estuviera descansando. Tiene un buen chichón en la cabeza. Seguro que aún le hace estar inestable.

Su voz era grave y melodiosa. Allison creyó reconocerla, pero no sabía dónde la había oído antes. Tenía un suave tono escocés, aunque sintió que el recuerdo era de un sonido mucho más áspero.

—¿Dónde estoy? ¿Y quién es usted? —inquirió ella.

Se lanzó a la cama, medio cayéndose cuando sus temblorosas rodillas la traicionaron. Agarró las mantas y se envolvió en ella como si fuera una capa.

—Soy el duque de Haverton. Está en mi casa, el castillo de Harcastle. Se cayó mientras paseabas por mis bosques y la salvé de ahogarse en el estanque helado.

Allison frunció el ceño. Sus palabras removían su memoria, pero no recordaba nada concreto.

—¿Me salvó?

—Sí, estaba cazando con mis perros. Ellos la encontraron primero. Son guardianes y cazadores.

El sueño volvió a ella, un recuerdo de ojos amarillos y gruñidos.

—Hicieron retroceder a mi caballo, por eso me caí. —La memoria regresó en un instante.

—No debería haber estado allí —replicó el Duque con fiereza—. Sobre todo, de noche. No hubo respuesta a eso. No debería haber estado vagando por bosques extraños en la oscuridad, pero no estaba dispuesta a contarle a un completo desconocido todo sobre sus extraordinarias circunstancias—. No tiene acento de ser de Havenshide —habló él de nuevo, al ver que se quedaba callada.

—No soy de aquí. Estoy... de visita con mi tía Mildred.

—Ah. Una vecina mía, aunque distante, por suerte.

Allison sabía que debería defender a su familia de los insultos de un extraño, pero en el caso de Mildred no tenía ningún deseo de hacerlo.

—Bueno, le agradezco que me haya rescatado, Excelencia. Debería vestirme y ponerme en camino.

—¿De camino? —El Duque se giró a medias antes de recordar la situación y detener apresuradamente el movimiento, dándole la espalda—. Ni siquiera son las cinco. Le he traído comida, esperaba que la tomara fría. Debería descansar. Tengo conocimientos de medicina, puedo asegurarle que es lo mejor.

—Mi tía estará preocupada por mí —dijo Allison.

—Obviamente. Sin embargo, también está el asunto de la nieve. Ha estado cayendo copiosamente durante las últimas dos horas y me temo que los caminos están intransitables para mi carruaje. No me gustaría arriesgar su salud montando a caballo. Las heridas en la cabeza deben tratarse con sumo cuidado.

—¿Por qué quiere retenerme aquí? —Lo miró extrañada.

Los recuerdos de lord Cranston seguían demasiado frescos. Casi podía sentir su aliento caliente en su cuello, sus dedos en su piel desnuda.

—¡No es cierto! —replicó él de forma acalorada—. Créame que lo único que deseo es volver a mi soledad. Si necesita regresar con urgencia junto a su tía, tanto como para arriesgar su vida, váyase. Haré que ensillen un caballo inmediatamente.

Ella guardó silencio, al ver que parecía honesto en sus argumentos y miró por encima del hombro, hacia la ventana. El viento era blanco, una cortina de nieve arremolinada lo ocultaba todo a más de unos metros de distancia. En buenas condiciones, la casa de su tía debía de estar a una hora de camino. Con mucha nieve, incluso suponiendo que no se perdiera, podría tardar cinco veces más. Y arriesgar la salud de la pobre bestia al mismo tiempo.

—Muy bien. Lo que dice tiene sentido. Pido disculpas por mi brusquedad. Esto es... difícil.

El Duque soltó una carcajada.

—Sí lo es, milady.

—Mi nombre es Allison. Allison Crowley, Excelencia.

—Muy bien, Allison. Tiene mi palabra de que está a salvo dentro de estos muros. Puede irse tan pronto como se sienta capaz. ¿Puedo pedirle que se asegure de estar bien tapada?

Ella comprobó que la ropa de cama la cubría hasta la barbilla.

—Estoy decente.

El Duque se giró, miró rápidamente por encima del hombro y luego se volvió completamente hacia ella. Atravesó la habitación, se detuvo sobre la ropa que estaba secándose y el vestido. Luego levantó las manos.

—Cuando me haya ido, podrá vestirse si lo deseas. Me he ocupado de su ropa como debe hacer un caballero.

—¿Lo ha hecho? —Allison abrió mucho los ojos—. ¿Usted, me ha desvestido?

—Lo he hecho. Con los ojos cerrados, lo juro. Aquí no hay sirvientes. No hay nadie que ayude y su ropa estaba empapada. Temía por su salud si la dejaba con esas cosas mojadas.

Casi tartamudeaba, de repente parecía inseguro de sí mismo. Allison se sintió expuesta, como si de pronto le hubieran arrancado la ropa de cama. No obstante, sintió una pequeña y rebelde emoción. Aquel hombre era misterioso e indudablemente fuerte. La idea de sus manos sobre su piel desnuda no le resultaba repulsiva, aunque aún no le hubiera visto la cara.

El sueño escandaloso del carruaje volvió a ella, o más bien se presentaron atisbos de él. Allison levantó las piernas bajo las sábanas, apretándolas con más fuerza. Sabía que estaba ruborizada. La idea de que él pudiera ver de algún modo sus pensamientos hizo que el rubor fuera más profundo.

—Comprendo. Creo que, si sus intenciones fueran deshonrosas, ya habrías hecho algo.

Sus ojos se encontraron con los de ella. Eran oscuros y, de algún modo, la máscara los hacía más expresivos. No quiso preguntar. Para que un hombre inventara un medio tan extraordinario de ocultar su rostro, debía de haber una buena razón. A Allison le pareció que interesarse por qué llevaba máscara era poner de relieve alguna deformidad o dolencia de la que se avergonzaba. Eso sería cruel.

Además, a ella no le importaba. Había ido en busca de aventuras. Una última aventura antes de que las fauces de su prisión se cerraran con fuerza sobre ella. Y sin duda la había encontrado.

CAPÍTULO 8

Summer cantaba para sí misma mientras trabajaba. Llevaba el pelo largo y oscuro, recogido con un pañuelo de lino. Su rostro ovalado estaba limpio, al igual que su cuerpo. En las dos últimas semanas se había bañado todos los días, mucho más de lo que lo había hecho en toda su vida. Descubrió que disfrutaba de la sensación de limpieza y de la creciente sensación de buena salud. O, al menos, de una mejor salud. La vida entre los muros de la Fundación Revenant era cómoda, sin duda mejor que en los callejones y callejuelas de Whitechapel.

—Pareces contenta, Summer. —El reverendo Adams entró en la habitación con un par de gafas en la punta de la nariz y un libro abierto en las manos.

A ella le habían encomendado la tarea de barrer y luego fregar el suelo de una de las salas de reuniones más grandes de la Fundación. Como todas las estancias del edificio, sus paredes eran blancas y el suelo estaba desnudo pero limpio. Las ventanas estaban esmeriladas, pero dejaban entrar una luz brillante y pálida, blanqueada por el resplandor de la nieve. Los techos de todas las habitaciones de la planta baja eran altos y también estaban pintados de blanco.

La sala estaba decorada con un gran crucifijo pegado a una pared con un atril debajo. En una esquina había sillas apiladas y una alfombra colgaba sobre el alféizar de una ventana entreabierta. A través del hueco, Summer podía ver el patio de la parte trasera del edificio, que daba a la fachada en blanco de ladrillo de los edificios de la calle de al lado.

Prefería aquella vista a la de la calle Buckle. Persistía el temor de ser vista a través de una de aquellas ventanas por alguno de los miembros de la banda de Los Huesos.

—Sí, gracias, señor. Me alegro.

Adams sonrió.

—No pertenezco a la alta jerarquía de la iglesia, Summer. Con eso quiero decir que no creo en la diferencia de categorías que la separa del pueblo. Me llamo Daniel.

Summer se sonrojó, bajando la mirada con timidez. No sabía exactamente a qué se refería Daniel, pero se sintió muy complacida de que le permitieran tutear a un caballero.

—Gracias, Daniel. Creo que nunca he tuteado a un hombre de tu clase.

—La clase o el rango no tiene sentido. Solo es una construcción humana, diseñada para mantener a ciertas personas en el poder y a otras en la sumisión —le explicó él, sonriendo.

Realmente era muy guapo, sobre todo cuando sonreía.

Summer había crecido en Whitechapel, trabajando en las curtidurías. Los hombres con los que se había criado no eran guapos. Eran desaliñados y sucios. Para algunos, se trataba solo de una condición física, como su padre. Su piel podía estar sucia por su trabajo en los muelles, pero su corazón era puro. También lo había sido su marido, Tomy, arrebatado por un incendio en la fábrica en la que trabajaba.

Los hombres limpios habían sido los que entraron en Whitechapel con la suciedad en el corazón. Primero su padre y luego su marido la habían protegido de aquellos hombres mientras otras mujeres, sin otros medios para alimentarse, acudían a ellos. Pero Daniel estaba limpio de cuerpo y corazón. Y sus maravillosos cimientos la habían salvado de convertirse finalmente en

una de esas mujeres caídas en desgracia.

—¿Qué es eso que estás leyendo, si no te importa que te lo pregunte, señor... quiero decir, Daniel? —Siguió barriendo mientras hablaba, deseosa de no perder ni un momento que podría estar trabajando duro para ganarse su puesto allí.

—El descanso de mi alma. La Biblia es la Palabra de Dios, pero traducida por la mano del hombre con poesía. Es verdaderamente divina.

—Suena maravilloso. ¿Puede la lectura realmente traer tanta paz?

—¿No lo sabes? —Daniel se detuvo y se golpeó la frente con el talón de la mano—. ¿Qué estoy diciendo? No sabes leer.

—No. —Summer lo miró, sin detectar ninguna crítica en su voz.

Era consciente de su carencia y de cómo debía de quedar ante un hombre culto como él. Pero se negaba a sentirse menos por no haber recibido educación. Esas cosas estaban fuera de su alcance. No le cabía duda de que sus conocimientos sobre cómo sobrevivir en las peligrosas calles londinenses eran muy superiores a los de Daniel, aunque Tony, *El Rompedor*, la había pillada desprevenida.

—Lo digo como una afirmación. No te juzgo —se apresuró a decir él.

Había tanta preocupación en su rostro que ella sonrió. Aquel hombre se preocupaba de verdad por sus sentimientos; era un concepto nuevo y bienvenido.

—Lo sé, Daniel. Si creyera que me estás juzgando, te vaciaría ese cubo de ahí en la cabeza y no me verías más el pelo.

Su nivel de comodidad con el vicario crecía por momentos, por lo que se le escapa su acento nativo y dejaba caer las h a medida que hablaba.

—Y me lo merecería. —Se echó a reír.

Summer también comenzó a reírse. Daniel tenía los ojos azules y brillantes, la cara alegre y llena de emoción.

—No he recibido educación alguna, excepto cómo arreglárselas en un lugar como el de ahí fuera —explicó ella, regresando a la faena con la escoba.

—Iris me ha dicho que no has puesto un pie fuera del edificio desde que te traje aquí.

—Es simpática, me cae bien —aseveró Summer.

Iris era una dama bien nacida, pero con un dominio de la jerga callejera que rivalizaba con el de cualquier estibador que hubiera conocido. Su lenguaje sencillo y su rostro amable habían hecho que se encariñara con ella casi tanto como con Daniel.

—¿Por qué no quieres salir? —se interesó él.

—Le debía dinero a alguien, soy viuda y mis padres también han muerto. Y no se debe dinero a la banda de Los Huesos por mucho tiempo, antes de que te hagan pagar. Si no te hubieras cruzado conmigo, eso es lo que estaría haciendo ahora.

—Bueno, por supuesto que estás a salvo aquí. Si se trata de dinero, puedo saldar cualquier deuda que tengas con... quienquiera que sea —sugirió Daniel.

—¡Oh, no! No puedo permitir que hagas algo así. Solo déjame ganarme el sustento. Ya... Ya encontraré la forma de pagar mis propias deudas —concluyó de forma apresurada.

—Uhm. Bueno, no puedes quedarte encerrada aquí para siempre. Creo que me servirías de ayuda en mi trabajo, pero eso implicaría salir eventualmente de estas cuatro paredes.

—Bueno... yo... —Summer frunció el ceño y se mordió el labio.

La idea le aterraba. Daniel la había salvado una vez, pero había tenido suerte porque había pillado a Tony desprevenido. Era un hombre normal, y ella no lo veía a la altura de los que

mataban sin vacilar y se olvidaban de ello antes de que el cuerpo cayera al suelo.

Al ver que seguía callada, Daniel trató de tranquilizarla:

—No nos detengamos en eso. Si pasas el próximo año en esta casa sin poner un pie fuera, que así sea. Creo que nuestra prioridad debería ser enseñarte a leer. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo —repuso más animada—. ¿Serás tú el que me enseñe?

—Sí, me gustaría mucho. Demos la primera clase después de cenar, ¿vale? Mientras tanto, sigue trabajando así de bien, y no te preocupes por el mundo de ahí fuera. Dios vela por ti, Summer. Por cierto, es un nombre poco corriente, ¿de dónde viene?

—Mi padre me dijo que nací en pleno verano. —Se encogió de hombros.

—Bueno, es con diferencia mi estación favorita, así que está bien elegido —advirtió él en tono alegre y salió de la habitación, silbando la melodía del himno que Summer había estado cantando cuando entró.

Ella reanudó su canto, barriendo con nueva energía y satisfecha. Mientras trabajaba, se tiraba inconscientemente del cuello del vestido, subiéndoselo para ocultar la oscura marca de nacimiento que manchaba su hombro izquierdo.

CAPÍTULO 9

El castillo de Rengmoor era el lugar más fascinante e intrigante que Allison había conocido. Se había permitido descansar durante un día y una noche, con bandejas de comida que periódicamente le traía un galés cojo llamado Cedric. Cuando se sintió más recuperada, se dispuso a explorar algo del lugar en el que había sido huésped. Su intención inicial fue buscar a su anfitrión, darle las gracias y organizar su regreso a la casa de su tía.

Pero no lo encontró. Tras una hora de deambular por pasillos de piedra, escaleras estrechas y habitaciones polvorientas y deshabitadas, llegó a la conclusión de que el Duque había dicho toda la verdad. Por increíble que pareciera, realmente no había sirvientes en el castillo. De hecho, parecía que solo estaban ella, el Duque y Cedric. Mirara donde mirara, había abandono y la erosión de los años.

La fortaleza era un lugar triste en ese sentido, pero interesante, al fin y al cabo. Finalmente recurrió a gritar. Al principio, su voz resonaba con un eco inquietante en los muros de piedra, lo que le hizo dudar de si alzarla o no. Superada aquella timidez, gritó más fuerte. En algún lugar del castillo se oyeron ladridos de perros, que la estremecieron. Seguramente se trataba de las bestias que la habían aterrorizado en el bosque.

Llegaron en una marea negra, cayendo por una escalera hacia ella. Para saltar y retozar con la lengua suelta. Uno de ellos incluso se revolcó, invitando a que le rascaran el estómago.

—Me han visto aceptar su compañía. Por lo tanto, ellos también la aceptan. —La voz del Duque procedía de una escalera que descendía por un arco de piedra.

Subía peldaños, saliendo de la oscuridad iluminada solo por la luz de las velas. Como antes, su rostro estaba cubierto por una máscara. Allison se preguntó qué podía ser tan malo para que lo ocultara así.

—Me alegro. Me gustan los perros, pero son intimidantes.

Él dio una orden y los animales corrieron a su lado, arremolinándose a su alrededor y quedando detrás, mientras avanzaba hacia la habitación.

—Eso ya no pasa cuando te conocen. Veo que se encuentra mejor.

—Mucho, gracias. Y gracias por su hospitalidad. He estado echando un vistazo a este asombroso lugar. Nunca he estado en ningún sitio así.

El rostro enmascarado miró hacia arriba y alrededor.

—Supongo que en eso es único. Muy antiguo. Estaba a punto de almorzar, ¿le apetece acompañarme?

Allison sonrió.

—Estoy famélica. ¿Prepara usted mismo la comida? Recuerdo que mencionó que no hay sirvientes.

El Duque se dio la vuelta y la acompañó fuera de la habitación.

—Cedric y yo la preparamos. El que esté libre para hacerlo en ese momento. Él está ahora ocupado en un trabajo del que preferiría no distraerlo. Así que me toca a mí proporcionarle el sustento. No es nada suntuoso, solo algunos alimentos fríos.

Condujo a Allison a través de una sucesión de habitaciones y pasadizos hasta que llegaron a una cocina cálida y bien iluminada. Sobre la mesa había pan, queso y carne cocida. El Duque cogió un puñado de carne y lo arrojó a través de una puerta a un patio que había más allá. Los perros la persiguieron alegremente.

Tomó asiento y Allison se sentó enfrente. A pesar de su rostro enmascarado, el duque hablaba abiertamente, por lo que Allison sintió el impulso de corresponderle.

—Mi tía me advirtió que me alejara de este lugar. Dijo que era maligno. Debo añadir que es una metodista muy devota —añadió a modo de explicación.

—Esto provoca una reacción extrema. —Él señaló la máscara—. La mayoría tiene miedo, incluso algunos toman la deformidad física como un signo de corrupción moral. A mí no me importa.

—Le importa lo suficiente como para ocultar su rostro —advirtió Allison con valentía.

—No me importa ver las repetidas reacciones de asco de todos los que me ven por primera vez.

—No me entrometeré. —Se encogió de hombros—. Está claro que es un buen hombre, dadas sus valientes acciones. Cedric me contó lo peligroso que puede ser ese arroyo. Podríamos haber muerto los dos.

El galés había sido muy amable, sentándose junto a su cama para compartir té y charla. Como había comprobado a menudo, aquellos que provenían de un origen humilde eran más abiertos al hablar. Al fin y al cabo, ella misma era una plebeya que había nacido en el seno de una familia rica.

—Actué sin pensar —justificó él—. El instinto me dominó.

Allison dio un mordisco al queso y el Duque le sirvió agua de una jarra de barro.

—Es usted el primer Duque que conozco que no está muy involucrado en la sociedad —dijo después de beber un trago de agua—. ¿Es por su... condición?

—¿Ha conocido a muchos Duques?

—Algunos, no muchos. Yo vivía en Londres antes de ser... exiliada.

—¿Exiliada?

Él aún no había comido ni bebido nada. En ese momento lo hizo, casi como olvidando su reserva.

—Creo que fui la primera en hacer una pregunta. —Allison sonrió.

El Duque le devolvió la sonrisa, moviendo los labios.

—Sí. Aunque pronto me sumergiré en la sociedad. Recientemente he descubierto que tengo una hermana. Deseo encontrarla y para ello debo ir a Londres. Ahora le toca a usted, ¿es una exiliada?

Tanto interés. Aquel hombre podría ser el personaje de una novela y haber sido escrito para atraerla. Un Duque misterioso, viviendo en un castillo sombrío. Un hermano buscando a su hermana. Y además valiente. Allison sintió que se ruborizaba y escondió la cara en su taza.

—Me enviaron a quedarme con mi tía después de... —vaciló.

Le había asegurado al Duque que no lo juzgaba por su impedimento. Pero se preguntó sí él la juzgaría a ella igual que su propia madre. Como su tía Mildred. Como todos. Descubrió que no quería que aquel hombre la juzgara. Lo que era extraño dado que apenas lo conocía. Pero había algo que la atraía, que la hacía querer saber más.

Él esperó pacientemente, jugueteando con su propio vaso de agua mientras la observaba. La intensidad de sus ojos la estremeció, produciendo reverberaciones en todo su cuerpo, excitación

y cosquilleo. Verety habría querido ver el rostro bajo la máscara, antes de mantener una conversación como aquella. Pero ella descubrió que no le importaba. El personaje que estaba descubriendo era guapo, y eso no tenía nada que ver con su aspecto.

—Me atacaron —continuó—. Un hombre decidió que tenía derecho sobre mi cuerpo, sin importarle lo que yo sintiera al respecto. Luché contra él y luego me encontré con que me culpaban. Tachada de... libertina. Y enviada con mi tía Mildred para salvar mi alma.

Allison no pudo evitar aplicar generosas cantidades de desprecio a aquella última afirmación.

—Esos hombres son peores que los insectos —gruñó él—. Si descubriera que algo así le ha ocurrido a mi hermana, mataría al desgraciado que la tocó. —A Allison se le apretó el estómago, con mariposas jugueteando en su interior. No por la idea de violencia, sino por la sugerencia de que él habría actuado de forma similar para protegerla, de haber estado presente. Se dio cuenta de que nunca se había sentido tan importante. Para nadie. Ni siquiera para su padre. Él la sacó de sus pensamientos con su voz aterciopelada—: Bueno, si su tía es una persona así, entonces puede preocuparse un poco más. Siéntase libre de quedarse en mi casa todo el tiempo que quiera, Allison.

El sonido de su nombre en sus labios hizo que ella se sintiera casi mareada por la emoción. Al igual que el repentino ofrecimiento de hospitalidad. Sabía que en algún momento tendría que volver, aunque solo fuera para comunicarle a tía Mildred que se encontraba bien. Pero le complacía saber que era bienvenida en el castillo.

—Gracias, Excelencia.

—Me llamo Jason. Cedric se dirige a mí por mi título, pero... no quiero eso de usted. Si se siente cómoda, por favor, use mi nombre.

—Gracias, Jason —repitió ella, dándose cuenta del giro estaba tomando aquella aventura.

—¡Tom! ¡Aquí, muchacho! ¡Ven a buscarlo!

Allison llamó entusiasmada al sabueso de color canela y negro que se había convertido en su favorito. Llevaba unas botas nuevas y un vestido de color gris y negro con las mangas y el cuello forrados de lana para mayor abrigo. Su abrigo también estaba forrado de piel y era nuevo, como toda su ropa. El cielo estaba despejado y la nieve crujía con las pisadas. Caminaba por la ladera, teniendo que levantar los pies a cada paso para atravesar el paisaje nevado.

Tom jugueteaba a su alrededor, sacando la lengua y moviendo la cola. Casi le llegaba a la cintura, pero había aprendido que era un gigante amable. Y parecía considerarla una muñeca de porcelana que necesitaba protección. Cuando Jason la acompañaba a dar un paseo por las colinas que rodeaban el castillo, el can rara vez se separaba de ella. A menos, por supuesto, que fuera para jugar a su juego favorito de buscar el palo.

El Duque caminaba a grandes zancadas por la nieve, levantando un fino polvo a su alrededor mientras avanzaba. El resto de la manada seguía a su amo. Allison no entendía cómo había podido considerar aquellas colinas melancólicas o el castillo aterrador. Ambos se habían convertido en símbolos de su nueva libertad.

—Espero no retrasarle en su búsqueda —dijo después de arrojar el bastón y hacer que Tom se precipitara por la ladera.

—No podemos irnos hasta que amaine la nieve.

Allison se mordió el labio, viendo a Tom correr hacia ella con su premio. Había una pregunta

que evitaba hacer, una pregunta no formulada, pero muy fuerte. Pensó que él era consciente de ello, Jason parecía muy perspicaz. Mientras se inclinaba para arrancar el palo de la boca de Tom, se armó de valor para hacerla.

—¿Puedo viajar con usted?

La cabeza enmascarada se volvió hacia ella. El blanco de la ladera era tan puro y brillante que hacía que las habituales ropas negras de Duque parecieran aún más oscuras. Ella se encontró con su mirada mientras Tom se sentaba sobre sus ancas, esperando la siguiente persecución.

—En Londres, su presencia en mi casa sería un escándalo. Su reputación quedaría destruida.

—Ya lo está. Me han juzgado. Entonces, ¿qué tengo que perder?

—No me gusta la idea de que mancillen su nombre por mi culpa. Yo estoy acostumbrado, después de todo, soy el duque Enmascarado. La Sombra. Condenado a tener este aspecto por mi corazón negro.

Tom se marchó, y Allison lo siguió a pisotones.

—¿No está sufriendo aquí mi reputación? La gente del pueblo pronto sabrá que estoy en su castillo. ¿Qué más da?

Jason hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—¿A quién se lo van a decir? A nadie le importan las opiniones mezquinas de la gente provinciana. Londres es diferente. Algún día pensará en casarse, ¿verdad?

Superaron una subida y ante ellos se extendía un bosque de hoja perenne enclavado en un pliegue de la ladera.

Un manantial, procedente de una colina a la derecha, abría una zanja en la nieve y corrían entre los árboles. Los perros iban delante, olfateando las huellas en la nieve y llegando hasta la línea de los árboles, mirando a menudo hacia atrás en busca del permiso de su amo para continuar.

—Sí, siempre lo había pensado —admitió Allison—. Mis padres se casaron porque mi padre era rico y mi madre pertenecía a una familia con título. Yo siempre había querido casarme por algo más significativo.

—Son buenas razones para casarse. Ambos se benefician y, si elige bien, su marido será alguien que le guste de verdad. Un hombre de buen humor o intelecto.

—¿Y el amor? —inquirió ella en voz baja.

—¿El amor? No lo conozco, pero he visto muchas relaciones fundadas en la necesidad y no peores por ello. Sin embargo, nos estamos desviando del tema. Si eres un paria, es imposible encontrar pareja. ¿Y si sus padres la han aislado como castigo?

Bajaban hacia los pinos, los perros desaparecían entre las sombras. La escena era indeciblemente hermosa, el verde oscuro de los árboles en contraste con el blanco de la nieve y el azul del cielo. Allison sintió un impulso irrefrenable de pintarla y de incluir al hombre alto y moreno que tanto cautivaba su imaginación. Imaginaba cosas así cada vez que él hacía una pausa en la conversación, o cuando se callaba al ver que la charla derivaba hacia su vida.

—No había pensado en eso —advirtió ella con tristeza, sintiendo como si el pragmatismo de sus palabras estuviera estropeando de alguna manera el día.

—Lo siento. No pretendía entristecerla. Pero debemos vivir en el mundo real.

—¿Debemos? —Lo miró con fijeza—. El mundo real para mí es la esclavitud a las ideas de moralidad de mi tía. Gente que me desprecia. ¿No puedo quedarme con usted?

Los árboles se alzaban en lo alto. Bajo sus ramas, el bosque estaba sombreado y el suelo, marrón por las agujas caídas, parecía blando y seco. El arroyo chispeaba entre los árboles y los

rayos de sol lo reflejaban. La resina de pino era densa en el aire, un aroma embriagador.

Jason se detuvo entre las sombras, sacudiendo lentamente la cabeza. No parecía una respuesta a su pregunta. Más bien parecía una discusión que mantenía consigo mismo.

—No sabes lo que me pides —dijo finalmente, tuteándola—. Si lo entendieras, no querrías ser mi compañera. ¿No preferirías estar con gente de tu edad? ¿Gente completa en mente y cuerpo?

—El cuerpo es solo un recipiente para la mente. Cedric sería el hombre más guapo que he conocido, por su naturaleza bondadosa y la compasión que me ha demostrado.

—¡Ah! —Él levantó un dedo como marcando un punto anotado—. Lo sería. Quieres decir que no lo es. ¿Y por qué? Porque, como dice el bardo: «no está para hacer comparaciones».

Allison sintió un relámpago de ira, plantando los puños en las caderas.

—¿Y te he dado algún motivo para creer que sería tan superficial? —Lo tuteó de la misma manera que él—. ¿Te he preguntado por qué decides ocultar tu rostro? ¿O me he preocupado únicamente de conocer al hombre? Si te apresuras a suponer que yo te juzgaría solo por la apariencia, tal vez no seas el hombre que yo creía. —Giró sobre sus talones.

Tom atravesó los árboles con las orejas gachas y la cola gacha. Percibió la angustia de su antiguo amo y su nueva ama. Por un momento, pareció dividido, pero decidió seguir a Allison.

Caminó tan rápido como le permitía la nieve, con los ojos llenos de lágrimas. Tal vez el Duque había sido producto de su imaginación, ideado para llenar el vacío dejado por la máscara que llevaba.

¿Cómo podía un hombre estar a la altura de sus fantasías? Era injusto por su parte esperar eso de él.

Algo en la nieve se enganchó en su pie y cayó pesadamente de rodillas. Oyó que Jason se acercaba para ayudarla y se puso en pie.

—Déjeme en paz, por favor, Excelencia. —Trató de mantener las distancias al hablarle de nuevo de usted.

Él la agarró con fuerza por el brazo y tiró hacia arriba para levantarla con suavidad. Se oyó un crujido de telas y algo negro cayó sobre la nieve a sus pies. Con un grito ahogado, Allison se dio cuenta de que era su máscara. Dejó de sostenerla por el codo y le dio la opción de seguir caminando o darse la vuelta y mirar.

CAPÍTULO 10

Jason observó cómo la valiente joven se alejaba a grandes zancadas, encendida su ira por sus suposiciones casuales. Al principio, pensó que era lo mejor, que debía dejarla marchar. Solucionaría sus problemas y encontraría marido. Aunque, también imaginó que él sería un buen partido, que con el tiempo podrían aprender a quererse. O tal vez a contentarse con la compañía del otro. ¿Qué más se podía esperar de la vida?

Ella tropezó y Jason se encontró moviéndose antes de ser consciente de ello. Verla necesitada de ayuda fue demasiado. No pudo contenerse. Con el corazón acelerado y la respiración agitada, llegó a su lado y la agarró por un brazo. Allison trató de soltarse, pero él la sujetó, no muy fuerte como para hacerle daño, solo para sostenerla en su sitio. Con la mano libre, levantó la máscara ceñida que llevaba sobre la cabeza y la arrojó al suelo, a sus pies.

De repente, notó el aire helado en su piel. Nunca había tenido el rostro tan expuesto a la luz del día. Sintió como si hubiera desnudado su pecho ante ella para que le clavara un cuchillo en el corazón. Si Allison decidía blandir ese cuchillo, deliberadamente o no, no sabía si tendría fuerza para resistir el golpe.

Ella se volvió hacia él. El movimiento pareció durar una eternidad. Cuando lo hizo, miraba hacia arriba y hacia delante, no hacia abajo. No tuvo la sensación de que se preparaba para impresionarse. Era como si comprendiera la importancia de que se hubiera quitado la máscara y se giró sin miedo a lo que vería.

Ese gesto le atrajo de ella y la hacía una mujer única, extraordinaria; aunque se sintió viejo y torpe en su presencia.

Allison lo miró a la cara y sus ojos se encontraron. El rostro que vio era apuesto, no solo guapo. Sus pómulos eran altos e inclinados, el aspecto exótico de un príncipe oriental. Su nariz era aguileña y regia, y su barbilla fuerte. Apretaba los labios carnosos por la ansiedad, pero no podía ocultar la perfección de su boca.

El aspecto que había mantenido oculto era una mancha que le cubría el lado izquierdo de la cara, llegaba hasta el ojo derecho y se derramaba por la mejilla derecha. Era completamente negra. En contraste, la piel que no había tocado era de un blanco pálido. Sus cejas y su pelo eran oscuros, al igual que sus ojos. Parecían más claros sin la máscara, de un color avellana con matices caoba, pero con motas doradas.

Una cicatriz le recorría desde la sien derecha, por delante de la oreja, hasta la mandíbula. Era una línea pálida, descolorida por la edad, y su presencia hacía que la piel que la rodeaba pareciera aún más negra.

Allison se quitó los guantes, los dejó caer al suelo y trazó con delicadeza línea de la cicatriz.

—Supongo que tiene una historia triste —sugirió—. Debió ocurrirte cuando eras joven. —Volvió a tutearlo.

—Un intento en mi juventud de eliminar la mancha. —La voz de Jason estaba cargada de emoción.

—Oh, cielos, pobre muchacho. ¿Qué te llevó a hacer eso? —Los ojos se le llenaron de

lágrimas.

Él tomó su mano con ternura y le besó con suavidad la palma. Después la dejó contra sus labios y cerró los ojos.

—El deseo de un momento como este. Poder tocar a una mujer hermosa y ser tocado. Saber que sus ojos no muestran rechazo ante el color de mi piel. Saber que ella ve al hombre, no la deformidad. Cuando tenía catorce años, me harté de ser un marginado. Las cicatrices parecían algo común y prefería tener cicatrices a esta mancha.

—Yo veo al hombre. Y cuando llevabas esa máscara, seguía viendo al hombre. No la tela. Y no veo la piel manchada, veo un rostro hermoso. El hombre más guapo que he conocido.

Tuvo que ponerse de puntillas para presionar sus labios contra los de él, pero solo por un momento. Al instante siguiente, la abrazó por la cintura, dejando sus pies colgando en el aire.

Ella le echó las manos al cuello y enredó los dedos en su pelo largo. Tom los rodeó, saltando y ladrando, y pronto se le unieron sus compañeros de manada que lo imitaron, mientras sus amos humanos se besaban; sin entender el gesto, pero sintiendo que se había resuelto una crisis.

Allison sintió que la cabeza le daba vueltas. El sonido de los perros, la sensación del aire frío, todo giraba alrededor. Solo quedaba la sensación de sus labios, apretándose contra los suyos, y su sabor embriagador. El placer le encogió el estómago y sus piernas temblaron. Cuando por fin sus pies volvieron a tocar el suelo, le faltaba el aire para hablar.

La miró y sonrió. Era muy guapo, extremadamente atractivo, y el éxtasis líquido que corría por sus venas ante su contacto no disminuyó cuando se apartó, manteniéndola a un brazo de distancia.

—Debería haber preguntado... —Dudó.

Allison solo pudo negar con la cabeza. Él no necesitaba preguntar. Su extrañeza la había seducido y su belleza la había unido a él, aunque desconocía qué efecto tendría ella en él. Incapaz de articular palabra, se acercó, lo abrazó por la cintura y se apretó contra él.

Jason respondió con su propio abrazo y oyó su aliento escaparse en un suspiro de estremecedor placer.

Ahí estaba su respuesta.

CAPÍTULO 11

La nieve había dejado de caer, pero el frío glacial la mantenía en el suelo. Daniel sabía que aquella era una preciosa época del año, tanto en la ciudad como en el campo. Pero más allá de los límites de la capital londinense, hacia el este, más allá de Aldgate, hacía tiempo que el blanco inmaculado se había convertido en un gris turbio.

Miles de pies, calzados y descalzos, animales y humanos, habían agitado el barro helado del suelo, incluso las ruedas lo hacían volar. Caminó por un lodazal de aguanieve y dio gracias a Dios por sus resistentes botas, aunque no pudo evitar sentir una dolorosa compasión por los que veía en aquellas calles, sin ropas de abrigo e indiferentes al frío.

El gris era el color de su mundo. Cielos del color del plomo. Edificios negros y sombríos. Ni siquiera su propia luz en aquel lugar de mala muerte escapaba a él. La penumbra reinaba incluso durante el apogeo del día. Los sonidos que le llegaban alimentaban sus oscuros pensamientos. Gritos de gente desesperada que veían sus ropas bien confeccionadas y suplicaban por una moneda.

En aquellas expediciones, siempre llevaba un puñado de chelines. Si era grande, podría acabar manchando la nieve derretida con su sangre. Si era pequeño, lloraba por no poder ayudar más a los necesitados. Incluso podría encontrar a otro pobre desgraciado en el camino de vuelta, como ocurrió cuando encontró a Summer.

El personal de la Fundación se burlaba de que recogiera niños abandonados, él lo sabía. Había muchos a los que no les importaban aquellos jóvenes. También lo sabía. Pero la Fundación necesitaba voluntarios y no podía expulsarlos, aunque carecieran de su compasión y empatía.

Limehouse era un laberinto de callejones y callejuelas. La luz nunca penetraba del todo en sus recovecos. Daniel se dirigió con la facilidad de un vecino a un lugar concreto que daba al ruidoso tramo del Támesis, conocido como Limehouse Reach. Allí, el hedor de las aguas residuales y la basura espesaban el aire procedente de las numerosas fábricas y curtidurías de aquella parte de Londres.

Se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Fuertes escalofríos le recorrían el cuerpo mientras la camisa se le pegaba a la espalda empapada de sudor. Le dolían los huesos constantemente. Se estaba muriendo. Al menos así era como se sentía, como imaginaba que se sentiría. Aquella sensación fue la que lo empujó a aquel lavadero supurante, como había hecho muchas veces antes. Más tarde, la culpa sería aún más poderosa que la sensación de enfermedad. Le carcomería el alma.

En ese momento, el dolor se había apoderado de él y solo una cosa podía aliviarlo. Daniel sabía que su camino había sido observado por algo más que la gente de Limehouse. Unos ojos decididos habrían seguido su progreso y, para cuando llegara al río, ya le estarían esperando.

Se asomó a un muelle en ruinas, donde el agua negra y espesa bañaba unos pilotes de madera podrida. A la izquierda había un barco anclado y atado a varios de aquellos palos. Se alzaba por encima del muelle, con sus maderos negros como la brea.

Una precaria pasarela se elevaba en un ángulo pronunciado desde el muelle hasta la cubierta. Daniel sintió una punzada de dolor en el pecho que se apoderó de sus pulmones, vaciándolos de aire y doblándolo.

Tosió y, cuando se enderezó, tenía delante a un hombre que golpeó su rostro con un puñetazo con la fuerza de una roca al caer. Quedó aplastado, con la cara rebotando contra la piedra helada del muelle. Una patada en el estómago lo levantó y le hizo rodar sobre la espalda. Mirando hacia arriba con ojos borrosos, vio una bota levantada para pisotearle.

—¡Alto! —rugió una voz grave de hombre desde arriba.

Daniel se había hecho un ovillo para protegerse sobre las mugrientas tablas del muelle. Se quedó mirando hacia el armatoste negro anclado y vio a un hombre que descendía por la pasarela. Llevaba un abrigo largo y negro de cuero encerado y un sombrero alto.

Un espeso bigote le ocultaba la boca, pero Daniel sabía que unos ojos oscuros y entrecerrados lo miraban desde el fondo, ojos que brillaban bajo el ala del sombrero. Se movía con una gracia ágil que disimulaba una estructura poderosa.

—Ese hombre tiene monedas para nosotros. Y más por venir. Pero no pagará ni un penique si está muerto.

Daniel miró a su atacante y reconoció al hombre del que había rescatado a Summer.

—Pero, Tom... —empezó. —Luego lanzó una mirada a Daniel y miró a los hombres que se habían reunido a su alrededor, de modo que cerró la boca.

Él permaneció donde estaba, resollando, mientras comprendía lo que había hecho callar a su atacante. Admitir que un clérigo flaco, de menos de la mitad de su tamaño, lo había tomado por sorpresa y le había dado una paliza habría sido una admisión perjudicial.

Hans se acercó y Daniel vislumbró una hoja larga y delgada que caía de una manga, a su mano izquierda. Entonces, se puso a la altura del atacante de Daniel, giró y le clavó el cuchillo. Este clavó los ojos en su jefe, mientras se doblaba y luego se deslizaba hacia atrás por la hoja hasta caer al suelo.

Tom se inclinó hacia él y le habló de forma amistosa.

—Verá, no he llegado hasta donde estoy dejando que mis hombres vayan por ahí asesinando a mis clientes. Así que siento que le haya pasado esto, viejos amigos y todo eso, pero así son las cosas.

Por un momento, observó al moribundo con gesto desapasionado. Luego carraspeó, escupió y se volvió para mirar a Daniel. Había asesinato y rabia controlada en aquellos ojos oscuros, a pesar de su tranquila apariencia exterior.

—¿Necesita más? —le preguntó. Daniel asintió, poniéndose a cuatro patas. Hans se acercó y le tendió una mano. Era ancha y sucia, con las uñas negras y la mugre profundamente arraigada en los pliegues de la piel. La fuerza que lo impulsó a ponerse en pie al agarrarse fue irresistible y lo dejó frente a frente con él—. ¿Alguna razón por la que uno de mis lugartenientes sintiera la necesidad de intentar matarle, reverendo?

—¿Me confundió con otra persona, tal vez? —Negó con la cabeza mientras procuraba mostrar más confianza de la que sentía.

Se alegró de que el hombre no hubiera querido quedar mal ante el resto de la banda. Sospechaba que si aquel tipo se enteraba de dónde estaba Summer, exigiría que se la entregaran.

Una nueva punzada de náuseas provocadas por el dolor sacudió su cuerpo y el estremecimiento que lo recorrió fue difícil de disimular. Apretó la mandíbula, pero no pudo hacer nada contra el sudor que sentía brotarle de la frente.

—Uhm, tal vez —decidió Hans—. ¡Traigan la medicina del Reverendo!

Un hombre que llevaba una bolsa de cuero se acercó cojeando por detrás. Hans extendió una mano sin apartar la vista de Daniel, la agarró por las asas y la levantó delante de su cara.

—Gracias. —Daniel la sujetó con fuerza, pero no consiguió arrebatársela.

—Me han dicho que una joven que nos debe dinero se ha dado a la fuga. Tony la estaba buscando. Tiene una marca de nacimiento negra en el hombro y se hace llamar Summer. Sé que le gusta mezclarse con los desgraciados de este barrio. ¿La ha visto?

Daniel frunció el ceño, pensativo, y luego negó con la cabeza.

—Nadie con ese nombre ha entrado en la Fundación. Preguntaré a mi personal si alguna de las mujeres que han visto lleva una marca de nacimiento. ¿Negra, dice?

Por un momento, pensó que había exagerado. Aquellos ojos oscuros parecían clavarse en él. Entonces, por fin, soltó la bolsa y las botellas de cristal de su interior tintinearon cuando Daniel se la colgó del hombro.

—Bueno. Si la ve, avíseme. Ya conoce mi nombre, capitán Hans de Limehouse Reach. Horca Tom, como también se me conoce. Mi gente siempre estará por aquí cerca, si los necesita. —El oro brilló en la sonrisa que se reveló brevemente.

El miedo hizo que Daniel salivara, pero no solo temía que lo sorprendieran mintiéndole a aquel hombre peligroso. Le aterraba que Hans pudiera retener su medicina, si se pasaba de listo. Imaginó a la dulce e inocente Summer, cayendo en manos de aquel tipo, y luego se vio, así mismo, sin suministro como castigo por esconderla.

El segundo temor casi le hizo confesar dónde estaba la muchacha, allí mismo. Apretó los dientes.

—¿Puedo irme ya? —balbuceó.

Hans se dio la vuelta sin decir palabra y él se apresuró a volver por donde había llegado.

La multitud de hombres y mujeres que se había reunido se separó en silencio para dejarle pasar. Mientras caminaba, maldijo su debilidad y rezó a Dios pidiendo perdón por sus pecados.

El salón de baile resplandecía. El oro y la plata brillaban en los muebles y en los marcos de los espejos de cuerpo entero que colgaban de las paredes. La luz de las lámparas de araña brillaba en la ropa de Summer.

El suelo de la enorme sala era de mármol blanco y negro. Una orquesta tocaba en un escenario elevado en un extremo y el resto de la estancia estaba ocupado por las elegantes parejas que bailaban.

Summer observaba desde el otro lado a los distinguidos señores y damas que se deslizaban al compás de la música. Sus ojos brillaban de asombro y deleite. Tanta belleza, tanta pureza. Más allá del salón de baile, el gran palacio era un lugar cálido y seguro, con amplios jardines que impedían el paso de la oscuridad y la suciedad de las calles de Londres. Podía recordar vagamente el miedo que sentía al estar a merced de aquellas calles, despojada de sus padres y de su marido, abandonada a su suerte.

Un hombre se dirigía hacia ella a grandes zancadas a través de la habitación. Comparado con los pavos reales de la pista de baile, vestía con sencillez. Un abrigo negro sobre un chaleco azul oscuro. Un sencillo alfiler de latón sujetaba su corbata. A pesar de la humildad de su vestimenta,

la nobleza de su porte atraía las miradas. Sus rasgos, finos y delicados, transmitían un aura de refinamiento. También había fuerza en su rostro, con la nariz ligeramente curvada y la boca decidida.

Hizo una profunda reverencia ante ella, que sonrió y le devolvió la formalidad con una reverencia.

—Esposo, ¿vas a sacarme a bailar por fin? —preguntó en tono juguetón.

—Mi querida esposa, la obra del Señor ha tenido mi atención durante demasiado tiempo esta noche. Ahora solo quiero estar contigo —respondió Daniel.

—El tiempo de un vicario no le pertenece. Me alegro de estar en tus brazos, mi amor, aunque solo sea un minuto. —Summer aceptó la mano que le tendía.

La arrastró al baile y ella se echó a reír, mientras la música y las luces los envolvían. Los brazos de su esposo la rodeaban con fuerza, haciéndola sentir segura. Los demás bailarines sonrieron ante su felicidad, aceptando a la chica de la calle que se había ganado su lugar entre ellos. Sus ojos se llenaron de su marido.

El famoso reverendo, el hombre que se había dedicado a sí mismo y a la Iglesia que gobernaba a ayudar a los demás. Su valiente y apuesto marido, que una vez la había salvado de las voraces calles de Londres.

Algo tiró de su brazo y miró por encima del hombro para encontrar el motivo. Entonces, abrió los ojos mucho y golpeó con el puño a la persona que le había empujado. La mujer era morena y delgada, tenía marcas de viruela en la piel y los ojos muy redondos.

—¡Maldita sea! —exclamó Sadie, mientras caía de espaldas junto a su cama, golpeándose contra el suelo—. ¡Solo intentaba despertarte!

Ella parpadeó sorprendida, el sueño no quería abandonarla.

Ya no estaba en un gran salón de baile, sino en las modestas dependencias de la Fundación, con muros lisos de yeso blanco y el suelo desnudo, pero bien fregado. Una cama estrecha y percheros en las paredes para las pocas prendas que poseía. Sadie era otra joven que vivía allí y que la había acogido bajo su protección.

—Oh, lo siento mucho. Estaba soñando. No te he pegado, ¿verdad? —se interesó Summer, saliendo de la cama y ayudando a su amiga a levantarse del suelo.

—No, no me has pegado. Aunque casi me rompes la nariz. Por un centímetro no lo has hecho —se quejó—. ¿Con qué soñabas? —Al decirlo, sonrió y se vieron sus dientes torcidos.

Ella se echó a reír.

—Era un sueño maravilloso. Yo era una dama, organizaba un baile y estaba casada con... —Se detuvo antes de revelar el hombre con el que había soñado que estaba casada y se sintió avergonzada.

—¡El Príncipe Regente, sin duda! —sugirió la joven, mesándose las faldas.

Ella también volvió a reír.

—No ha sido tanto el sueño como la forma de salir de él. Bueno, y ya sabes... Que te despierte alguien, cuando estás en la calle, y sales del sueño balanceándote, ¿no?

Sadie se encogió de hombros.

—No puedo decir que no haya repartido mi buena ración de golpes a traperos que intentaban robarme mientras dormía —admitió—. De todas formas, la matrona me pidió que te despertara. Es hora de levantarse, mi niña. Te perdiste el servicio de la mañana.

Summer se horrorizó.

—¡Oh, no! ¿Estaba enfadado el reverendo Adams?

—El reverendo Adams no estaba allí. Salió a hacer algún recado. Fue la matrona Bentley quien dirigió el servicio.

—Oh, bien —suspiró con alivio.

Sadie arqueó una ceja.

—¿Prefieres estar en la lista negra de la matrona que en la del reverendo? —preguntó incrédula—. Puede que esté al mando de este lugar, pero comparado con esa vieja hacha de batalla, es un gatito.

Se sonrojó. La matrona daba más miedo que Daniel Adams, pues carecía de su encanto y su sonrisa dispuesta. Nunca la había visto sonreír, de buena gana o no, pero prefería enfrentarse a una reprimenda de Gladys Bentley que decepcionar a Daniel.

Su amiga la miraba con la cabeza ladeada y se daba golpecitos con un dedo en los labios.

—Si no te conociera mejor, mi niña, diría que eres un poco dulce con ese hombre.

—¿Qué? Eso es una tontería. —Para disimular su sonrojo, se inclinó sobre el cuenco de cerámica con agua fría que había sobre la desvencijada mesilla de noche y se lo salpicó en la cara.

Sadie se echó a reír.

—¡Sí que lo eres! ¡Eres muy dulce con él! Vaya, pero algunas chicas los eligen así. Personalmente, prefiero un hombre con un poco de carne. El reverendo es demasiado delgado para mi gusto, aunque cada una a lo suyo, digo yo.

Ella admitió su derrota, no podía ocultar sus sentimientos a su amiga. Se secó la cara con un paño de lino grueso y se volvió hacia ella.

—Por favor, no le digas nada a nadie, Sadie. Él me ha estado enseñando a leer, por eso me quedé dormida. Estuve practicando hasta muy tarde y no quiero que interrumpa mis lecciones. ¿Por favor?

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. —Sonrió para tranquilizarla—. De todas formas, deberías seguir mi consejo. Enamorarte de un hombre tan superior a ti es una buena forma de volverte loca. Las personas como él solo ven en nosotros a gente pobre a la que hay que dar limosna. Es una raza diferente a la nuestra. Búscate un hombre honrado y trabajador.

De forma impulsiva, Summer la abrazó y la joven pareció sorprendida, ya que no era muy dada a tales muestras de afecto. Pero ella no pudo evitarlo. En aquel momento, quería a su amiga y necesitaba demostrárselo.

Sadie era diez o más años mayor que ella y se había apiadado de la asustada muchacha que el reverendo Adams había llevado a la casa, cuidándola y mostrándole amabilidad.

No todas las mujeres residentes en la Fundación eran tan amables, ni tampoco todo el personal. Nadie era cruel, pero muchos eran fríos y eficientes, y se comportaban como si las personas llevadas a la Fundación fueran niños caprichosos a los que había que enseñar disciplina. Algunos cuestionaban abiertamente la política del reverendo de acoger a los necesitados. Pero Sadie era una buena persona.

—Gracias. —La miró con cariño—. Una vez tuve un buen hombre a mi lado. Mi Harold era marinero y trabajaba en un cortador de té. Se perdió cerca del Cabo en una tormenta, me dijeron.

Cinco años después de su pérdida, ya podía hablar de su marido sin lágrimas.

—Sí, mi Roger era soldado. Lo cogieron los franceses, en algún lugar de España con un nombre extranjero —suspiró la mujer—. Malditos hombres. Te roban el corazón y luego van y se dejan matar. —Abrazó a Summer y la condujo hacia la puerta—. Vamos, dormilona. Te he preparado el desayuno.

Desde abajo se oyó un ruido metálico.

Ella corrió hacia la pequeña ventana de su habitación y miró hacia el patio. Daniel había entrado por la parte delantera del edificio y estaba empujando la puerta a través de la nieve. Llevaba una bolsa de cuero colgada del hombro y caminaba con una peculiar joroba.

Cuando cruzó el patio, observó el moratón en un lado de la cara. Entonces un escalofrío recorrió su cuerpo y cayó de rodillas sobre la nieve.

—¡Está herido! —gritó.

Sadie abrió la boca para preguntar quién, pero Summer ya la había adelantado y corría por el pasillo hacia las escaleras, decidida a ayudar a su valiente reverendo.

CAPÍTULO 12

Cuando llegó a la planta baja, la matrona Bentley apareció por una puerta. Era una mujer alta, con el pelo gris hierro recogido en un moño ferozmente apretado. Su rostro mostraba una permanente mirada de desaprobación.

—¡Por fin está aquí, señorita Summer! —exclamó cuando la vio correr hacia las puertas principales.

En ese momento, se abrieron de un empujón desde el otro lado y Daniel entró tambaleándose en el edificio. Se volvió para cerrar tras de sí y se quedó un momento con la cabeza apoyada contra la madera, respirando con dificultad.

—Reverendo, ¿se encuentra bien? —La mujer también corrió para ayudarlo.

Ella ya había llegado al hombre y había empezado a tenderle la mano, pero se detuvo y se la puso a escasos centímetros de la cabeza.

Él la levantó, la miró y ella se quedó sin aliento. Estaba blanco como el papel, salvo por el moratón que se le estaba oscureciendo en un lado de la cara. El sudor le cubría la piel y le humedecía el pelo. Al mirarla, hizo una mueca de dolor. Se aferró a la bolsa que llevaba al hombro, apretándola contra sí.

—Estoy bien. —Su voz sonó muy débil—. Tal vez haya trabajado demasiado. Nada que un poco de sueño y algo de comida no puedan curar.

—Bueno, reverendo. El cuerpo humano tiene un límite. ¿Quizás menos lecciones de lectura y más tiempo de oración y contemplación? —replicó Bentley, lanzándole una mirada aguda.

Ella deseó abofetear a la miserable yegua vieja, pero se concentró en Daniel. Se había enderezado y forzaba una sonrisa, aunque volvió a doblarse como si sufriera calambres estomacales. Desequilibrado, se inclinó hacia Summer, que se encontró apoyándolo.

—Ayudaré al reverendo a subir a su habitación, matrona —se apresuró a decir, mientras avanzaba hacia las escaleras.

—Tonterías, niña. El hombre está claramente enfermo. Llévalo a la enfermería —ordenó Bentley.

Ella cogió la cartera, con la intención de aligerar su carga, pero él se la arrebató de las manos y algo en su interior tintineó.

—¡No! Mi habitación estará bien. No necesito asistencia médica, matrona. Siga con sus deberes. Summer me ayudará con las escaleras. —Casi gruñó al responder.

Ella se mostró sorprendida y el rostro de Bentley se ensombreció, cruzó las manos bajo su amplio pecho y miró por debajo de la nariz con desaprobación.

—Pues bien. Eso está muy claro. Summer, una vez que hayas ayudado al reverendo a llegar a su puerta. —Puso un fuerte énfasis en la última palabra—. Ven a verme para recibir tu lista de tareas del día. —Giró sobre sus talones y se alejó, con la cabeza alta en señal de afrenta.

Ella se despidió de inmediato, pensando solo en su Daniel. Lo ayudó a subir las escaleras y a recorrer el pasillo hasta su estudio. En la puerta, se apoyó con una mano en el marco.

—Gracias. Creo que voy a... —En ese momento, su cuerpo desmintió sus palabras.

Se le doblaron las rodillas y se desplomó en el suelo de su despacho. Summer pensó en pedir ayuda, pero decidió que lo mejor era ayudarle a ponerse cómodo. Entró en la habitación y cerró la puerta. El despacho estaba amueblado con un escritorio y estanterías. Una puerta daba a una serie de habitaciones que eran los aposentos personales de Daniel.

Se arrodilló junto a él y acercó la oreja a sus labios para escuchar su respiración. Estaba vivo, pero sin vida. Lo sujetó por debajo de los brazos y empezó a tirar de él por el suelo hacia la puerta interior. Era un hombre delgado, pero le costó trabajo. Finalmente, lo metió en la habitación.

Entró en otro cuarto y agarró una manta de la cama. Se la llevó, se la extendió por encima y se dispuso a encender un fuego en la chimenea.

Decidió que se aseguraría de que estuviera caliente y luego iría a buscar ayuda para acostarlo. Esperó a que el fuego calentara la habitación y, tímidamente, alargó la mano y le apartó el pelo de la frente. Su rostro, incluso magullado, parecía apacible y digno.

Se preguntó si sería de sangre noble o incluso de la realeza. Sin duda, unos rasgos tan refinados debían de ser indicativos de un Duque o un Príncipe.

Tenía la cara fría y se preguntó cuánto tiempo habría estado en la nieve. Se tumbó a su lado, en la alfombra, y lo rodeó con los brazos, frotándole la espalda para tratar de transmitirle el calor de su cuerpo. La manta los separaba, y ella sabía que la mejor manera de compartir calor sería meterse debajo de ella con él. Pero no se atrevió a ir tan lejos. Algo pesado entre ellos tintineó con fuerza.

Summer rebuscó bajo la manta y encontró la bolsa de cuero. Le quitó la correa del hombro y la puso en el suelo junto a él. Entonces, algo la hizo abrir la solapa y mirar dentro. Las botellas eran de cristal marrón con tapones de madera. Sacó una y la observó. ¿Podría ser licor? Daniel no bebía y no lo permitía entre los muros de la Fundación.

Sacó el tapón y olfateó el contenido. La botella desprendía un perfume excesivamente dulce y empalagoso. Se apresuró a taparlo de nuevo y volvió a guardarlo. Los párpados de Daniel se abrieron como despertados por el olor del frasco.

—¿Daniel? Quiero decir, ¿reverendo Adams? ¿Cómo te encuentras? —preguntó con ansiedad.

—Yo... ¿qué hago en el suelo?

—Te desmayaste en la puerta de tu despacho. Te traje hasta aquí para ponerte junto al fuego. Tenías mucho frío —le explicó. Daniel tanteó algo bajo la manta y abrió mucho los ojos, alarmado. Summer adivinó lo que buscaba y le mostró la bolsa para tranquilizarlo—. No pasa nada. Está aquí. Todo está a salvo.

La aferró con fuerza y ella comprendió por qué; había reconocido aquel aroma inconfundible. No había nada igual.

—¿Has mirado dentro? —preguntó Daniel con suspicacia.

Tenía los ojos entrecerrados y las pupilas contraídas, formando dos puntos oscuros.

—Pero no se lo diré a nadie —aseveró—. Nunca diría nada. Puedes confiar en mí.

Él se puso en pie, apretando la cartera contra el pecho.

—¡Fuera! Déjame —gritó mientras se tambaleaba hacia su dormitorio—. Tienes que irte. Quiero que te vayas.

Ella sintió que se le partía el corazón y que se hundía en un mar de desesperación. Sus sueños se resquebrajaron y se rompieron, cuando el reverendo cerró de golpe la puerta de su alcoba. Había descubierto su secreto y él la echaba por ello.

CAPÍTULO 13

Querida tía Mildred:

Te escribo para decirte que estoy bien y a salvo. Las restricciones que me impusieron durante mi estancia en tu casa me parecieron intolerables e injustas. En consecuencia, me marché cuando se presentó la oportunidad con la intención de ver algo del campo. No lo considero un comportamiento perverso o inmoral, sino que es propio de mí, que me he criado en el campo.

Durante mi exploración, me aventuré cerca del castillo de Harcastle. Tuve un accidente en el pequeño lago y fui rescatada por el mismísimo Duque. Actualmente estoy convaleciente en su casa. Le escribo en un intento de tranquilizarla, en cuanto a mi seguridad. Soy huésped de un perfecto caballero, tengo mis propios aposentos y la libertad de marcharme cuando quiera, si la salud me lo permite.

Enviaré una copia de esta carta a mi padre en Londres para que también esté al corriente de mis circunstancias. No abusaré de la hospitalidad del Duque más tiempo del necesario, pero tampoco tengo prisa por regresar a su casa. A riesgo de ser desagradecida, encuentro su casa un lugar austero y poco acogedor. A la altura de su dueña.

Atentamente

Allison Crowley

—¿De verdad tenías que poner esa última parte? —preguntó Jason con expresión de dolor.

Allison había estado leyendo en voz alta la carta que le había escrito a su tía. Hizo una mueca y dobló el papel, introduciéndolo cuidadosamente en un sobre.

—El viejo murciélago se lo merece —declaró ella.

—Es que no quiero que los lugareños marchen hacia el castillo con cuerdas y antorchas, azuzados por tu tía y su círculo de oración de fuego y azufre.

Allison imaginó la escena y se echó a reír. Como si algo así pudiera ocurrir en Inglaterra. Estaban sentados en una sala en el lado sur del castillo y, por tanto, más expuesta al sol. Altas ventanas dejaban entrar la brillante y fresca luz de enero. Por encima, una claraboya hexagonal, con cristales de distintos colores, proyectaba un bonito mosaico sobre el suelo.

Se trataba de un añadido moderno al antiguo castillo, que convertía aquella estancia de una austera caja de piedra en una cálida y acogedora sala de estar.

Había alfombras de diferentes colores, todas magníficamente tejidas, esparcidas por el suelo de losa. Los muebles estaban bien tapizados, con muchos cojines desparejados para suavizarlos. Las mesas que rodeaban la sala sostenían esculturas de bronce o mármol blanco. Jason lo llamaba el Salón Sur, lo que, según había aprendido Allison, era típico de su personalidad pragmática. Cedric la había apodado la Sala del Arco Iris, por la claraboya y el mobiliario multicolor.

Allison prefería infinitamente aquel último nombre. Se sentó ante el pequeño escritorio donde había redactado la carta a la tía Mildred y miró a Jason, que descansaba en un sillón. Llevaba unos pantalones de color verde oscuro y cómodos zapatos de ante. Su camisa era blanca y estaba parcialmente desabrochada, como era su costumbre.

Dejaba ver el vello oscuro de su ancho pecho. La máscara de cuero estaba sobre una mesa, junto a su codo. Allison vio que su mano se movía de vez en cuando hacia ella, sobre todo cuando se giraba para hablarle.

—Bueno, básicamente me obligaste a escribir la bendita carta. Desde luego, yo no quería y lo menos que puedo permitirme es un insulto velado o dos. Después de todo, ella quiso tenerme presa. —Cerró el sobre y sostuvo un bloque de cera sobre la llama de una vela para derretirlo.

Luego, presionó contra el sobre, lo cerró y escribió la dirección en el reverso.

—No puedo creer, ni por un momento, que no haya alguien que se preocupe por ti.

—No lo hay —aseveró ella con firmeza—. Mildred cree que soy una mujer disoluta. Padre está de acuerdo. Eso es todo. —Se volvió hacia él, observó su barba y el pelo largo, la estructura maciza y los ojos centelleantes. La mancha oscura de su cara era algo que ella veía y no veía. La observó, pero era una nimiedad que no tenía nada que ver con el hombre en sí—. Ahora, ¿dónde estábamos antes de que me desviaras hábilmente hacia la tarea de escribir a mi tía? —inquirió con una sonrisa.

Desayunaron juntos, después de quedarse hasta tarde hablando en el estudio privado de Jason. Tal había sido su costumbre en los últimos días.

—Creo que íbamos a llevar a los perros a correr.

—Y tú me estabas hablando de tus padres, de los duques de Harcastle —le recordó ella con suavidad. Él se puso en pie y frunció el ceño. Allison se levantó con elegancia y cruzó la habitación para cogerle del brazo, después, se puso de puntillas para darle un suave beso en la mejilla—. Quiero saberlo todo sobre ti. Me fascinas —le aseguró en tono más serio.

—El pasado de mi familia no es algo en lo que quiera pensar —replicó él con gesto hosco.

—Pero forma parte de lo que te hace ser quien eres.

Salieron de la Sala Arco Iris y la condujo por un amplio pasillo, repleto de tapices y cuadros descoloridos. El polvo colgaba pesadamente en cada esquina y a lo largo de cada borde. El aire de la habitación tenía el aroma de tiempos pasados. Al final del corredor había una amplia escalera de caracol de piedra por la que Jason comenzó a descender. Las ventanas, oscurecidas por la mugre, dejaban entrar la luz a regañadientes.

—Yo nací así y mi padre me rechazó al nacer. O poco después. No lo sé. Pero no tengo ningún recuerdo de él. Ninguno en absoluto —explicó, después de caminar unos minutos en silencio.

Allison le apretó el brazo para darle ánimo y él respondió con unas palmaditas en la mano.

Entraron en el amplio vestíbulo del castillo, con su altísimo techo abovedado. Un círculo de piedras ennegrecidas y carbonizadas se alzaba en el centro del vestíbulo, bajo el vértice de la cubierta. Era una hoguera antigua, reliquia de los antepasados del castillo. Alrededor del círculo

había bancos de madera, una jarra de peltre sobre uno y un plato con migas de pan sobre otro.

Al verlos, una pequeña rata parda que había estado olisqueando las migas chilló y se escabulló por el suelo hacia un rincón sombrío.

—¿Estás seguro de que ese tipo de cosas no te molestan? —se interesó Jason—. Este es un lugar viejo, y los bichos de la zona hace tiempo que descubrieron todas las grietas y agujeros por donde entrar. Cedric y yo ni nos damos cuenta, pero...

—Pero soy una dama, ¿y esas cosas deberían hacerme salir chillando de la habitación? —Terminó ella la frase a modo de pregunta con suavidad.

—Algo así —repuso con brusquedad.

—Crecí en el campo, Jason. La queja más común de mis niñeras era mi absoluta incapacidad para mantener la ropa limpia incluso durante unas pocas horas. Manchas de hierba, de corteza, mojadas por los arroyos o sucias de arrastrarme sobre el estómago por el bosque, acechando a una ardilla.

Jason sonrió y le besó la mejilla.

—Eres extraordinaria, querida, Allison.

El elogio le produjo un cálido estremecimiento, mientras el beso la llenó de electricidad. Se levantó la falda del vestido para subir al banco más cercano y tomó asiento. Jason lo hizo a su lado, a horcajadas sobre el banco y se aclaró la garganta.

—Mi primer recuerdo es de una casa de campo. Un lugar con una selva de rosas alrededor de la fachada de la construcción. Y una mujer cuidando aquellas rosas, siempre con una sonrisa dispuesta.

—¿Quién era?

—No lo sé. —Extendió las manos—. Mi infancia transcurrió en las afueras de Edimburgo, en un pueblecito llamado Loanhead. Con unos padres que me querían mucho. Mi padre era médico adscrito a la mina de piedra caliza de Burdiehouse.

—¿Hubo algún contacto con el Duque?

—Ninguno. Ni siquiera supe que era heredero de este lugar hasta el final de mi adolescencia. Fue entonces cuando mi padre adoptivo me lo dijo. Había querido que mi infancia fuera lo más normal posible y temía que el conocimiento me estropeara, si se revelaba demasiado joven.

—Me alegro de que hayas tenido una infancia feliz. —Allison se acercó y dejó que la abrazara. Ella se acurrucó contra su pecho.

—No todo fue coser y cantar. Mis padres no vieron en mí nada diferente a cualquier otro pequeño, pero los otros niños y los aldeanos sí. Aprendí a luchar, y era necesario. Si no lo hubiera hecho, la carga de mi desfiguración me habría aplastado hace tiempo.

En ese momento, resonó un fuerte golpe en el vestíbulo, procedente de las altas puertas de madera del fondo. Allison dio un respingo ante el repentino sonido. Jason levantó la vista y se llevó involuntariamente la mano a la cara. Se había dejado la máscara arriba, en la Sala Arco Iris.

—Me ocuparé de ello —dijo Allison, besándole la mejilla morena y luego besándole suavemente los labios.

Cruzó el vestíbulo en dirección a las puertas y giró la enorme anilla de hierro que formaba el picaporte de una de ellas. Chirrió en señal de protesta, pero giró. Abrió la puerta lo suficiente para ver quién había más allá, pero sin dejar ver claramente la habitación detrás de ella.

La tía Mildred estaba fuera.

—Tía Mildred, qué coincidencia —la saludó Allison.

Jason se levantó al oír el nombre y se dirigió hacia las puertas sin perder de vista la abertura.

—¡Allison! ¿Por qué tengo que encontrarte aquí, con todos los sitios que hay? —La mujer se mostró indignada.

Su voz sonó estridente y con gesto molesto, comenzó a caminar hacia ella.

—En realidad, acabo de escribirle, tía Mildred, explicándole dónde estoy y por qué...

—He venido a preguntar por tu paradero, por si el malvado que vive aquí sabe algo de ti. No esperaba oír la verdad de semejante hombre, pero menos esperaba encontrarte aquí.

Él apretó los puños. Había llegado a la puerta y estaba de pie, junto al lado de la entrada que permanecía cerrado para no ser visto. Allison no lo miró.

—Tuve un accidente mientras cabalgaba. Su Excelencia, el Duque, me encontró mientras cazaba y me rescató. Si no me hubiera encontrado, con seguridad habría muerto —relató con calma.

—¡No tenías por qué estar en un lugar tan impío! —chilló su tía, fuera de control.

—No es nada de eso. Es un castillo muy confortable, donde he sido muy bien recibida. Lo cual es más de lo que puedo decir de su casa —replicó de forma acalorada.

Jason oyó un fuerte suspiro al otro lado de la puerta. Sonrió como un lobo y vio que Allison se esforzaba por reprimir su propia risa. Al mismo tiempo, un ataque de ira implacable ardió en su corazón. No sentía amor por aquella casa ni por su familia, pero había sido acusado de maldad durante toda su vida. Ya fuera por niños o por adultos ignorantes, no importaba. Cada insulto, cada advertencia que se hacía para que la gente se mantuviera alejado de la casa del duque Enmascarado, era una daga.

Cerró la mano alrededor del anillo de metal que colgaba de la puerta, y sus nudillos se volvieron blancos por la fuerza que hizo. A través de su sonrisa, apretó los dientes y su boca dibujó una mueca.

Allison lo miró con fijeza, justo cuando el aro metálico crujió, y la antigua madera de la puerta sonó como el disparo de un rifle.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Mildred—. ¿Se esconde el Duque de mí? —Su voz se elevaba, y Jason oyó el sonido de pasos que se alejaban de la puerta—. Este no es lugar para una joven. Estás poniendo en peligro tu alma al permanecer aquí. Insisto en que vengas conmigo ahora mismo.

—No, tía Mildred. Me has tratado con crueldad y ya tuve bastante. Me quedaré aquí tanto como la hospitalidad de su Excelencia lo permita —expuso Allison con una determinación que Jason admiró.

Su propia ira estaba ya casi fuera de su control. Tiró de la manilla de la puerta, que chocó contra la cerradura, y el sonido reverberó por todo el vestíbulo. Luego tiró de la puerta hacia dentro. Crujió al abrirse.

Tía Mildred estaba a punto de echar a correr. Ya había recorrido la mitad de la distancia que la separaba de la calesa que la esperaba; cuando, a medio camino, lanzó una mirada asustada mientras la puerta se abría lentamente.

Al abrirse del todo, la estaban ayudando a subir a su carruaje y balbuceaba instrucciones al conductor.

Jason pudo ver que la brillante luz del sol le llegaba hasta la mitad del pecho, dejando su cabeza y sus hombros a la sombra de la puerta. Se preguntó qué parte de su cara podía verse. Al girar apresuradamente el cerrojo, sintió la mano suave y fría de Allison deslizándose entre las suyas.

Él la miró, mientras el traqueteo de las ruedas y el relincho de los caballos llegaban hasta ellos. Ella le devolvía la mirada con una sonrisa que iluminaba su rostro. Era preciosa. Rara vez había visto tanta perfección, tanta pureza. Aquel pensamiento le hizo sentirse manchado, por comparación, marcado e indigno de ella, y le produjo tristeza.

Soltó su mano y se alejó de la luz del día, cerrando la puerta.

—Tal vez deberías volver con tu tía —le advirtió, mientras se adentraba en la confortable penumbra del castillo.

—¿Qué?

—¿Qué clase de vida podrías esperar en mi compañía? ¿Una en la que cada uno de tus movimientos sería mirado y calumniado? La reacción de tu tía es típica.

—No me importa ella ni la gente como ella —protestó Allison, cerrando su propia puerta y corriendo a su lado.

—No puedo infligir ese tipo de vida a ti ni a nadie. —Dio un paso atrás cuando ella lo alcanzó.

—No te corresponde a ti decidir el camino que debe tomar mi vida. Yo también he sido rechazada por la sociedad. Me agredieron y me culparon. Sentí el rechazo de mis amigos y mi familia, porque soy una mujer que se atrevió a enfrentarse a la palabra de un hombre.

Sus ojos encendidos se clavaron en él, que no pudo evitar sentirse atraído por ella. Había tanto fuego en aquella mujer, tanta independencia.

—Allison...

—Así que, ya ves —lo interrumpió—. No me gusta que los hombres decidan mi destino por mí. Puede que prefieras que viva castigada a compartir mi vida contigo. Pero eso no lo decides tú.

—Pero mi hospitalidad es mía para retirarla como crea conveniente. Como tú misma has dicho —insistió Jason.

Ella lo miró atónita. Luego sus ojos volvieron a encenderse de ira, podían verse los cambios en su expresión.

—Si me retiras tu hospitalidad, me marcharé, aunque sea con lo puesto. Partiré a pie en este mismo momento, pero no volveré a casa de mi tía. No lo haré.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas. Estaba muy enfadada y su rabia emanaba de ella.

—¡Espera! —la llamó.

—¡No! ¡No hasta que me pidas disculpas! —Abrió la puerta de un tirón.

—Te pido disculpas —aseguró Jason con voz apesadumbrada. —La vio detenerse en el umbral y mirar hacia atrás por encima del hombro. A él se le partió el corazón, al ver la pasión en su mirada y la ligera separación de sus labios. Sus mejillas estaban encendidas—. Vuelve dentro, Allison —suavizó la voz—. No te echaré por mucho miedo que tenga por tu futuro.

Una expresión como no había visto antes apareció en el rostro de Allison. El enfado había desaparecido, le dedicó una sonrisa juguetona y se lamió los labios.

A él se le aceleró el pulso.

—Oblígame —le dijo, antes de salir corriendo por la puerta.

Jason salió tras ella.

CAPÍTULO 14

Allison se echó a reír mientras corría, se sentía como una niña. La calesa de la tía Mildred se alejaba, serpenteando por la carretera, y ella rodeó la imponente fachada del castillo. Sentía vértigo. El miedo de Jason y su rechazo le habían producido un escalofrío. Después de los besos y confidencias que habían compartido, acababa de darse cuenta de lo cerca que se sentía de él.

No había sido consciente hasta que creyó que podría perderlo. Entonces, se sintió tan vulnerable que toda su ira salió al exterior.

—¡Ya estoy harta de ser frágil! —gritó mientras corría—. ¡Seré libre!

Era ridículo hacer que Jason la persiguiera, mientras gritaba palabras incomprensibles al aire, pero su disculpa la había dejado eufórica de alivio. Y entonces él comenzó a perseguirla. Podía oír sus pisadas en la tierra detrás de ella y, a medida que se acercaba, su respiración. Se encontró a sí misma riendo mientras corría, excitada por su creciente cercanía y la idea de que la atrapara.

Los terrenos del castillo se alzaban más allá del muro oeste, sobre la colina cubierta de árboles. Allison chilló de alegría cuando sintió que una mano le rozaba el hombro. Esquivó árboles y ramas, y lo oyó gruñir de frustración mientras se adentraba por espacios demasiado pequeños para él.

—Te atraparé —le advirtió él con voz entrecortada.

De repente, Allison llamó a los perros y su voz retumbó en el bosque cerrado.

—¡Tom! —insistió al nombrar al sabueso que la consideraba su ama.

—¡Ja! ¡Él no te salvará de que te cace! —gritó Jason, mientras ella reanudaba su carrera colina arriba.

El bosque olía a pino y tierra. Estaba seco, el dosel lo bastante tupido como para impedir que la nieve penetrara. Allison no tuvo aliento para una respuesta burlona, siguió corriendo, arriesgándose a mirar por encima del hombro.

Él la perseguía con esfuerzo y a lo lejos se escuchó el ladrido de los perros.

Un rayo de sol se abría paso entre las ramas entrelazadas de los pinos. Un árbol había caído delante y había formado una brecha. Era casi circular y blanco, estaba cubierto de nieve. En medio del oasis de luz solar había una torre cuadrada, cuyas piedras se perdían casi por completo bajo capas de hiedra. Frente a ella había una puerta vacía, y redobló sus esfuerzos por alcanzarla antes de que Jason la atrapara.

—Querida, me enfadaré si te escondes de mí en esa torre oscura —dijo de forma juguetona —. Es un lugar antiguo y pertenece al bosque desde hace mucho tiempo. ¿Quién sabe qué duendes traviesos han hecho de él su hogar?

Llegó a la puerta y se volvió, sonriendo. Él se quedó de pie en la cima de la colina, con una mano en el tronco de un árbol y respirando con dificultad. A Allison le corría el sudor por la frente. Detrás de Jason, pudo oír a la manada cada vez más cerca, aullando de excitación por aquella inesperada persecución. Sus ojos se encontraron con los de él.

—Entonces necesitaré que me rescaten —replicó, antes de correr hacia el interior.

Dentro de la torre no se veía nada. Todo era oscuridad y humedad. Había una escalera de piedra, se quitó una cinta que llevaba en el pelo y la dejó caer sobre el primer escalón. Luego empezó a subir corriendo. Escuchó que él llegaba a la torre y se deshizo de uno de sus zapatos en otro escalón, y después en el segundo. Las piernas empezaban a arderle por la carrera cuesta arriba y luego la subida de los empinados escalones.

La emoción se apoderó de ella cuando oyó a Jason subir detrás. Las escaleras terminaron de repente, emergiendo al suelo de una habitación. Las ventanas eran estrechas y sin cristales, y bajo ellas se habían acumulado pequeños montones de nieve. Allison entró en la habitación, dando una vuelta completa mientras contemplaba el paisaje desde cada una de las ventanas.

La torre coronaba los árboles, ofreciendo una vista en la que el dosel verde era el suelo. El castillo se divisaba a media distancia.

Se volvió hacia las escaleras cuando lo vio entrar. Respiraba con dificultad, al igual que ella. Los sabuesos se desparramaron a su alrededor, saltando y ladrando mientras llenaban la habitación. Jason dio una orden y señaló la puerta con autoridad. Ellos bajaron las colas y se escabulleron escaleras abajo. Tom permaneció junto a Allison, mirándola.

Allison no apartó los ojos del Duque mientras señalaba también las escaleras.

—Vamos, muchacho. Vete —dijo con voz suave.

El perro se marchó. Él se agachó y tiró de una argolla de hierro en el suelo que Allison no había visto. Al tirar, levantó una trampilla de madera que dejó caer sobre la escalera.

Allison retrocedió mientras Jason avanzaba lentamente.

—No sabía que este lugar estuviera aquí —dijo sin aliento.

—Yo sí lo sabía. Es un lugar abandonado, lejos de miradas indiscretas.

Ella se dio cuenta de que su porte natural de masculinidad incivilizada, combinado con la mancha que le cruzaba la cara, lo hacía casi aterrador en su intensidad. Y aquel miedo era excitante. El corazón le retumbó en el pecho al pensar que estaba indefensa ante él. Su espalda tocó la piedra de la chimenea y Jason extendió los brazos a ambos lados, aprisionándola entre ellos.

Se inclinó más hacia su cuerpo y sus labios se detuvieron a escasos centímetros de los suyos.

—Podría gritar —advirtió Allison.

—Nadie te oiría.

—Esto es precisamente lo que mi tía temía.

—Entonces, ella te juzga mejor de lo que pensábamos —replicó Jason con una sonrisa irónica.

—¿No hay forma de que escape de esta prisión en la que me tienes con mi honor intacto? —Sintió como si apenas pudiera hablar, tan sin aliento estaba.

El juego que estaban jugando era emocionante en su descarada lascivia. No era así como se suponía que debían comportarse las mujeres educadas. Pero había algo en aquel hombre que la hacía sentirse tan salvaje como un gato montés. Mantuvo las manos juntas a la altura de la cintura porque le urgía rasgarle la ropa y pasarle los dedos por la piel desnuda.

—Tal vez. Si me mostraras lo que normalmente mantienes oculto. —Sus ojos recorrieron su figura, dejando clara su intención.

Allison vaciló un momento, sorprendida por lo que le pedía que hiciera, por lo que deseaba hacer. Luego le dio la espalda.

—Desátame el vestido —le pidió.



Allison sintió que la presión de su vestido se aflojaba cuando Jason desató los cordones que lo cerraban y se preguntó, cómo los latidos de su corazón no reverberaban en los muros de piedra que la rodeaban. Unos dedos fuertes separaron los hombros del vestido y notó que la tela se aflojaba. Liberó los brazos y los levantó por encima de la cabeza.

Permitir que él la viera indefensa era todo un gesto de rendición. Empujó la cintura del vestido y ella, obediente, movió las caderas para que cayera. El aire frío que se filtraba por las estrechas ventanas de la habitación parecía acariciar la carne desnuda, aunque todavía llevaba una camisa y las enaguas.

La camisa era gruesa, pero Jason era el primer hombre que la veía vestida así. Aquel hecho la hizo sentirse tan desnuda como el día en que nació.

—Tienes que subir la ropa, esta vez —dijo Allison con voz temblorosa.

—Lo sé —respondió Jason

La insinuación de aquellas dos palabras hizo estremecer a Allison. Mientras era evidente que ella era pura, se apreciaba que él había conocido los placeres de la carne. Sintió un nudo en la garganta al notar sus manos al agarrar el dobladillo de su camisa. Tiró de ella hacia arriba con un movimiento suave y, por un momento, no vio nada mientras la tela le cubría la cara. Luego subió por encima de su cabeza, y quedó fuera del alcance de sus manos.

Solo quedaba la fina y sedosa enagua que se ceñía a sus caderas y que iba unida a la delgada camisa de tirantes que cubría sus pechos. Ella sabía que su figura era evidente bajo el delicado lino y él la agarró por la cintura, antes de girarla hacia él.

—Baja las manos —le ordenó. —Allison obedeció sin decir palabra. Jason se acercó, pero no tanto como para no poder contemplar todo su cuerpo de un vistazo—. Nunca has hablado de mi cara —dijo, de repente.

—La piel no hace al hombre. No diría nada si tuvieras la piel oscura de un indio. Tampoco comentaría la piel negra de un africano.

—En mi caso, me ves a través de la deformidad, ¿es eso?

—Te veo tal como eres. No me ciega tu aspecto, ni te juzgo por ello.

Jason asintió lentamente. Levantó la mano, acarició su mejilla y bajó los dedos hasta su cuello. Ella se preguntó si él podría sentir allí su pulso acelerado. Pero sus manos no se detuvieron. En su lugar, trazó la línea de sus hombros, deslizó los tirantes y bajó por sus brazos. De repente, llegó a su pecho. Allison chilló, y él sonrió cuando el contacto se convirtió en una caricia envolvente.

Ella se estremeció de placer, mordiéndose el labio y cerrando los ojos cuando él apretó con más fuerza sus pechos. Finalmente, rompió de un tirón la última prenda que se interponía entre ellos. La tela se rasgó con facilidad, dejando al descubierto sus pechos. Siguió rasgándola, la abrió hasta la cintura y luego más allá. Se quedó inmóvil, mientras la enagua caía hasta el suelo sobre un montón de nieve.

Allison solo llevaba medias blancas hasta la rodilla.

La abrazó y sus labios encontraron los suyos de repente. El beso la envolvió y su cuerpo también, al alzarla del suelo y apretarla contra él. Ella gimió contra su boca, llevada a una meseta de éxtasis que nunca había imaginado, por la sensación de su cuerpo duro y musculoso aplastado contra el suyo. La agarró por las nalgas y la sostuvo sin esfuerzo.

Obedeciendo a un instinto profundo, levantó las piernas al mismo tiempo que se elevaba, las apoyó en sus caderas y las enroscó alrededor de su cintura. Estaba abierta a él, podía sentir su más íntima feminidad expuesta y presionada contra una insistente presión apenas contenida por sus pantalones.

Le arañó la espalda mientras buscaba su boca, hambrienta, como él hacía con la suya. El beso parecía haberse convertido en una batalla, pasión compitiendo con pasión. Entonces, Jason se movió y cruzó la habitación hacia la ventana más cercana. Ella chilló cuando su piel desnuda se apoyó de repente en la piedra helada de un asiento tallado bajo el alféizar. Cuando lo sintió retroceder, lo agarró por la parte delantera de su camisa e intentó desabrocharla, hasta que decidió directamente rasgarla.

Él se la sacó por encima de la cabeza y la tiró a un lado. Allison se deleitó con la sensación de sus músculos duros bajo sus dedos, mientras le recorría el contorno del pecho y el vientre. Se detuvo en la cintura de sus pantalones, sobre el bulto de su virilidad y dudó en dar el último paso.

—¿Renunciarías a tu honor ante una bestia como yo? —preguntó Jason con voz ronca—. Ante alguien marcado como el hombre malvado que soy.

Allison se estiró hacia arriba para besar y lamer el lado oscuro de su cara. Agarró su cara entre las manos y apretó la frente contra la suya. Su mundo entero se convirtió en los ojos de él, mirándola fijamente, llegando hasta su alma.

—Lo consideraría el mayor honor de mi vida. Y en cuanto a marcar... —Le vino a la cabeza un pensamiento que la dejó sin aliento por su descaro.

De nuevo, alzó la mano y buscó sus labios. Cuando él inclinó la cabeza para encontrarse con los suyos, se agachó y los apretó contra su cuello. Mordió con fuerza y chupó la piel con avidez, sintiéndose como una especie de bruja pagana enzarzada en un ritual profano.

Cuando se apartó, le apareció una marca roja y profunda en el cuello.

—Ahora estás marcado. Eres mío —le advirtió.

La lujuria de Jason produjo un gruñido retumbante en lo más profundo de su pecho. Escuchó el ruido de la tela al rasgarse, mientras él tiraba de las cintas que sujetaban sus pantalones. Luego se apretó contra ella, estirándose hacia atrás para levantarla y arrancándole un jadeo cuando su cuerpo se unió al de él.

Clavó los talones en la parte posterior de sus piernas y rodeó sus hombros con los brazos, sintiendo el empuje de su cuerpo contra el suyo.

Los pensamientos racionales desaparecieron de su mente. El tiempo desapareció, junto con todo el mundo, más allá de sus cuerpos unidos. Allison se perdió en el placer.

CAPÍTULO 15

Jason adoraba el tacto de la piel suave de Allison, mientras caminaban de la mano por la oscuridad del bosque hacia la brillante luz del sol. Ella tenía el pelo revuelto, alborotado por sus manos errantes, e incluso tironeado más de una vez en su pasión. Su vestido estaba húmedo, por haber estado sobre la nieve, y se veía rasgado por algunas zonas, como sus propias ropas que apenas se sujetaban de forma decente.

El abrigo abotonado cubría los daños que incluían la parte delantera de sus pantalones, desgarrada por las prisas y atada a medias. No podía ver la marca que ella le había hecho en la garganta, pero no sentía ningún deseo de ocultarla.

El aire frío acariciaba la mancha de su rostro, recordándole que estaba a la vista de cualquiera que pasara por allí. La corbata se había quedado en el suelo de la habitación de la torre en la que habían hecho el amor.

La miró y se encontró con que ella le devolvía la mirada con una sonrisa. Él también sonrió y recordó cuando era más joven y experimentó por primera vez el cuerpo de una mujer. En ese momento sentía la misma tímida felicidad, la misma satisfacción que entonces, aunque no recordaba quién fue aquella mujer. Una breve aventura.

Tardó un momento en darse cuenta de que no había pensado ni una sola vez en su rostro marcado. Incluso cuando estaba solo, eran pocos los momentos en los que no era consciente de ello, echando mano de la máscara que ocultaba su vergüenza para asegurarse de que era fácil de manejar.

—Supongo que así se sienten los hombres normales todos los días —afirmó.

Allison frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Quiero decir, poder caminar al aire libre con la cara descubierta porque no tienen nada que cubrir. Es una experiencia nueva para mí.

—¿Y qué ha provocado esta transformación?

—Tú —aseveró Jason.

—Y, supongo, que así se siente una mujer normal. O debería sentirse, después de compartir su cuerpo y su placer con un hombre que es digno de ella. Y de quien ella es digna —le advirtió Allison.

—Así debería ser. ¿Por qué consideramos tan vergonzoso compartir nuestros cuerpos? Al menos cuando se trata de un acto de... —dudó al pronunciar la última palabra.

—¿Amor? —Terminó por él—. ¿Por qué has dejado de hablar?

—No lo sé. Me parecía demasiado atrevido decirlo en voz alta. Como si pronunciar esa palabra pudiera destrozar este pequeño mundo idílico que nos hemos creado.

Allison se echó a reír y bailó a su alrededor, tomando sus manos y haciéndole girar con ella. La luz del sol los bañaba, mientras su baile los sacaba de entre los árboles. Los perros correteaban en un amplio círculo alrededor de sus amos y ladraban mientras sacaban sus lenguas para jadear por la carrera.

—¿Cómo podría? Es solo una palabra, mi amor —dijo Allison, poniendo énfasis en la última palabra.

Jason sonrió más profundamente de lo que recordaba. No era solo un movimiento de los músculos faciales. Era lo que siempre debía ser una sonrisa, la expresión de una emoción profunda. Una tan poderosa que salía a la superficie y no podía reprimirse. La risa brotó de él cuando agarró a Allison por la cintura y la sostuvo en alto, haciéndola girar.

El sol en un cielo azul de nubes de algodón enmarcaba su rostro encantado y hermoso. Su pelo caía en cascada sobre sus hombros. La depositó en el suelo, la abrazó y la levantó un poco para besarla.

Bajo la falda del vestido, ella separó las piernas para envolverlo tanto como la prenda permitía. Durante un largo rato, permanecieron así encerrados, perdidos en un mundo de sensaciones puras.

Allison tenía las mejillas sonrosadas cuando él la soltó y los ojos brillantes. Se puso de puntillas para besarle la mejilla morena, como para recordarle que no la veía como una deformidad.

—¡Vamos! —la animó él con entusiasmo—. No sé tú, pero yo estoy hambriento. Seguro que, todo este tiempo, Cedric ha estado trabajando como un esclavo en la biblioteca, buscando lo que le encomendé. Lo recompensaré por su diligencia. ¿Alguna vez ha cocinado un Duque para ti?

—Nunca. Ni siquiera sabía que los Duques supieran cocinar.

Pasó un brazo por su cintura y la condujo hacia el castillo.

—Mi padre me enseñó que los franceses y los americanos tenían razón. No deberían existir rangos ni privilegios. Solo hombres iguales.

—Y las mujeres —añadió Allison.

—Qué concepto tan revolucionario. —se quedó pensativo—. No se me había ocurrido. —Allison se llevó una mano al pecho y él sonrió de forma traviesa, antes de añadir—: Me enseñó mi madre. Ella afirmaba que no servía de nada que un hombre tuviera dinero para comprar carne, si no sabía cocinarla, ya que pasaría tanta hambre como el que no tiene dinero. Así que aprendí y hoy mi buen amigo Cedric y tú juzgaréis lo bien que lo hago.

Cuando se acercaban a la entrada del castillo, vieron al hombre en el umbral. Los perros saltaron para saludarle, y él, distraído, despeinó cabezas y rascó orejas. Tenía una expresión de preocupación en el rostro y un papel doblado en la mano.

—¿Cedric? ¿Qué te pasa? —inquirió Jason.

—Disculpe, Excelencia, pero esto llegó con un jinete hace un minuto o dos. El hombre dijo actuar en nombre de los Magistrados de Havenshide. Luego me ofreció un consejo amistoso, según dijo. Me aconsejó que me fuera del castillo de Harcastle, antes de que lo derriben sobre mi cabeza y la tuya también.

—¡Al diablo! ¿Amenazas? ¡Y en mi propia casa! —El Duque avanzó a grandes zancadas y arrebató el papel de la mano de su empleado.

Lo desplegó, lo leyó y luego se lo ofreció sin palabras a Allison.

Al duque de Haverton:

Una buena señora de esta parroquia me ha informado de que retiene en su castillo a una mujer soltera, posiblemente contra su voluntad, pero ciertamente en circunstancias inmorales. Esto va en contra de las leyes del

hombre y de Dios y es intolerable. Devuelva a la dama, Allison Crowley, a la legítima custodia de lady Mildred Hanson, su tía, o enfréntese a la ira de la Iglesia y la Corona.

Nicholas Wilson. Magistrado de Havenshide.

—Ha sido mi tía. —Allison estaba indignada—. Se fue y luego envió a un hombre para que te entregara esta carta, una vez que estuvo a salvo en su casa. No puede obligarme a volver allí, ¿verdad?

Jason la miró con gravedad.

—No tengo intención de permitírselo.

CAPÍTULO 16

La cocina del castillo era acogedora y cálida. Una olla de estofado hervía sobre un fuego que crepitaba en un extremo. El aire estaba impregnado del agradable aroma de la comida y la leña que ardía.

Cedric estaba sentado a un lado de la mesa, Jason enfrente y Allison a su lado. El hombre había preparado tres tazas de té negro y humeante. «Té de los mineros», como él lo llamaba, con poca leche y muy dulce.

Afuera, el cielo se oscurecía hacia la noche.

—Lo más seguro es que el Magistrado no haga nada. Sobre todo, si dejo muy claro que estoy aquí por mi propia voluntad —advirtió Allison.

Desde su regreso al castillo, Jason y ella se habían vestido adecuadamente. Se alegraba de que la tía Mildred no hubiera intentado hacer su advertencia en persona y los hubiera visto a los dos en sus respectivos estados de desnudez. Eso la habría convencido de que su sobrina se comportaba como una ramera en el castillo del malvado Duque. Quién sabía el alboroto que armaría en esas circunstancias.

—No veo qué ley podría invocar si no se trata de un secuestro —dijo Cedric—. Pero no tengo formación jurídica.

—Escribiré a Albert Bentley esta noche. ¿Podrías llevar la carta a sus oficinas en Londres? —pidió Jason.

Su empleado inclinó la cabeza.

—Por supuesto, Excelencia.

—¿Quién es Albert Bentley? —preguntó Allison.

—Mi abogado. De hecho, él me gestionó mi herencia, incluso antes de que yo supiera de su existencia. El hecho de mi nacimiento y mis derechos hereditarios le fueron comunicados por personas que nunca ha podido revelarme. Cuando cumplí dieciocho años, me informó de mi identidad. Luego, cuando murió mi padre, él se aseguró de que se cumplieran mis derechos.

—Un buen hombre —asintió Cedric.

—Desde luego. Uno de los mejores. De hecho, sería bueno que estuviera aquí. Dudo que a tu tía Mildred y sus secuaces les resulte fácil disuadirte de que vuelvas —advirtió Jason.

El hombre se aclaró la garganta y los miró a los dos alternativamente.

Jason giró la cara hacia él con brusquedad y descendió la cabeza, consciente de que se había ruborizado. Escondió la mirada en su taza de té de peltre y ella apoyó una mano tranquilizadora en su brazo. Se había dado cuenta de que el Duque tenía un temperamento inconstante y que parecía alterar a Cedric cuando se desataba de forma inesperada.

También se había fijado en que sus enfados solo eran explosiones momentáneas que apenas duraban unos minutos, pero que devastaban todo aquello que dejaban a su paso.

—¿Qué le preocupa, Cedric? —le preguntó con suavidad.

Él levantó la cabeza con gesto agradecido, lanzó una mirada recelosa a su jefe y luego pareció armarse de valor.

—Disculpe, milady...

—Por favor, Cedric, llámeme Allison. No poseo ningún título y mi padre no nació con uno. Nuestros orígenes no son tan diferentes, creo.

—Allison —repitió como si probara a decir su nombre—. Se lo agradezco. Me pregunto si no sería mejor que fuera a casa de su tía. Quiero decir, la gente hablará una vez que sepan que se queda aquí, en un castillo sin sirvientes ni doncellas, solo con el Duque y mi compañía. No me parece bien ser el blanco de los cotilleos y podría venir de visita todos los días.

—Me temo que la vida en la casa de mi tía no sería muy cómoda para mí, Cedric. Allí ya estaba presa cuando vine y mi tía se aseguraría de que no pueda poner un pie fuera de mi habitación.

—Tengo alguna experiencia con las sectas más fanáticas de la Iglesia cristiana —intervino Jason—. El calvinismo de mis padres sería considerado radical para los estándares ingleses, si no para sus propios compatriotas. Se habrían horrorizado. Y eran personas decentes. Tu tía Mildred no lo es.

—Ciertamente, no lo es. No me extrañaría que me tuviera bajo vigilancia armada —aseguró ella.

Cedric parecía asombrado.

—¿En Inglaterra se puede retener contra su voluntad a alguien que no ha infringido ninguna ley? Estamos en siglo XIX, por el amor de Dios. ¡No estamos en la Edad Media!

—La secta eclesiástica a la que pertenece su tía está muy extendida en este condado. Una vez, hizo que le dieran veinte latigazos a un hombre, por no mucho más que la blasfemia que acabas de pronunciar —le advirtió Jason—. Veinte latigazos, propinados como es debido, bastan para matar a un hombre o dejarlo como una sombra de lo que era.

Cedric negó con la cabeza, murmurando algo en galés. El Duque miró a Allison, cuya mano se había apretado contra su brazo. Ella lo observó con preocupación.

—No sabía que llegaría tan lejos —susurró.

El miedo crecía en su interior. Pero se dio cuenta de que no era por ella ni por su cuerpo. Era por la vida del hombre con el que había compartido su virginidad. Jason poseía un temperamento temible que sin duda se despertaría si le causaba algún daño. Había algo implacable en su mirada, una promesa de violencia si alguien la amenazaba.

—Pero ningún magistrado apoyaría un comportamiento tan ilegal —insistió el galés, esperanzado—. No hemos infringido ninguna ley.

—Ya has visto la carta —indicó su jefe—. El Magistrado ya está de su parte.

—¿Dijiste que la búsqueda de tu hermana te llevaría a Londres? —Allison cambió de tema de forma sorprendente. —Él asintió muy despacio. Miró hacia la ventana, con el ceño fruncido y una luz en los ojos que a ella le parecía inquietante—. Entonces, vámonos. No nos encontrarán en Londres —sugirió con urgencia.

—Podría quedarme aquí, Excelencia, mantener la ilusión de que usted sigue en casa —insinuó el hombre—. Estoy seguro de que milady... Uhm... Allison es tan capaz como yo de este tipo de trabajo, estudiar, leer y cosas así.

Jason la miró ella lo vio dudar. No querría parecer débil delante de Cedric y probablemente consideró débil el miedo que sentía por estar entre la sociedad londinense. Allison no. Ella simpatizaba con el miedo que sabía que él debía estar sintiendo y no pensó mal de él. Parecía la única solución lógica. En Londres estarían a salvo de tía Mildred y sus amigos.

De repente, los perros comenzaron a ladrar. Habían estado disfrutando de su propia cena de

carne cruda en el patio cuando un ruido llegó a sus oídos. No lo había oído, pero de pronto una marea canina pasó por su lado, dirigiéndose a las escaleras de la casa principal.

—Las puertas principales —apuntó Jason, levantándose—. Han oído a alguien en las puertas principales.

Allison sintió un escalofrío y él se apresuró a salir de la habitación. Lo siguió hasta la entrada y recordó la broma que habían compartido antes: los lugareños subían al castillo armados con horcas y antorchas.

La luz del fuego se hizo visible al abrir las puertas. Procedía de antorchas portadas por hombres vestidos de rojo. Llevaban rifles al hombro. Otro hombre, de ancha circunferencia y bigotes rojizos, se alzaba prepotente ante los demás y leía en un pergamino que desenrollaba entre sus manos regordetas.

—Vengo con una orden de arresto contra Su Excelencia, el duque de Harcastle. Si lady Allison Crowley no es entregada inmediatamente a mi custodia, será acusado sumariamente de secuestro. Apártese o lo acusaremos.

—¡Cómo se atreve! —rugió Jason.

Los sabuesos unieron sus ladridos furiosos a su voz. Habían estado sentados detrás de él, con las colas crispadas y las orejas hacia atrás, claramente ordenados a la quietud por su amo. En ese momento, se pusieron en pie, con el lomo erizado y enseñando los dientes.

Jason atravesó la puerta y bloqueó la entrada con su cuerpo. Al hacerlo, entró en la luz de las antorchas y fue recibido con una ronda de jadeos e imprecaciones por parte de los hombres, que podían observar bien su cara.

—¡Soy un Par del reino! Un Duque de Inglaterra y tengo los derechos de un milenio a mis espaldas. ¿Os atrevéis a venir a mis tierras y acusarme de... de qué exactamente? —exigió.

El hombre corpulento había retrocedido varios pasos y miraba a su alrededor, a los soldados.

—Los cargos son los de secuestro y corrupción moral... —explicó, relamiéndose los labios.

Jason salió de la puerta y agarró al hombre por la camisa, poniéndolo de puntillas.

—Debería darle una paliza por su insolencia. Fuera de mis tierras.

Allison se dio cuenta, consternada, de que varios de los soldados habían descolgado sus rifles y jugueteaban nerviosos con ellos.

—Excelencia —dijo uno con galones de sargento—. Le sugiero que suelte a maese Irvin. Es un oficial de la corte y...

Él rugió e hizo lo que se le había ordenado. Soltó a Irvin, pero lo hizo balanceándolo a la fuerza en dirección a sus hombres, donde cayó en un montón.

Allison lo agarró del brazo mientras le apuntaba con un rifle.

—Tranquilo, mi amor —susurró.

—¿Amor? —Llegó una voz femenina desde la oscuridad—. ¡Así que ya te ha corrompido! ¿Ahora llevas la marca de Satán como él? —Mildred dio un paso adelante. A su lado había un hombre alto, envuelto en una capa negra y con el pelo negro azabache aplastado sobre la cabeza. En la penumbra, su rostro era blanco. Los ojos de su tía ardían con su fervor—. A pesar de tus insultos y tu comportamiento caprichoso, estaba decidida a salvar tu alma por el buen nombre de

mi hermano. Por la vergüenza de que ya hayas arrastrado ese nombre contigo al más profundo pozo negro. Viviendo en este maldito lugar de degeneración moral. ¿Te ha llevado a ese pozo, entonces?

—¡Ten cuidado, bruja! —ladró Jason, poniéndose delante de Allison, con los puños apretados a los lados.

—Es usted quien debe tener cuidado, Excelencia —le advirtió el hombre de negro.

Se adelantó y levantó una mano enguantada. Su rostro era alargado y delgado, con nariz aguileña y ojos hundidos. Su voz era nasal y monótona. Tenía un aire de suficiencia. Metió la mano en un bolsillo y sacó un objeto que mostró.

—El sello de Havenshide. Mis credenciales como Magistrado del condado. Mi nombre es Nicholas Wilson y me temo que está fuera de la ley y sería una imprudencia por su parte, resistirse a nosotros.

—¿Ahora la ley de Inglaterra priva a un hombre de autoridad en su propia casa? —inquirió él.

—Sí, cuando ese hombre es culpable de crímenes o se cree que lo es. ¿Supongo que la joven que está detrás de usted es la señorita Allison Crowley?

—Sí, es ella. ¡Es una maldita y pecadora ramera! —escupió su tía.

—Sargento, está autorizado a llevarse a la señorita bajo custodia para su propia protección —indicó Wilson con suavidad.

Agarró a Mildred del brazo y la condujo hacia un lado, mientras el sargento hacía señas a un par de soldados para que se acercaran. Sucedieron varias cosas a la vez. Cuando el hombre más cercano se acercó a Allison, Jason se abalanzó sobre él y le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula. Cayó al suelo y el hombre que lo acompañaba saltó hacia atrás. El sargento se lanzó detrás de Jason y levantó la culata de su rifle para golpearle en la nuca.

El resto de los soldados avanzaron y, en medio de la confusión, uno de ellos intentó agarrar a Allison. Jason giró, rodeó con un brazo el cuello del hombre y lo levantó. Los perros habían estado ladrando y gruñendo, pero su amo aún no los había soltado a pesar de la conmoción. Tom estaba de pie, enseñando los dientes y el lomo erizado.

—¡Adentro! —rugió su amo.

Los perros corrieron obedientemente hacia la puerta abierta. Tom se quedó mirando a su ama hasta que ella señaló la puerta. Con el rabo entre las piernas, corrió tras el resto de la manada. Varios soldados apuntaron con sus rifles, pero él avanzó a pesar de todo. Su determinación empezó a desaparecer ante el implacable rostro oscuro del Duque. Allison trató de agarrar a Jason, pero le falló y acabó tirada en el suelo.

—¡No, Jason! Por favor. Te matarán —gritó.

Alguien la cogió del brazo con suavidad. Pensó que era Cedric y se dejó ayudar para ponerse en pie. Solo miró a su alrededor cuando algo frío y metálico se cerró sobre su mano.

Wilson le había colocado un brazalete de metal en la muñeca izquierda. Una cadena la unía a la suya. Con una fuerza extraordinaria para un hombre tan delgado, tiró de la cadena, desequilibró a Allison y se la llevó a rastras. Mildred estaba junto a un carruaje, con la puerta abierta.

Jason abrió mucho los ojos al ver cómo se llevaban a Allison. Cuando se volvió hacia ella, uno de los soldados se armó de valor y levantó el rifle. Lo golpeó en la nuca con un crujido audible y él cayó de rodillas, con una mano en la cabeza, balanceándose como si estuviera al borde de la inconsciencia.

—Acaba con esto ahora, niña. Antes de que ese maldito muera —gruñó Mildred.

Pero a pesar del golpe, Jason se estaba levantando, un gruñido surgiendo de su garganta. Se preparaba para atacar, sus ojos ciegos a las armas que llevaban los hombres.

—¡Detente! ¡Iré con ellos! —gritó Allison. —Él se detuvo, mirándola a través del dolor de cabeza—. Lo dejarás en paz —exigió a su tía—. No tendrás más problemas conmigo si dejas que él entre en el castillo.

Mildred inclinó la cabeza con un resoplido. Pero Wilson sonreía maliciosamente. Hizo un gesto, y un soldado blandió su rifle contra Jason. Esta vez el golpe le quitó el sentido y lo tiró al suelo.

—Dejadlo ahí para su criado. Que vea lo que pasa cuando un hombre desafía la ley —vociferó el Magistrado.

Cedric corrió al lado de su jefe, pero varios soldados lo arrastraron e inmovilizaron mientras el resto comenzaba a golpear a Jason. Allison gritó y empezó a tirar de la cadena que la sujetaba. Cuando Wilson la agarró por la cintura y empezó a arrastrarla hacia el carruaje, ella pataleó y se resistió a su agarre.

Fue inútil. Mildred apareció frente a ella y le propinó una bofetada en la cara que le dejó los oídos zumbando y estrellas bailando frente a sus ojos. Luego la arrojó al suelo del carruaje y la puerta se cerró de golpe.

CAPÍTULO 17

La luz se burlaba a través de los párpados de Jason. Era suave y parpadeante, pero suficiente para provocarle un dolor punzante en la cabeza. Gimió, y la conciencia revoloteó nerviosa hasta que la agarró con más firmeza. Luchando contra el dolor, abrió un poco los ojos y apretó los dientes. Estaba tumbado en su cama; las mantas se amontonaban sobre él contra el frío de la habitación. Un fuego rugía en la rejilla, proyectando sombras por la habitación.

Un rostro surgió de la oscuridad junto a la cama. Era una cabeza calva con una piel que parecía morena en la penumbra. Los rasgos eran finos, dominados por una nariz prominente. Los ojos eran blancos e invidentes. El hombre se sentó en una silla junto a la cama de Jason, con las manos cruzadas en torno a un bastón plateado.

—Detecto por su respiración que está despierto, Excelencia. No es la primera vez, pero uno espera que este período de vigilia sea más largo que los otros.

—¿Albert? ¿Cómo ha...? Quiero decir... cuando...

Jason se llevó una mano a la cabeza palpitante. Los recuerdos flotaban como hojas de otoño en un estanque. Se arremolinaban sin ningún orden discernible. Desconectados de los recuerdos había una plétora de sensaciones. Recordó el cuerpo desnudo de Allison. Recordó la alegría de su unión. Pero también había un sentimiento de pena y rabia. Una imagen pasó por su mente: un perro yacía muerto.

¿Estaba Allison muerta? ¿O herida? ¿Lo estaba él?

—Su criado tuvo el buen sentido de escribirme hace un tiempo. No pude librarme de la consulta hasta ahora y llegué hace dos días. Le habían atendido adecuadamente, pero tuve que

enviar un médico desde Londres. Sufrió muchos golpes en la cabeza y, no se equivoque, es un incidente por el que exigiremos un desagravio.

Jason se levantó. Lo habían acostado sin ropa, solo con los calzones. Tenía gruesos moretones en el pecho. También sentía la espalda rígida. Mientras se estiraba con cautela, no pudo evitar una leve inspiración. Habría sido inaudible para la mayoría, pero Bentley lo captó.

—Creo que esos soldados aprovecharon su posición boca abajo para propinarle unas cuantas patadas, antes de que Wilson los disuadiera. Me temo que mataron a todos sus sabuesos. Esa pérdida de propiedad ha sido anotada, así como la rareza de su raza en particular y su pedigrí. Se buscará una compensación.

—¡Mis perros! Esos bastardos mataron a mis perros... ¿Dónde está Allison?

Los recuerdos se unieron, todos menos los más cercanos a su herida. La llegada de Wilson con sus soldados del condado. La violencia que se había precipitado cuando el sargento fue atacado por Tom. Y luego... nada.

—No he tenido el placer, pues ella ya no está entre estos muros. ¿Están casados?

Jason echó las mantas hacia atrás. Bentley se levantó suavemente, apartándose de las sábanas que cayeron donde habrían estado sus pies. Él se puso pie, balanceándose. El abogado extendió una mano para sostenerlo y él frunció el ceño ante la infalible capacidad del ciego para ver de algún modo el mundo que le rodeaba.

—Hace falta ser ciego para entender el mundo de los ciegos —advirtió el hombre.

—¿Por qué pregunta si estamos casados? inquirió Jason.

—Porque llevarse a la mujer de un hombre, por mucho que se desapruebe la unión, es ilegal.

—¿Se la han llevado?

Jason se apartó con brusquedad del contacto del abogado, alcanzó el gran arcón que tenía a los pies y lo abrió. Dentro había una serie de prendas, cuidadosamente dobladas en montones. Saco una camisa y unos pantalones y casi cayó sobre la cama cuando comenzó a vestirse.

—Se fue por su propia voluntad, según lo que me contó su hombre, Owen —dijo Bentley.

—¿Quién? —preguntó Jason al no saber por un instante a quien se refería—. Oh, Cedric. Perdóneme, viejo amigo, me olvido de la obsesión inglesa por los rangos.

—Los escoceses tienen rangos propios —repuso el anciano a la defensiva.

—No en mi familia. Si el nombre de pila de un hombre es lo bastante bueno para Dios, lo es para mí.

Bentley cruzó la habitación, barriendo el espacio ante él con su bastón y llegando a la puerta sin chocar con nada. Jason se sorprendió. No tenía la alcoba ordenada. La ropa desechada yacía esparcida por el suelo, junto con los harapos y las sábanas viejas que los perros habían utilizado como cama junto al fuego. Aquello le produjo una pena que casi le ahogó. Su ausencia de la habitación le resultaba casi tan flagrante como la de Allison.

Al abrir la puerta de la alcoba, Bentley golpeó fuertemente el suelo con su bastón. Los golpes resonaron en el pasillo de piedra e hicieron que se estremeciera.

—Disculpe, pero debería invertir en un sistema de campanillas para llamar a su criado. Las mejores casas las usan —sugirió el hombre.

—Es mi secretario, no mi criado. Y no deseo llamarlo como si fuera una especie de esclavo.

—Tal vez, Su Excelencia sería más feliz trasladándose a América. Mi oficina podría facilitar la venta de este castillo y de sus propiedades.

Jason se levantó, metiéndose los faldones de la camisa en los pantalones.

—¡Deje de distraerme, Albert! Allison decidió marcharse. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Los pasos apresurados de Cedric sonaron en la distancia, acercándose.

—Deduzco que lo hizo para evitar más derramamiento de sangre. Pero Wilson desató a sus propios sabuesos, por así decirlo, a pesar de su rendición.

—Lo mataré —aseguró él con gesto sombrío.

—No hará tal cosa. Procederemos de acuerdo con la ley. ¿Está casado con esa dama?

—¡No! ¡No estamos casados!

—Ah. —Fue todo lo que dijo Bentley.

Frunció los labios e inclinó la cabeza hacia el techo, golpeándose la barbilla con un dedo.

Cedric apareció en la puerta.

—¿Te has encargado tú mismo de llamar a Albert? —le preguntó Jason.

—Lo hice, Excelencia... —balbuceó el hombre.

—Ojalá se hubiera casado con la señorita, me habría facilitado mucho el trabajo. No importa, señor Owen, detecto el olor de la cerveza y... —Olfateó el aire—, también pan de frutas, si no me equivoco mucho. ¿Quizás, nuestra conversación podría continuar con una cena ligera y una jarra de esa cerveza?

—Me parece una buena idea —aseguró Cedric

Jason sacudió la cabeza con enfado. Se llevó una mano a la cara y los ojos de Cedric recorrieron brevemente la mancha oscura. El hombre intentaba, pero no conseguía, no ver la deformidad. Y Jason no se sentía cómodo exponiendo su rostro tan libremente. Se encontró buscando la máscara para ocultarla y el hombre le tendió sin palabras una de cuero sin forma.

—Pensé que Su Excelencia necesitaría esto... —murmuró.

Él la agarró y se la puso en la cabeza. Su empleado evitó mirarlo mientras escondía su rostro sonrojado y se preguntó si es que le daba tanto asco mirarlo. Siempre había sabido que poseía una deformidad que ocultaba al mundo, pero nunca se había enfrentado a ella. Y Jason sintió una pizca de tristeza al ver que el hombre no lo aceptaba tanto como Allison.

—Muéstrame el camino, Cedric —le pidió con brusquedad—. Tengo la intención de traer a Allison de vuelta al castillo, por medios legales o no.

El frío la despertó. Y el dolor de los miembros agarrotados. Una luz pálida inundaba la única ventana de la habitación. Era de cristal sin adornos, carente de cortinas que contuvieran el frío.

No había más muebles que un orinal. Su cama era un delgado colchón de paja que no se diferenciaba mucho de dormir sobre las tablas desnudas del suelo.

A Allison le dolía mucho el hombro donde había estado tumbada. Sentía el cuello como si estuviera bloqueado y no sentía nada en los dedos de la mano derecha. Casi gritó de dolor mientras luchaba por incorporarse. Los músculos, tanto tiempo congelados por el frío y las superficies inflexibles, protestaron. Pero consiguió sentarse erguida, de espaldas a la pared.

Las paredes estaban pintadas de blanco. En el otro extremo de la habitación había una puerta sin barnizar ni pintar, cerrada. Sabía que estaba cerrada. Más tarde la abrirían para que entraran Mildred y el pastor. Entonces rezarían por ella y la convencerían de que se arrepintiera de sus pecados.

A Allison le dieron ganas de llorar. Nunca se había sentido tan sola. Le resultaba difícil llevar una cuenta exacta del tiempo, pero creía que llevaba en aquella habitación casi una semana, tal

vez cuatro o cinco días.

¿Qué había sido de Jason en ese tiempo? ¿Por qué no había venido a buscarla? Estaba segura de que lo haría. Cuando la bajaron del carruaje y los criados la llevaron de pies y manos hasta aquella habitación, les escupió su desafío a la cara. Jason vendría por ella. La rescataría y entonces nada volvería a separarlos. Pero no lo había hecho. Ella no sabía si sus heridas eran mayores de lo que creía. No sabía qué le había ocurrido después de que la metieran en el carruaje y cerraran la puerta tras ella.

Se puso en pie, flexionando los dedos de su mano entumecida para restablecer la circulación. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. La vista daba a un patio interior, con los muros de la casa como única vista alrededor de un pequeño cuadrado de césped y una fuente. Una urraca se posó en el alero del muro de enfrente. La observó saltar de un lado a otro durante un momento. Luego se alejó volando en una explosión de plumas.

Allison envidió su libertad. Llegó hasta ella el sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta. Se volvió y se alisó el vestido, ahora arrugado y sucio por el colchón sucio en el que le habían dado a dormir. Un momento después, la puerta se abrió y Mildred entró en la habitación. El pastor Jeremiah Shade entró detrás de ella y cerró tras ellos.

Vestía de negro y tenía el cuello blanco de clérigo en la garganta. Su boca cruel se curvaba hacia abajo, debajo de unos ojos grises y pálidos, en un rostro duro. Llevaba el pelo recogido desde las sienes en una caída plateada y apretaba una biblia contra el pecho. Allison dio un suspiro exagerado, ocultando el miedo tras el desafío. La boca de Mildred se tensó ante la insolencia, pero la expresión de Shade no cambió.

—Hemos decidido que ha llegado el momento de cambiar nuestro enfoque de tus pecaminosas costumbres —comunicó con acento escocés.

Sin embargo, era diferente al suave tono de Jason.

—¿Y qué significa eso? —Lo miró, desafiante.

—¡No tienes derecho a emplear ese tono con el buen pastor, niña malvada! —espetó Mildred.

Shade levantó una mano y Mildred guardó silencio, con la boca apretada.

—Me han informado de tu comportamiento descarriado en Londres. Un lugar así engendra libertinaje, y no se te debe juzgar por cómo te corrompiste allí. Sin embargo, desde que llegaste aquí, un espacio bueno y saludable, has demostrado tu propensión a la maldad... con el hombre que posee el título de duque de Haverton —explicó Shade.

Hablaba con paciencia, como si estuviera instruyendo a un niño. Su expresión no cambió en ningún momento, permaneciendo severa pero ecuánime. Mildred humeaba a su lado, apretando y soltando las manos en la cintura, con la boca recta y retorciéndola de vez en cuando, como si estuviera masticando algo amargo.

Allison caminó despacio hacia la pareja y se detuvo frente al hombre. Era más alto que ella, pero lo miró fijamente a los ojos. Cuando habló, lo hizo con el mismo control que él había mostrado.

—Fui agredida en Londres por un hombre que se creía con derecho a poner sus manos sobre mi cuerpo sin mi consentimiento. No he retozado con nadie. Escapé cuando estuve presa aquí y encontré un amigo en Jason Marshall, duque de Haverton. Un hombre de bondad, dignidad y honor.

—¡Un hombre que ha sido tocado por el diablo! ¿Qué sabes de él? —inquirió Mildred.

—Sé que fue rechazado por su padre al nacer, debido a las marcas en su rostro. Que fue criado por buenos padres cristianos en Escocia.

Seguían mirándose. Sus ojos permanecían fijos en una batalla de voluntades. Allison casi podía sentirlo como una presión física sobre ella.

—Puede que lo criaran buenos cristianos, pero los hechos son claros. Se sabe que las marcas que lleva denotan el toque del Diablo. Y su comportamiento desde que dejó la casa cristiana de quienes lo cuidaron lo confirma. Ha llevado una vida de libertinaje y pecado —espetó Shade.

—No le creo. —Allison casi escupió las palabras.

—Ha cometido un asesinato —dijo él con calma.

Las palabras la golpearon como una bofetada en la cara.

—Eso es mentira. —Rompió por fin la mirada fija con el hombre.

—No lo es. Ocurrió en Londres en el año de Nuestro Señor de mil ochocientos veintidós. Acababa de heredar su título y sus bienes y llevaba una vida de corrupción en aquel pozo negro del mal. Los hechos fueron ocultados por un astuto abogado que aún trabaja para él. Son indiscutibles.

—No creo que ocurriera como usted insinúa. Lo conozco y no lo traicionaré creyendo sus mentiras.

—Como he dicho, nos damos cuenta de que no podemos salvar tu alma sin tomar medidas más drásticas —concluyó Shade con un suspiro.

Mildred asintió con decisión, con un brillo en los ojos.

—Por lo tanto, se ha decidido sacarte de este lugar y llevarte al hogar de los Hijos de Cristo, el grupo de santos que tengo el privilegio de pastorear. No volverás a ver a ese Duque y, si no te arrepientes de tus pecados, sufrirás como deben sufrir todos los pecadores impenitentes.

CAPÍTULO 18

Daniel despertó por la mañana. No había cortinas en las ventanas de su buhardilla, en lo alto del edificio de la Fundación. Como resultado, se despertó con el amanecer.

La noche anterior había dejado la ventana abierta, otra costumbre suya, ya que le gustaba recibir un nuevo día con el aire fresco en lugar del aire viciado del anterior. Su aliento se entremezcló en grandes nubes cuando se levantó de la cama, echó hacia atrás la ropa de cama y se puso delante de la ventana en camisón.

Los dolores y molestias del día anterior se habían disipado por completo con la medicina que le había dado el capitán Hans. Estaba sobre su mesilla de noche, un líquido lechoso en un frasco de cristal marrón. Los otros estaban firmemente tapados en la bolsa de cuero debajo de la cama.

Más allá de la ventana, contemplaba los tejados torcidos y las callejuelas de Whitechapel. A lo lejos, bajo un velo de niebla, se veía el río bajo su espesa capa de hielo.

El sol brillaba y su casa estaba llena de pobres desgraciados que habían sido desechados por la sociedad. Pero en ese momento estaban en casa y bajo su cuidado. Un día saldrían de allí, curados y sanos, para difundir la bondad que habían aprendido entre los demás. O tal vez para volver a ayudar en el buen trabajo que él y su personal hacían. Era bueno sentirse vivo. Y aún mejor era saber que el trabajo duro ya estaba hecho y que aún quedaba mucho por hacer.

Casi corrió a su mesilla de noche y vertió una medida de medicina en una modesta taza de madera. Mientras se preparaba para beber, cogió su preciada biblia, maltratada y con las páginas dobladas. Con el alimento líquido sosteniendo su cuerpo, las palabras de Dios sostendrían su alma.

En ese momento, pensó en Summer. Una expresión de placer cruzó su rostro mientras el primer sorbo de néctar se deslizaba por su garganta.

«Daniel, no has prestado suficiente atención a esa mujer. Deberías haber dedicado mucho más tiempo a ayudarla con la lectura para que pudiera disfrutar del buen libro por sí misma», pensó, mientras se golpeaba la frente con el talón de la mano.

Al comprenderlo se consideró un idiota por no haberse dado cuenta antes. Summer tenía que ser su centro de atención, su prioridad. Enseñarle a leer la abriría a las enseñanzas del Señor y no solo salvaría su alma, sino que, estaba convencido, también aportaría una sierva muy útil a la obra de Dios.

—Y muy guapa —dijo en voz alta, antes de taparse la boca con una mano.

Un desafortunado efecto secundario de su medicación era que le soltaba la lengua y, a menudo, decía en voz alta lo que pensaba. Y aquel era un pensamiento indigno, nacido de la carne y por el que se confesaría y arrepentiría. Pero necesitaba controlarse mejor bajo la influencia de aquel elixir del que dependía su salud.

Se le escapó una risita, aunque seguía cubriéndose la boca y sintió el impulso de agitar un dedo admonitorio hacia la botella marrón que tenía a su lado. Se puso en pie de un salto y comenzó a vestirse en un revuelo de telas y miembros. Instantes después, sin importarle el estado de su pelo o si llevaba bien atada la corbata, bajaba de dos en dos las escaleras de sus aposentos.

Redujo la velocidad al llegar a la planta en la que Summer estaba acuartelada, recordando la dignidad de su posición.

En ese momento vio a Sadie que se acercaba. Llevaba una escoba y parecía a punto de comenzar sus tareas del día. Agachó la cabeza mientras él se acercaba, aceleró el paso y él frunció el ceño. Sadie solía tener un temperamento efervescente. Siempre estaba alegre a primera hora de la mañana, o en cualquier momento del día.

—Sadie, ¡buenos días! —la saludó con efusividad.

—Buenos días a usted, reverendo —murmuró ella, apresurándose a pasar.

Daniel la miró extrañado. ¿Alguien la había molestado? Sabía que algunos miembros del personal de la Fundación eran más duros que él con las personas a su cargo. Algunos incluso eran cínicos y estaban hastiados de su trabajo.

—Sadie. Espera un momento. ¿Qué te ocurre? Estás rara.

—Disculpe, señor. No pretendo ofenderle. Es solo que llego tarde a mi trabajo y no quiero meterme en problemas.

—¿Problemas? Eres una buena trabajadora y no creo que un día de retraso sea algo de lo que preocuparse.

—Por supuesto, reverendo. —Sadie se negó a mirarle a los ojos—. Es que no tengo otro sitio donde ir, eso es todo. Así que no puedo permitirme que me echen de aquí, por así decirlo.

Daniel se quedó un momento con la boca abierta, incapaz de entender lo que oía. Luego agachó la cabeza, intentando captar su mirada. Al final, tuvo que levantarle la barbilla para que le mirara.

—No te van a echar, como dices. Así que quítate esa preocupación de la cabeza. ¿Quién te ha dicho eso?

Iba a tener unas severas palabras con cualquier miembro de la Fundación que hubiera metido tanto miedo a Sadie o a cualquiera de los otros residentes.

—Disculpe, señor, pero soy amiga de Summer y ahora que se ha ido...

—¿Se ha ido? —preguntó con brusquedad—. ¿Qué quieres decir? ¿Adónde? —La mujer parecía desesperada, sus ojos iban de un lado a otro como si buscara una salida y él sintió un creciente temor en su interior—. Por favor. Habla con libertad. Te juro ante el Señor Todopoderoso que no tienes nada que temer.

Ella asintió con lágrimas en los ojos, tragando saliva.

—Anoche, señor. Cuando llegó enfermo. Ella fue a ayudarle y volvió llorando, dijo que usted le ordenó que se fuera. La matrona intentó intervenir, pero insistió en que usted habló en serio. Se fue anoche. Summer se ha ido.

Daniel tuvo vagos recuerdos de lo ocurrido, pero parecían sueños y, cada vez que intentaba concentrarse en uno, se volvía indefinible y nebuloso.

Recordó el viaje de pesadilla a través de Limehouse, la enfermedad, el dolor y el frío. Recordó sangre. Mucha sangre. ¿De quién? Y recordó el miedo desesperado a ser descubierto. Por último, recordó la cara sorprendida e incrédula de Summer, manchada de lágrimas.

Y recordó haberle gritado. Desterrándola de aquel lugar.

Summer había crecido en las calles de Londres. No tenían ningún misterio para ella. Antes de ser

rescatada por Daniel Adams, habría dicho que las calles... no le daban miedo. Era mentira, se lo decía a sí misma para protegerse. Las calles siempre la habían asustado. La violencia casual y la crueldad que había por todas partes, el peligro constante y la certeza de que la vida podía extinguirse entre un suspiro y el siguiente.

Antes de que el reverendo la encontrara, ella era un producto de aquel lugar. Nadie la habría mirado dos veces mientras se abría paso por los barrios de Whitechapel y Limehouse. Estaba tan sucia y harapienta como los demás. En aquel momento, iba con un vestido limpio, la piel lavada y el pelo libre de piojos. Llevaba un pequeño monedero atado a la cintura, con las monedas esparcidas para no revelar su existencia con un tintineo metálico.

Su aspecto la convertía en un objetivo. El sonido de las monedas, incluso de las pocas que tenía, sería como hacer sonar una campana. Pero no tenía elección. La cara retorcida de Daniel estaba en sus pensamientos, junto con sus gritos. Luego, el sombrío semblante de la matrona Bentley cuando regresó de sus aposentos, confirmando que, efectivamente, había desterrado a Summer de la Fundación.

Aquel momento había roto su corazón, arrancándole la alfombra de debajo de los pies.

Caminaba por las calles hostiles, con la capa subida hasta cuello para cubrirse la cara y la cofia atada a la cabeza. Esperaba que ambos fueran suficientes para ocultar su rostro. No tenía adónde ir, ni familia a la que recurrir, ni amigos. Era vital que se pusiera fuera del alcance de Horca Hans lo antes posible, pero no quería malgastar su valioso dinero en un carro. Lo necesitaría para comer más tarde.

Así que se dirigió al único lugar que se le ocurrió donde podría tener cierto grado de seguridad, hasta que pudiera hacer un plan mejor. Sabía que no había nacido en el seno de la familia Harris, a la que consideraba sus padres. Agnes y Ben Harris no habían ocultado que Summer era huérfana. La habían sacado de un orfanato de Shadwell cuando tenía seis años. Summer tenía vagos recuerdos del lugar.

Agnes y Ben la habían llevado allí muchas veces para ver a las monjas que dirigían el lugar y para regalarles a los niños pequeños juguetes de madera hechos por Ben en su tiempo libre.

Habían pensado que era importante que supiera de dónde había venido y adónde podía volver si alguna vez lo necesitaba. Ambos sabían lo corta que podía ser la vida para los habitantes de Whitechapel y querían que su hija adoptiva tuviera un lugar donde refugiarse.

Después de casarse con Noah, Summer pensó que nunca más necesitaría un refugio así. Qué equivocada estaba. Las calles estaban abarrotadas de gente, ruidos y olores. Se encontró a sí misma acostumbrada a moverse, deslizándose entre la multitud y las sombras, sin llamar la atención. El cielo brillaba y se oscurecía a medida que avanzaba el día.

Presagiaban más nieve. Los zapatos que llevaba no estaban a la altura de las calles de Londres. Ya tenía los pies entumecidos y húmedos. Su vestido era sencillo, pero estaba bien confeccionado. Tampoco protegería del frío mortal del invierno, no con la nieve fresca que se avecinaba.

El viento soplaba desde el río, llevando su nocivo hedor a las calles. Las ráfagas arrancaban la capa de su cuello y los dedos congelados intentaban dejar al descubierto la carne vulnerable.

Summer bajó la cabeza y siguió caminando. Le llevaría casi todo el día caminar hasta el orfanato de Nuestra Señora de Lourdes, situado junto al río. Al llegar a un cruce muy transitado, se detuvo al ver bloqueado su camino por un rebaño de ganado. Esperó a que los animales pasaran y, entre la multitud de peatones, Summer miró al otro lado de la carretera y se encontró con los ojos de alguien.

Llevaba un sombrero de copa alto y negro, colocado en ángulo. Tenía la cara alargada y una sucia barba incipiente en la mandíbula. El hombre masticaba con la boca abierta y miraba a su alrededor con ojos brillantes. Cuando esos ojos se encontraron con los suyos, dejaron de moverse. La mandíbula también dejó de masticar.

Summer lo conocía. Vio que se llevaba la mano al ala del sombrero y se lo inclinaba con una sonrisa ladeada.

Ella se dio la vuelta y se apresuró a avanzar por la calle, eligiendo su dirección a ciegas. Sintió el impulso de mirar por encima del hombro para ver si la seguían, pero si el hombre no la había reconocido, eso seguramente la delataría. Si acababa de comportarse de forma galante, con una mujer extraña que había encontrado su mirada, dejar claro que huía de él le haría sospechar.

Navaja O´Reilly era un nombre ridículo para un hombre peligroso. Y uno de los lugartenientes de confianza de Horca Hans. Summer rezó en voz baja, pidiendo ayuda a Dios, le picaba la espalda al pensar en sus ojos sobre ella. Lo había reconocido, pero a sus plegarias añadió que él no la hubiera reconocido a ella. Finalmente, la tentación fue demasiado grande. Miró hacia atrás por encima del hombro y al otro lado de la calle.

Los animales habían pasado. No había rastro de Navaja O´Reilly siguiéndola. El alivio era palpable. Se detuvo en una esquina y trató de orientarse.

—Hola, Summer, querida. Me alegro de verte por aquí —la saludó Navaja O´Reilly, al salir de una calle lateral detrás de ella.

Ella dio un respingo y se giró para enfrentarse a él. Sonreía de forma malvada y se echó hacia atrás el sombrero. Tenía una mano metida en el bolsillo de un chaleco y la otra en el de su gabán. Sabía que llevaba una navaja. De cerca, pudo ver las cicatrices entrecruzadas que le marcaban la cara, el legado de toda una vida de peleas con cuchillo.

—Lo siento, señor. Me ha confundido con otra persona —explicó, con toda la dignidad que pudo.

La sonrisa se convirtió en un gruñido y, con la velocidad de una serpiente, O´Reilly arremetió contra el hombro de su capa. La navaja que tenía en la mano rasgó la tela como si fuera una telaraña. Agarró el vestido que había debajo y tiró con crueldad. La tela se rasgó, dejando al descubierto su piel y exponiendo la piel negra de su marca de nacimiento.

—¿Con una marca así? —se burló—. Sé quién eres, amor. Y te voy a llevar a ver a Horca Hans.

CAPÍTULO 19

-¿A qué demonios crees que estás jugando? —bramó una voz. O´Reilly miró a su alrededor ante la intrusión. Un hombre salía de una carnicería detrás de ellos, limpiándose las manos en un delantal grasiento y manchado de sangre. Era ancho de pecho, con los brazos fornidos y tatuados y la cabeza calva—. ¡Deja en paz a esa muchacha! —Apretó su hombro con dedos como garfios.

Él soltó el vestido rasgado de Summer, que mostraba sus vergüenzas, y guardó la mano en el bolsillo del abrigo.

—¡No! —gritó ella, agarrándolo por el brazo para evitar que sacara el cuchillo del bolsillo—. ¡Vuelva dentro, por favor!

—¡Cuidado, Gary, ese tipo tiene una navaja en ese bolsillo! —advirtió un cliente, saliendo de la carnicería con un paquete de papel grasiento.

El carnicero se mostró alarmado y dio un paso atrás, con las manos en alto.

—Paul, tráeme el hacha ahora mismo —gritó dentro de la tienda.

O´Reilly se volvió hacia Summer con una mueca de pura rabia en el rostro. Ella notó que sacaba la mano del bolsillo y supo que su vida podía medirse en centímetros. La distancia que él tenía que recorrer antes de que la hoja estuviera fuera y en su garganta.

Desde allí, la llevarían a Horca Hans y a la muerte. O a un destino peor que la muerte. Hans tenía muchos trabajos para las mujeres de su propiedad.

Al darse cuenta de que no podía esperar ganar aquella lucha, cambió de táctica. Se subió las faldas, levantó la rodilla con todas sus fuerzas y golpeó justo entre las piernas a O´Reilly. Luego lo empujó con ambas manos, tan fuerte como pudo. Él entornó los ojos y abrió la boca en forma de O, mientras caía de espaldas sobre el carnicero.

Summer no dudó. Se lanzó al otro lado de la calle. Su huida la llevó hasta un carro tirado por caballos. Se lanzó a toda velocidad sobre él, aterrizando en la acera y sintiendo cómo la piedra le rozaba el hombro descubierto.

Se oyeron jadeos y gritos de la gente. Alguien le tendió la mano y no se detuvo a ver si pretendían ayudarla o hacerle daño. Con un sollozo, se levantó y echó a correr, dobló una esquina y se precipitó por la acera.

Si Navaja O´Reilly la perseguía, podría haberla localizado por los gritos y maldiciones de aquellos a los que pisaba o apartaba. Pero a Summer no le importaba. Corrió hasta que le ardieron los pulmones y le temblaron las piernas. También se manchó el vestido hasta quedar mugriento y empapado, de forma que pasó más desapercibida que antes, pero el desgarro en el hombro mostraba la decoloración de la piel, negra como el azabache, en su hombro izquierdo.

Los que lo vieron se replegaron contra la pared o se persignaron. Todos la miraron con horror. Noah se había empeñado en besar aquella marca todas las noches, mientras yacían juntos en una cama de paja en la habitación individual que había alquilado. Sus padres le dijeron que todo el mundo era diferente y especial; pero aquellas tres personas habían sido las únicas que no mostraron asco de ella en toda su vida.

De repente, se quedó sin aliento. La precipitación la había lanzado contra un muro de piedra, más allá del cual no había nada. Se inclinó sobre el muro, jadeando, con la mejilla pegada a la piedra. Delante de ella había aire vacío; debajo, el agua helada del Támesis. Había corrido por un callejón que desembocaba en el río, una docena de metros más abajo. Edificios altos y ceñudos se alzaban a ambos lados, enladrillados y mugrientos.

—Noah, ayúdame —susurró.

Él había sido el único hombre al que había amado, hasta que Daniel Adams surgió de la oscuridad, blandiendo un palo y rescatándola como un caballero de un cuento de hadas. ¿Era una traición empezar a sentir por él lo mismo que había sentido por su querido y valiente Noah? Tal vez lo fuera, por eso Dios la estaba castigando.

—¡Summer! —Se oyó la voz de un hombre a su espalda. Ella gimió de miedo. Miró a su alrededor y vio que no tenía adonde ir. Casi ningún sitio. Se encaramó al muro de piedra—. ¡Espera! ¡Maldita mujer, no hagas eso! —dijo la voz.

No era Navaja O´Reilly. Era una voz que tiraba de un recuerdo. Miró a los lados y arrastró los pies hasta el borde del muro. Una figura gentil se acercaba por el callejón desde una puerta abierta a mitad de camino. De aquella puerta había salido un carro, de dos ruedas y con dos largas asas. Estaba lleno de sacos. La figura vestía un abrigo remendado, abotonado contra el frío, con una gorra de paño con visera y botas hasta la rodilla.

De las puertas salía vapor y un agradable aroma a tela caliente y jabón. La figura que se acercaba tenía una mano extendida como para calmar a un animal asustadizo. Se lamió los labios.

—No hace falta que hagas nada ahí arriba. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Yo... —Summer frunció el ceño.

El rostro estaba ensombrecido por la gorra, pero la voz le resultaba familiar. Bruscamente se quitó la gorra. Summer vio un rostro con rasgos orientales, aunque el acento era de la ciudad de Londres.

Tenía el pelo largo y negro recogido en una cola. Le dedicó una sonrisa vacilante.

—¿Te acuerdas de Matthew?

—Ese no es tu nombre —aseveró ella—. Es el nombre que te pusieron las monjas para hacerte más cristiano. Tu verdadero nombre es Ying.

La sonrisa nerviosa se ensanchó.

—Gracias a Dios. Pensé que tendría que lanzarme a por ti.

Summer saltó de la pared.

—Si lo hubieras hecho, ambos nos habríamos roto el cuello. Está helado.

—Por supuesto. Nunca pude pensar más allá del salto. Siempre eras tú la que pensaba sobre qué aterrizábamos. —Summer miró más allá de Ying, hacia la boca de la calle lateral. Él siguió su mirada y se interesó con suavidad—: ¿En qué lío te has metido, Milú?

El apodo de la infancia que él le había puesto la hizo sonreír, trayéndole recuerdos de dos marginados corriendo por el laberinto de calles del East End.

Ying, con su herencia china, y ella, con su piel marcada.

—¿Has oído hablar de la Banda de la Horca?

—Maldito idiota —murmuró por lo bajo—. ¿Por qué te mezclas con ellos?

—No lo hago por elección propia, pero Navaja O´Reilly me persigue. Intento volver al orfanato.

—Bueno, estás a unas cinco millas demasiado al oeste, y Horca controla el Wharfside entre

ambos lados. Ven conmigo. Puedo llevarte a un lugar seguro.

Summer dudó un momento. Ying había sido adoptado del orfanato antes que ella. Las monjas se habían visto obligadas a separarlos el día que sus padres vinieron a llevárselo y ella nunca se lo perdonó.

Esa misma noche huyó en su busca y no lo encontró. Aunque de aquello hacía ya muchos años.

Él regresó al carro y movió los sacos para hacer sitio en el centro.

—¡Vamos! Esa rata no se rendirá. ¡Salta dentro!

Corrió hacia el carro y trepó por el lateral, tirando de los sacos a su alrededor.

CAPÍTULO 20

Jason miró al mundo a través de los agujeros de los ojos de la máscara. Era un día gris y ventoso, con el sabor del hielo en el aire. Las nubes y la niebla amenazaban con nevar en cualquier momento. En el carruaje viajaba Bentley, el ciego con la cabeza vuelta hacia la ventanilla como si pudiera ver el paisaje más allá. Jason estaba junto a Cedric en el asiento del conductor.

En las pocas ocasiones en que había salido con el carruaje, siempre había montado dentro, oculto de miradas indiscretas. Incluso entonces, la idea de las miradas que atraerían las ventanas cubiertas le había incomodado. Imaginaba que la gente que lo viera pasar murmuraría sobre el duque Marcado, el duque Enmascarado, el duque Maldito. Pero esas veces era diferente; se escondía para evitar las peores miradas o incluso la hostilidad abierta.

En ese momento, cabalgaba para recuperar a su amor perdido, la mujer que le había hecho quitarse la máscara y le había recordado lo que se sentía al ser humano. No iría a buscarla ocultándose en las sombras, aunque llevaba la máscara puesta. Le quemaba en la cara y deseaba tirarla, quería verla caer por la ladera o que el viento la atrapara y la convirtiera en recuerdo.

Pero no podía. Era mejor que la gente lo viera enmascarado, con el rostro oculto. No ocultaba su presencia, pero no se atrevía a mostrar su cara desnuda.

Cedric se movió en el asiento, se aclaró la garganta y luego se quedó en silencio. Él se dio cuenta de que había hecho movimientos similares más de una vez y se giró para mirarlo.

—¿Tienes algo en mente, Cedric? —se interesó. El hombre asintió con fuerza—. ¿Quizá deseas dejar de trabajar para mí, después de haberme visto la cara por primera vez?

—Por supuesto que no, Excelencia. —Se irguió para recuperar el equilibrio y centró la atención en el camino.

Jason estaba confuso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Excelencia... no necesita ocultarme su rostro —dijo finalmente—. Anoche percibí su incomodidad y le ofrecí la máscara. Pensé que me diría que ya no era necesaria. Al menos, no entre nosotros. Quizá fui presuntuoso. —Se sonrojó y miró fijamente a la carretera.

El Duque consideró sus palabras y sonrió, tras la máscara. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Vaya forma de tejer telarañas en nuestros pensamientos —declaró—. Creía que te avergonzaba contemplar semejante desfiguración. Que me ofrecías la máscara para salvarte —añadió al ver su rostro perplejo.

—Ni siquiera lo había pensado, Excelencia. —Parpadeó—. Quise decírselo, pero he aprendido a guardar silencio y mantener la cabeza sobre los hombros.

—¿Tan temible soy?

—Puede serlo, Excelencia.

—Uhm. —Jason se sintió aliviado, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Cedric siempre había sido su empleado, un secretario que le ayudaba a administrar la finca y

a buscar a su hermana desaparecida. En los años que había trabajado para él, se había convertido en su amigo, aunque ninguno de los dos lo había reconocido.

—Si me permite decirlo, Excelencia, he llegado a verlo como... bueno, como un tío. No diré padre, ya que sería un insulto para el mío. Pero nunca he tenido un tío y bueno... creo que así es como sería.

Jason apoyó una mano en su hombro y le dio un apretón.

—Entonces prescindamos de los formalismos, Cedric. No te he llamado Owen, y no veo por qué debes llamarme Excelencia ni tampoco de usted. Mi nombre es Jason y me sentiría más tranquilo si lo usaras y me tutearas.

—Como quieras. Aunque costará acostumbrarse a que un muchacho de los valles llame a un Duque por su nombre de pila y lo tutee.

—Entonces, empieza a acostumbrarte.

Salían de las colinas, en cuya cima se alzaba el castillo de Harcastle, y pasaban por tierras más pobladas. El primero en asombrarse a su paso fue un granjero con sus ovejas. Luego, un pastor que llevaba más ganado de los pastos altos a los bajos.

Él lo miró con fijeza al pasar y soltó una carcajada al cruzarse de brazos.

—Me tienen condenado incluso sin verme la cara. Entonces, ¿para qué ocultarse? —Se quitó la máscara y, sin pensárselo ni un momento, la lanzó al aire.

El viento la atrapó y voló por encima de un muro hasta aterrizar en un campo. Jason no miró atrás, fijó los ojos al frente, con una sonrisa feroz y mostrando los dientes.

Iba a rescatar a su Allison y el mundo vería quién era.

Nevaba cuando llegaron a la Casa Hansono. Había soplado un viento del norte y la nieve se arremolinaba y azotaba la construcción. Jason saltó del asiento del conductor y se dirigió hacia la puerta principal. Llevaba un abrigo que realzaba su ya de por sí impresionante complexión, convirtiéndolo en una silueta formidable contra el muro de nieve que impedía la visibilidad más allá de una docena de metros.

Cedric se apresuró hacia la puerta del carruaje para ayudar a Bentley, que le hizo un gesto con la mano y se volvió para bajar antes de meter la mano para recuperar su bastón. Miró hacia la casa, sabiendo de algún modo en qué dirección tenía que hacerlo, y se dirigió infaliblemente hacia la puerta principal.

Jason ya estaba golpeando con fuerza la gruesa madera.

Se abrió y apareció un clérigo de pelo canoso y expresión solemne. Sostenía una biblia como un escudo. Detrás de él había dos hombres más jóvenes. Los tres vestían de negro riguroso y ninguno reaccionó ante el rostro que tenían delante. Jason se extrañó de ello.

—Allison Crowley. ¿Está aquí? —preguntó con fiereza.

—Esta es una residencia privada y... —comenzó el clérigo.

—Apártese —gruñó antes de empujarlo a un lado.

El hombre lo miró sobresaltado, mientras caía hacia atrás y se golpeaba contra la pared. Los dos más jóvenes avanzaron, cada uno con un garrote corto y pulido en la mano.

—¡Espere! —le advirtió el clérigo—. No puede entrar en esta casa sin....

Jason no estaba de humor para esperar. Agarró el garrote del hombre más cercano, lo bajó de un tirón y levantó el puño en un certero movimiento, que golpeó bruscamente al hombre en la barbilla. Gruñó mientras su cabeza se echaba hacia atrás, y él lo soltó para que cayera como un árbol derribado.

El otro blandió su arma, pero esquivó el golpe, clavó el codo en su estómago y tiró de su

cabeza hacia atrás por el pelo, giró y conectó con su mandíbula.

El segundo hombre cayó sobre su compañero.

—¡No hay justificación para la violencia contra...! —clamó el clérigo.

Jason se abalanzó sobre él y sacó una pistola del interior de su abrigo. No había dicho a su empleado ni a Bentley que iba armado. Cedric entró corriendo por la puerta para interponerse entre ellos y le dio la espalda.

—¡Te ruego que cierres la maldita boca, imbécil! —exigió al clérigo—. Su Excelencia está dispuesto a meterte una bala entre los ojos y tiene suficiente puntería para hacerlo.

El hombre apretó con más fuerza su biblia y se quedó boquiabierto, mientras Jason levantaba la pistola y se adentraba en la casa.

—¡Mildred! ¡Ven! —gritó de repente el clérigo.

Jason vio aparecer a Mildred al final de la escalera y caminó hacia ella, que lo miró aterrorizada, antes de alejarse corriendo.

—¡Allison! —rugió Jason—. ¡Allison!

—¡Ella no está aquí! —gritó Mildred—. Llega usted tarde. Por el poder de Dios, salgan de esta casa de inmediato.

—Cierra la habitación blanca, Mildred —bramó el clérigo.

Sus últimas palabras quedaron amortiguadas cuando Cedric tomó cartas en el asunto y le tapó la boca con las dos manos.

—¡Cállese! —le ordenó—. O habrá un maldito asesinato aquí.

Su jefe se acercaba a Mildred, que cerró frenéticamente una puerta y agarró las llaves para impedir que la abriera. Él la alcanzó, la ignoró por completo, y derribó la puerta de una patada.

La mujer apartó la vista, cerró los ojos y cruzó los brazos.

La habitación era muy blanca. En una esquina había un colchón improvisado y lo que parecían trapos. Algo metálico brillaba entre ellos.

Jason vio un orinal en una esquina. Frunció el ceño y se acercó al colchón. Fue entonces cuando pudo reconocer el resto de los objetos. El metal era un par de esposas, como las que se utilizan para asegurar a los criminales bajo arresto.

Los harapos eran los restos del vestido de Allison. Se agachó y rebuscó entre ellos. Había rasgaduras largas y afiladas por todas partes, como si le hubieran cortado la espalda.

El orinal de la esquina le valió una dura mirada. Aquella habitación había sido una prisión. Allí había estado esposada y habían destrozado su ropa. Oyó a Mildred en el pasillo, rezando en voz baja.

Levantó el arma y salió de la habitación para detenerse frente a ella, que cayó de rodillas tras mirarlo con horror. Jason apretó el cañón de la pistola contra su cabeza.

—Última oportunidad. Dime qué has hecho con Allison o te enviaré al infierno.



Allison se arremolinó en la luz. Llevaba un vestido blanco y dorado. Diamantes adornaban su cabello y su cuello. Todo captaba la luz de cien velas y la lanzaba al aire en mil colores. Jason la conducía por el suelo. Tenía el pelo liso y le caía por la espalda como una sombra. Estaba resplandeciente de azul real, plata y oro.

Bailaron por primera vez como marido y mujer. A su alrededor, sus invitados observaban,

deslumbrados por la belleza de la feliz pareja. Los padres de Allison sonreían orgullosos. Allison solo era consciente de que no estaban solos. Sus ojos no se apartaban de los de su marido. No quería mirar a ningún otro sitio.

La mancha oscura en el costado de su cara ya no era una deformación. Para ella nunca lo había sido, pero ahora todos veían a su amado de la misma manera que ella. Como un hombre de gran belleza y fuerza. Un hombre valiente y moral. Un hombre que hacía honor al título de Duque. Lo miraban con asombro y ella sabía que se preguntaban cómo habían podido rechazar a un hombre así.

Entonces, las luces se atenuaron. Los invitados se perdieron en las sombras. Ella se alejó de Jason y frunció el ceño.

—No. Esto no está bien —dijo en un susurro.

Él le dedicó una sonrisa triste y miró la sala cada vez más oscura.

—Tienes razón. ¿Por qué iba a ser esta la culminación de todos tus sueños?

Allison se sintió desorientada. Sabía que estaba soñando, pero se suponía que era consciente de los sueños cuando estaba en ellos.

—¿Qué me haría feliz? —preguntó lastimeramente.

—Te lo enseñaré.

La habitación desapareció y se vio cabalgando junto a él por un páramo solitario. La nieve crujía bajo los cascos de sus caballos, y los perros los perseguían con la cola en alto y dando ladridos de alegría, mientras corrían por las colinas. Allison se echó a reír cuando el aire helado golpeaba su cara. Llevaba un sencillo vestido de montar de lino y algodón, cálido y resistente. Jason llevaba su ropa de caza, más duradera que elegante. Ambos tenían salpicaduras de barro que les llegaban hasta las botas.

Allison sintió que algo húmedo le daba en la mejilla y soltó una carcajada, gritando al viento que se abalanzaba sobre ellos. Echaron a correr el uno junto al otro, dejando que sus caballos se igualaran. Ante ellos había una estructura baja de piedra, enclavada en un pliegue de las colinas.

El humo salía de una tosca chimenea que emergía de un tejado de paja. Las paredes de piedra estaban cubiertas de musgo. Cuando llegaron, Él saltó de la silla y levantó a Allison.

Sus pies no llegaron a tocar el suelo. La cogió en brazos y la llevó al interior. En la cabaña de piedra había una sola habitación grande. Un gran fuego crepitaba en la chimenea de piedra, frente a un montón de gruesas mantas.

Jason cerró la puerta de una patada y se arrodilló ante el fuego. Acostó a Allison con suavidad, como si fuera de porcelana antigua. Ella sonrió satisfecha mientras se recostaba, con un brazo por encima de la cabeza y el otro apoyado en el vientre.

Jason se desnudó lentamente, de pie ante ella. Con cada prenda que se quitaba, su sonrisa y el color de sus mejillas se acentuaban. Sus ojos recorrieron un físico esculpido. Tenía el pecho abultado y el vientre plano y estriado de músculos. Sus brazos estaban igualmente repletos de músculos. Quería tocarlo, pero también quería quedarse donde él la había dejado, esperando a que la tocara. Se lamió los labios, sintiendo el pulso en la garganta.

Empezó a arrodillarse, pero ella se incorporó de golpe.

—¡No! —gritó, y luego en un tono más suave—: quédate ahí un momento.

Frunció el ceño, desconcertado, y permaneció de pie. Allison se arrodilló y se colocó frente a él. Lo miró a los ojos y comenzó a aflojar las cintas de sus pantalones, tirando lentamente. Su propio cuerpo ayudó, una vez desabrochadas las ataduras, empujando contra la tela. Lo miró a los ojos, consciente de que se había sonrojado por su propia osadía.

Tiró de los pantalones y, mientras su deseo, impulso y coraje estaban en su punto álgido, se inclinó hacia delante y lo besó.

Él gimió de placer y eso fue suficiente estímulo para profundizar su beso. Los minutos siguientes transcurrieron en una bruma de sensaciones.

La excitación de Allison aumentaba por el placer que sabía que le estaba proporcionando. Se convirtió en una demanda insoportable de liberación, lo que hizo que ella se moviera más rápido, lo que a su vez provocó gemidos más fuertes por parte de él.

Sin previo aviso, la empujó de nuevo sobre las mantas y le subió las faldas para alcanzarla por debajo. La tela se rasgó con la prisa y Allison jadeó. Cuando estuvo expuesta a él, lo agarró, deseando la unión que había experimentado a su lado una vez.

Jason le apartó las manos con suavidad, pero con firmeza, sujetándoselas mientras se inclinaba para besarle las piernas. Sus labios eran como fuego contra la cara interna de su muslo, trazando un camino hacia arriba y haciéndola chillar y chillar de placer, retorciéndose en su agarre.

Cuando llegó arriba, ella gimió, levantando las caderas y tratando de soltar las manos de su agarre. Pero él la sujetaba con fuerza y firmeza, impotente mientras la complacía. Olas de deseo la desgarraban y la hacían convulsionar. Un fuego líquido se extendía por sus venas, emanando del núcleo de su feminidad, haciéndola gritar su nombre y proclamar su amor con todas sus fuerzas.

Entonces, él se colocó encima y rasgó su ropa para dejar al descubierto su desnudez. Ella jadeó de anticipación. Entre una respiración y la siguiente, sintió la presión de su cuerpo contra el suyo y volvió a gritar su nombre.

Jason sonrió al ver el placer agonizante en su rostro. A la luz del fuego, sus cuerpos se entrelazaban y el sudor brillaba en su piel. Él había acertado. Allison ya no quería salones de baile ni la aprobación de la gente. Quería a su hombre y las terribles pero hermosas tierras de las altas colinas que le pertenecían.

El sueño terminó con la cruel bofetada de agua helada. Allison se despertó con un grito ahogado y levantó la cabeza, la única parte de ella que podía mover. Una mujer de rostro adusto, con un vestido gris de lana áspera, estaba de pie junto a la cama sosteniendo un cubo vacío.

Intentó moverse, pero se dio cuenta de que estaba atada a la cama. Intentó hablar, pero se encontró con la boca amordazada.

—Es hora de que te despiertes, pecadora —dijo la mujer en tono frío. Vas a arrepentirte de tus pecados.

El sueño se aferraba a los bordes de la conciencia de Allison, un recuerdo de placer y satisfacción. Se agitó en sus ataduras e intentó gritar, pero no pudo. Entonces recordó. La habían llevado a alguna parte, a una secta de lunáticos y la creían tocada por el Diablo.

CAPÍTULO 21

—El Señor es mi pastor. Nada me falta. En verdes praderas me hace descansar. —Mildred cantaba con voz vacilante y entrecortada. Tenía las manos entrelazadas y los nudillos blancos.

La mano de Jason temblaba alrededor de la cálida culata de madera de la pistola. Apretaba el gatillo con el dedo, a punto de sentir el tirón del mecanismo que abría fuego.

Era consciente de que Cedric estaba detrás de él, merodeando, sin atreverse a acercarse por miedo a que disparara. El clic constante de Bentley subiendo las escaleras marcó el momento. Jason movió el cañón, colocándolo bajo la barbilla de la anciana y obligándola a levantar la cabeza. Ella se resistió, apretando los ojos con fuerza.

Cualquier remordimiento que pudiera sentir por aterrorizar a una anciana se quemó en su corazón, al recordar lo que le habían hecho a Allison, como atestiguaban los restos que habían dejado en aquella habitación.

—Abre los ojos —le ordenó. Mildred negó con la cabeza—. Temes al Diablo. Abre los ojos y míralo —gruñó.

Ella dio un respingo, soltó un aullido, pero no abrió los ojos.

—¡Déjala en paz! —ladró Shade.

Jason se giró, apuntó con la pistola y disparó con un movimiento suave. El disparo pasó junto a Bentley, que ni se inmutó. Hizo estallar la madera de una esquina de la pared, a centímetros de la cabeza del clérigo cuando llegó a lo alto de la escalera.

El hombre abrió los ojos de par en par por el susto, y retrocedió cuando Jason avanzó hacia él, recargando tranquilamente el arma de una bolsa de plomo que llevaba en la cadera, y otra bolsa similar con pólvora en el otro lado.

—Entonces, me lo dirás tú.

—Se la han llevado lejos de tu alcance a una casa de Dios —espetó Shade, incorporándose y cuadrando la mandíbula.

—Uno —comenzó a contar, sacando la baqueta de la pistola para clavar la bala de plomo.

—¡Se está arrepintiendo de sus pecados!

—Dos. —Una medida de pólvora entró en el cañón.

—¡Nunca se lo diré!

—Tres. —Vertió la pólvora en el depósito y retrocedió el martillo con un fuerte chasquido metálico.

Shade se mantuvo firme y Jason le apuntó con la pistola entre los ojos. El sudor resaltó en la frente del clérigo, que se lamió los labios.

—Se lo repito. Ha corrompido a esa niña y la ha arrastrado al pecado. La curaremos y salvaremos su alma. No hay nada, nada en absoluto que pueda hacerme que me obligue a hablar.

—Si me permite, Excelencia —intervino la voz seca de Bentley—. Puedo, dado el tiempo, presentar una demanda contra estos bufones por secuestro y posiblemente tortura, pero no puedo defender a un hombre que asesina a sangre fría. Cambiemos de enfoque, ¿de acuerdo?

Jason gruñó.

—No me importa la ley.

—Oh. Entonces, ¿procederá en contra de mi consejo? De acuerdo, regresaré a Londres ya que no hay nada más que pueda hacer aquí. Mátelo, Excelencia. Haré que mi oficina le facture por mi tiempo en este asunto.

Los ojos de Shade, ya muy abiertos, parecían a punto de salirse de su cabeza cuando el abogado se dirigió de nuevo hacia las escaleras.

—¡No! ¡Pastor! —gimió Mildred, corriendo por el pasillo.

Cedric la interceptó y la obligó a retroceder. Jason sonrió como un lobo.

—¡Bristol! —jadeó el clérigo—. En la iglesia de los Hijos de Cristo. Está en el Wright, a una milla al suroeste de Bristol. Allí es donde la han llevado, junto a un centenar de personas, devotas todas. No podrá llegar simplemente...

Pero Jason ya no estaba escuchando. Cerró el martillo de la pistola y se dio la vuelta, alejándose por las escaleras. Cedric soltó a Mildred y corrió tras él. Jason se cruzó con Bentley en el pasillo, sin decir nada.

—¿Funcionó, Excelencia? —le preguntó el abogado con entusiasmo.

—Sí, ha funcionado. —Se giró hacia él—. No tengo tiempo para felicitaciones. Bristol está muy lejos. Necesito que averigües todo lo que puedas sobre esa iglesia. Cedric y yo iremos tras Allison.

El hombre asintió.

—De hecho, yo pensaba lo mismo. Si me lleváis a Areng Major, podré tomar un carruaje de correos de vuelta a Londres y comenzar mis investigaciones. Ustedes pueden ir a caballo en busca de su joven dama.

Él estuvo de acuerdo, se dirigió al carruaje que lo esperaba y se sentó en el asiento del conductor. Bentley lo siguió con más calma, sin perder un solo paso y tratando de alcanzar con manos ciegas pero precisas el picaporte de la puerta del carruaje. Los hombres que Jason había apartado a golpes en la entrada impedían el paso. Cedric iba en la retaguardia.

Jason divisó al clérigo, de pie en una ventana del primer piso, observándolo. El hombre parecía haber recuperado rápidamente la compostura y él agarró las riendas, en cuanto Cedric hubo subido.

El carruaje empezó a girar y aceleró el paso por las callejuelas en dirección a la ciudad, deseoso de montar a caballo y dirigirse en pos de Allison.

Mientras viajaban, notó que su secretario se inclinaba con frecuencia del asiento.

—¿Qué te pasa, estás enfermo? —le preguntó.

—Hace poco ha pasado otro carruaje por aquí. La nieve está revuelta —explicó—. Las huellas empezaron en Hanson House, Excelencia... quiero decir, Jason.

Se inclinó hacia delante y miró a lo largo del camino, observando las huellas que Cedric había localizado. Se estaban cubriendo de nieve a medida que la tormenta blanca se intensificaba.

—Son recientes —musitó.

—Entre ahora y la última tormenta de nieve. ¿Cuándo fue eso?

—Creo que hace unos dos días. —Jason frunció los labios.

—Este camino va a Areng Major y luego hacia el este. Esta no es la carretera que tomarías si quisieras ir a Bristol.

Jason detuvo la marcha con brusquedad. Por un momento se quedó sentado, mirando el

blanco remolino que les rodeaba. El rastro estaba formado por rodadas de barro en la nieve. Se giró en su asiento y las vio detrás, entrelazadas con sus propias huellas. Más profundas que las suyas y más anchas. Un vehículo más grande y pesado. Un carro, tal vez.

—Eso no cambia nada —advirtió Bentley desde el interior del carruaje—. Todavía necesito volver a Londres, y vosotros necesitáis caballos. Si las huellas se dirigen a Areng Major, entonces allí es donde iremos. Vosotros a por caballos frescos, siguiendo el rastro y yo a Londres. —Golpeó con fuerza el techo del carruaje con su bastón—. Caballeros, estamos perdiendo el tiempo.

Jason agitó las riendas. Shade había mentido y estaba enviándolos a una búsqueda inútil. Pero él era un cazador y no se dejaría despistar tan fácilmente.



Avanzaron con rapidez, a pesar de que la visibilidad empeoraba y la tormenta arreciaba. Cabalgaban a través de una ventisca que parecía contraerse a su alrededor con cada kilómetro que recorrían. Las profundas huellas que Cedric había divisado seguían siendo casi visibles y se dirigían hacia la ciudad. Era una dirección hacia el sur. La carretera giraba hacia el oeste al atravesar el pueblo y luego hacia el sur al salir.

Si los captores de Allison la llevaban por allí, estaban eligiendo un largo camino para llegar a Bristol. Tendrían que seguir la costa sur durante semanas, antes de llegar a las fronteras de Somerset. Luego días en dirección norte hasta el Wright. No tenía sentido y eso lo convenció más de que la historia sobre Bristol era una mentira para despistarles.

Al entrar en la ciudad, estaba demasiado preocupado por perder el rastro como para darse cuenta de que tenía la cara descubierta. Afortunadamente, el tiempo mantenía a la mayoría de los habitantes en sus casas, y la visibilidad impedía que los pocos que lo vieron lo hicieran con claridad.

Areng Mayor se distribuía a lo largo de la calle Mayor. Tiendas y negocios como posadas y herrerías se alineaban a lo largo de la calle, con casas más allá, a las que se accedía a través de estrechos paseos y calles laterales. En el centro del pueblo había una iglesia.

Jason pasó por delante de ella. Estaba claro que el pastor Shade y su secta no eran anglicanos convencionales, pero podían mantener buenas relaciones con el vicario local.

—¿Crees que tiene sentido hacerle preguntas al reverendo ahí dentro? —inquirió Cedric mientras pasaban por delante de la iglesia, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Ninguno. O el hombre es amigo de nuestros enemigos y mentirá, o no sabrá nada. En el mejor de los casos, solo les estaríamos alertando de que no hemos caído en su maldito subterfugio. Incluso podrían mover a Allison a otro lugar en respuesta. Dejaremos a Bentley y consigamos un par de monturas.

Se detuvo en el patio de una posada en las afueras de la ciudad, más allá de la cual los edificios terminaban abruptamente y comenzaban los campos y las granjas. Dejó que Cedric se ocupara de conseguir un sitio en la posada para el abogado y de reservarle un asiento en el coche de postas.

También se encargó de alquilar dos caballos, aunque Jason examinó de antemano la selección de la posada. El posadero fue el primer pueblerino en ver bien su cara y enseguida se mostró dispuesto a poner fin a las negociaciones sobre el precio. Él salió cabalgando del patio del

establo con una sonrisa sombría por la reacción del hombre.

No había rastro de las huellas en la carretera, pero Cedric bajó de la silla y limpió con la mano parte de la nieve recién caída.

Ambos vieron los surcos profundos y compactos que había debajo y siguieron adelante.

—¡Pararemos cada kilómetro para asegurarnos de que las huellas siguen ahí! —gritó Jason, mientras reanudaban la marcha.

El otro hombre asintió y se envolvió la cara con una bufanda para protegerse de la nieve. Él cabalgaba con la cabeza descubierta. No le importaba la incomodidad física. La nieve había amainado cuando habían recorrido diez kilómetros y llegaron a un cruce. Por delante había un camino lleno de surcos que ascendía por la ladera hasta una granja. A la derecha, un mojón semienterrado anunciaba Little Hopley, un pueblo al oeste. A la izquierda, un poco de excavación reveló otro poste que indicaba hacia Seahaven.

El paisaje que les rodeaba era un manto blanco uniforme bajo un cielo gris plomizo. La nieve azotaba de vez en cuando el aire, lanzada por un viento helado. De vez en cuando soplaba aire marino. Cedric pasó unos minutos escarbando en la nieve en busca de huellas, pero no pudo encontrar nada.

—Está todo asentado. No hay forma de saber qué es nieve recién caída y qué es lo que quedó de la tormenta anterior —dijo con desesperación.

—¿Conoces esta zona? —preguntó Jason, lamentando no haberse interesado más por la geografía de Havenshide, cuando tomó posesión del castillo.

Rara vez se había aventurado fuera de sus propias tierras. Sin embargo, Cedric había ido más lejos, abasteciéndose en los negocios de Areng Mayor y visitando varias iglesias locales en busca de registros parroquiales relativos a la familia Marshall.

—Ese camino solo lleva a la granja de Johnson. Allí no hay ningún tipo de Iglesia. El otro camino va a Little Hopley y luego a los páramos. Si siguiéramos ese camino, llegaríamos al castillo de nuevo, por la parte de atrás. Pero ningún carro pesado va a llegar mucho más allá de Little Hopley; es básicamente un camino de cabras desde ese punto. Y no me gustaría arriesgarnos. Si cae una tormenta...

Jason le hizo un gesto para que guardara silencio, irritado. Conocía los peligros de quedar atrapado en las colinas en una tormenta de nieve.

—Huelo el mar. ¿Me lo estoy imaginando?

—No. Ese camino lleva a Seahaven, un pueblo de la costa. Aunque hay mucha costa solitaria entre aquí y allá. Y ese camino a menudo está cerrado por el clima en invierno. Deslizamientos de tierra y esas cosas.

—¿Podría pasar un carro pesado?

—Ni siquiera en pleno verano —dijo Cedric con decisión.

Parecía imposible. Si las huellas que habían estado siguiendo pertenecían a la carreta, entonces podría haber bajado al mar o subido a los páramos. Sabía que la ruta de las tierras altas sería difícil para un carro, y Cedric creía que la ruta costera también lo sería.

Apretó los dientes y gruñó de frustración. Allison podía estar cada vez más lejos, y él no podía hacer nada al respecto.

—Necesitamos alimentar a estos animales si van a llevarnos más lejos. La granja de Johnson parece la mejor opción —sugirió Jason.

Cedric asintió.

—Es un poco ermitaño, el viejo Johnson.

—Bien, entonces. Él y yo deberíamos llevarnos como una casa en llamas, ¿eh? —ironizó, mientras dirigía su montura hacia el camino, que solo era identificable como carretera por los altos setos a ambos lados.

El resto era un suave manto blanco.

Cedric soltó una carcajada igualmente desprovista de alegría mientras dirigía su caballo tras el de Jason.

CAPÍTULO 22

Allison gritó de dolor cuando el látigo trazó una lengua de fuego sobre su espalda desnuda. Estaba en un patio empedrado. Enfrente había establos. A ambos lados había alas de ladrillo recién construidas, que se extendían desde la casa principal hasta rodear el patio de los cobertizos, excepto por un arco en el que una de las alas se unía a la cuadra. Detrás de ella estaba la gran casa cuadrada de ladrillo que albergaba la iglesia de los Hijos de Cristo.

Los miembros de comunidad estaban reunidos en el patio, murmurando una oración al unísono mientras uno de ellos se preparaba para dar otro azote. Allison apretó los dientes. Estaba desnuda bajo una lluvia brumosa. Tenía las manos atadas con una cuerda de cuero a una gran cruz de madera que habían colocado en medio del patio, con varios adoquines arrancados para hacerle sitio.

Tenía el cuerpo entumecido por el frío, salvo la espalda. Ardía después de seis latigazos, como si le hubieran arrancado la piel. Estaba decidida a no gritar. Pero había estado decidida a no hacerlo en cada golpe después de los tres primeros. Y había fracasado.

El hombre que sujetaba el látigo tenía acento de granjero y complexión de herrero. Le suplicaba que se arrepintiera de sus pecados y se confesara entre latigazo y latigazo.

Lo peor era que ella no sabía cuántos pensaba administrarle. La esperanza a la que se aferraba era que no tenían intención de matarla. Solo quebrar su espíritu. Demasiados latigazos harían ambas cosas. Sin duda, si la querían muerta, habría una forma más rápida y fácil de conseguirlo. El dolor la atravesó, momentos antes de que el chasquido del látigo llegara a sus oídos, como si el látigo se adelantara al ruido que hacía.

—¡Confieso! —gritó Allison. —La oración entre dientes cesó—. ¡Que sois todos unos hipócritas si creéis que este es un comportamiento cristiano!

Sus últimas palabras salieron como un aullido confuso, mientras un golpe vengativo del látigo caía sobre sus hombros.

—¡Basta! —Una mujer alzó la voz. Allison oyó pasos y una conversación entre dientes con el corpulento granjero que sujetaba el látigo—. No es de esperar que expulsemos al demonio de esta muchacha en una sola sesión de oración. Llevará tiempo. Reúne a los hermanos y a la hermana y ponlos a hacer sus tareas. Dejadla aquí para que reflexione sobre sus actos.

Allison había oído la voz, pero no había visto a su dueña desde que había llegado. No le habían permitido asomarse a la ventana del carruaje, la habían obligado a permanecer postrada hasta que le pusieron una bolsa en la cabeza.

La habían sacado bruscamente del carruaje y depositado en una cama de carro. La ataron de pies y manos y la cubrieron con un hule. Al llegar a la iglesia, no le quitaron la máscara hasta que la depositaron en su diminuta celda de paredes de piedra y sin ventanas.

Luego la sacaron al patio para su castigo. Los demás empezaron a entrar en silencio en la casa a una orden ladrada del granjero. Todos llevaban túnicas de lana sin teñir, atadas a la cintura con una cuerda y que llegaban hasta las rodillas. Iban descalzos. Allison respiró entrecortadamente. La vergüenza que había sentido al estar desnuda delante de tantos había

palidecido ante el dolor de los azotes.

En ese momento, ya solo sentía una ira implacable.

Miró fijamente la madera astillada de la cruz e imaginó la venganza contra ellos, el pastor Shade y Mildred. Por no hablar de Reginald Hummel. Alguien había rodeado la cruz para colocarse frente a ella. Allison levantó la cabeza y se apartó el pelo empapado de los ojos. La mujer era joven, quizá de la misma edad que Allison. Llevaba la cabeza rapada por lo que era difícil adivinar su sexo, aunque no llevaba la túnica sin forma, sino un vestido de la misma lana incolora y sandalias en los pies.

La mandíbula del lado derecho era una masa de cicatrices que tiraba de la comisura de su ojo derecho hacia abajo y del lado derecho de sus labios hacia arriba.

Allison se limitó a mirarla. Si la mujer pensó que la visión de las cicatrices haría palidecer a Allison, se equivocaba.

—Soy la hermana Emily. Dirijo este lugar en ausencia del pastor Shade. Quiero que sepas que estás en una isla. No hay escapatoria. Se me ha encomendado obtener tu confesión y la tendré. No sé nada de ti ni de lo que has hecho. Solo tengo que seguir las órdenes.

—Las cuales sigue ciegamente —aseveró ella—. ¿Cómo sabe que esas órdenes son justas?

—La Iglesia me acogió cuando nadie más lo hizo. Cuando la enfermedad me desfiguró, fui expulsada por mi familia y mi comunidad. El pastor Shade me acogió cuando nadie más lo hizo.

—Y, no obstante, condena a Jason Marshall, el duque de Haverton, por lo mismo.

—No conozco a ningún duque de Haverton. Obedezco. Quería que lo supieras. Ahora te dejo. Tal vez el frío del Señor ablande tu resolución. Volveré en unas horas.

Con eso, la hermana Emily se alejó de vuelta a la casa. Allison apoyó la cabeza en la cruz, luchando contra las lágrimas de desesperación. El graznido de un cuervo la sobresaltó. Cuando levantó la cabeza, su muñeca se enganchó en algo afilado al otro lado de la cruz. La arañó. Se giró para ver qué era y vio un clavo que sobresalía de la superficie de la madera.

Lo habían clavado desde el otro lado para fijar el travesaño al montante y se le ocurrió una idea. Movió las muñecas hasta que sintió que la cuerda se enganchaba en la punta del clavo y empezó a moverlas arriba y abajo contra el filo.

Se cortó en la piel varias veces y tuvo que detenerse. Apoyó la cabeza contra la cruz y rezó en voz alta, cuando no estaba llorando, mientras alguien cruzaba el patio en alguna que otra tarea.

Al quedarse sola, reanudaba su trabajo. Hasta que la cuerda se rompió y sus manos quedaron libres. Allison no perdió tiempo. Corrió hacia una de las alas de ladrillo que se extendían desde la casa hacia los establos. Cada una tenía una hilera de puertas de madera sin pintar, pero sin ventanas. Abrió la primera y descubrió una pequeña habitación con una sencilla cama de madera en cada pared.

Entre las camas había un pequeño arcón. Dentro encontró túnicas dobladas y recién lavadas. Se puso una y salió corriendo de la habitación en dirección al arco. Detrás de ella se oyó un grito. Alguien la había visto.

Atravesó el arco y salió al huerto. Corrió entre los arriates de guisantes y cebollas y se dirigió hacia un alto muro de ladrillo que veía enfrente.

Detrás de ella se oían pisadas, pero se negó a volver la cabeza. Una silueta apareció por un lado e intentó atraparla con los brazos abiertos. Ella metió una mano entre una hilera de cañas y levantó unos guisantes que cayeron en cascada sobre la persona que intentaba detenerla. Luego se subió a un cajón junto a la pared y se elevó.

Más allá del muro había un bosque. El suelo era un amasijo de zarzas y ramas delgadas y

serpenteantes que se enganchaban en la túnica o le azotaban los pies y las piernas. Siguió adelante. Detrás de ella se oían voces, gritos de persecución. No tenía ni idea de la hora que era, aunque la luz del día no parecía brillante.

El cielo estaba nublado, pero su instinto le decía que el día estaba declinando. ¿Cuánto tiempo llevaba prisionera? ¿Tres días? ¿Cuatro? Cada uno se confundía con el otro. Interminables horas tumbada en un frío suelo de piedra, postrada en posición de crucifijo mientras aquellos locos leían oraciones o algún tipo de ritual de exorcismo. Eran fanáticos.

Allison habría agradecido la llegada del pastor Shade o de la tía Mildred. Eran malvados, en lo que a ella concernía, pero nunca habían parecido tan maníacos como las personas que la retenían.

En algún lugar más adelante se escuchaba el suave murmullo del mar. Con él llegaba el olor característico de la sal en el aire y deseó que el bosque se extendiera unos cuantos kilómetros más. En una playa abierta habría muy pocos lugares donde esconderse, a no ser que hubiera un barco cerca, tampoco habría escapatoria.

Desde atrás llegaba el sonido de ramas rotas y maleza aplastada. Cuerpos estrellándose en el bosque. Ella no podía decir cuántos, pero sonaba como más de uno.

El suelo comenzó a inclinarse hacia abajo y de vez en cuando se rompía por barrancos poco profundos que ella saltaba. De un momento después, salió a trompicones de la arboleda. Delante de ella había una colina inclinada, una extensión ininterrumpida de blanco que la lluvia iba picando poco a poco.

Al final de la pendiente había una torre, en cuya cima había una luz brillante. Un faro. Alguien salió de entre los árboles delante de ella y se tiró al suelo para esconderse. La nieve se hundió bajo su cuerpo y otra persona apareció ante ella. Ambos vestían la misma túnica informe y miraban arriba y abajo de la colina, en clara búsqueda.

Allison hizo caso omiso del frío y se quedó lo más quieta posible, esperando no parecer más que otra mancha de nieve. Al poco tiempo, los dos hombres empezaron a bajar a toda prisa hacia el faro.

Consciente de que no podía quedarse donde estaba mucho más tiempo, decidió que tenía que seguir huyendo. Tenía los pies entumecidos por el frío y sentía que todos los músculos de su cuerpo temblaban. Reprimió el miedo lo mejor que pudo y trató de mirar a su alrededor, en busca de algún escondite.

El faro estaba en un promontorio y tenía muchos escalones de piedra que llevaban por debajo del promontorio, presumiblemente hasta la orilla.

Había un grupo de pequeños edificios de ladrillo junto al faro y una hilera de setos que se alejaban a lo largo de la costa. Decidió dirigirse hacia allí, arriesgándose a correr a través del terreno abierto hasta la cubierta del seto, antes de que empezara a congelarse. Cuando empezó a levantarse, una voz surgió de la penumbra a sus espaldas.

—Yo no lo haría si fuera usted, señorita. Esa gente de la que se esconde está volviendo a salir, mire. —Ella giró la cabeza. El que hablaba era un joven que llevaba un grueso jersey de lana y una gorra de visera plana. Llevaba un saco sobre un hombro y una pipa de arcilla en la comisura de los labios. De ella salía humo—. Quédese ahí un momento —le aconsejó.

Empezó a bajar hacia el faro. Los dos eclesiásticos que salían lo vieron y lo saludaron con la mano. Se apresuraron hacia él. Allison contuvo la respiración, incapaz de oír lo que hablaban y preguntándose si, después de todo, la iban a atrapar. El joven negaba con la cabeza y luego se encogía de hombros. Sus perseguidores parecían agitados. Uno de ellos incluso movió un dedo

ante las narices del joven.

Él se sacó la pipa de la boca y pinchó al hombre en el pecho con ella. Hizo un gesto, indicándoles claramente que se marcharan. Y se fueron, buscando con la mirada y devolviéndole más de una mirada.

Al final, el bosque se los tragó y él siguió dando caladas a su pipa.

—Muy bien, creo que ya ha esperado todo lo que podía. Baje a calentarse al fuego.

Allison se quedó un momento donde estaba. ¿Cuáles eran las alternativas? Quedarse fuera, escondida bajo la lluvia y, posiblemente, morir expuesta. O confiar en aquel desconocido.

Si resultaba ser falso, ella volvería al punto de partida. Pero lo más probable era que la atraparan de todos modos; si se trataba de una isla, no habría muchos sitios donde esconderse.

Tomó una decisión, se levantó y corrió hacia el faro, donde el joven esperaba junto a la puerta abierta. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora y se hizo a un lado. Dentro había una habitación circular de piedra, con una escalera que la rodeaba por fuera. El suelo de piedra desnuda no era más cálido que el suelo exterior, pero Allison se detuvo justo dentro de la puerta. Por lo menos no había viento.

—Hay mantas y cosas arriba, en la sala de la tripulación. En este momento solo estoy yo. El resto de la tripulación está en tierra firme. Acabo de salir a buscar un saco de patatas al otro lado de la isla para hacerme un pastel de pescado y patatas —explicó el joven.

Allison se frotó los brazos y pataleó. El aliento se le nublaba delante de la cara.

—¿Quién es? ¿Por qué me ayuda?

—Soy Paul Harris. Estoy a cargo de este faro, por el momento. En cuanto a por qué la ayudo, es por el hecho de que esos chiflados de los Hijos de Cristo dijeron que estaban buscando a alguien y parecía que no tenían buenas intenciones. Está medio congelada y bueno..., tengo esto. —Rebuscó en un bolsillo y sacó una sarta de cuentas de madera. Allison reconoció un rosario—. Soy católico. Y a esa gente no le gustamos mucho. Intentaron reemplazarme a mí y a mis compañeros porque según ellos, somos todos papistas y no les importamos. Querían aquí uno de los suyos. Eso les daría el control total de la isla. Uno de ellos es el capitán del puerto, otro es dueño de la mayor parte de la tierra por aquí. Solo nuestro faro está fuera de su control, así que cualquier oportunidad es buena. —Sonrió como un niño e insistió—: ¿Sube o qué?

Allison se lo pensó un momento y lo siguió.

—De acuerdo.

El faro se iba calentando a medida que ascendían. Finalmente, llegaron a una habitación en la que había una estufa con un fuego que ardía alegremente a través de la rejilla. En una pared había una librería y en otra una mesa.

—Aquí dentro. Caliéntese frente a la estufa. Sírvase caldo, llevo un par de días con una olla caliente. Iré a buscarle algo de ropa. Ropa de hombre, me temo, pero buena y caliente.

Allison asintió agradecida, se dirigió a la estufa y extendió las manos para sentir el calor.

—Necesito enviar un mensaje a alguien en tierra firme. ¿Tienes un barco? —Lo miró, esperanzada.

Paul se detuvo en la puerta.

—Nuestro barco está fuera con el resto de la tripulación. Volverá en una semana. El único otro barco está en el embarcadero al otro lado de la isla, pero ese pertenece a la iglesia.

—Así que sigo atrapada.

—En la isla, supongo que sí. Pero no dejaré que la atrapen mientras esté aquí. No me importa lo que haya hecho.

De nuevo, Allison sonrió agradecida. Le dolía mucho la espalda, al igual que las manos y los pies, pero por el momento estaba a salvo. Solo faltaba encontrar la forma de decirle a Jason dónde estaba.

CAPÍTULO 23

El camino que conducía a la granja del señor Johnson estaba en mal estado. Jason y Cedric se vieron obligados a abandonar sus caballos, conduciéndolos a pie después de que los cascos de los animales comenzaran a hundirse en la nieve. Jason apretó los dientes al reconocer que eso los retrasaba, deseoso de volver a moverse con rapidez. Pero tenía que reconocer que, si dañaban a sus caballos y los obligaban a cabalgar a toda velocidad por un terreno que la nieve hacía invisible, no conseguirían nada.

Finalmente, superaron una subida y el camino se abrió a un patio desierto. Una casa de campo se alzaba a un lado, con vistas a una empinada colina. Enfrente había algunos graneros y dependencias destartalados. La nieve estaba revuelta y marrón de tanto removerla. De uno de los graneros salió un perro espigado y despeinado que ladraba ferozmente desde cierta distancia.

Jason se dirigió hacia él y lo miró fijamente. El animal dio un último ladrido y bajó la cabeza con sumisión para que lo acariciara.

—Nunca le había visto hacer eso con un extraño —dijo un hombre saliendo de la cabaña—. Normalmente, ladra hasta que te acercas y luego se lanza a degollarte.

—Tengo mis propios perros. El suyo solo tenía que darse cuenta de que soy el líder de la manada, no un intruso —explicó Jason, sin dejar de acariciar al peludo animal.

El hombre era alto y delgado, con una cara que parecía haber sido raspada por años de viento. Tenía la piel roja y los pómulos afilados, así como la mandíbula. Las pesadas cejas le cubrían los ojos oscuros.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? Les he visto venir hasta aquí. Supongo que quieren comida para los caballos.

—Así es. Soy Jason Marshall y él es Cedric Owen.

—Marshall, ¿eh? —Johnson no se movió—. Un gran nombre por estos lares. Mi padre solía contarme historias sobre los Marshall. Los del gran castillo de la colina. Entonces usted es el Duque marcado.

Jason hizo una mueca antes de contestar.

—Sí.

—No es una cicatriz si me pregunta. Más bien una...

—¿Una mancha? —sugirió de mala gana.

—Sí. Duque manchado, sería entonces. Bueno, no me importa. He visto suficientes ovejas negras.

Jason se echó a reír.

—Su actitud es refrescante, Maese Johnson. Siempre espero que la gente corra horrorizada cuando ven mi cara.

—He visto cosas más horribles que eso en mi vida —explicó el hombre de forma despreocupada—. Si quiere comida para sus caballos, hay paja en el granero. Si quiere comida para personas, vaya dentro cuando termine.

—Supongo que no habrá visto a nadie más pasar por la carretera de Seahaven en los últimos

días —intervino Cedric.

El señor Johnson lo miró fijamente.

—Es curioso que diga eso. Hace un par de días vi pasar por allí un carro grande y viejo. Justo antes de la última tormenta. Pensé que no irían muy lejos con esa cosa. No llegarán a Seahaven. Imposible.

Cedric lanzó una mirada emocionada a su jefe.

—¿Vio a alguien más? —se interesó el Duque—. Alguien encontrándose con ellos desde la otra dirección tal vez. ¿Tal vez a caballo o en un carruaje más pequeño?

—No, solo ese carro grande y viejo. Pensé que, tal vez, se dirigían al embarcadero.

—¿El embarcadero? —Jason se dirigió hacia el señor Johnson, pero se detuvo antes de agarrar al hombre por la parte delantera de su abrigo—. ¿Qué embarcadero?

—Bueno, el que da servicio a la isla de Merriton, por supuesto. Esa gente del carro llevaría suministros al manicomio que hay allí.

Él se metió las manos en los bolsillos para evitar sacudir al hombre. Su paciencia se estaba agotando y le parecía que el viejo granjero estaba siendo deliberadamente parco en explicaciones.

—Escuche, señor Johnson, hemos cabalgado en persecución de unas personas que han secuestrado a una amiga nuestra. A una dama. Está sola y a su merced —le informó Cedric, hablando despacio y con paciencia.

El hombre lo miró fijamente, como si viera a través de él.

—Ah, ¿sí? No es de por aquí, hijo, ¿verdad?

—¡Maese Johnson! —ladró Jason, acercándose. Detrás de él, el perro gruñó. El hombre se adelantó hacia Jason, levantando su barbilla huesuda, hinchando el pecho como un gallo de corral. Él descendió la voz, pero añadió con firmeza—: Podría estar en juego una vida.

—Bueno, eso es diferente. No pude ver quién conducía ese carro, pero lo he visto antes. Y cuando lo vi antes, era el hombre que se hace llamar «pastor» quien llevaba las riendas. Shade, se llama. Y es el líder de la gente del manicomio.

—Y tiene a mi prometida —informó Jason—. O su gente la tiene, al menos. ¿Dónde están?

—Como dije. Tienen una casa grande en la isla Merriton. Los suministros les llegan desde el embarcadero. Tienen un bote de remos que utilizan para cruzar —informó el señor Johnson.

Él caminó por la ladera y se quedó mirando el horizonte gris plomizo.

—Ni siquiera veo el mar.

—Bueno, está ahí, se huele antes de verlo. En un día despejado, es imposible no verlo —comentó el hombre.

—Llevaré a los caballos a comer. —Cedric agarró las riendas de ambos animales y los condujo al establo.

El señor Johnson avanzó a trompicones por la nieve hasta situarse junto a Jason. Señaló con un dedo huesudo hacia delante y a la izquierda.

—Merriton está por allí. A un kilómetro y medio, diría yo.

Jason asintió. Tenía sentido. Pero, si se equivocaban, sería un largo retraso remar hasta la isla, registrarla y luego volver. Quería ponerse en camino de inmediato, aunque tenía que reconocer que a la larga tardaría más. No podía ir sin comida ni cobijo y de nada le serviría a Allison si se caía de la montura por exposición o agotamiento.

De repente, una luz penetró en la niebla y las nubes. Era brillante y amarilla, como una nueva estrella. Desapareció y volvió a aparecer. La luz apareció tres veces más. Luego otras tres, esta

vez más largas. Después, de nuevo tres destellos rápidos y tres más duraderos.

—¿Qué diablos es eso? —susurró Jason.

—El faro. En la isla —anunció el hombre—. Hace demasiado frío aquí fuera. He oído que a los Marshall no os importa el frío, pero la gente normal intentamos evitarlo. Me voy dentro.

Y se marchó. Jason se quedó mirando la luz. No era un accidente ni una coincidencia. Definitivamente había un patrón que se repetía. Oyó a Cedric crujir sobre la nieve hasta colocarse a su lado.

—¿Qué te parece, Cedric? —preguntó Jason.

—Corto. Corto. Corto. Largo. Largo. Largo. Es un patrón —aseguró su secretario.

—Ciertamente lo es. El señor Johnson dice que es un faro en la isla. ¿A quién le estarán haciendo señales?

—No puedo imaginarlo. A ningún barco puede indicar bien, parpadeando de esa manera. —Cedric sonó desconcertado.

Jason jadeó.

—Es Allison. Apostaría mi título. Se ha escapado y ha encontrado una forma de hacer señales. Ni siquiera puede saber que estamos aquí o que alguien las está viendo, pero lo intenta de todos modos, quiere llegar hasta nosotros. ¡Por todos los cielos, Cedric! Es magnífica.

Allison había pensado que nunca volvería a sentir calor. Se había quitado la túnica y llevaba ropa de alguien que pertenecía a la tripulación. Las medias eran holgadas, al igual que los pantalones de lona. El grueso jersey de lana era como una tienda de campaña sobre su delgado cuerpo. Pero todo estaba caliente. Se sentó en una desvencijada silla de madera en la sala de luz. La luz era una lámpara de aceite como las de una casa, pero mucho más grande.

Un espejo semiesférico la rodeaba y aumentaba el brillo de su luz. Finalmente, Paul pudo hacerla girar accionando una palanca, o tirar de una manivela de madera para mover unos postigos que la bloqueaban. De ese modo, comenzó a señalar un patrón sencillo que cualquiera que lo observara se daría cuenta de que estaba hecho por el hombre.

—Sabe que no puedo seguir así mucho tiempo. Es mi deber asegurarme de que los barcos puedan llegar a la orilla sin encallar en esos bancos de arena de ahí fuera.

Allison bebió un sorbo de un gran tazón de caldo. Lo sostenía a través de las mangas del jersey, que le cubrían las manos por completo. El calor de la comida se filtró a través de sus dedos helados. La comida estaba muy sabrosa, solo el olor ya le hacía la boca agua. Ignoró el hecho de que estaba bebiendo caldo directamente del cuenco, algo por lo que su institutriz la había azotado cuando era niña.

A Paul no parecía importarle, y tomarlo con una cuchara no era suficiente para llevárselo a la boca lo bastante rápido.

—Lo sé, Paul. Y se lo agradezco. Estoy segura de que Jason me habrá seguido el rastro en cuanto haya podido. Cualquier posibilidad de que vea las luces, por pequeña que sea, puede salvarme la vida.

Paul asintió y continuó moviendo la manivela que cerraba los postigos sobre la luz.

—Bueno, espero que ese tipo esté vigilando de cerca. Es todo lo que puedo decir. Si supiera que conoce las señales, sacaría las banderas. Pero no serviría de nada con este tiempo, y

necesitaría un telescopio mirándome incluso en las mejores condiciones.

Desde abajo, se oyó un fuerte golpe en la pesada puerta de hierro del faro y él frunció el ceño.

—¿Quién diablos puede ser? Perdone mi lenguaje, señorita. Mire, usted me ha visto manejar las persianas y conoce el patrón. ¿Cree que podría sustituirme mientras echo un vistazo y veo de qué se trata?

Allison asintió. Dejó el caldo en la silla y se dirigió al mango de madera que el joven había usado. Era más pesado de lo que esperaba, pero pudo hacerlo funcionar. Él salió de la sala de luz a una pasarela con barandilla que rodeaba la parte superior. Se asomó por el borde hacia la puerta.

—¡Qué me aspen! Los lunáticos deben haber vuelto otra vez —dijo cuando regresó.

Allison sintió frío.

—No les dejarás entrar, ¿verdad?

—Claro que no. No quiero que esos pirados anden sueltos por aquí. Conozco mi deber con este faro y con una damisela en apuros, como usted diría. No se preocupe, señorita. Iré a la sala de la tripulación del primer piso y les hablaré por la ventana.

Salió de la habitación con sus pesadas botas repiqueteando en los escalones de piedra. Allison se debatía entre mantener la señal que habían estado enviando durante casi una hora o escuchar lo que decían. Finalmente, decidió que era más importante saber qué tramaban los Hijos de Cristo. Se apresuró a seguir a Paul y llegó a la sala de la tripulación mientras él abría una ventana y se asomaba.

—¡Hola! —llamó.

—Hola, señor Harris. ¿Podemos pasar?

Allison reconoció la voz del hombre que la había azotado. Agarró con fuerza el respaldo de una silla mientras escuchaba, con los dedos clavándose dolorosamente en la madera.

Paul se dio cuenta y observó sus manos antes de volver su atención a la ventana.

—Me temo que no. Son las normas. Estoy de servicio solo hasta que el resto de la tripulación regrese de tierra firme y no puedo tener a nadie más aquí.

—¿No ha acogido a una joven?

Allison apretó los dientes mientras esperaba la respuesta de Paul.

—¿Una joven? Por supuesto que no, ¿qué está insinuando señor Tennison?

—No insinúo nada. Estamos buscando a una joven que nos robó e hizo mucho daño. También hirió a alguien. Mucho daño —insistió—. Este es el único lugar donde puede estar.

—Bueno, pues no está aquí. Esta no es una isla tan pequeña. Hay muchos lugares para que alguien se esconda. ¿Qué le hace pensar que está aquí?

—Bueno, si pudiéramos comprobarlo. Podría haberse colado mientras estaba arriba. —Esta vez, era una voz de mujer.

—No, no puede ser. Las bisagras de esa puerta están tan oxidadas que se oye cómo la abren desde tierra firme —respondió Paul—. No hay otra forma de entrar.

—Mire, joven. —Era una tercera voz. Era masculina e imperiosa, con el acento de un hombre de salón elegante y no de campos y praderas—. Su faro es una de las pocas partes de esta isla que no son propiedad de nuestra Iglesia. Le sugiero que colabore, o le resultará difícil entrar o salir de la isla desde nuestro embarcadero.

—¿En serio? —se burló—. Bueno, ¿qué le parecería tratar de conseguir sus propios suministros desde su precioso embarcadero sin mi luz para guiarle fuera de las rocas? O llevarlo directamente a ellas si no colabora. Al mar no le importan sus títulos y a mí tampoco.

La voz educada balbuceó y el granjero le hizo callar.

—Paul, seamos razonables. Esa mujer es peligrosa. Nos la enviaron por delirios mentales. No conozco los pormenores, pero contaba unas historias increíbles. Si la encuentra, no la crea. No está bien de la cabeza. Es peligrosa para sí misma y por eso estamos tratando de ayudarla, eso es todo. ¿Hará eso por nosotros, Paul? —insistió el granjero.

—Sí, vigilaré por usted, señor Tennison. Ahora, si me disculpan, tengo deberes que atender.

Paul permaneció en la ventana un momento más. Cuando la cerró de golpe, cruzó la habitación hasta un armario metálico, sacó unas llaves de un bolsillo y abrió las puertas. Allison notó que le temblaban las manos.

—Paul, ¿qué pasa? —le preguntó yendo a su lado.

Vio que el armario contenía rifles, uno de los cuales sacó y empezó a preparar y cargar.

Tragó saliva nerviosa.

—Ese gordo zoquete, Tennison, estaba armado —explicó el joven—. Y al menos otro más. Maldita sea, señorita. No sé en qué me ha metido.

—Lo siento. —Allison se sintió triste por los problemas que estaba causando.

Aunque, enseguida, apartó el sentimiento con firmeza. No era obra suya. No había pedido que la atacaran ni que la enviaran al campo para castigarla. Y, desde luego, no había pedido ser prisionera de un grupo de fanáticos religiosos. Eran ellos los que estaban causando tantos problemas a aquel buen hombre. La miró a la cara e hizo una mueca.

—Perdóneme, señorita. No es culpa suya, lo sé. No necesitan ninguna excusa para causar problemas.

—¿Cree que volverán? — preguntó Allison.

Paul volvió a la ventana, haciéndole señas para que se quedara atrás y manteniendo el rifle fuera de la vista.

—Cierre esa lámpara por mí, ¿quiere, señorita? —Señaló una lámpara de aceite que iluminaba la habitación. Allison la apagó, dejando la habitación a oscuras. Paul miró por la ventana y se quedó sin aliento—. Lo sabía. Acabo de ver un movimiento detrás del seto. Que me aspen si no han dejado a alguien vigilando el lugar.

Ella sintió que su corazón se hundía. Estaba atrapada y su única esperanza era que, de alguna manera, Jason hubiera visto su señal.

CAPÍTULO 24

La costa estaba cerca. El terreno no permitía que Jason bajara a galope un caballo por la colina hasta el embarcadero. El riesgo de que el animal se rompiera una pata era demasiado grande. El señor Johnson no tenía otras bestias de carga que Jason pudiera utilizar como transporte, lo que solo dejaba la opción de correr.

—Excelencia... quiero decir, Jason... esto es temerario. Hay zonas donde la nieve nos llegará a las rodillas —protestó Cedric.

—No me importa.

Estaba cebando sus dos pistolas y se había colgado a la espalda un anticuado mosquete propiedad del señor Johnson. También le había proporcionado una mochila con munición, balas y pólvora.

—Lo uso para espantar a los zorros, nunca he tenido puntería con él. Me da lo mismo golpear ollas y sartenes que disparar —le explicó el hombre mientras sacaba el arma de un cofre.

El cañón y la culata estaban sucios, pero las piezas móviles estaban envueltas en papel de estraza y se veía que estaban bien engrasadas y limpias.

Jason se puso su abrigo, sabiendo que era una prenda pesada y que dificultaría la carrera, pero necesitaba la protección contra el frío.

—Puede que ni siquiera sea ella. Podría ser el farero haciéndole señas a alguien.

—Es ella, Cedric. Lo sé. Voy a traerla de vuelta, contra viento y marea.

—No es el farero, se lo aseguro. Vi a la tripulación desembarcar. Lo hacen todos los meses. Los vi remar hacia la orilla y subir la colina hacia el pueblo. Aún no los he visto regresar con sus provisiones. Tampoco he visto regresar el bote de remos —afirmó el señor Johnson.

Jason asintió en dirección al viejo granjero y Cedric levantó las manos.

—Me ofrecería a ir contigo, pero no podría seguirte.

—Tampoco deberías —dijo Jason, dando a sus armas una última revisión—. Necesito que cabalgues de vuelta a Areng Mayor cuando los caballos estén descansados. Envía un mensaje a Albert y a un magistrado fuera del condado. Cabalga hasta el siguiente si es necesario. Hay que informar de este crimen a alguien que no esté bajo el yugo de la Iglesia.

El secretario asintió a regañadientes. Él cogió un trozo de pan duro en un bolsillo y una esquina de queso en el otro. Se puso en marcha sin ceremonias, dando una palmada en el hombro a Cedric y despidiéndose con la cabeza.

El señor Johnson le gritó que le tuviera buena suerte cuando Jason empezó a ascender por la ladera. Ignoró el camino y la carretera, que serpenteaba alrededor de la colina, en favor de una ruta directa a través del campo.

Le ahorraría una distancia considerable, aunque el terreno era más irregular y la nieve más espesa. En pocos minutos, sintió un creciente ardor en las piernas por el esfuerzo de correr por la nieve. La ladera se empinaba, luego otra se elevaba por encima de él. Tras coronar la segunda colina, le ardían los pulmones, pero se negó a darse un respiro. Allison lo necesitaba y nada le impediría acudir en su ayuda.

La segunda colina era más baja que la primera y, al llegar a ella, vislumbró por primera vez el extremo desolado de la tierra y el mar, una oscura extensión más allá. La luz declinaba rápidamente, el día daba paso a la noche.

Una niebla cubría el mar, y el faro brillaba constantemente a través de ella. El parpadeo había cesado, pero el haz de luz permanecía. Jason esperaba que eso no significara algún acontecimiento que hubiera impedido a Allison que se pusiera en contacto con él.

Se negó a permitir que los pensamientos sobre lo que pudiera estar ocurriéndole a Allison invadieran su mente. En lugar de eso, mantuvo la mirada fija en el suelo y la conciencia concentrada en dar el siguiente paso, la siguiente respiración. Al pie de la colina, tuvo que abrirse paso a través de un seto. Más allá había un camino, que presumiblemente conducía al acantilado de Seahaven. En el otro extremo, un arcén de hierba terminaba abruptamente.

Cuando Jason llegó a ese borde, se encontró mirando unos seis metros hacia abajo, a una cala rocosa. A unos cien metros a la izquierda había una escalera excavada en la roca del acantilado. Bajaba hasta un embarcadero de madera. Apretó el puño en señal de triunfo al ver una barca amarrada al extremo del embarcadero. Debía de ser el bote de remos de la tripulación del faro que el señor Johnson había mencionado.

Con la energía renovada por el descubrimiento, Jason se apresuró hacia la escalera. Bajó a saltos los empinados peldaños, con una mano apoyada en la pared de piedra del acantilado para mantener el equilibrio, dando los pasos tan rápido como se atrevió.

Luego siguió por el embarcadero hasta el bote. Había un par de remos en el bote, que estaba atado al embarcadero por la proa y la popa. Saltando a la embarcación, desató apresuradamente a los cabos y tomó asiento en la popa, agarró los remos y los encajó en las esclusas.

La marea parecía acompañarle, y cada tirón de los remos parecía disparar la pequeña embarcación hacia delante. Jason miraba con frecuencia por encima del hombro para asegurarse de que apuntaba a la baliza que era el faro. Cuando estuvo lo bastante cerca para ver la torre blanca en la brumosa penumbra, subió los remos un momento y se tumbó en la barca. Luego miró por encima de la borda, examinando la orilla que se acercaba.

El haz de luz del faro lo atravesaba mientras navegaba a la deriva. Se oyó un grito en algún lugar a un lado del faro, y Jason vio dos formas sombrías que se movían, ocultas de la vista por un seto. Sacó la pistola, aunque sabía que era inútil a aquella distancia. Si los vigilantes de la orilla no estaban armados, el estruendo de un disparo podría asustarlos y permitirle desembarcar sin oposición.

De repente, el haz del faro se alejó de él. Giró lentamente hasta brillar a lo largo de la costa. Iluminó un seto que recorría cierta distancia antes de encontrarse con una espiga de bosque que descendía por una ladera.

Jason vio a dos hombres que de pronto fueron distinguidos por el haz de luz. Se llevaban las manos a la cara para protegerse de la luz repentina. Jason había visto suficiente. Ambos llevaban armas de cañón largo: mosquetes o, si tenía mala suerte, rifles.

Los mosquetes eran tan inútiles a aquella distancia como sus pistolas. Pero un rifle en manos de un tirador podía acertar. Solo tenía que esperar que esos dos no fueran buenos tiradores. Se echó de nuevo en su asiento y empezó a remar apresuradamente. Se oyeron más gritos detrás de él y luego el primer disparo.

—¡Mire ahí! ¿Lo ve? Alguien viene desde tierra firme —exclamó Paul.

El joven sostenía un telescopio y miraba hacia el mar. Señalaba a lo largo del tubo que aún sostenía junto al ojo. Allison se unió a él, entrecerrando los ojos en la creciente oscuridad. El mar era gris, con matices negros, y el cielo del mismo color. Al principio no veía nada. Entonces, una mancha negra que se mecía en el oleaje se hizo perceptible como una barca, con un hombre que remaba.

—¿Puedo verlo? —gritó con esperanza.

Paul le entregó el telescopio y señaló en la dirección en la que tenía que mirar. Era mucho más pesado de lo que parecía y, al principio, no pudo distinguir nada. Entonces, apareció tan cerca que sintió que casi podía alcanzarlo y tocarlo, vio a Jason. Estaba de espaldas, pero le vio la cara mientras miraba por encima del hombro hacia el faro. Su barco parecía apuntar a un lugar, situado justo a la derecha del promontorio sobre el que se alzaba el faro.

—Oh, maldita sea. La corriente lo está llevando directamente hacia las rocas de allí. Tendrá que corregir su rumbo.

—No conoce las aguas, ¿y si no sabe que las rocas están ahí? —inquirió Allison.

—Espere un momento —respondió Paul. Se apresuró a volver a la sala de luz y empezó a darle a una manivela. Con un gemido de ruedas y cojinetes rechinando, la lámpara empezó a girar—. Avíseme cuando el rayo apunte directamente a su amigo.

Ella esperó, luchando por mantener el pesado telescopio sobre la silueta de Jason. Había dejado de remar y estaba tumbado boca abajo en el bote, observando por encima del borde de madera del casco.

El rayo lo iluminó.

—¡Ahora! —gritó ella.

—¡Ahora mismo! —respondió Paul—. Si sigue la luz, estará bien.

Allison miró a lo largo de la viga, que parecía estar colgada con volutas de niebla. Se oyeron gritos desde abajo, donde había visto a alguien al acecho detrás del seto. Momentos después se oyó un disparo. Allison se dio cuenta, con creciente horror, de que al iluminar la barca de Jason, lo habían convertido en un blanco fácil.

—¡Lo han visto!

—Está remando de nuevo. Esta vez viene directo hacia nosotros. ¡Vamos! —gritó el joven—. No deje que esa corriente cruzada lo desplace ni un centímetro. Maldita sea, ¿quién está disparando?

—Son los lunáticos —advirtió ella, adoptando la lengua vernácula de Paul—. Deben haber visto quién estaba en el bote. No quieren que llegue a tierra.

Más disparos dividieron la noche.

—¡Ya lo veremos, son unos cabrones! —exclamó Paul enfadado.

Había dejado el rifle apoyado en la barandilla. Lo agarró y se agachó, apoyando el largo cañón en la parte superior de la barandilla.

—No tengo mucha puntería, pero puede hacer que esos hombres mantengan la cabeza baja hasta que su amigo llegue a la orilla. ¿Le han dado?

Ella cogió el telescopio, los brazos empezaban a dolerle por el esfuerzo de mantenerlo en alto y firme. Tardó un momento en encontrar a Jason en la mira. Remaba a gran velocidad y parecía ileso. Mientras observaba, algo hizo que la madera de la proa del bote estallara en astillas, y Allison gritó involuntariamente.

Paul disparó.

—¡Maldición! Ni me he acercado. Lo siento, señorita. Dije que no era buen tirador.

—Haga lo que pueda, Paul.

Jason se dirigía hacia el faro casi en línea recta. Allison tenía el corazón en la garganta mientras le pedía que se moviera más rápido.

El joven disparó de nuevo y se echó a reír.

—¡Eso los asustó! Se mueven y han salido de su escondite. ¡Creo!

Allison no se atrevió a mirar. No había habido más disparos hacia Jason, tal vez Paul había logrado ahuyentarlos. Apenas pensó eso, otra explosión de madera llenó su visión. Esta vez el disparo había impactado en un remo levantado.

Jason se había lanzado a un lado, al soltarlo y se deslizó hacia el oleaje. Cuando reapareció, tenía ambas manos en el remo que le quedaba, remando furiosamente.

Pero ya no parecía tener fuerzas para luchar contra la corriente. El barco se movía visiblemente más hacia los lados que hacia delante. Y Allison pudo ver de repente las puntas de las rocas sobresaliendo del agua. Cuando las olas golpeaban los riscos brotaban hacia arriba en un rocío entrecortado. Algo golpeó el barco desde abajo, lanzando la proa por los aires. Volvió a caer con un chapoteo.

Jason se desparramó en la popa del barco y fue lanzado al aire una vez más, cuando la parte trasera volvió a chocar.

—Oh, por Dios. La corriente lo empuja sobre las primeras rocas. ¡Tiene que nadar! —indicó Paul.

—¡Jason! —gritó ella, juntando sus manos alrededor de su boca—. ¡Nada! Hay rocas. ¡Nada!

Ya no necesitaba el telescopio. Allison pudo verlo claramente de pie en el bote, luchando por mantener el equilibrio. Dos disparos sonaron desde abajo en rápida sucesión. Él giró como si le hubieran golpeado en el hombro. El arma que se esforzaba por empuñar voló de sus manos. La proa del barco se elevó una vez más, pero esta vez cayó sobre rocas irregulares.

Perdió el equilibrio y cayó de espaldas al agua. Allison lo vio alzado por el oleaje, antes de que se perdiera de vista entre las rocas que rompieron la barca en astillas.

—¡No! —gritó Allison.

Salió corriendo de la habitación hacia las escaleras. Paul la persiguió, pero ella no oyó sus palabras, no era consciente de nada excepto de la necesidad de alcanzar a Jason.

Más de una vez tropezó y casi se cayó de cabeza por la empinada escalera. De algún modo, llegó abajo, tropezando como un potro. La puerta de hierro estaba atrancada. La levantó y gritó por el esfuerzo antes de soltarla y abrirla con sus chirriantes goznes.

Luego corrió alrededor del faro hacia las rocas negras donde había visto a Jason por última vez. La piedra bajo sus pies dio paso a la hierba, resbaladiza por la lluvia. Se deslizó por una pequeña pendiente hasta una curva de la playa de guijarros.

Una hilera de rocas se adentraba en el agua, como el lomo jorobado y puntiagudo de una criatura submarina que yacía justo debajo de las olas.

Las rocas eran resbaladizas y traicioneras. El olor a agua salada era abrumador.

Allison se raspó las rodillas y las manos al salir, sin perder de vista los restos de la barca, que yacía abandonada en el extremo de las rocas. No vio a los dos hombres que corrían hacia ella desde una dirección ni a Paul que intentaba alcanzarla desde la otra.

La desesperación le imprimió velocidad y la impulsó a través del dolor hasta que se puso de pie, apoyada entre dos piedras de canto rodado. Los restos del barco flotaban a su alrededor en el

agua. También lo hacía un abrigo desgarrado. De Jason no había ni rastro.

CAPÍTULO 25

Algo golpeó el hombro de Jason. La desesperación lo inundó mientras una remota parte de su cerebro le informaba de que solo podía haber sido una bala de plomo, disparada por una pistola. Luchó por mantener el equilibrio, zarandeado por el oleaje y el impacto de las rocas contra la embarcación. Un disparo en el hombro significaba hueso destrozado y carne desgarrada.

Cayó hacia atrás, incapaz de recuperarse.

El agua negra lo abrazó. Una descarga de frío lo envolvió y le sacó el aire de los pulmones. El otro hombro le dolió al chocar contra algo duro e inflexible. Agitó una mano y golpeó una piedra, resbaladiza por el agua y la maleza. La corriente tiraba de él, una fuerza irresistible. Las rocas retrocedieron un instante. Había cerrado la boca al caer, pero no pudo evitar que el agua le entrara por la nariz.

Tosió y entonces le entró en cascada por la boca y la garganta. Faltaban pocos segundos para que se ahogase. Lo sabía. Una bocanada de agua bastaría para debilitarlo lo suficiente como para que no pudiera salir. Las rocas volvían hacia él. O más bien, él era arrastrado por el oleaje. Las manos le escocían al recibir el impacto. Un pie calzado se enganchó en una hendidura, permitiéndole agarrarse mientras las olas intentaban alejarlo de nuevo.

Le dolía mucho el hombro, pero al mirarlo supo que no había sido atravesado. El disparo debió de desviarse en otra cosa antes de alcanzarle. Había pateado como una mula, pero no lo bastante fuerte como para atravesarle el cuerpo. Con un rugido desgarrador, el barco se estrelló contra las rocas, a pocos centímetros de él. Se encajó allí, protegiéndole de los hombres que le habían estado disparando.

Aprovechó la protección y empezó a moverse como un cangrejo por las rocas, tratando de mantenerlas entre él y sus perseguidores. Finalmente, llegó a un punto donde el afloramiento formaba un charco más tranquilo, protegido del oleaje principal del mar.

Se dejó caer aún más en el agua, manteniendo una mano sobre las rocas, pero por debajo. Había empezado a oír el ruido de alguien que se acercaba por encima del crujido de la madera al romperse y del agua contra la roca.

Se deslizó hacia abajo hasta que solo su nariz y sus ojos quedaron por encima del agua. A la primera señal de movimiento, se agachó y se pegó a la roca lo mejor que pudo. Arriba solo había oscuridad, imposible ver si había alguien buscándole. Aguantó la respiración todo lo que pudo, luego se impulsó hacia arriba hasta que su nariz rompió la superficie, inspirando largamente.

La línea de rocas sobre él estaba vacía.

Siguió subiendo y escuchó con atención. Pisadas sobre rocas, un crujido constante. Voces bajas y enfadadas. Luego alguien gritó:

—¡Oye! ¡Déjala en paz! Lo digo en serio.

—Apártate, pecador. Esto no es asunto tuyo.

—Claro que sí. ¡Déjala ir!

—Tienes un arma. Nosotros tenemos dos. Así que adelante.

La sangre de Jason se aceleró al oír la voz de Allison:

—Paul, no se arriesgue. Regrese, por favor. No se haga daño por mí.

Jason subió más alto. El agua estaba muy fría, había perdido el abrigo y se le entumecían los músculos. Las algas le cubrían la cabeza y los hombros. No sentía las yemas de los dedos mientras luchaba por agarrarse.

—Bien dicho, muchacha, que no se meta en cosas que no entiende. Ya has oído, joven, tira el rifle y apártate.

El sonido de algo pesado aterrizó en la teja, luego los pasos se reanudaron. Risas ásperas. Después, un golpe de algo duro contra la carne. Un gruñido y más risas. Jason se encaramó a las rocas, dejando ver sus ojos solo por encima de la línea dentada.

Un hombre estaba de rodillas, con una mano sosteniéndose y la otra acunando su cintura. Dos hombres con rifles arrastraban a Allison por una playa de guijarros.

Jason gruñó sin hacer ruido. El mar le había arrancado el mosquete que llevaba a la espalda. Dos pistolas aún se aferraban a sus caderas, pero la pólvora estaba empapada y era completamente inútil.

Podía intentar acercarse con las piernas entumecidas y los músculos acalambrados por el esfuerzo. Y le dispararían antes de que lo consiguiera. Esperó a que estuvieran a la sombra de los acantilados antes de subir por las rocas hacia la playa.

El hombre golpeado levantó la cabeza. Jason vio la expresión de horror en su rostro. Se persignó y balbuceó una oración. Jason se agazapó entre las rocas, observando a los hombres que se habían llevado a Allison, mientras ascendían por un sendero que se elevaba hasta la cima de los acantilados. No habían mirado atrás ni una sola vez, y aunque lo hubieran hecho, él estaba fuera de su alcance.

Lentamente, bajó un pie por los guijarros. A pesar del movimiento deliberado, seguía crujiendo con fuerza. Pero las figuras que se alejaban no daban señales de que el sonido les hubiera llegado. Otro paso crujiente. El rezo frenético empezaba a irritarle.

—Basta ya —dijo con fuerza.

—¿Qué? —Tartamudeó el joven.

—He dicho que pares. No soy un monstruo.

—Lo vi salir del mar. De las profundidades y...

—Tengo una mancha negra en la cara. La marca del Diablo. Lo sé.

—También tiene algas y parece...

Jason se acercó al rifle que había en el suelo y lo revisó. No se había dado cuenta del aspecto que debía de tener cuando salió del mar y se sacudió irritado, un alga viscosa que llevaba sobre la cabeza.

—No soy un monstruo marino. Solo un hombre. ¿Ves?

—Sí, pero su cara...

Jason apretó los dientes.

—¿Adónde la llevan?

—Hay una casa sobre el acantilado, al otro lado del bosque. Allí es donde irán. ¿Es usted el hombre que ella estaba esperando? El que estábamos señalando con el faro.

—¿Tienes municiones? —Cuando el joven le entregó una mochila con cartuchos y pólvora, respondió—: ¿Así que esa señal era para mí?

El muchacho asintió en silencio y se fijó en lo que hacía.

—¿Qué hará para ayudarla? —preguntó.

Él sonrió como un lobo y mordió el extremo de un cartucho. Sostuvo en la boca el extremo mordido que contenía la bola de plomo. La escupió en el cañón y vertió después la pólvora del otro extremo. La mayor parte. Lo que quedaba fue a parar a la brecha, al menos. Colocó el martillo en su sitio.

—Voy a encontrarla y llevarla a casa.



Allison no luchó mientras la arrastraban por el sendero del acantilado. Al llegar a la cima, sus captores la arrastraron por la larga hierba hasta un sendero que ascendía por una colina. Era la misma colina en la que había estado agachada cuando Paul la encontró. Los árboles oscurecían uno de sus lados contra un cielo aún más oscuro. Más allá de la cresta había más árboles, y luego la casa de los Hijos de Cristo.

—¿Qué sacáis con esto? —preguntó mientras caminaba. Los dos hombres la agarraban del brazo. Ambos vestían túnicas sin forma e iban descalzos. Miraban al frente mientras caminaban. Cuando ninguno de los dos respondió, volvió a intentarlo—. ¿Por qué tanta desesperación por encerrarme? ¿Qué he hecho que sea tan terrible? Tiene que haber algo más.

Puso un tono de desprecio en su voz, sintiendo miedo de ser tan atrevida, pero queriendo hacer algo que pudiera provocar una reacción. Mientras fueran autómatas marchando, no había oportunidad de escapar. Si se enfadaban o distraían, tal vez ella tendría una oportunidad. Una parte de ella solo quería agacharse en el acto y llorar. La idea de que Jason pudiera estar muerto la desgarraba.

No era justo. Acababa de descubrirlo. Era peor que eso, ella lo había llevado a la muerte. Él no habría estado en la barca, arriesgando su vida, si no fuera por ella.

—Estás aquí para arrepentirte —dijo uno de ellos.

—¡Cállate! —gritó el otro.

—Ya me lo han dicho. Entonces, qué, ¿me voy a casa como una niña buena?

—Entonces, te unes a nosotros. Renuncias a tus riquezas y posesiones.

—¡He dicho que te calles! —La orden la gritó el tipo que sujetaba su brazo derecho.

Ella lo miró. Él miraba a su compañero y luego clavó los ojos en los suyos. Tiró de su brazo para que se moviera. Se tambaleó y luego se recuperó. Sintió como si acabara de vislumbrar algo importante.

—¿Y quién se las queda una vez que he renunciado a ellas? —se interesó con cautela.

Pero ninguno de los hombres habló. Su agarre se tensó y eso le dolió. ¿En qué la habían metido su padre y su tía Mildred? La casa de su tía había sido incómoda, pero lo que había experimentado a manos de aquellos hombres era una tortura. Había estado tan ocupada, soportando lo que le hacían, que no se había parado a pensar por qué estaba ocurriendo.

Tropezó de nuevo, soltándose de las garras que la sujetaban y cayendo de rodillas.

Cuando los dos hombres se agacharon para ponerla en pie, ella los miró, cruzándose de brazos con decisión.

—Sois ladrones. Nada más. ¿Habéis renunciado a todas vuestras posesiones para venir a vivir aquí? ¿Lo hizo tu líder?

El hombre que había sujetado su brazo derecho gruñó y levantó un brazo para golpearla. En ese momento, escucharon un aullido que llegó desde algún lugar por detrás.

Los dos se paralizaron, levantaron sus rifles y miraron fijamente en la oscuridad. Allison se quedó con la boca abierta. Había sonado exactamente como uno de los perros de Jason. El sonido se repitió, todavía detrás de ellos, pero a un lado.

—¿Qué es eso, hermano George?

—No lo sé. No hay perros en esta isla. Sigamos adelante. No está lejos la casa.

La agarraron de nuevo y la pusieron de pie. Su mente iba a mil por hora. «No hay perros en la isla», había dicho. Era imposible que los perros de Jason estuvieran allí, aunque aquel sonido podría haber sido Tom.

Dio un paso, se oyó una ráfaga de aire y un golpe seco.

Uno de los hombres cayó al suelo. El otro disparó, iluminando la noche durante una fracción de segundo. En ese instante, Allison vio un rostro, mitad blanco pálido, mitad oscuro. Una boca crispada, un rictus animal y un rifle en la cadera.

Hubo otro disparo. Otro destello. El segundo de los captores de Allison, el que se había mostrado tan reacio a que se dijera nada, cayó de rodillas y luego de bruces sobre la hierba. En la oscuridad, Allison se volvió en dirección a Jason, casi sin atreverse a creer que fuera real. Él la abrazó y la apretó contra él, mientras hundía la cara en su pecho.

Él olía fuertemente a agua salada y algas, pero a ella no le importaba. Jason le acarició el pelo y sintió su aliento en el cuello, sus labios rozándole la piel.

—Creía que habías muerto. No puedo creer que estés aquí —susurró.

—Atravesaría el infierno por ti.

—Te quiero —susurró ella.

—Cásate conmigo. —Fue su respuesta.

Allison se encontró riendo y llorando al mismo tiempo. Un minuto después, una profunda carcajada de Jason se unió a las de ella.

—Estamos histéricos —Allison asintió y las lágrimas se apoderaron de la risa—. Lo digo en serio.

—Yo también, mi amor. Creo que me enamoré de ti desde el primer momento en que te saqué de aquel arroyo. ¿Puedes aceptar una vida con el duque de las Sombras?

—Si vuelves a llamarte así, o por cualquier otro nombre, te daré una bofetada.

Se levantó y enmarcó su rostro. Se puso de puntillas para besar sus labios y saboreó la sal en ellos. Como antes, el tiempo y el espacio se volvieron irrelevantes. No estaban en la ladera de una colina, a oscuras, en una isla rodeada de enemigos. No había ningún muerto a sus pies. Estaban solos en su propia realidad impenetrable, en la que solo existían el uno y el otro.

Cuando se separaron, Allison respiró hondo.

—Aún no estamos a salvo. Echarán de menos a estos dos.

—¿Cuántos son? —preguntó Jason.

—Creo que más de un centenar.

Jason silbó.

—Mi barco no nos va a llevar de vuelta. Tendremos que escondernos durante un tiempo. La ayuda está en camino.

Allison le cogió la mano.

—El faro. Solo hay un guardián y es amigo nuestro. Es el único lugar seguro.

CAPÍTULO 26

Jason tomó la mano de Allison para conducirla al faro, pero ella se quedó dónde estaba, mirando a los dos hombres, uno inconsciente y el otro muerto.

—¿Crees que habrá alguna familia en algún lugar que los echará de menos?

Jason frunció el ceño.

—Uno de ellos no está muerto.

—Pero está aquí, con estos fanáticos. ¿Dejó a su familia para venir aquí? ¿Están aquí con él?

—No me propongo averiguarlo —le aseguró en tono serio.

—Pero quiero saberlo. Insinuaron que traerme aquí era algo más que apaciguar las ideas dementes de mi tía Mildred. Que acabaría renunciando a todos mis bienes terrenales. ¿Cómo pretendían obligarme a hacerlo?

Jason estaba impaciente. Miró alrededor de la oscura ladera y luego volvió al faro.

—Es solo cuestión de tiempo que los disparos atraigan a más de ellos.

—Pero ¿no lo ves, Jason? Me trataron mal, sí. Me drogaron, me ataron, me azotaron...

—¡¿Qué?! Inquirió con furia—. ¿Qué te hicieron?

Estaba indignado. Una ira se encendió en su interior como nunca antes había sentido. Allison acababa de decir que la habían azotado. A él también lo habían drogado, lo cual era indignante, pero la idea de que algún hombre le diera un latigazo en la espalda desnuda, le hizo desear volver con los dos hombres caídos y usar el rifle para atizarles en la cabeza, vivos o muertos.

—No, escucha. No te enfades. Creo que esta gente de la isla tenía un plan. Creo que se lo han hecho a otros para obtener su riqueza. Cuando la tía Mildred contactó con Shade, él lo vio como una oportunidad. ¿Me culparías si me convirtieran o me hicieran uno de ellos?

—No, por supuesto que no. Si te han coaccionado...

—Tal vez todos lo fueron. Tan a fondo que olvidan que no vinieron aquí voluntariamente.

En ese momento, se escucharon gritos por encima de la colina y aparecieron antorchas entre la masa de árboles.

—Ya vienen más. Podemos discutirlo con una puerta cerrada entre ellos y nosotros —insistió Jason.

La agarró de la mano y no la soltó mientras empezaba a bajar la colina. Allison lo siguió con una última mirada de pesar hacia los dos hombres que yacían en el suelo. Cuando se acercaron al faro, la puerta de hierro se abrió. Distinguió al joven que había conocido en la playa.

—Es Paul Harris. Es el encargado del faro. Un amigo —le aseguró Allison.

—Parece que ha traído a todo el manicomio sobre nosotros, señorita —gritó.

Jason se alegró al ver que el joven sostenía un rifle en las manos.

—¿Sabes usarlo, Paul? —Lo miró con fijeza.

—Sé cómo usarla, pero no soy muy bueno. Aunque hay más dentro, si es mejor tirador.

—Buen hombre, guíame. Y cierra esta puerta.

El muchacho cerró la puerta de un tirón y colocó la barra de hierro oxidado en sus soportes. Tuvo que golpearla con los puños para colocarla en su sitio, y cada golpe producía un chirrido de

metal contra metal. Los condujo a la sala de la tripulación del primer piso, abrió un armario y le entregó a Jason un rifle Baker.

Él lo inspeccionó con aprobación y empezó a cargarlo.

—No quiero más derramamiento de sangre —pidió Allison.

Jason levantó la vista, sorprendido. Estaba de pie, en medio de la habitación, cruzada de brazos, observando los preparativos de los dos hombres y mordiéndose el labio.

—Yo también preferiría evitar la violencia. Me dispararon, ¿recuerdas? No me quedaré de brazos cruzados ni dejaré que te hagan daño.

—No estoy convencida de que sean..., bueno... malvados. —Él bajó el rifle, luego apoyó la culata en una silla y se acercó a ella. Le acarició los brazos y la miró a la cara. Había preocupación en su rostro, compasión y preocupación. ¿Por aquellos hombres? Suspiró le explicó—: El mal es una palabra muy fuerte. La forma en que han actuado sin embargo...

—Si no hubieras venido a por mí, quizá yo actuaría igual con el tiempo. ¿Eso me haría malvada?

—Más bien, engañada.

—Exactamente —replicó Allison—. No tenemos derecho a culparlos. Deberíamos intentar ayudarles.

Jason se quedó perplejo, pero al mismo tiempo la adoró. Su compasión por la gente que la había tratado tan abominablemente era entrañable. Era maravillosa.

Sonrió y deseó besarla, pero fue consciente de la presencia de otra persona en la habitación. Allison le devolvió la sonrisa, sus ojos le decían que tenía los mismos pensamientos.

—Paul, ¿estamos seguros aquí? —preguntó Jason.

—¿Seguros? Sí. Tenemos comida para un par de semanas y agua dulce de un pozo en el sótano. Solo hay una puerta y es muy resistente.

—Bien. Entonces no tenemos que preocuparnos por la violencia. Incluso si comienzan, pueden golpear sus cabezas contra nuestras paredes de piedra en vano.

—Por supuesto, el resto de la tripulación volverá pronto del continente, quizás en una semana o así. Podrían tener problemas si estamos bajo el asedio de ese grupo.

—Espero que la ayuda haya llegado mucho antes, no te preocupes.

—Mientras tanto, deberías quitarte esa ropa mojada —le indicó Allison—. Paul, ¿puede dejarle algo de ropa seca del piso de arriba?

—Por supuesto. Sírvase usted mismo. Si no le importa que pregunte... Bueno, es sobre su cara...

Jason se echó a reír.

—¿Sobre mi cara? ¿Qué quieres preguntar? ¿Si es contagiosa? ¿Si me duele?

Paul sonrió de forma nerviosa.

—Todo eso, supongo. Obviamente es amigo de la señorita Allison y confío en ella. Así que supongo que también confío en usted. Solo que nunca he visto nada igual.

—Bueno, me llaman el duque de las Sombras, entre otras cosas. Pero no, no es contagioso ni doloroso. Solo un... ¿estás bien, Paul?

Los ojos de Paul parecían a punto de salirse de su cabeza. De repente, estaba mirando al suelo.

—Disculpe, señor. Quiero decir, Excelencia..., lo siento. No sé cómo se supone que debo hablar con un Duque. No sabía que lo era, así que espero no haberle ofendido. No era mi intención.

—Oh, Paul. Lo siento mucho —intervino Allison—. Lo había olvidado. Él es Jason Marshall, duque de Haverton —lo presentó, formalmente.

—Y estoy resfriado, dolorido y goteando agua por toda tu alfombra. Difícilmente, una figura regia, ¿verdad? —Jason trató de quitarle importancia.

—Oh, vaya. —El joven se echó a reír y luego pareció sorprenderse de haberlo hecho.

Él le dio una palmada en el hombro.

—Paul, ¿crees que un hombre con mi aspecto presta especial atención a los títulos honoríficos? Me llamo Jason. Ese es el modo correcto de dirigirse a mí. Ahora, ¿dónde está la ropa seca?

—En el siguiente piso, Excelencia. Mire en el arcón —indicó con inseguridad.

Jason salió de la habitación y subió las escaleras para llegar a lo que parecían ser los dormitorios de la tripulación. A ambos lados había dos literas de tres pisos cada una. Vio un arcón grande y cuadrado en el suelo, entre ellas, y empezó a rebuscar ropa.

Una vez que lo había mencionado, todos sus dolores y molestias empezaron a quejarse en voz alta. Tenía las costillas magulladas por las rocas y el hombro agarrotado por la bala de plomo que le había rozado.

Se sentó en una de las literas con un suspiro y un puñado de ropa en el regazo. De repente, la necesidad de descansar le pareció mucho más importante que cambiarse. Oyó que alguien subía las escaleras, más allá de los camarotes de la tripulación, y al abrirse la puerta vio a Allison.

—Ya me estaba desvistiendo. —Tiró la ropa seca al suelo al darse cuenta de que se le estaba mojando.

—Ya veo. —Ella se sentó a su lado en la cama—. Paul se ha ido a atender la luz. Está entrando niebla, así que tendrá que estar atento a los barcos que se acerquen. Y tú parece que estás a punto de quedarte dormido sentado.

—Lo sé.

Allison se levantó, se arrodilló ante él y empezó a quitarle las botas. Cuando protestó, ella le puso los dedos en los labios y luego lo empujó suavemente hacia la cama.

—Mi valiente. Mi héroe —susurró mientras le desabrochaba la camisa.

Jason cerró los ojos, disfrutando de la sensación de que ella lo desvistiera. Cuando estuvo desnudo, se incorporó.

—Ahora tú —le indicó.

—Mi ropa no está empapada —protestó antes de empujarlo hacia abajo.

Se subió a la cama junto a él y cubrió sus cuerpos con las mantas. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Jason volvió a cerrar los ojos, mientras el tacto de la mujer calmaba sus dolores.

El sueño no tardó en llegar.

CAPÍTULO 27

Hyde Park bullía bajo un cálido sol de verano. A lo lejos se estaba celebrando una carrera a la que asistía una multitud de damas con sombrillas, caminando del brazo de caballeros con sombrero de copa. Los niños corrían y jugueteaban bajo la paciente guía de las institutrices. El carruaje se detuvo y un lacayo vestido con la librea de Haverton se apeó para abrir la puerta. Varias personas que se encontraban en la entrada del parque volvieron la cabeza al ver a los recién llegados.

Jason bajó del carruaje y se volvió para ayudar a Allison a bajar. Él llevaba un sombrero de copa y el pelo cortado a la moda, con mechones despeinados. Su abrigo era de color azul real y llevaba corbata a juego, mientras que su chaleco de seda era en tono crema con botones plateados. Los pantalones eran del mismo color y los zapatos negros y lustrados.

Allison estaba radiante de blanco y plata. Pero sus ropas palidecían en comparación con la belleza de su floreciente sonrisa y sus ojos centelleantes. Jason sintió un inmenso orgullo. Evitó llevar guantes para que la alianza de oro de su mano pudiera verse en todo momento.

Era algo que iba en contra de la moda, pero se estaba imponiendo con rapidez. Varias mujeres del parque hacían lo mismo desde que Allison había iniciado la tendencia en el baile que Jason había organizado para celebrar su boda.

—¡Excelencia! Me alegro de verle de vuelta en la ciudad —llamó un caballero que entraba en el parque con su dama del brazo.

Jason se quitó el sombrero para saludarlo. Llevaba la cara descubierta y disfrutaba sintiendo el sol en la piel. La mancha oscura que le había perseguido durante toda su vida se había desvanecido inexplicablemente. En el momento de la boda, había desaparecido por completo.

—Creo que mi marido es el hombre más guapo del mundo —dijo Allison con alegría, mientras le cogía del brazo.

—Estaba a punto de decir lo mismo de ti —replicó él, robándole un beso.

Las demostraciones públicas de afecto eran otra forma en que los Marshall daban la vuelta a las convenciones y eran alabados por marcar nuevas tendencias. La sociedad los había acogido a ambos como un soplo de aire fresco.

—¿Y cómo está la pareja más hermosa de la alta sociedad? —se interesó lady Chatham, caminando por la acera hacia ellos.

Tenía la mitad de la cara oscura, al igual que su marido, que caminaba a su lado, sonriéndoles.

—Bien, gracias, Sarah. —Allison parecía no darse cuenta de sus rostros manchados. Jason miró a su alrededor y vio la misma marca en los rostros de todos. Una mancha negra como la noche—. Aunque ayuda cuando todos los demás tienen el mismo defecto —agregó con una sonrisa.

—¿No es terrible? —inquirió lady Chatham.

—En el reino de los ciegos, el tuerto es el Rey —advirtió lord Chatham.

La mancha de su cara se iba extendiendo mientras Jason observaba. A medida que se

acercaban, se encontró a sí mismo retrocediendo, horrorizado.

Aparecieron más damas y caballeros, la negrura en su piel corría como tinta. Y allí donde se extendía el color oscuro, la piel parecía pelarse y empezar a pudrirse.

Allison se volvió hacia él, que gritó al ver la marca oscura aparecer en su mejilla, expandiéndose con rapidez y, al hacerlo, parecía corroer su carne, dejando al descubierto el hueso.

—Vaya, querido. ¿Qué te pasa? ¿No estás feliz de ser finalmente aceptado? —le preguntó con suavidad.

Jason se despertó sobresaltado, reprimiendo a duras penas un grito. Allison yacía a su lado, y cuando se movió, ella murmuró en sueños y se acurrucó más cerca.

Su corazón latía con fuerza en el pecho y el sabor que le había dejado la pesadilla era nauseabundo.

Se llevó una mano a la mejilla, como si pudiera sentir la marca de nacimiento. Allí estaba el recuerdo de la felicidad que había sentido en el sueño, al saber que su deformidad había desaparecido.

Con ella había llegado la gloriosa aceptación y aprobación de todos los que le rodeaban. Había sido agradable y reconfortante. Ser aceptado era algo que nunca había experimentado. Pero se había envenenado cuando todos los demás habían adquirido su marca de nacimiento.

—No hay aceptación —susurró a la oscuridad.

—¿Qué? —murmuró Allison. Levantó la cabeza y parpadeó, somnolienta—. Perdona, no quería dormirme. Solo quería calentarte un poco.

Él giró la cabeza para mirarla. Más allá de su rostro ensombrecido, la ventana de la habitación revelaba estrellas, asomando entre nubes dispersas. La niebla parecía haberse disipado. Acarició su rostro, recordando la terrible mancha que había carcomido su perfección en el sueño.

—Tuve una pesadilla —reconoció—. La primera vez en mucho tiempo, porque siempre era la misma. Soñaba que esto había desaparecido. —Señaló la marca de nacimiento—. En mi sueño, era igual que los demás. Solo que esta vez, todos los demás tenían la marca de nacimiento, pero no yo. Incluso tú.

—¿Y eso sería tan malo?

—No es solo eso. En mi sueño, estabas... bueno, tu piel se corrompía, como si estuvieras muerta, pero viva. —Le puso una mano tranquilizadora en la mejilla y lo besó. Jason cerró los ojos, dejando que sus sentidos se llenaran de la conciencia de ella. El sueño empezó a desvanecerse—. Creía que me había resignado a ser un paria —aseguró—. A lo mejor no estoy tan decidido como esperaba. ¿Cómo puedo imaginar que te unas a mí en un exilio perpetuo?

—No necesito a nadie más que a ti —le advirtió ella—. Solía pensar que lo que me hacía feliz era la relación con la gente, los bailes, las cenas. Formar parte de la sociedad. Ahora, no puedo imaginar nada más trivial. Quiero un marido y una familia propia. Que la sociedad nos acepte o no es irrelevante.

—¿Qué clase de vida es esa? Rechazada por todos —expuso Jason.

—¿Rechazada por quién? Paul Harris nos ha acogido. Cedric Owen no retrocede horrorizado ante ti. ¿Te rodearías de gente como ellos? ¿O gente como la tía Mildred?

—Había un granjero en tierra firme del que obteníamos pienso para nuestros caballos. Nunca pestañeó ante mi cara —afirmó Jason.

—Ahí lo tienes. Elegiremos nuestra compañía entre buena gente. Gente que no juzga por las

apariencias. Y los que lo hagan pueden irse al infierno.

Se echó a reír de su propia blasfemia y él se encontró riendo también. La abrazó y ella se estremeció, con la espalda rígida.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con gesto preocupado.

—Tengo la espalda... sensible —contestó en un susurro—. No iba a decir nada...

—Enséñamelo —exigió con voz seria.

—Está bien. —Suspiró y se puso boca abajo.

Cuando le subió el jersey por la espalda, dejó al descubierto las ronchas que le habían hecho. Resaltaban como marcas oscuras en la piel pálida de su espalda, a la tenue luz de la luna que entraba por la ventana.

Jason jadeó al verlo.

—¡Esos cabrones!

Ella se giró, le cogió la mano y se la apretó contra la cadera desnuda, acercándose a él.

—No, querido. No permitiré que arriesgues tu vida por venganza. Están equivocados y tal vez sean malvados en eso. Pero necesitan ayuda.

—Eres demasiado buena para este mundo —susurró—. Lamento no haber podido protegerte.

Allison frotó su nariz contra la de él, moviendo su mano a la parte baja de su espalda. Lo besó suavemente, luego con más urgencia, a medida que la pasión vencía al cansancio y al dolor. De algún lugar de abajo llegaba el sonido de un martilleo sobre metal.

Enseguida llamaron a la puerta.

—Disculpe, señorita —dijo Paul, a través de la puerta cerrada—. Si usted y su hombre están despiertos, creo que será mejor que vengan a ver esto.



Allison se levantó de la cama, liberándose del cálido abrazo de Jason. Recogió la ropa que él había seleccionado y la dejó caer sobre la cama. Al principio, le dio la espalda para que se vistiera, pero un impulso travieso la hizo volverse. Él se detuvo en el acto de echar hacia atrás la ropa de cama y la miró, mientras ella se cruzaba de brazos y le dedicaba una sonrisa pícara. Luego se levantó, desnudo como el día en que nació.

Allison sintió que se sonrojaba, a pesar de que había tocado y besado su cuerpo desnudo y había hecho más. Su respiración se aceleró al ver su físico musculoso y la evidencia del deseo que había ido creciendo en él.

Empezó a vestirse sin prisas y ella lo observó con atención. Sentía un gran deseo de ver el movimiento de sus músculos y dejó que sus ojos se detuvieran con una intención salaz en la parte más íntima de su cuerpo.

Jason la miró durante todo el tiempo que estuvo delante de ella, hasta que estuvo vestido y tapado. Pero la intimidad del momento hizo que no pareciera que ninguno de los dos estuviera cubierto. Allison seguía viendo su magnífica desnudez bajo las voluminosas ropas de marinero.

Por el calor de sus ojos, supo que él también. Eso la hizo relamerse los labios repentinamente resecos y llevarse las manos al estómago, en el que jugueteaban mariposas.

El sonido de una nueva ronda de martillazos en la puerta de hierro de abajo, recordó a Allison el presente. Jason la cogió de la mano y salieron de la habitación, subiendo las escaleras hasta el piso siguiente.

En aquella habitación había una estufa y un fregadero con barriles y sacos de provisiones. Paul se asomaba cautelosamente por la ventana, mirando hacia abajo. Les hizo señas a los dos para que se acercaran.

—Llevo media hora viéndoles reunirse desde que entrasteis en el camarote de la tripulación. Unos cuantos vigilaban el lugar. Luego llegaron en tropel y empezaron a aporrear la puerta. Les deseo suerte, nunca la atravesarán sin un ariete.

Allison miró hacia abajo. Había una multitud de hombres y mujeres con túnica en la puerta. El hombre que la había azotado estaba de pie junto a la entrada, dando golpes con un martillo. Algunos llevaban lámparas de aceite de ballena, otros portaban antorchas. Cuando apareció, uno de los presentes levantó la vista.

—¡Ahí está! La diablesa está ahí —gritó una mujer con voz maníaca.

Alguien lanzó una piedra que golpeó la pared. Jason la apartó de la ventana y ocupó su lugar.

—¡Ustedes no tienen nada que hacer aquí! Gritó—. Les aconsejo que se vayan a casa ahora.

—¡Un demonio! —gritó una voz.

—¡El duque de las Sombras!

—¡Seguidor de Lucifer!

Lanzaron más piedras. Una de ellas golpeó el cristal de la ventana, haciéndolo añicos. Jason saltó hacia atrás, maldiciendo.

—¡Maldita sea! —soltó Paul, enfadado—. Esto es una propiedad privada. Están infringiendo la ley de allanamiento y eso es un daño criminal, ¿Lo oyen?

Se agachó al ver que llegaban más piedras entre gritos.

—Es inútil —gruñó Jason—. ¡Están locos!

—Déjame intentar hablar con ellos de nuevo —pidió Allison.

Estaba segura de que podría comunicarse con ellos. Cada vez los veía más como enfermos, víctimas de una dolencia. Se preguntó cuánto tiempo habría podido conservar la cordura si el tratamiento que habían iniciado con ella hubiera continuado.

—No creo que sea una buena idea, señorita —advirtió Paul.

—En absoluto —señaló Jason al mismo tiempo.

Ella miró de uno a otro.

—No recuerdo haberos pedido permiso a ninguno de los dos. Estamos atrapados aquí, no sabemos por cuánto tiempo. A menos que propongas matar a tiros a cada una de esas personas de ahí abajo. ¿Acaso la ley de allanamiento permite la ejecución de quienes la contravienen? —Paul se revolvió incómodo, incapaz de responder. Jason frunció el ceño y ella se llevó un dedo a los labios, mientras tomaba aliento para añadir—: Un marido debe saber cuándo ceder ante su mujer y cuándo mantenerse firme.

Bajo sus dedos, Jason sonrió.

—Aún no te he propuesto matrimonio —replicó cuando ella retiró la mano.

Allison sonrió con timidez.

—Puedes considerar mis palabras anteriores como un estímulo para hacerlo cuando quieras. —Se acercó a la ventana y alzó la voz—: Me llamo Allison Crowley. Hija de sir John Crowley. No he cometido ningún crimen contra el hombre o Dios. Dígame por qué me ha perseguido y apresado.

—Eres una pecadora y Dios te ha puesto en manos del pastor para ser redimida —gritó el granjero.

—¿Qué pecado he cometido? —preguntó Allison.

—Eso no nos corresponde a nosotros decirlo. Basta con que nuestro líder lo diga —replicó el granjero.

—¿Y cuántos de ustedes han sido acusados de manera similar antes de ser redimidos y unirse a la iglesia del pastor Shade? —Procuró que su voz se oyera clara.

—No escuchéis a la diablesa. Quiere embrujaros —ordenó el granjero a los reunidos a su alrededor.

—Sé que mi redención requeriría que entregara todos mis bienes mundanos a vuestro pastor. Esto incluiría la herencia de mi padre y los ingresos que actualmente recibo de él. ¿Cuántos de ustedes han hecho lo mismo?

Se asomó cautelosamente por el marco de la ventana, preparada para agacharse en caso de que le lanzaran una piedra. Vio al granjero mirando hacia arriba. Otros rezaban. Uno o dos se llevaban las manos a las orejas. Le llamó la atención una mujer al fondo del grupo. Llevaba una antorcha encendida, pero tenía el ceño fruncido.

Por un momento miró directamente a Allison y luego al suelo.

—No he hecho nada malo. Me enviaron con mi tía Mildred porque un hombre intentó aprovecharse de mí en Londres. Ella pretendía que rezara y siguiera las enseñanzas de la Biblia. Pero su pastor decidió que debía torturarme y encerrarme. ¿Por qué? ¿En qué parte de la Biblia dice esto? ¿Cómo puede ser esto cristiano?

Jason hizo un gesto a Paul, y los dos hombres susurraron juntos. El joven salió de la habitación y ella volvió a centrar su atención en la multitud.

—Yo digo que se equivocan. Que han ido demasiado lejos. Soy una buena cristiana. No he asistido a la iglesia desde que me vi obligada a abandonar Londres, porque su pastor me ha encerrado y me lo ha impedido.

Paul regresó a la habitación con dos rifles en la mano. A Allison se le heló la sangre cuando empezaron a cargar las armas.

—¡Intenta apartaros del camino de Dios! —bramó el granjero a la gente que lo rodeaba.

—Os doy hechos. Algunos de vosotros sabéis cómo me han tratado. ¿Cómo puedo seguir el camino de Dios estando drogada? ¿Cómo puedo elegir, seguir la Biblia, mientras me azotan? ¿Cuántos de vosotros elegisteis el camino en el que estáis, y a cuántos os lo eligió un tormento insoportable?

Había visto a otras dos mujeres acercarse a la periferia de la multitud. Ambas parecían preocupadas, intercambiando miradas entre sí. Un hombre que se había tapado los oídos acababa de bajar las manos. Había una expresión de tal consternación en su rostro que Allison supo que estaba comprendiendo su situación.

Jason y Paul sostenían rifles cargados y amartillados. Ambos la observaban atentamente y Allison sabía que si la reemplazaban en la ventana, habría derramamiento de sangre.

—Me golpearon todos los días durante un mes para que confesara mis pecados —confesó el hombre que había estado tapándose los oídos.

—¡Eras un pecador! El peor de todos —gritó el granjero.

—¿Cuál fue mi pecado? Yo no lo sé. ¿Alguno de vosotros puede decírmelo? ¿Cuál fue el tuyo?

La confusión comenzó a extenderse por la multitud, como ondas en un estanque.

—Yo no era un pecador. Me dijeron que entregara mi casa y mis ahorros al pastor Shade. Me hizo confesar lo que no había hecho —gritó una mujer, alejándose de la multitud.

—¡No tomaré parte en el quebrantamiento de otro! —advirtió una de las ancianas en las que

Allison se había fijado antes.

—¡Estas no son las enseñanzas de Cristo! —gritó otra.

El granjero miraba a su alrededor. Lo rodeaba un grupo de personas que parecía igual de rabioso. Pero el resto de la multitud retrocedía, negando con la cabeza.

Jason se paró junto a Allison y bajó lentamente el rifle que había estado levantando hacia su hombro.

—¡Cierra el pico, Gary Ridgway! —le gritó un hombre al granjero—. Siempre has sido un matón. Vine aquí para escapar del pecado y la corrupción del continente, pero hombres como tú la han traído.

Más hombres y mujeres se separaron del grupo que se agolpaba en torno a la puerta del faro. Gary Ridgway miró a su alrededor, agarrando a algunos que intentaban alejarse. Se produjeron forcejeos cuando se soltaron de su agarre. Los que estaban con él parecían empezar a sopesar que eran más lo que se oponían.

—Cuando vuelva el pastor, los que hayáis caído bajo el hechizo de la diablesa, seréis devueltos a Dios a sangre y fuego —gritó Ridgway, con un puño en alto.

—¡Es cierto! —Allison también gritó—. Aquellos que no deseen sufrir fuego y dolor por ningún pecado o crimen pueden regresar. Aquellos que no merezcan tal trato pueden unirse a nosotros aquí a salvo.

Allison rezó en silencio para no permitir que el enemigo entrara en su refugio.

CAPÍTULO 28

Jason observaba a la multitud con tensión, desde el otro lado de la ventana. Allison permanecía enmarcada, a la vista de los que estaban más allá. Él esperaba un ataque, que uno de aquellos de los que no se dejaban influir por la oratoria de Allison le arrojara algo. Ella le tendió una mano y él la cogió, apretándola tranquilizadoramente. Entonces el llamado Gary empezó a abrirse paso entre los que habían hablado en su contra.

Él y media docena más empezaron a subir la colina alejándose del faro.

—¡Sois todos pecadores y seréis azotados por vuestros pecados! —gritó antes de volver la espalda.

Allison soltó un suspiro y apretó de nuevo la mano de Jason.

—Paul, ¿podría abrir la puerta y dejar entrar a esta gente, por favor?

—¿Está segura, señorita?

—Bastante segura.

Jason echó un vistazo a los que se habían quedado. Había alrededor de una docena. Se miraban unos a otros, o miraban a Allison con una mezcla de inquietud y desesperanza.

Ella le sonrió.

—Vamos a saludarlos. Necesitarán tranquilidad. —Su sonrisa se hizo más brillante, más profunda—. Hemos hecho algo bueno aquí. ¿No crees? Ayudamos a esta gente a liberarse. Seguro que vendrán más.

Jason sintió calidez en su corazón, ante la evidente felicidad de Allison. Su amor por ella se profundizó por su compasión por aquellos que bien podían incluir individuos responsables de parte de su propio sufrimiento. Ella lo había sorprendido, al aceptar su marca de nacimiento y le asombró aún más con su resistencia. Y con su compasión ilimitada.

—Subiré a la sala de luz, me mantendré fuera de la vista —sugirió—. No deseo asustarlos.

Allison frunció el ceño.

—No, no quiero que te escondas. Me gustaría que estuvieras a mi lado. No podría haber hecho esto sin ti. Y creo que te sorprenderá cómo reaccionarán cuando sepan que eres su salvador.

Jason dudaba, pero aceptó su petición. Siguió a Allison fuera de la habitación y descendió las escaleras. Abajo, pudieron oír cómo Paul levantaba la barra de hierro y abría la puerta. Luego, el suave murmullo de voces mientras la gente entraba en el faro.

Allison lo precedió hasta la entrada.

—Bienvenidos, amigos. Permítanme presentarles a Jason Marshall, duque de Haverton.

Jason se quedó atrás, oculto por las sombras, pero ante la presentación de Allison, dio un paso al frente. La ira lo había impulsado a mostrar su rostro cuando se enfrentó a Mildred Hanson-Smith y al pastor Shade; fue fácil con aquel fuego quemando cualquier temor que tuviera. En ese momento, estaba tranquilo, y la inquietud era fuerte.

Salió de las sombras de la escalera a la luz de la lámpara de aceite que colgaba de un candelabro en la pared.

—¿Marshall? —inquirió un hombre delgado con el pelo blanco y un par de lentes en la punta de la nariz—. ¿Del castillo de Harcastle? —Jason inclinó la cabeza con un gesto formal y el anciano continuó—: Excelencia, yo era maestro de escuela y el estudio del linaje de las grandes familias de la nobleza era uno de mis pasatiempos. Me siento honrado de conocer a un vástago de tan alta alcurnia.

Jason parpadeó sorprendido.

—Si no fuera por el Duque, todos estaríamos bajo la esclavitud de la iglesia de Shade —explicó Allison—. Arriesgó su propia vida para venir por mí y ayudarme a liberaros.

Todos empezaron a balbucear agradecimientos, mientras el maestro estrechaba vigorosamente su mano. Ninguno mencionó su rostro ni jadeó de horror, tampoco anunció su conmoción de ninguna manera.

—Allison exagera mis logros. No merezco tales elogios —declaró, cada vez más avergonzado.

—Por favor, suban. Hay lugares para descansar y comida que se puede preparar. El señor Paul Harris, guardián de este faro, les ha ofrecido su hospitalidad y podremos discutir lo que sucederá a continuación —anunció Allison.

Empezó a guiar a sus nuevos pupilos hacia las escaleras. Ellos la siguieron y Jason volvió a maravillarse de su forma de ser. Pensó en la pesadilla, que aún persistía en el borde de su conciencia. En su sueño, aquel viejo sueño que le había perseguido durante toda su infancia, había sido impoluto y aceptado. Ahora, a través de Allison, era aceptado a pesar de sus imperfecciones. O, posiblemente, aceptado por aquellos que ni siquiera veían sus defectos.

Paul cerró la puerta tras los refugiados, y subieron las escaleras. Allison los había reunido en la sala de la tripulación. Algunos se sentaron en sillas, otros en el suelo. Paul corrió hacia la cocina para empezar a preparar té para todos. Allison se volvió hacia Jason cuando lo vio entrar en la sala.

—Jason, ¿podrías decirnos qué planes has puesto en marcha?

—Bueno, mi abogado está en Areng Major, y mi amigo Cedric Owen estaba, cuando lo dejé, cabalgando hacia el pueblo para contarle del secuestro de Allison por Shade. Es un hombre que conoce la ley mejor que nadie que yo haya conocido. Llamará a un magistrado de otro condado, que no esté a sueldo de Shade, y aplicará todo el peso de la ley. Vendrán aquí con los soldados para liberarnos a Allison y a mí. Por supuesto, cuando lleguen, verán que ya somos libres y en su lugar se concentrarán en llevar ante la justicia a cualquiera que haya conspirado para secuestrar y coaccionar.

—Sí, y eso incluye a cualquiera de ustedes que haya sido obligado a entregar sus posesiones a la iglesia del pastor Shade. Como mínimo, se os dará un pasaje seguro fuera de esta isla —aseveró Allison.

—Pero, ¿adónde iremos? No tenemos nada. La iglesia lo tiene todo.

—Pondré mi fortuna y el nombre de mi familia para respaldaros —ofreció el Duque—. No dejaremos piedra sin remover. Y habrá un hogar para quien lo desee en el castillo de Harcastle.

Se sorprendió de las palabras que salieron de su boca. No sabía de dónde había salido aquella oferta. Pero lo que sí sabía era que lo decía en serio. Allison lo miraba con una sonrisa encantada. Cruzó la habitación, le cogió de la mano y se colocó a su lado. Jason nunca había tolerado la compañía de nadie que no fuera Cedric. E incluso entonces, nacía de la necesidad de necesitar ayuda en su búsqueda.

En ese momento, había prometido su hogar ancestral a aquella docena de extraños. Su oferta

provocó un balbuceo excitado entre ellos. Empezaron a hablar de forma animada, como si su hospitalidad hubiera tranquilizado a la mayoría, ya que tenían un gran temor. Si habían dado la espalda a la iglesia, no tenían nada.

—Me has cambiado en más de un sentido —susurró Jason a Allison.

—Como tú me has cambiado a mí. Ambos hemos cambiado para bien. ¿Quizás para que uno se adapte mejor al otro?

—Entonces, sí que es un cambio para bien.

—Pero no te preocupes. No espero que de repente te conviertas en anfitrión en tu castillo. Recuerda que aún queda la búsqueda de tu hermana.

Él lo había olvidado. Con toda la emoción y la búsqueda desesperada para liberarla, la búsqueda que lo había ocupado durante tanto tiempo se le había escapado.

—Esa búsqueda nos llevará a Londres. ¿Tienes energía para semejante cacería?

Allison asintió.

—Si está ahí fuera, estaré a tu lado hasta que la encontremos.



Transcurrieron dos semanas antes de que Allison volviera a ver tierra firme. En ese tiempo, más antiguos miembros de los Hijos de Cristo encontraron el camino hacia el faro. Al principio acudieron de uno en uno; luego una docena, después veinte o más. A veces, llegaban por la noche y contaban cómo Gary Ridgway y otros fanáticos habían intentado encerrar a los demás para impedir que salieran. Y cómo habían forzado la salida.

Otros regresaron para ayudar a liberar a algunos más. Muchos llegaron al faro con moratones y marcas de palizas, propinadas para persuadirles de que se quedaran. Habían aguantado y seguían decididos a quedarse.

Al cabo de una semana, el pastor Shade había llegado a la casa, según los últimos nuevos refugiados en llegar. Se había quedado solo y había montado en cólera contra Gary y sus lugartenientes.

Las condiciones se hicieron más estrictas en ese momento, con las puertas cerradas desde el exterior y hombres armados custodiándolas. Dentro de la casa, los que se quedaban eran obligados a rezar durante horas y horas y luego a escuchar los sermones de su amo. El último en llegar fue un joven que había roto una ventana y dejado atrás a los guardias, que le siguieron a tiros, hasta que Jason, Paul y los demás aparecieron con rifles.

Aquel joven contó las novedades dentro de la casa. El pastor Shade estaba haciendo cargar las riquezas que había acumulado en cajas y sacos. Se preparaba para partir y llevarse consigo todo lo que había adquirido de sus supuestos hijos.

Fue entonces cuando dos grandes barcos pesqueros entraron en la cala junto al faro, varando sobre la orilla. De los botes salieron soldados vestidos de azul, cada uno con un sombrero shako negro en la cabeza y un mosquete en las manos.

Cedric venía con ellos, y el hombre que le presentaron a Allison como Albert Bentley. Ella y Jason habían bajado a la playa para recibirlos. A su alrededor estaba el campamento improvisado que se había levantado para las personas que habían acudido al faro.

No había sitio para todos dentro, así que se había ideado un sistema por el que todos podían pasar algún tiempo al calor mientras otros acampaban fuera en tiendas hechas con lonas de

repuesto, guardadas en los almacenes del faro, levantadas alrededor de enormes hogueras para mantener a todos fuera calientes.

—Albert, permíteme presentarte a nuestra principal liberadora. Allison Crowley —dijo Jason.

Bentley miró directamente a Allison antes de que ella hablara.

—Un gran placer, señorita Crowley.

—Gracias, Albert.

—Supongo que habéis hecho un buen trabajo para nosotros. —El abogado si giró hacia Jason, que estaba a su lado.

—Tenemos con nosotros unas treinta personas de un centenar —explicó para que se hiciera una idea—. El resto está en una casa a un kilómetro de aquí. O se oponen a nosotros o están encarcelados.

Albert levantó la cabeza y olfateó el aire.

—Ya veo, demasiados para alojarlos dentro. Así que los tienes acampados. Bueno, los barcos que tenemos pueden empezar a transportar a los que quieran volver a tierra firme.

—El líder es un pastor llamado Jeremiah Shade —comenzó a explicar Allison.

—Era un clérigo. Una vez fue ordenado por la Iglesia de Inglaterra. Desde entonces, ha sido expulsado por estafar a la diócesis para la que trabajaba. El hombre es un charlatán —declaró Albert—. Y sir Donald Allender, magistrado del condado de Middlesex, me ha autorizado a arrestarlo para que se enfrente a la justicia. Estos hombres están bajo mi mando. Le cedo el mando táctico de ellos a usted, Excelencia.

Las palabras eran música para los oídos de Allison, pero miró preocupada a Jason por las últimas palabras. Él parecía sombrío y se preguntó si sería capaz de resistir el impulso de buscar venganza.

—Estoy curada —le recordó en voz baja—, pero la herida de perderte nunca cicatrizará y se cobraría mi vida con la misma certeza que un cuchillo en el corazón. No busques venganza, amor mío.

Albert se había sentado en un pilote de madera junto al embarcadero. No miró a su alrededor, pero habló claramente a Jason.

—Por supuesto que no, Excelencia. Nuestra fuerza reside en nuestra supremacía moral y legal. Si nos volvemos tan cuestionables como aquellos a los que nos oponemos, entonces perdemos. Shade debe ser detenido, no ejecutado.

Jason gruñó y asintió.

—No soy el salvaje que vosotros dos describís. No se le hará ningún daño, salvo en defensa de mi vida.

—No obstante, Albert y yo estaremos allí contigo —anunció Allison con cierta determinación.

Él la miró sorprendido y Albert se echó a reír.

—Una buena incorporación a la familia Marshall, Excelencia.

—En efecto, hace falta ser tan testaruda como ella para encajar —reconoció él, con amargura.

Jason condujo a los soldados en una larga línea de escaramuza colina arriba, decidiendo una aproximación directa. Allison caminaba con Albert inmediatamente detrás del Duque. Se había levantado una niebla alrededor de la isla, que cubría la base del faro y disimulaba el mar.

El aire estaba cargado de agua y lo bastante frío como para picar la piel expuesta. Una línea de aliento empañado soplaba en el aire frente a los soldados que avanzaban.

Jason no llevaba armas, pues había optado por dejar su rifle en el faro. En su lugar, marchó

delante de los soldados, desarmado como prueba de que no pretendía hacer daño. A medida que se acercaban a la casa, Allison no pudo evitar sentir cierto temor. Era un edificio alto de ladrillo de cuatro plantas. Todas las ventanas estaban tapiadas por fuera, al igual que las puertas.

Él dio órdenes a los soldados y envió a algunos hombres a través del arco, hacia los establos y las celdas que se habían construido junto a la casa principal. Todo se basaba en la descripción que Allison había hecho de la disposición, apoyada por los que habían acudido a ellos.

Ella sintió que se le aceleraba la respiración cuando los hombres se alejaron en silencio. Una mano firme le apretó el hombro.

—Tranquila, Allison —dijo Albert—. Estás a salvo.

Ella no sabía cómo él intuía que estaba nerviosa, pero le dio una palmadita en la mano y se sintió reconfortada por su confianza.

—¿Hay alguien dentro? —llamó Jason—. Traigo una orden de arresto contra Jeremiah Shade. Por los diversos delitos de secuestro, coacción, detención ilegal y otros. Es legal y está firmada por un magistrado.

—¡Su Excelencia! Se ha provocado un incendio en alguna parte. Cerca de aquí —gritó de repente Albert.

Momentos después, vieron humo saliendo de un lado de la casa. Se oyeron voces desde los establos y también disparos. Entonces se oyó una voz desde arriba.

—¡Ayudadnos! ¡Nos ha encerrado a todos y ha provocado un incendio! Ayúdennos, por favor.

Allison jadeó horrorizada cuando, al mirar hacia arriba, vio a una mujer asomarse por una rendija entre las tablas del cuarto piso. ¿Cuántos más había?

Jason reaccionó con rapidez. Enseguida, los soldados estaban arrancando los tablones, descerrajando puertas y ventanas. Allison se quedó atrás con Albert, guiándolo al abrigo de un árbol cuando las primeras llamas aparecieron, lamiendo una ventana del piso superior.

—El pastor nos ha abandonado. Se dirige al embarcadero —declaró el primero en escapar de las llamas.

—¿Por dónde está el embarcadero? —preguntó Jason.

El hombre se lo indicó, agarró un fusil de un soldado y empezó a correr en esa dirección.

—¡Jason, no! —gritó Allison.

Pero él ya se había ido, corriendo con todas sus fuerzas, con el rostro convertido en una máscara de furia sin remordimientos.

—Ve, querida. Quizá puedas sacarlo del abismo —la animó Albert.

Ella lo siguió, desesperada por salvar su alma.

CAPÍTULO 29

Jason oyó vagamente que Allison lo llamaba. Pero sabía que estaba a salvo. Había soldados a su alrededor, y ninguno de los que habían quedado atrapados en el edificio era aliado de Shade. Mientras corría, fue consciente del golpeteo de unas pesadas botas detrás de él. Algunos de los hombres encargados de registrar los establos le habían visto alejarse a toda velocidad y, sin recibir órdenes, decidieron seguirle.

No sabía cuántos hombres le acompañaban. A Jason no le importaba. Había herido a Allison, había intentado obligarla a llenar sus propias arcas y había condenado a morir de la forma más horrible a quienes no quisieron seguirle. Aquel hombre era un cobarde y un charlatán, y no iba a permitir que siguiera respirando.

Una parte de él se decía que efectivamente había prometido a Allison que no buscaría venganza, pero se sintió abrumado por la ira. Hombres como Shade podían comprar y vender magistrados y jurados. La justicia no los tocaría. Mientras que la gente común se enfrentaba a la horca por los delitos más leves, Shade podía salir impune de un asesinato. A menos que alguien hiciera justicia.

Un camino salía de la casa y descendía por una colina entre setos y muros de piedra. Más adelante se alzaba otra colina, y el valle que quedaba entre ambas estaba cubierto por la niebla. Jason pudo ver un carro cargado de cajas y sacos que tres hombres subían por la colina de enfrente.

Un grupo de cinco o seis personas subía empujando. Otro corría delante. No pudo distinguir detalles del hombre, pero pudo ver sus ropas negras, las vestimentas sacerdotales que el clérigo había llevado la última vez que lo había visto.

—¡Shade! —lo llamó en voz alta.

El hombre se detuvo y miró hacia atrás, por encima del hombro. Luego gritó algo a los hombres que lo seguían. Varios de ellos dejaron de empujar y empezaron a dispersarse por el camino, enfrentándose a los que les perseguían. Su determinación duró hasta que los soldados que seguían a Jason aparecieron detrás de él, con las armas preparadas.

Él cargó hacia delante a pesar de todo. Si tenía que luchar cinco contra uno, lo haría. Deseaba alcanzar a Shade, que ayudaba a arrastrar el carro.

Los cinco hombres se miraron, soltaron las armas que llevaban y se dispersaron. Treparon por los setos o por los muros y corrieron al abrigo de la niebla. Jason bajó la colina gritando su nombre. A lo lejos, la voz de Allison llegó hasta él. Se filtró en el manto de rabia vengativa que lo envolvía, penetrando como la lluvia persistente a través de un tejido suelto de tela.

Al acercarse al carro, pudo oír cómo el clérigo ordenaba que dispararan a los que aún estaban con él. Los insultaba, les pedía a gritos que se dieran prisa. Afortunadamente, él los alcanzaba más rápido de lo que ellos avanzaban hacia la cima de la colina. Un hombre, al que Jason había oído llamar Gary, se separó del carro y empuñó un rifle. Se lo subió al hombro y le apuntó.

Se oyeron tres disparos por detrás de Jason y Gary cayó al suelo. Él ni siquiera lo miró cuando pasó por encima de él, con los ojos fijos en Shade. El pastor había abandonado su carga y

corría colina arriba como perseguido por el diablo. Y así era. Le habían dicho muchas veces que estaba tocado por el mismísimo Satanás; que era un engendro del diablo; que estaba maldito. Que así fuera. Aquel hombre se uniría a él en el infierno.

Los otros tipos corrieron asustados al ver la cara de Jason, que había llegado a lo alto. Más allá, el terreno caía abruptamente. El camino serpenteaba por la ladera de una pendiente empinada y cubierta de hierba con rocas que sobresalían. Los mástiles de un barco se alzaban entre la niebla al pie de la colina.

Shade corría por el camino hacia abajo, moviendo los brazos a medida que la pendiente aumentaba su velocidad. Miró hacia atrás por encima del hombro y vio que él se le echaba encima. Corría igual de rápido, pero con más control, y sus largas piernas se comían la distancia que los separaba. Aún tenía el rifle en la mano, pero no había intentado dispararlo. El clérigo farfulló algo. Estaba aterrorizado e intentó acelerar, trepando por la pendiente cubierta de hierba que separaba un bucle del camino descendente de otro.

Al principio, parecía controlar su descenso, pero entonces su pie se enganchó en algo. Tal vez fuera la raíz de un árbol o una piedra suelta. De repente, cayó de cabeza por la vertiginosa ladera. Aterrizó en el camino, pero su impulso era demasiado grande. Rodó por ella, recuperó el equilibrio durante un breve segundo antes de caer de cabeza por el borde.

Jason frenó su persecución y observó el trozo de camino donde Shade había desaparecido. Se acercó hasta la orilla y miró hacia abajo. La hierba ocultaba un saliente de roca que descendía seis metros o más hasta la siguiente curva. Jeremiah Shade se aferraba a las raíces de un tronco, con los pies colgando sobre el espacio.

—¡Jason! —La voz de Allison hizo un agujero en su sed de sangre.

Levantó la vista y la vio corriendo hacia él, con el pánico reflejado en el rostro. Tiró el rifle y se estiró en el camino, acercándose al clérigo.

Allison se detuvo, jadeando al ver lo que estaba haciendo.

—¡Toma mi mano! —le ordenó al hombre. Shade negó con la cabeza, mostrando los dientes en un gruñido salvaje—. ¡No seas testarudo, hombre! ¡Agarra mi mano! Es tu única oportunidad —rugió con fuerza.

La decisión se le fue de las manos a Jeremiah Shade. Las raíces se rompieron y abrió los ojos mucho al sentir que empezaba a caer.

Él se abalanzó, estirándose hasta el límite con una mano mientras hundía la otra en la tierra de la ladera. Sus dedos rozaron una manga y, entonces, el hombre desapareció.

Cayó sin un grito y aterrizó en un saliente puntiagudo.

Jason retrocedió por el cortado y, jadeante, se tumbó sobre la hierba. Allison se arrojó sobre él.

—Se acabó. Intenté salvarlo. Lo intenté.

—Se acabó —repitió ella, como si quisiera asegurarse que era cierto—. Eres un buen hombre. Mi héroe.

CAPÍTULO 30

—¡Reverendo Adams! Esto es realmente demasiado. ¡Está descuidando sus deberes! Tendré que informar de esto al consejo de administración.

La matrona Bentley perseguía a Daniel a través de la Fundación y llegó al patio. Los hijos de algunas de las mujeres que vivían allí estaban jugando, vigilados por sus madres. Cuando Daniel salió y escucharon la estridente voz de la matrona Bentley, muchos levantaron la vista. La mujer resopló y les hizo señas para que siguieran a lo suyo, en lugar de interesarse en asuntos ajenos. Daniel no se dio cuenta.

Alargó sus largas zancadas y apretó los dientes contra el dolor sordo que le crecía en los huesos. Las medicinas habían desaparecido, había vaciado los frascos en un desagüe y estaban hechos añicos. Tenía la sensación de que su piel se rasgaba a tiras, pero por fin había acabado con aquella odiosa sustancia. Su adicción le había llevado a ahuyentar a una inocente que necesitaba su ayuda y no podía encontrarla.

—Entonces, denúncieme ante la junta, querida señora. No me importa.

—Pero, ¿qué va a ser de usted, reverendo? —Bentley resopló mientras corría para alcanzarlo, antes de que llegara a la puerta.

—Eso tampoco me importa, matrona. Debo encontrarla.

—Solo es una chica más. —La mujer se colocó frente a él, tras un esfuerzo monumental por adelantarle—. Tenemos un edificio entero lleno de necesitados y es evidente que no se encuentra bien. Creo que puede ser la gripe.

—No lo es. Es opio —confesó Daniel, reduciendo su voz a un susurro. Bentley jadeó, se tapó la boca con una mano y miró a su alrededor para ver si les habían oído. Él continuó—: He sido adicto al jugo de la adormidera durante muchos años y su maligna influencia me llevó a cometer un gran pecado.

—Oh, Dios mío. —La mujer abrió los ojos de par en par.

Daniel suspiró y reprimió una mueca, ante una punzada de dolor en algún lugar profundo de su ser.

—Eché a Summer a esas calles de ahí fuera, sabiendo que corría peligro a manos de la banda de la Horca. Sabiendo que no tenía adónde ir ni medios para mantenerse. La eché porque había visto mi vergüenza secreta y debo expiar mi pecado. Tengo que encontrarla.

Rodeó a la matrona y abrió de un tirón la verja, saliendo a Whitechapel. Tuvo la sensación de que el aire se había enfriado fuera de la seguridad de su Fundación. Cada respiración era un poco más contaminada, más fétida y los ruidos se hacían más exagerados. Allí se vendían mercancías, ilícitas o no. Se maldecía y se escuchaban risas, pero él se sumergió en el marasmo de la humanidad.

¿Cuántas veces había caminado por aquellas calles, armado solo con una descripción de la pobre chica? ¿Cuántos días había buscado? Estaba confundido y no lo recordaba, pero no importaba. Seguiría buscándola hasta encontrarla, aunque le llevara toda la vida. En sueños febriles veía su rostro, tan hermosa en su prístina inocencia. Excepto que él sabía que ella no era

inocente ya que había estado casada y había crecido en las calles.

Los ojos de Summer habían visto muchas cosas, pero para él era una joven inocente. Una flor preciosa que necesitaba protección. Esos sueños se habían vuelto más acalorados últimamente y se sonrojó al recordarlo.

Soñaba con ellos dos juntos, era impropio, lo sabía, y otro síntoma de la corrupción que había sufrido su alma. Tal vez fuera la influencia de la droga. Tal vez fuera su propia naturaleza pecaminosa. Por lo primero, sufriría la larga enfermedad de la ausencia del opio y, por lo segundo, tendría que hacer penitencia.

Había un método para su búsqueda, aunque su mente, cada vez más aturdida, luchaba por recordar con precisión dónde se encontraba. Hizo una pausa, sacó un papel doblado de un bolsillo de su abrigo y lo examinó.

En él había un esbozo de las principales calles de Whitechapel y sus alrededores. Encima se había superpuesto una cuadrícula. Varios de esos cuadrados habían sido oscurecidos por líneas de lápiz cruzadas, indicando una zona cubierta.

Asintió con la cabeza, levantó la vista, se orientó y se dirigió hacia el siguiente cuadrado vacío. Era adyacente al río, un laberinto de callejones y almacenes con el antiguo orfanato, regentado por las hermanas de Nuestra Señora de Lourdes, en una esquina. ¿No había crecido Summer en un orfanato?

—Sí. Ha crecido allí —murmuró en voz alta, para sí mismo, sin importarle quién lo oyera o qué aspecto tenía al estar hablando consigo mismo—. Hay muchos orfanatos en el East End. Estoy seguro de que mencionó a las hermanas. Señor, un poco de buena suerte para tu pobre siervo pecador, por favor.

El sol estaba bajo en el cielo. Daniel tenía las manos y los pies entumecidos por el frío incesante. Debería haber tenido hambre, pero se sentía acosado por calambres estomacales que soportaba como penitencia. Caminó a lo largo del muelle, con edificios imponentes a un lado y el río al otro. Más adelante, donde el río se curvaba, pudo ver la silueta de un edificio que sobresalía de los que lo rodeaban.

La mayoría de las estructuras eran claramente comerciales. Grandes bloques cuadrados de ladrillo, manchados de hollín y suciedad. No se había practicado la estética en su diseño porque no era necesaria.

Solo cuatro paredes y un tejado para mantener seco cualquier producto que se almacenara allí. Pero, delante había algo diferente. Estaba tan mugriento como todo lo demás, pero había un campanario que emergía del centro del tejado.

Altas ventanas rodeadas de piedra tallada en forma de flores. Esas ventanas eran altas y anchas, diseñadas para dejar entrar la luz con el propósito de elevar el alma, no solo para iluminar un lugar de trabajo. Era el orfanato de Nuestra Señora de Lourdes. Lo había visitado más de una vez, aunque el recuerdo era borroso. ¿Había sido antes de que le arrebataran a la querida Emily?

El recuerdo le produjo una punzada de dolor físico que era un espejo de la agonía que seguía sintiendo cada vez que su mente vagaba demasiado lejos en el pasado. Gimió en voz alta y se inclinó, apoyando una mano en la pared para estabilizarse mientras las náuseas y el mareo lo invadían.

Unos pasos detrás de él le hicieron enderezarse para no convertirse en un blanco fácil para un pisotón. Pero el movimiento fue demasiado rápido y se tambaleó, apoyándose pesadamente contra la pared mientras intentaba mantener los pies debajo de él.

No se trataba de ningún lacayo, sino de un joven de rasgos orientales que tiraba de una carretilla cargada con bolsas de lino atadas. Observó a Daniel con el ceño fruncido.

—¿Se encuentra bien, jefe? —preguntó, con un acento londinense que chocaba con la etnia de sus rasgos.

—Sí, gracias. Un poco indispuesto. Se me pasará.

—¿Es usted sacerdote? Bueno, de todas formas, no está lejos de casa. El joven señaló el orfanato—. Las hermanas cuidarán de usted.

—Soy reverendo, en realidad. Para algunas personas es diferente —explicó Daniel.

—Sí, eso he oído. Hay muchos irlandeses y escoceses en los barcos. Debería ver algunas de las peleas que hay por religión entre ellos.

Daniel asintió. Se apartó de la pared y se levantó tambaleante, arreglándose la ropa.

—Una triste situación. Pero tienes razón. Las hermanas nos darán un bienvenido respiro. Creo que me iré allí.

Una vez más, su propio cuerpo traicionó a Daniel. Una combinación de la ausencia de la amapola y el agotamiento de los largos días de búsqueda le golpearon a la vez. Las rodillas le fallaban a pesar de todo lo que podía hacer para enderezarlas, se encontró con el joven que corrió a sujetarlo.

—Voy en esa dirección, jefe. Súbase a mi carro. Está usted muy delgado y no añadirá mucho más peso. Por cierto, me llamo Matthew.



—El Señor me ha abandonado —murmuró Daniel.

La fuerza fluía de su cuerpo como el agua. La urgencia de su búsqueda seguía ardiendo en su corazón, pero había perdido la energía para perseguirla. Londres pasaba a trompicones. Se oyó un estruendo debajo de él y una vibración que le comunicaron las tablas de madera sobre las que estaba tumbado.

—Anímese, jefe. Puede que nunca ocurra —indicó Matthew desde su posición entre las asas del carro que se adentraba por las calles adoquinadas.

Las palabras resonaron en la mente de Daniel, pero sin llegar a comprenderlas. Cerró los ojos y el rostro de Summer se agolpó en su conciencia. Le atormentaba, obligándole a abrirlos de nuevo.

Un cielo del color de las espadas le devolvía la mirada. Un viento que prometía nieve le lamía la piel con avidez. No tenía fuerzas para seguir buscando. Le faltaban para dar un paso más sin su medicina.

Un alto edificio de elaborada piedra tallada y altas ventanas que abrazaban la luz entró en su campo de visión, pero no pudo levantar el cuello para alzar la cabeza.

—¿Qué tienes para nosotros, joven Matthew? —Llegó una voz femenina, ligera y cálida.

—Su colada, hermana. Y uno de los suyos, con mala suerte y enfermo, si me permite juzgarlo.

Apareció un rostro enmarcado por una cofia blanca y negra. Una cara limpia y joven con ojos viejos y un ceño de preocupación.

—¿Padre? —lo llamó la monja.

—Reverendo, me dijo —explicó el muchacho.

—No importa. Está pálido como una sábana y parece que tiene fiebre. Ayúdame a llevarlo adentro. ¡Summer! ¿Podrías ayudarme, por favor?

El nombre hizo que los ojos de Daniel se abrieran de par en par por un momento. Pero entonces una oleada de náuseas lo dobló, agarrándose el estómago. La cabeza le dio vueltas y sus sentidos se agitaron. La oscuridad lo envolvió.

—Escuchad a los ángeles cantar. Gloria al rey recién nacido. Paz en la tierra y... —Se escuchaba en la lejanía.

Sueños nublados de voces inquietantes y rostros angustiados se vieron interrumpidos por la suave y dulce voz. Daniel se aferró a la canción como un ahogado que se agarra a una cuerda. Tenía algo de onírico, y ya había tenido suficientes sueños febriles como para saber que no podía fiarse de nada de lo que le dijeran sus sentidos.

Al abrir los ojos, vio que Summer apretaba un paño de lino sobre un cuenco antes de aplicárselo en la frente.

Eso lo confirmó. Seguía soñando. Vio que lo observaba y se quedó con la mano en la frente. El agua fría le pareció refrescante.

—Reverendo Adams. ¿Cómo se encuentra? —le preguntó ella con cautela.

Ya no lo tuteaba y usaba el tratamiento formal de alguien que solo veía a un hombre de Dios.

—Enfermo. En cuerpo y corazón —susurró.

—Sé lo que le aflige —respondió Summer—. Fue la causa de que me expulsaran de su preciada Fundación. —Había un deje de ira en su voz.

—Lo siento. Repitió. Ojalá pudiera verte en persona para decirte que lo siento mucho.

—¿En persona? ¿Qué quiere decir?

—Que ahora estoy en un sueño, producto de las amapolas. He tenido muchos y tú has estado en la mayoría.

Summer arqueó una ceja.

—Bueno, eso es una confesión. Entonces, esto no es más que un sueño, ¿no?

Él asintió. Quería cerrar los ojos y dormir, pero no quería desperdiciar ni un momento de aquel episodio en particular. El sueño cambiaría muy pronto y probablemente nunca lo recuperaría.

—Así es. Recuerdo la debilidad que me invadió en el río. Claramente sigo allí. La vida se congeló fuera de mí, pero me alegro de que estés aquí para mis últimos momentos.

Summer se echó a reír. Daniel suponía que se lo merecía por el sufrimiento que le había infligido.

—Entonces, ¿qué me diría si me encontrara en persona?

—Que lo siento. Que, en cuanto salí de la niebla del jugo de adormidera, lo destruí todo. La debilidad que me invadió fue la terrible enfermedad que siempre aparece cuando el zumo ha seguido su curso. Es mi cuerpo que me pide más, pero no cederé a tales exigencias. No cuando el coste es tan alto.

—Una mujer de la calle, incapaz de leer o escribir; alguien que apenas conoce, no es un coste tan alto. —Retiró la mano y se sentó junto a su cama.

Él se dio cuenta de que había una habitación pequeña, casi llena con ellos dos. Una vela ardía en un estante detrás de Summer. Las paredes estaban pintadas de blanco y desnudas, salvo por un cuadro de Cristo y un crucifijo.

—No, no, no —gimió, sacudiendo la cabeza—. Eres una dama de inocencia y pureza. Una

luz en un mundo oscuro. Eso era lo que significabas para mí. Aquellas horas que pasé contigo, enseñándote a leer, fueron los únicos momentos en los últimos cinco años en que me olvidé del opio o de mi necesidad de él.

Summer ladeó la cabeza y él absorbió su precioso rostro, tan perfecto que nunca vería otro igual en el mundo. Algunas religiones orientales sostenían que la vida era cíclica. Que quien moría volvía a nacer. Su propia fe lo negaba, pero si fuera cierto, aquella sería la prueba. Summer tenía algo de Emily en sus rasgos. En la forma en que sostenía la cabeza, en la luz de sus ojos. Algo que él no podía definir.

La miró fijamente y ella le devolvió la mirada. Pero, no había vergüenza, ya que aquello era solo un sueño.

—¿Por qué lo necesitas? —preguntó ella.

—Por mi Emily. Me la arrebató el Cólera. Una consecuencia de la suciedad en la que los pobres de esta ciudad se ven obligados a existir. Emily atendía a los enfermos, a los que no podían permitirse los servicios de un médico. Y su compasión la mató. Continué con nuestro trabajo, pero la injusticia me carcomía. No tenía fuerzas para continuar sin ayuda.

Summer lo miró con severidad.

—Yo crecí en este lugar y, en algún lugar, tengo un hermano. Las monjas me dijeron que nos habían separado antes de traerme y me escapaba casi todos los días cuando me lo contaron. Sin embargo, siempre me encontraban y me traían de vuelta. Luego, no mucho después de casarme, me quitaron a mi Noah. A mi madre y a mi padre también. Pero no me ves intentando ahogar el dolor.

Daniel asintió, tragando saliva con la garganta seca.

Summer se agachó, sacó una jarra de barro y una taza de madera. Vertió agua en ella y se la tendió para que bebiera un sorbo.

—No soy tan fuerte como tú —declaró Daniel.

—No pretendo juzgarte, me importas mucho. —Volvió a tutearlo—. Me salvaste y te preocupaste por mí. Nadie se había interesado por mí desde que Noah murió. Me robaste el corazón con tu bondad y compasión.

—No soy digno de tu corazón. Solo quería encontrarte. Verte a salvo. Eso es todo.

—Ya lo has hecho.

Daniel sonrió con tristeza.

—¡En un sueño! Por Dios, si pudiera encontrarte en la vida real, te pediría que te casaras conmigo. Te mantendría a salvo hasta el fin de mis días.

Para su sorpresa, ella se inclinó y lo besó en la frente. Era solo un sueño, pero le pareció muy real. No podría suceder en la vida real. Nunca ocurriría.

—Duerme, Daniel. Y cuando despiertes, volveremos a hablar le aseguró con suavidad.

CAPÍTULO 31

—Pobre hombre. He visto esta dolencia muchas veces —comentó la hermana Bernadette.

Summer salía tranquilamente de la habitación donde habían colocado al reverendo. Llevaba un cuenco de cerámica con agua y en el interior flotaban los paños que había utilizado para refrescarle la frente.

Dejó que la puerta se cerrara suavemente tras ella.

—Yo también. En Limehouse, donde crecí, es muy común —respondió mirando a la religiosa.

—¿Fuiste una de nuestras hijas, ¿verdad? —se interesó Bernadette.

—Hasta que me adoptaron —asintió con una sonrisa—. Lo hizo una pareja de por aquí que no podía tener hijos.

—¿Me permites? —La hermana agarró el cuenco.

Summer se lo entregó agradecida y empezaron a caminar juntas. Las puertas estaban espaciadas uniformemente a lo largo del pasillo de baldosas. Las altas ventanas de enfrente daban al río. El sonido de las risas de los niños resonaba desde algún otro lugar del orfanato.

—Parece que le has cogido cariño a nuestro misterioso reverendo —observó Bernadette.

Tenía una cara redonda con una sonrisa de oreja a oreja y hoyuelos en las mejillas.

—Me ayudó. Me sacó de la calle cuando más lo necesitaba.

—Ya lo creo. Debe de ser un hombre problemático.

—Lo es. Me dijo que fue la muerte de su mujer lo que le llevó a hacer esas cosas —admitió ella.

—El dolor puede hacer cosas terribles. Incluso cuando sabes que la persona por la que lloras va a un lugar mejor. No ayuda.

—En absoluto.

—Bueno, Dios lo ha traído aquí para que le cuide quien lo quiere. Eso está claro.

Summer la miró, preguntándose si había estado escuchando. La monja sonrió.

—No he escuchado a escondidas. Está claro por la forma en que lo miras. Prácticamente está escrito en vuestras caras.

—La mía, tal vez. –Sonrió con timidez—. Es el primer hombre, desde Noah, que enciende algo en mi corazón.

—Dios no mantiene tu matrimonio después de haberos separado él mismo. Recuérdalo.

Summer asintió, pensativa. No cabía duda de que la proposición de Daniel había acelerado los latidos de su corazón y de su respiración. Pero no se lo exigiría cuando por fin se viera libre de su enfermedad. Un hombre así no desearía casarse con ella.

—Nuestra madre superiora ha pedido verte, por cierto. Cuando termines de atender a tu paciente, no desea presionarte. Ella es una mujer que ha visto mucho mundo y sus ojos son tan perceptivos como los míos. Pero le gustaría hablar contigo en su despacho.

Habían llegado a una escalera que cruzaba el pasillo, subiendo y bajando. La hermana Verónica conducía por el pasillo a un grupo de niños de entre siete y nueve años vestidos con el

uniforme del orfanato. Las saludó con una cortés inclinación de cabeza y una sonrisa, e hizo que los niños la imitaran.

Summer no pudo evitar sonreír cuando los pequeños les desearon obedientemente un buen día a las dos. Ellas devolvieron el saludo y les dedicó una cálida sonrisa mientras seguían su camino.

—Recuerdo haber sido una de ellos.

—Como muchas de las hermanas —aseguró la monja—. Todas estamos encantadas de que hayas elegido volver con nosotras por propia voluntad. Espero que puedas empezar un nuevo camino aquí, pero sospecho que buscas un camino diferente a la vocación que seguimos.

Summer miró hacia las escaleras, donde estaba el despacho de la madre superiora y se preguntó para qué la buscarían. Pensó si era por si deseaba unirse a la hermandad y, por un instante, lo consideró. Le encantaba estar con los niños, y era el único lugar seguro que le quedaba, después de haber sido rechazada por Daniel. Pero si él estaba realmente arrepentido, si realmente la quería de vuelta...

—Lo había considerado. ¿Es de eso de lo que quiere hablarme la madre superiora? —preguntó.

Bernadette extendió las manos.

—No lo sé.

Ella dio las gracias y se despidió, subiendo los escalones mientras la monja bajaba. La subida fue larga y solitaria y aprovechó para meditar sobre las posibilidades. La tentación de esconderse del mundo en el orfanato era muy grande. El mundo podía ser un lugar cruel.

En la última planta del edificio, los pasillos tenían paneles de madera y estaban decorados con cuadros de las anteriores madres superioras. Los suelos estaban barnizados y olían a cera de abeja. Al final del pasillo había una puerta alta y oscura. Se detuvo ante ella y levantó la mano para llamar, pero una voz la detuvo.

—Pasa, Summer.

Abrió la puerta y entró en la habitación. La madre superiora era una mujer alta, de rostro delgado y arrugado y ojos azules brillantes. De pie, ante una alta ventana de vidrieras, se giró al oírla entrar. La luz de la ventana caía sobre su rostro en un arco iris de colores.

Ella hizo una profunda reverencia que la mujer rechazó con la mano.

—No hace falta, hija. No hace falta.

Un gran escritorio de madera oscura se interponía entre ellas. Lo rodeó para acercarse y la abrazó.

—Ya está. Considérate oficialmente bienvenida. Por lo que veo, te has convertido en una joven muy capaz.

Summer se sonrojó.

—No creo que sea tan capaz, madre.

—No te subestimes, muchacha. Hace falta algo para sobrevivir sola en esta malvada ciudad y, por lo que me han contado, tú lo has estado haciendo.

—Tuve ayuda, madre. Un hombre del clero me salvó cuando sin duda habría... caído. Cuando los tiempos eran muy malos.

—Y, sin embargo, no caíste. Eras fuerte como una adulta, siempre cuidando de los más jóvenes. Esperaba que algún día siguieras nuestra vocación. Pero no te he llamado para eso.

Le indicó a Summer que tomara asiento ante el gran escritorio y, dando media vuelta, abrió un cajón y sacó una pequeña caja de madera. La puso sobre la mesa y, abriéndola, sacó algo.

Luego volvió a rodear el escritorio y se sentó en una silla junto a ella.

—Esto es algo que te dejaron cuando te trajeron aquí. Me resistí a dártelo porque no quería correr el riesgo de que complicara tu vida. Cuando te adoptaron, todas éramos tan felices que parecía que ese conocimiento solo podía causarte dolor. Ahora, creo que necesitas saber la verdad.

Summer miró asombrada el objeto que sostenía la madre superiora. Era un pequeño cuadrado de tela con elaborados volantes en los bordes. Parecía un pañuelo que en la esquina llevaba un dibujo bordado que no pudo distinguir.

—¿Qué es?

—Algo que pertenece a la familia de la que procedes. Creo que perteneció a tu tía. Ella era miembro de nuestra Orden. Aunque nunca la conocí y nunca nos visitó. —Le entregó el pañuelo.

Ella lo cogió con cautela. El bordado era un escudo, mitad rojo y mitad amarillo. Era inconfundible, pero estaba segura de no haberlo visto nunca.

—No recuerdo a ninguna tía.

—Creo que ya estaba muy enferma cuando se convirtió en tu tutora. Murió cuando no habías cumplido un año, pero conozco ese escudo. —Señaló el dibujo.

—¿Oh? ¿Qué es?

—Es el escudo de la familia Marshall, los duques de Haverton. Una de las casas nobles más antiguas de Inglaterra.

Summer se quedó mirando el inocente objeto. ¿Cómo era posible que ella, siendo un bebé, hubiera llegado a poseer un pañuelo perteneciente a una familia noble?



Cuando Daniel despertó, supo que por fin era realidad. La brillante luz del día era dolorosa, como si hubiera estado a oscuras durante mucho tiempo. Se sentía débil, pero ya no enfermo.

Cuando se sentó en la cama, vestido solo con un áspero camisón de algodón, se dio cuenta de que se había librado del opio.

—Alabado sea Dios por librarme de las fauces del infierno —susurró.

No había ninguna silla junto a su cama. Ni jarra de agua ni cuenco para enfriar los paños. Y no estaba Summer. Por supuesto, habían sido los sueños febriles de un adicto al opio y nada más. Apartó las sábanas y puso los pies descalzos sobre el suelo de baldosas. La sensación de frío fue bienvenida. Era enervante, una sensación que en otro tiempo habría sido adormecida por el terrible jugo de adormidera.

Inspiró y disfrutó de la sensación del aire entrando en sus pulmones. Había una tristeza subyacente. Que la conversación con Summer no hubiera sido real. Habría aliviado su alma hacer las paces con ella. Era demasiado esperar, ya fuera en la vida real o en un sueño, que ocurriera algo más. De pie, encontró su ropa colgada en una serie de percheros junto a la cama.

Vestirse no fue fácil, debido al temblor de sus miembros, pero lo consiguió moviéndose muy despacio. No había tiempo que perder. Recordaba dónde estaba, el orfanato de las hermanas de Nuestra Señora de Lourdes. Recordaba vagamente haber llegado hasta allí, pero no recordaba haber llegado a la cama. Se puso el abrigo y se detuvo un momento, mientras le venía a la memoria el recuerdo de haber sido llevado en un carro. ¿Por un chino llamado Matthew?

Sacudió la cabeza y descartó los recuerdos poco fiables. La búsqueda debía continuar y no

podía perder ni un instante. Salió de la habitación y caminó por un largo pasillo. A través de las ventanas podía ver el río y hacerse una idea de dónde estaba exactamente, uniéndolo con las últimas cosas que recordaba con certeza. El orfanato era un lugar que había visitado, pero el interior del edificio era relativamente desconocido. La amplia escalera que atravesaba el pasillo parecía prometedora como vía de salida. Tomó la escalera descendente al oír que alguien bajaba desde arriba.

Al doblar una esquina de la escalera, la madre superiora y Summer aparecieron en un recodo. Ella aún sostenía el pañuelo y la monja le hablaba en voz baja. Caminaron por el pasillo hacia la habitación que Daniel acababa de desocupar.

Él se encontró al pie de la escalera, caminando por un pasillo más ancho, revestido de madera y con puertas que daban a lo que parecían dormitorios. Pasaban monjas que le saludaban con corteses inclinaciones de cabeza, que él correspondía. Al doblar una esquina, vio un par de puertas dobles abiertas. Más allá había un patio de colegio, con niños corriendo y jugando bajo la supervisión de otras monjas. Daniel solo tenía ojos para las puertas que daban a las calles de más allá.

La calle en la que estaba situado el orfanato parecía relativamente tranquila. Cuando cruzó las puertas, vio a un hombre alto al otro lado de la calle, con un sombrero de copa inclinado sobre la cabeza. El hombre fumaba en pipa y la ignoró tras cruzarse brevemente con su mirada. Daniel consideró la posibilidad de reanudar la búsqueda con él, pero decidió no hacerlo. Había algo desagradable en los modales de aquel hombre.

Mirando calle arriba y calle abajo, vio una tienda de ultramarinos a cincuenta metros, con una barbería al lado. Daniel empezó a caminar en esa dirección. Los tenderos honrados estarían más dispuestos a dar su palabra que los vagabundos de una esquina. Pero era inútil caminar por las calles hasta que volviera a desmayarse. Esta vez no tendría tanta suerte como para ser encontrado por un buen samaritano. Decidió volver inicialmente a la Fundación, para descansar y hacer balance antes de volver a salir.

—Eh, jefe. ¿No le conozco? —inquirió el hombre cuando empezó a caminar a paso ligero hacia la tienda de productos secos.

Él lo miró. Ignorarlo habría sido la respuesta de la mayoría de la gente, pero indicaría una incomodidad al tratar con los de su clase que se interpretaría como debilidad. También podría ofenderle y recibir un navajazo por la espalda. Era mucho mejor mirarlo a los ojos y hacerle saber que no tenía miedo.

—Posiblemente, soy el reverendo Daniel Adams. Hago mucho trabajo en esta comunidad y en los alrededores. Mi Fundación acoge a muchos de los más pobres. ¿Quizás la conozca, en Whitechapel?

El hombre, que permanecía recostado contra la pared, se enderezó y se acercó a Daniel.

—Sí, un amigo me lo contó. Pero no, no lo conozco de allí porque no he estado en ese lugar.

Daniel extendió las manos.

—Bueno, entonces me temo que no puedo ayudarle. Creo que no nos conocemos. Que tenga un buen día, señor.

Se levantó el sombrero y se alejó, con la cabeza alta y el cuerpo suelto y despreocupado. La impresión que quería dar era la de un hombre seguro en aquellas calles, con negocios que atender. Cualquier signo de debilidad podía ser fatal. Odiaba que aquellos juegos fueran necesarios, que la pobreza convirtiera a quienes estaban a su alcance en poco más que bestias salvajes. La desesperación, que a veces le embargaba ante la enormidad de la tarea que tenía por

delante, intentar cambiar la sociedad, le hacía desear el alivio líquido del opio.

—¿Ha estado alguna vez en el barco negro? —El tipo comenzó a seguirlo.

Él sacudió la cabeza con decisión.

—Me temo que no frecuento las tabernas. No bebo.

El hombre soltó una carcajada estridentemente.

—Eso no es una taberna, amigo. Es un barco que está atracado en Limehouse Reach. Es donde vive el capitán Hans. ¿Ha oído hablar de él?

Daniel sabía quién era el capitán Horca Hans. Lo sabía demasiado bien. En su cabeza, maldijo la suerte que le había hecho chocar con uno de sus hombres.

—No. No puedo decir que conozca a nadie con ese nombre.

Alargó la zancada, esperando que el tipo se diera por vencido y siguiera a lo suyo. Le pareció que se quedaba atrás, lo que permitió ganar unos metros.

—Creo que miente. Creo que conoce a Horca Hans, y que también conoces el barco negro —gritó—. Recuerdo a un caballero acomodado que se detuvo a comprar su opio.

Daniel se detuvo en seco y miró alrededor para ver si alguien lo había oído. Había varias personas en la calle y un par de cabezas se giraron, pero rápidamente apartaron la mirada. Se abalanzó sobre el hombre, cerrando los puños. Su garrote había desaparecido.

No recordaba si había estado con él en la habitación del orfanato o si se le había caído cuando se desplomó en la calle. El hombre que tenía enfrente había guardado la pipa. Permanecía de pie, despreocupado, con una mano en un bolsillo del abrigo y una expresión inmóvil en el rostro.

Era el preludio de la violencia. Daniel ya lo había visto muchas veces. Se preguntó si antes había evitado la muerte para encontrarse con ella allí, en aquel momento. Tal vez a Dios le bastara con haber mostrado su arrepentimiento a Summer en sueños y había decidido castigarlo. Que así fuera.

Rezó una oración en su mente, pidiendo protección para Summer y enviándole el amor que sentía por ella y que nunca había reconocido abiertamente.

Luego levantó los brazos de los costados y se enfrentó con calma a la muerte.

CAPÍTULO 32

—Tienes razón. Estaba mintiendo. Por vergüenza. He estado muchas veces en el barco negro y he comprado opio al hombre que se hace llamar Horca. Obviamente me has visto allí, pero no volveré. Hans no ganará más dinero mío. Haz lo que quieras. Mátame. Róbame. Oblígame a volver allí. —El hombre pareció momentáneamente confuso y retrocedió medio paso. Daniel se adelantó con decisión—. Pasará lo que tenga que pasar. No lucharé.

Cerró los ojos y esperó.

—Un momento, jefe. Nadie ha dicho nada de matarlo. Solo lo he reconocido, eso es todo. No iba a robarle ni nada.

Él abrió los ojos, con el corazón desbocado. El miedo se convirtió en ira al darse cuenta de que aquel hombre, como Horca Hans, lo había aterrorizado. Y por fin había tenido suficiente.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Por qué me detiene?

—Me llamo Navaja O´Reilly, señor. El hombre se quitó el sombrero de copa y esbozó una reverencia—: A su servicio. Es que le reconocí y parecía un hombre en una misión, por así decirlo. Verá, estoy buscando a alguien. Y usted podría ayudarme.

—He oído hablar de usted —admitió Daniel.

O´Reilly pareció enorgullecerse por el comentario y él se dio la vuelta, disgustado.

—Tengo que encontrar a alguien. Acompáñeme si es necesario y dígame lo que quiere, así podré ocuparme de mis asuntos.

Empezó a alejarse a grandes zancadas y O´Reilly lo siguió. Al doblar la esquina apareció una carretilla de mano tirada por un joven chino. Aceleró el paso con la cabeza agachada y Daniel tuvo que apartarse de un salto.

O´Reilly cogió una piedra y la lanzó contra la carreta.

—¡Mira por dónde vas, Chan! —gritó, utilizando el apellido chino común como un apodo despectivo.

El joven miró hacia atrás con gesto sobresaltado, y luego miró unas cuantas veces más mientras seguía corriendo calle abajo, desapareciendo al doblar otra esquina.

—¿Y bien? —inquirió Daniel.

—Como he dicho. Estoy buscando a alguien. La quiere Horca Hans. Se podría decir que es una antigua empleada. Ya sabe cómo va eso, señor. Esa persona se pasó de la raya y le robó. Él quiere encontrarla y preguntarle por qué quiere irse y morder la mano que le da de comer. ¿Lo entiende?

—Sí. Alguien ha sido tan estúpido como para robarle a Hans y quiere encontrarlo, ¿es eso?

—Eso es, más o menos, sí. Solo que oí un rumor que decía que era huérfana. De ese mismo orfanato que hay cerca, así que decidí echar un vistazo. Y le veo salir de allí.

—¿Cómo se llama esa persona?

Zigzagueaban entre la gente, abriéndose paso por una calle mucho más concurrida. Daniel evitaba pisar el estiércol y la basura que ensuciaba el suelo. O´Reilly caminaba sin preocuparse.

—Summer. Es una chica de unos veinticinco años o así.

Su reacción se vio eclipsada por el cansancio. Al oír el nombre, erró un paso, tropezó con un bordillo y estuvo a punto de caerse. El hombre alargó la mano, rápido como una serpiente, para sujetarlo por el brazo.

—Cuidado, jefe. Si no tiene cuidado, puede hacerse daño. —Se echó a reír.

Sin embargo, sus ojos negros brillaban. O´Reilly no había pasado por alto la reacción.

—Gracias. —Liberó el brazo y reanudó su paso rápido.

—¿Y bien? —preguntó O´Reilly.

—¿Y bien qué?

—¿Ha oído hablar de ella?

—Nunca.

—Sé que sí, por su reacción ante el nombre.

—Se equivoca. —Evitó mirarlo.

Más adelante vio un carruaje que dejaba bajar a un hombre y una mujer. Levantó la mano y gritó al conductor, que lo saludó con un dedo en el ala de la gorra para indicarle que lo había visto.

Daniel esperó a que el cochero cobrara su billete y girara el caballo en su dirección.

—Es un hecho —aseguró O´Reilly en voz baja.

Él sintió la necesidad de decir algo más, de declarar su inocencia y, con un poco de suerte, despistar a aquel rufián. Sentía pánico, se preguntaba si el tipo volvería al orfanato. O incluso a la Fundación. Demasiados inocentes estarían en peligro.

El carro se detuvo, subió y le dijo al conductor la dirección de la Fundación.

—Es un nombre diferente. Estoy seguro de que lo recordaría si conociera a alguien con él. Lo siento, no puedo ayudarle más —añadió, mientras cerraba la puerta y golpeaba el techo para indicar que quería que el cochero arrancara.

—No se preocupe. —Levantó su sombrero—. Me ha ayudado, amigo.

Lo último que Daniel vio del hombre fue una sonrisa malvada mientras se colocaba de nuevo el sombrero y sacaba su pipa de un bolsillo interior, metiéndosela entre los dientes.

Daniel sintió la fría garra del terror, aunque no por él. El mundo ya no podía causarle más dolor, pero temió por Summer o por cualquiera que se cruzara en el camino de aquel hombre peligroso. Tenía que encontrarla y salir de Londres. Eliminar el riesgo para ella y para todos los demás.

No estaba claro adónde irían ni qué harían entonces. Mientras Londres pasaba, se recostó en el asiento, sumido en sus pensamientos. Luego, cuando el miedo por ella se hizo demasiado fuerte para resistirlo, cayó de rodillas en el suelo del carruaje, juntó las manos delante de sí y empezó a rezar con fervor.

CAPÍTULO 33

Allison se tiró en la cama, dejó caer las manos sobre las sábanas por encima de la cabeza y sonrió hacia el techo de vigas. La habitación aún estaba fría, el fuego acababa de encenderse. Su aliento se nubló frente a su cara, aunque podía sentir el calor que desprendía la modesta chimenea a los pies de la cama. La habitación era para una sola mujer y disponía de un vestidor independiente.

Era la segunda habitación de aquel tipo en la que había dormido durante el viaje a Londres. Las posadas en las que habían parado distaban mucho de ser lujosas, pero eso no le preocupaba.

Se sentía feliz, no importaban los aposentos, porque eran etapas de un viaje con Jason. Los sucesos de la isla de Merriton, el horrible final del pastor Jeremiah Shade, todo había sido traumático. Tras su regreso al castillo de Harcastle, habían compartido la cama, más por comodidad que por deseo.

Con Bentley viajando por delante hacia sus oficinas en Londres, acompañado por Cedric, no había nadie en el castillo a quien tuvieran que ocultar su relación. Ni Bentley ni Cedric los juzgarían. Ni ella ni Jason se avergonzaban de su intimidad. Lo sentían como una parte natural de su relación. Cómo podía ser pecaminosa si era nacida del amor.

Tía Mildred se había quedado estupefacta y horrorizada cuando Allison se detuvo en su casa. Le informó de que se instalaría en el castillo de Harcastle y luego en la casa de Jason en Londres. Dejó en manos del magistrado la tarea de informar a Mildred del destino de su líder espiritual.

La última y desesperada carrera de Shade hacia el barco había sido con sus riquezas robadas, apiladas sobre la carreta. Al final, abandonado por sus propios seguidores, había intentado tirar él mismo, pero la tarea lo superó, sobre todo con Jason persiguiéndolo.

El ala este del castillo estaba totalmente ocupada por aquellos que no tenían adónde ir. Jason les dio empleo como sirvientes o en las tierras hasta que pudieran recoger los pedazos de sus vidas rotas. Para algunos, la vida como miembros de la casa de Jason era preferible a la que habían abandonado para seguir a Shade. El ala oeste albergaba los aposentos de Jason, donde él y Allison tenían garantizada su intimidad.

Pero en ese momento se dirigían a Londres, con el castillo a buen recaudo tras ellos. La búsqueda de la hermana perdida de Jason era inminente, y Allison estaba entusiasmada.

Al pensar en él, se incorporó. Se había quitado los zapatos al entrar en el dormitorio y los ignoró mientras se dirigía a la puerta. Al abrirla, vio un pasillo vacío. Había otra puerta en aquella planta, enfrente de la suya. Cruzó de puntillas y entró sin llamar.

La habitación de Jason era muy parecida a la suya, con una cama más grande y una chimenea. Ante el fuego había una gran bañera de cobre. Jason se estaba bañando, sentado en el agua hasta el pecho de espaldas a la puerta.

—¿No llamas a la puerta?

—No, cuando se trata de tus habitaciones —replicó ella.

Se arrodilló junto a la bañera y lo besó en la mejilla. La melena oscura caía sobre sus hombros. Apoyó la cabeza en el respaldo de la bañera y la miró. Sus labios se encontraron y,

durante un momento, envueltos en el vapor de la bañera, saborearon el sabor y la sensación del otro. Era algo de lo que Allison nunca se cansaba. Le pasó los dedos por el cuello y el pecho, luego por el agua y las costillas.

Jason se estremeció cuando ella le tocó los moratones que aún estaban cicatrizando en su intento de llegar a la isla y rescatarla.

—Aún no estoy curado del todo. Tienes que ser delicada conmigo.

Ella sonrió. Bajo la tutela de Jason, se había vuelto muy atrevida y bastante desvergonzada en su deseo por su cuerpo y por cómo podía hacerla sentir.

Cogió la gran pastilla de jabón amarilla que había sobre la mesita junto a la bañera.

—Siéntate delante. Voy a lavar la espalda de mi señor.

—En efecto. Me sorprende que hayas tardado tanto. Debo haber sido negligente en mi entrenamiento. —Él fingió mostrarse inexpresivo.

Allison se echó a reír indignada y le salpicó.

Él la agarró de la muñeca cuando intentaba salpicarlo por segunda vez. Luego, sin soltarla con una mano, se limpió el agua y la espuma de jabón de la cara con la otra mientras la metía en la bañera.

Allison apenas pudo reprimir un chillido cuando la sumergió en el agua, completamente vestida, y la sujetó sobre su cuerpo desnudo.

Un chillido así seguramente se habría oído, y ella no era tan descarada como para que toda la taberna escuchara su juego.

Soltó una risita cuando Jason le puso las manos detrás de la cabeza y se hundió de nuevo en el agua. Le rodeó la cintura con un brazo y la nuca con el otro. La besó con avidez, prescindiendo de la ternura. El calor de sus besos despertó su propia pasión, como siempre. En un instante, sintió su cuerpo delgado y musculoso apretándose contra el suyo, su piel resbaladiza y suave.

Allison le mordió el labio inferior y luego se lo metió en la boca, saboreando el gusto y la aguda respiración de él. Sentía una presión creciente contra su lomo, que emanaba de las profundidades, y se retorció contra ella. Le acarició el cuello y le mordió el lóbulo de la oreja. Jason respondió, con las manos recorriendo posesivamente su cuerpo mientras sus labios buscaban cualquier piel desnuda que pudiera encontrar.

Un tronco crujió con fuerza en el fuego y lanzó una lluvia de chispas. El aire a su alrededor se estaba volviendo tan húmedo como el trópico. La piel y el pelo de Allison estaban mojados, y el vestido se le pegaba a las caderas y los pechos en un tentador anticipo de lo que había debajo.

Jason se agachó y empezó a recogerle las faldas con las manos, tirando de ellas hacia arriba. Ella le ayudó, inclinándose sin dejar de besarlo. Cuando su trasero quedó al descubierto, le dio una palmada en la carne expuesta y ella soltó un chillido que él acalló con su cara, mientras que acariciaba su cuello.

Soltó una risita cuando la palmeó de nuevo, moviendo las caderas contra las suyas.

Su pierna se introdujo entre las suyas y la ayudó a sentarse. Al principio, se colocó contra sus muslos levantados. Luego se deslizó hacia abajo, con las manos bajo el agua, a la altura de las caderas de él,

Su respiración se aceleró y, en el último momento, él se elevó hacia ella y sus cuerpos se fundieron. Las manos de Jason se posaron en sus pechos, el vestido les molestaba y negó con la cabeza.

—No tengo suficientes vestidos para que me los arranques del cuerpo cada noche —susurró.

—Te compraré más —aseveró con voz ronca.

Abrió la parte del corpiño con fuerza y la tela se abrió para dejar al descubierto su ropa interior. No le fue mejor. Allison se inclinó hacia delante, dejando que sus pechos alcanzaran sus labios, y jadeó su nombre cuando sintió su boca cerrarse sobre ellos, uno a uno. Las sensaciones de placer competían con el creciente éxtasis que surgía de las profundidades de su feminidad.

Ella movía las caderas con las de él al unísono, y cuando se apartó, lo miró a los ojos, viendo su propio deseo impotente, y eso la enardeció aún más. El agua se deslizaba por los lados de la bañera mientras Allison aumentaba la urgencia de sus movimientos, arrastrando las uñas por su pecho.

Él aferró sus senos, luego sus caderas, sus nalgas. Jadeaba su nombre como una súplica desesperada, incitándola a seguir. Cuando llegó la culminación de su pasión, ella inclinó la cabeza y lo besó mientras gemía en su boca.

Todo su cuerpo se estremeció. Jason la abrazó por la espalda y la estrechó contra él mientras la empujaba hacia arriba. Luego se tumbaron juntos en el agua fresca.



Jason arrojó otro tronco al fuego. Lo vio consumirse y luego caminó desnudo hasta la cama. Allison se tumbó sobre gruesas sábanas de algodón, dejando que su piel húmeda se secara, después de hacer el amor.

Jason había insistido en secarla con sus propias manos y ella hizo lo mismo. Era sensual y excitante, aunque después de su pasión anterior, ninguno de los dos sentía el deseo de hacer más esfuerzo. Era el momento de tocarse y acariciarse en silencio hasta que el sueño los reclamara.

Contempló su preciosa figura durante un largo rato, emocionándose al sentirse dueño de ella.

—¿Sientes lo que yo siento al mirarte así?

—Me siento orgullosa de pertenecerte. Y de que tú me pertenezcas —aseguró Allison como si le leyera el pensamiento.

Se unió a ella sobre la sábana de algodón, disfrutando de la sensación de frescor seco que le proporcionaba después del calor del fuego. Contra las ventanas emplomadas caía la primera salpicadura de lluvia.

La noche era oscura, y la habitación de Jason daba a los campos desde la parte trasera de la posada. Estaba en las afueras de un pueblo situado a quince kilómetros de Londres. Habían decidido detenerse, en lugar de llegar en plena noche, completando su viaje recién levantados por la mañana.

—¿Y no deseas un hombre cuyos rasgos estén libres de mancha?

—Ya lo tengo. Esto no es una mancha. —Trazó con un dedo los bordes exteriores de la marca oscura en su piel—. Es parte de lo que eres. Y te quiero por entero. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Pero me resulta agradable volver a oírlo de vez en cuando. —Mostró una media sonrisa.

—Entonces te lo diré todos los días.

Se puso de lado, se acurrucó y Jason la abrazó.

—Hablando en serio. Mañana cabalgaremos por las calles de Londres y llevaré la cara descubierta. Quiero que estés preparada para la reacción que sucederá.

—¿Y cuál será?

—La gente me mirará, me señalará y hablará en cuchicheos. Incluso los niños correrán detrás del carruaje.

—¿Te molesta? —preguntó Allison, apartándose lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—No —afirmó él de inmediato.

—¿Te molesta? —insistió.

—Lo he sufrido toda mi vida. Cuando estudié medicina en Edimburgo, me pidieron que tomara clases separadas de los demás para permitir su concentración.

—No sabía que tuvieras un título de médico.

—No lo tengo. No completé mis estudios. Las miradas me echaron. Creo que a mi padre le rompió el corazón que no siguiera sus pasos. Nunca hablaba de ello. —La vergüenza seguía ardiendo en su interior.

Sentía que había defraudado a su padre, que le había negado el sueño de ver a su hijo adoptivo seguir sus pasos, el sueño de todos los padres.

—¿No podría ser, en cambio, que se sintiera desconsolado porque la reacción de los demás hacia ti fuera tan superficial? Tal vez, sintió pena de que no pudieras perseguir tus sueños por culpa de las reacciones de los demás —sugirió Allison.

Él la miró con cierto asombro. Nunca se le había ocurrido semejante idea. Había supuesto automáticamente que se había deshonrado a sí mismo y había avergonzado a su padre. El hombre al que había llamado padre, aunque no era la persona cuya sangre Jason compartía.

—Nunca lo había pensado —confesó.

Allison le pasó un brazo por el pecho, trazando dibujos en su piel con los dedos. Apoyó la cabeza en su hombro y levantó la pierna para ponerla sobre la de él, que la rodeó con el brazo. Se tumbaron juntos, saboreando el calor del cuerpo del otro y la sensación de cercanía.

Jason puso a prueba la nueva mentalidad que Allison había contribuido a crear. La idea de que su padre podía estar orgulloso de él en lugar de avergonzado. Que su decepción se dirigía a la sociedad y no a Jason.

Pensar así le quitó un peso de encima que no sabía que llevaba. Sintió que Allison apretaba la cara contra la suya, su piel pálida y perfecta contra su piel oscura y manchada. Pero Jason no sintió el impulso de apartarse, de girar la cabeza para quedar frente a ella con la marca oscura fuera de la vista, apretada contra la almohada. No le repugnaba que ella tocara la parte de él que había mantenido oculta durante tanto tiempo. Era otro tipo de libertad que ella le había dado.



Jason había alquilado una casa adosada en Kensington. Era una casa modesta, con personal doméstico. Mientras el carruaje recorría las ajetreadas calles de Londres, él se sentó a observar la ciudad a través de la ventanilla abierta. Allison se sentó a su lado.

Se quitó uno de sus guantes y entrelazó sus dedos con los de él. Él respondió, apretando suavemente. Sentía tensión en el cuello y los hombros, y tenía que recordarse constantemente que debía aflojar la mandíbula porque le rechinaban los dientes.

La nieve caía suavemente, pero las calles estaban concurridas. Damas y caballeros paseaban. Los hombres llevaban espolvoreadas de blanco en la parte superior de los sombreros y en los hombros de los abrigos. Las mujeres se abrigaban bajo sombreros y capas.

El aire parecía lleno de una algarabía estridente que ponía a Jason de los nervios. Estaba

acostumbrado a la soledad del campo. Incluso con un castillo lleno de gente, había encontrado paz y tranquilidad en los bosques y los páramos.

Allí no podía escapar de la gente. Los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías; la gente hablaba y reía. Los caballos relinchaban y los carruajes traqueteaban. La nieve parecía tener un efecto amortiguador, aunque todo resultaba excesivo.

Nadie había prestado atención al carruaje a su paso por los caminos. Pero cuando se detuvo ante los escalones de piedra de una casa, varios transeúntes presenciaron cómo salía del carruaje.

Se bajó y se volvió para ayudar a Allison. Una dama que caminaba hacia ellos, del brazo de un caballero, jadeó cuando sus ojos se posaron en su rostro. Él le levantó el sombrero. La pareja se dio la vuelta y cruzó la calle a toda prisa. Detrás de él, Jason oyó murmullos y más jadeos de la gente que le había visto bajar del carruaje. Procuró sonreír todo el tiempo y sus dientes rechinaban en un gruñido feroz.

Allison le cogió del brazo, poniéndose de puntillas para besarle en su negra mejilla. Una dama lanzó un grito de horror. Él se volvió para mirar instintivamente, a tiempo de ver a una anciana sostenida por dos hombres, al parecer a punto de desmayarse. Uno de ellos, canoso, pelirrojo y bigotudo, lo fulminó con la mirada.

—Yo digo, señor. Tenga un mínimo de decencia y esconda la cara.

Los labios de Jason se despegaron para revelar el gruñido. Dio un paso hacia el hombre, preparándose para descargar su ira contra aquel zoquete testarudo, pero Allison habló primero.

—Aparte la vista si se siente ofendido. Su Excelencia no ocultará su rostro por ningún hombre. Ni por el mismísimo Regente —espetó. Luego se volvió hacia él y le habló con dulzura —. Excelencia, deseo la compañía de un verdadero y noble inglés. Esta gentuza no merece nuestra atención. Vayamos al interior.

Mientras hablaba, levantó la barbilla y adoptó un tono tan altivo como el de una princesa. El gruñido de Jason se convirtió en sonrisa al mirarla. Sin volver a fijarse en el caballero que balbuceaba ni en su desmayada esposa, le ofreció el brazo y la condujo al interior de la casa.

Un lacayo estaba de pie con la puerta abierta, mirando fijamente hacia delante. Jason se detuvo frente a él.

—Voy a residir aquí durante un tiempo. Acostúmbrate a ser empleado de un hombre cuyo rostro no corresponde a las sutilezas esperadas. Echa un vistazo y acaba de una vez.

El hombre pareció forcejear, manteniendo la mirada fija al frente.

—¿Puedo hablar, Excelencia? —pidió finalmente.

—Por supuesto.

—Sin ánimo de ofenderle, le diré que no me importa que tenga dos cabezas y la piel verde. Usted es mi señor y además es un par del reino. Creo que todo el personal está de acuerdo.

Jason se echó a reír y le dio una palmada en el hombro.

—Eres más noble que todos esos de ahí fuera —aseguró en voz alta antes de entrar en la casa.

Jeffery Bentley se levantó de un asiento en el vestíbulo, con el sombrero y el bastón en la mano, y sus ojos ciegos encontraron a Jason de forma infalible.

—Bienvenido a Londres, Excelencia. Creo que he localizado a su tía.

CAPÍTULO 34

Summer llamó a la puerta de la madre superiora. Le temblaba la mano y su respiración estaba acelerada por la ansiedad. Llevaba el sencillo vestido de lana gris que las hermanas le habían proporcionado durante su estancia con ellas. Se parecía a la ropa de las monjas, aunque le dejaba la cabeza descubierta. Al enterarse de que Daniel había salido de su habitación, y descubrir después que no se encontraba en ninguna parte del orfanato, estaba muy preocupada.

A cambio de su refugio entre los muros del orfanato, ayudaba a las hermanas a cuidar de los niños. El trabajo le producía placer y le hacía considerar la sugerencia que le había hecho una de las hermanas de que se planteara la posibilidad de recibir las órdenes sagradas. El pensamiento de Daniel Adams le había impedido dar ese paso.

—Pasa, niña —invitó la madre superiora, que de algún modo reconoció quién estaba en su puerta sin verla.

Entró y la vio sentada detrás de su escritorio. Tomó un sorbo de té de una taza que sostenía entre los dedos y le hizo señas para que se acercara.

Summer se detuvo ante el escritorio.

—Perdone la intromisión, madre, necesito que me guíe.

—Estás deseando dejarnos para volver al lado del reverendo Adams —adivinó la monja con suavidad.

Ella se sonrojó.

—No creía ser tan transparente.

—No puedo presumir de ser una mujer mundana, dada mi vocación, pero sé ver bien dentro de las personas. Tu atención a nuestro invitado fue muy reveladora.

—Había pensado seriamente en tomar la vocación. Pensaba que no había lugar para mí en la Fundación del Reverendo Adams. Pero, ahora lo cuestiono. Parece que el hombre ha cambiado.

—¿Y lo amas?

—No sé nada de amor. Lo admiro, desde luego.

La madre superiora sonrió.

—Creo que es amor. No tengas miedo, hija. Creo que es un hombre que ha sido mal guiado, si la naturaleza de su enfermedad es lo que creo que es, pero el trabajo que ha hecho por los más necesitados en esta ciudad es notable. Puedes acudir a él con mi bendición y sabes que aquí habrá un lugar para ti siempre que lo desees.

Summer dejó escapar un suspiro de alivio. Le preocupaba la condenara y le negara para siempre un puerto seguro. La perspectiva de salir a la ciudad le aterraba; sabía qué y quién la esperaba. Pero la necesidad de estar al lado de Daniel era abrumadora.

Él le había confesado su amor. Sabía que él creía que había sido un sueño, pero eso lo hacía más sincero. Descubrir que se había ido la había dejado desolada.

No obstante, sabía que, si iba a buscarlo, se alegraría de verla. Además, estaba el misterio de su propio pasado. El vínculo con la familia Marshall. Era demasiado para creerlo. Tal buena fortuna simplemente no le sucedía a ella. Pero el pañuelo era una evidencia demasiado clara.

—Gracias, madre. Creo que debo ir de inmediato. Creo que no sabe que yo estaba aquí y puede que aún me esté buscando.

No pudo evitar sonrojarse ante eso; la idea de un hombre así buscándola era agradable.

—¿Hay algo que todavía te retiene, niña?

—Me temo que, antes de que el reverendo Adams me encontrara, me había enredado con algunos... hombres muy malos. Me salvó de ellos, pero antes de llegar aquí, uno de ellos volvió a encontrarme. Creo que todavía me buscan. Yo... debo armarme de valor para salir de estos muros y llegar hasta Daniel. Pero lo haré.

La madre superiora sonrió con tristeza y dejó la taza de té. Se levantó bruscamente.

—Eres una chica valiente, no retrases más tu búsqueda. Me encuentro deseando hacer una visita a esta noble empresa que el buen Reverendo ha construido. Tú y yo viajaremos juntas en carruaje.

Summer sonrió, haciendo una profunda reverencia.

Cuando el carruaje salió por las puertas del orfanato, Summer vio a O´Reilly merodeando por el exterior. Parecía absorto en una conversación con un vendedor de flores, pero sus ojos se desviaron hacia el carruaje cuando pasó. Mostró una sonrisa torcida, se tocó el ala del sombrero y clavó los ojos en ella que se cruzó de brazos y rezó en silencio. Él no podía hacerle daño si no la alcanzaba, y ella no creía que intentara arrebatarla del carruaje, delante de una monja, aunque pudiera alcanzarla.

Más bien la seguiría hasta la Fundación y volvería a estar atrapada, temerosa de salir. Se mordió el labio mientras las lágrimas pugnaban por salir. La madre superiora echó un vistazo por la ventana y vio a O´Reilly.

—¡Tú! Mis puertas no son una esquina para que merodees. Han llamado a las autoridades. Vete antes de que lleguen —le gritó.

Él le hizo una mueca al pasar. Summer lo vio darse la vuelta y alejarse por el muelle.

—¿Ese es el hombre que te persigue?

—Uno de ellos.

—Un hombre de la calle. Bueno, tengo más en la manga que las amenazas. Déjamelo a mí, niña.

Summer deseó poder hacerlo, pero no veía nada que la anciana pudiera hacer. Hombres como O´Reilly podrían dudar en atacar a una monja a plena vista, pero si pudieran hacerlo en secreto, sin levantar revuelo, lo harían sin dudarlo.

—¿Cree que realmente puede haber una conexión entre los Marshall y yo? —le preguntó, esperanzada.

—Tus orígenes son un misterio, niña. Llegaste a nosotros de una de nuestras casas hermanas. Pero no era un orfanato. Tu tía, como te dije, era miembro de la Orden de Santa Bernadette, como nosotros. Ella te había acogido, pero decidió que necesitabas estar con otros niños. Que un lugar de retiro y adoración no era apropiado. Así que viniste a nosotras. Tal vez, eres la hija de un Duque. No sería la primera vez que un noble pecador tiene hijos fuera del matrimonio.

—¿Todavía hay un duque de Haverton?

—No lo sé. Las idas y venidas de la alta sociedad no son exactamente mi área de conocimiento. Imagino que sí.

—Me pregunto si esa tenue conexión es suficiente para que un hombre así pueda ayudarme.



Daniel engulló un tazón de estofado para alimentar su cuerpo. Quedaba otro largo día de búsqueda, de recorrer las calles nevadas de la capital, hogar de millones de personas, en busca de una. El vapor del tazón se combinó con el vaho de su aliento. Sus habitaciones en la Fundación estaban frías, el fuego de la chimenea apagado. Era irrelevante. Más allá de las ventanas se alzaba el sonido de voces cantando.

En algún lugar del edificio, uno de los voluntarios de la Fundación dirigía un himno a los pobres acogidos. Sabía que en otros lugares les estaban enseñando a leer y escribir. O estaban trabajando para ganarse el sustento, un trabajo honrado para limpiar sus almas. Todo eso era irrelevante si no se encontraba a Summer. Si la dejaban sucumbir en las calles, todo sería en vano.

La virtud de salvar a tantos quedaba obsoleta si se permitía que uno sufriera por su culpa. De pronto llamaron a la puerta.

—Entren —indicó. Sir Henry Turner, un hombre de nariz bulbosa y pesadas cejas sobre una cara de caballo se internó en el cuarto—. Perdóneme, sir Henry. Me veo obligado a comer deprisa lo que puedo porque luego tengo asuntos urgentes que tratar.

—Sí, por lo que deduzco al hablar con los demás. Este asunto te ha mantenido alejado de la Fundación durante muchos días. Eso me preocupa mucho, como presidente del patronato.

Miró al hombre, apartó el cuenco y se limpió la boca con una servilleta de lino.

—¿No he dedicado mi vida y mi alma a esta empresa durante varios años?

—Así es. —El hombre parecía incómodo.

Llevaba el sombrero en la mano y un abrigo aún cubierto de nieve derretida. Sus ropas estaban finamente confeccionadas y se notaba que eran caras.

Él vestía ropa sencilla y resistente. Sus aposentos eran espartanos y tenía muy pocas posesiones.

—Vivo según los principios de Cristo. Una vida sencilla, sin lujos ni riquezas. —Se levantó, enfadado—. No siempre fue así. Cuando me ordenaron, me dieron una parroquia en Hampshire con unos ingresos lucrativos. Una posición que me habría hecho ascender en la Iglesia. Podría haber superado incluso sus ostentosas posesiones materiales.

La cara de sir Henry se estaba poniendo roja y empezó a balbucear, pero a él no le importó.

—Me aparté de ese camino cuando murió mi amada esposa. Cuando me di cuenta de lo corta que era la vida y lo rápido que me la podían arrebatar. Decidí que cuando el buen Dios quiera apartarme del mundo, lo dejaré en un lugar mejor del que lo encontré. ¿Qué ha hecho usted? ¿O esa entrometida de la matrona?

Daniel gritaba al hombre. Hervía por la frustración que sentía por los errores que había cometido. Para empeorar las cosas, había juzgado a otro. Sir Henry, un hombre tan pomposo como sir John Crowley, había pedido recientemente a Daniel que juzgara la moralidad de otra persona. Su propia hija, de hecho. Y Daniel había accedido, por deferencia a un feligrés y a un hombre importante de la sociedad.

Y, mientras tanto, una inocente como Summer luchaba en las calles. Su vida se había ido desvaneciendo, drenada por la pobreza más rápido que para aquel zoquete sobrealimentado. Sabía que se estaba desahogando, pero no le importaban las consecuencias. Necesitaba enmendarse. Por su debilidad, por sus errores y por ella.

—¡Tenga cuidado, reverendo! ¡Usted no es insustituible! —El hombre estaba furioso.

—¡No! No lo soy. Reempláceme. No me importa. Haré las paces con Dios. Encontraré a Summer y haré las paces. Quitadme mi Fundación si debéis, pero no me detendréis.

Agarró su abrigo de un gancho junto a la puerta y casi chocó con la matrona Bentley, que estaba al otro lado del umbral. Daniel pasó a toda velocidad, subiendo las escaleras de dos en dos e ignorando las protestas y la indignación que surgían a sus espaldas. Cuando salió del edificio por la nieve, con la cabeza descubierta por las prisas, un carruaje entraba en el patio.

Un grupo de chicos se lanzaban bolas de nieve. Daniel los empujó hacia el interior del edificio mientras el carruaje se detenía frente a él. A pesar de su prisa, sintió curiosidad.

La puerta se abrió, apareció Summer y Daniel se quedó boquiabierto. Luego, su asombro se convirtió en una sonrisa. Parecía un tonto, y lo sabía, aunque no importaba. La había encontrado.

—¿Vas a ayudar a bajar a una monja, joven? —preguntó una mujer mayor con hábito de monja.

Resbaló sobre la nieve en su prisa por llegar a la puerta y ayudar a bajar a Summer. Por detrás, oyó las risitas de unos niños pequeños. Ella le cogió la mano, sin apartar la vista de sus ojos ni una sola vez mientras bajaba.

—Te he estado buscando —le confesó.

—Ya me encontraste una vez.

Él frunció el ceño. Recordaba el sueño, pero seguramente...

—¿No fue... un sueño? —balbuceó.

—No. —Sonrió con suavidad—. Te atendí en tu enfermedad. Y me hablaste de tu amor. Pero te fuiste antes de que pudiera...

—¡Pensé que lo había soñado todo! Creía que era una alucinación por el opio.

Se quedó con la boca abierta al pronunciar aquella palabra, mientras la monja se apeaba del carruaje sin ayuda.

—Oh, eso es un secreto mal guardado entre amigas. —Lo tranquilizó—. Hace demasiado frío para mis viejos huesos. Creo que encontraré una habitación caliente dentro. Chicos —llamó a los que rondaban la entrada—, llevadme a algún sitio con fuego.

Se dirigió a la entrada y fue precedida al interior del edificio por tres muchachos sonrientes, cada uno de ellos deseoso de mostrar a la visitante la habitación más cálida del edificio.

Daniel la siguió con perplejidad.

—No lo entiendo —aseguró.

—La madre superiora insistió en acompañarme hasta aquí. Y ahora nos da tiempo para hablar —dijo Summer—. Esta vez, despierto.

Daniel se echó a reír.

—He renunciado a esas cosas asquerosas. La enfermedad que viste era el último asidero que tenía sobre mí... No volveré a ella.

—Te creo —afirmó Summer.

—Venga, volvamos dentro y hablemos.

CAPÍTULO 35

En el extremo norte de Londres había una zona de pantanos conocida como Finsbury Fields. Aunque hacía tiempo que los pantanos habían sido desecados, la zona conservaba algo de pantanoso en su carácter.

Allison aspiró un aire que olía a humedad y turba. Los árboles achaparrados bordeaban la carretera, retorcidos en formas tortuosas. El suelo estaba blanco, como todo tras la última nevada. En contraste, el cielo brillaba casi hasta el negro. Las ramas vacías de los árboles arañaban el cielo.

El convento de la Orden de Santa Bernadette yacía entre los árboles, casi oculto de la carretera por una protuberancia de maleza. Jason estaba de pie junto a ella, con su carruaje al otro lado de la carretera esperando pacientemente. Un viento sopló en la cara de Allison, helándola hasta los huesos.

—Este es un lugar desolado —observó.

—Aunque puede haber belleza en la desolación, Harcastle es de lo más desolado que hay —replicó Jason.

—Esto es diferente.

No podía precisar cuál era la diferencia, pero estaba allí. Una sensación de opresión, casi de miedo. Lo que pudo ver del convento era antiguo en apariencia. Contrafuertes de piedra manchada y ennegrecida junto a un pórtico de entrada. El tejado estaba almenado y roto. Las ventanas que se veían no parecían tener cristales. No había señales de vida ni en el interior ni en las inmediaciones.

Jason se encaminó hacia el sendero cubierto de maleza que conducía de la carretera a la puerta principal del convento. Allison le siguió, obligada a caminar detrás de él, a causa del sedero lleno de vegetación.

Se quitó varias veces las zarzas de las mangas y las faldas. En la puerta, él cogió una enorme argolla de hierro oxidado y golpeó varias veces.

Resonó en todo el edificio, pero no hubo respuesta.

Jason volvió a llamar. Tampoco obtuvo respuesta, salvo el estridente canto de un cuervo.

—Esto es una pérdida de tiempo —señaló, enfadado—. Nunca deberíamos haber venido aquí.

Allison se había alejado de la puerta y miraba a través de la fachada del edificio. Un movimiento en una ventana del piso superior le llamó la atención. La forma se había movido demasiado deprisa para que pudiera captarla, pero pensó que había sido gris y blanca.

—Hay alguien ahí arriba.

Él miró hacia donde señalaba, pero la ventana estaba vacía.

—¿Hola? —alzó la voz—. Soy Jason Marshall, duque de Haverton. ¿Hay alguien ahí?

—¡Vete, maldito engendro de Marshall! —graznó una voz desde algún lugar por encima de ellos.

Jason y Allison intercambiaron miradas.

—Debo hablar con alguien sobre una... monja que una vez vivió aquí. Era mi tía, la hermana de mi padre —comentó Jason.

—¡He dicho que se vayan! —Fue la respuesta.

Él apretó los dientes.

—He recorrido un largo camino y he buscado durante mucho tiempo. Ahora no se me negará.

Se apartó de la puerta y se dirigió a la ventana más cercana, a unos dos metros del suelo. De un salto, se agarró al alféizar y se elevó.

—No vas a entrar ahí sin mí —le advirtió Allison, levantando los brazos.

Él se agachó para agarrarla por las muñecas y la levantó hasta que pudo trepar por el alféizar. Ambos se dejaron caer en la habitación. Era de piedra desnuda, con una puerta arqueada que se apoyaba en bisagras rotas. Otra, enfrente, estaba abierta.

El arco estaba adornado con gruesas telarañas y el suelo estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, hojas y nieve. Jason atravesó el arco cubierto de telarañas, maldiciendo. Allison lo siguió con más cautela.

Esperaba que la recibieran unas monjas ancianas y gentiles que vivían recluidas en las afueras de la ciudad. Imaginó que habría tomado el té, mientras explicaban su búsqueda. Se consultaría un antiguo volumen de registros y se revelaría el nombre de la tía de Jason. Lo que no se había imaginado era aquel viejo convento decrépito y en ruinas, con una única residente supuestamente hostil.

Tomó la mano de Jason y atravesaron habitaciones vacías y aposentos ocupados por muebles podridos e infestados de carcoma. Por todas partes había podredumbre y polvo. Finalmente, localizaron una escalera que conducía a una penumbra pétrea.

Subieron a un rellano flanqueado por estatuas de Jesús y la Virgen. Con un chasquido como el de un disparo, las tablas bajo los pies de Allison se rompieron de repente.

Gritó cuando su pie se hundió en la nada. Jason la sacó rápidamente de más tablas que se rompieron por el repentino movimiento, ensanchando el agujero. El corazón de Allison se aceleró cuando la apretó contra la pared.

—No te muevas. Es probable que toda esta escalera esté plagada de podredumbre seca.

—¡Te dije que no vinieras! —Llegó una voz gritona desde arriba.

Los dos miraron a una figura que se tambaleaba en lo alto de la escalera. Estaba débilmente iluminada por la pálida luz del día que venía de atrás. La silueta era la de una figura encorvada con el pelo alborotado.

—¿Quién es usted? —preguntó Jason.

Dio un paso y la madera crujió, obligándole a retroceder.

Allison miró a su alrededor, desesperada. Detrás de ellos había maderas rotas y una caída de al menos tres metros hacia la oscuridad. Más adelante, el suelo sonaba débil. La figura encorvada empezó a bajar las escaleras, acompañada por el crujido y el chasquido de la madera.

—¡Espere! —gritó Allison, extendiendo una mano—. No dé un paso más. ¿No lo oye? Toda esta escalera está a punto de derrumbarse.

—No bajo mí, no lo hará. He caminado por estas escaleras miles de veces. Sé dónde la madera es fuerte y dónde está podrida.

Ella jadeó. Cuando la figura descendió las escaleras, pudo ver su rostro. Una mujer, muy anciana, con la piel tan agrietada y llena de líneas como la superficie del lecho de un río tostado por el sol. Le faltaba un ojo, cubierto por una masa de tejido cicatricial. Un lado de la boca estaba arrastrado hacia abajo por una cicatriz. Tenía el pelo blanco y quebradizo, que le

sobresalía en todas direcciones. Caminaba con dificultad, como si le doliera cada paso.

Al descender, debió de ver por primera vez a Jason, porque lanzó un grito de horror. Una mano nudosa se levantó, señalándole acusadoramente.

—¡Dios del cielo! —exclamó.

Jason frunció el ceño.

—¡Si hay un camino seguro, compártelo, y nos iremos de este lugar abandonado de la mano de Dios!

—¡Abandonado de Dios! No. Dios está aquí. ¡Y tú también, mi querido muchacho! ¡Mi Jason! —gritó la mujer.

—¿Dime quién eres? —inquirió él con cautela.

La enjuta anciana se enderezó, tratando de echar hacia atrás los hombros en una muestra de orgullo.

—Annabella Marshall, hermana del decimoséptimo duque de Haverton, fallecido. Tía de Jason Marshall, decimoctavo duque de Haverton, ahora frente a mí, ¡alabado sea el Señor!

—¿Eres mi tía?

—Sí. La última de mi orden. Guardiana final de esta antigua y descuidada casa de Dios. Ven, ven conmigo. Te lo mostraré. —Se transformó de vieja arpía a anciana bulliciosa mientras subía las escaleras—. Sigue mis pasos. El suelo te sostendrá.

Jason intercambió miradas con Allison y luego estiró una pierna hacia el punto más bajo de la escalera al que había llegado Annabella. Allison, con su ayuda, hizo lo mismo, e igualaron cuidadosamente sus pasos el resto del camino.

La piedra se encontró con sus pies en el siguiente piso, dándoles una sensación de alivio y solidez. Caminaron por un pasillo oscuro que se retorcía y giraba hacia las entrañas del edificio. Finalmente, llegaron a una pequeña capilla. Estaba pulcramente barrida y limpia. Velas frescas ardían en bollos, y un altar se erguía bajo un grabado en madera de una escena bíblica.

La luz del día, teñida de rojo y azul, llegaba a través de una vidriera situada sobre el altar. Dos filas de bancos se situaban a ambos lados del pasillo central. Un brasero del tipo utilizado por los obreros se alzaba incongruentemente en una esquina, desprendiendo un embriagador olor a turba y un calor constante. Annabella se había acercado al brasero y frotaba las manos sobre las brasas humeantes.

Jason entró en la habitación con cautela. Había algo en ella que le resultaba familiar, aunque no podía encontrar recuerdos directos.

—Hola, Annabella. Me llamo Allison Crowley —se presentó Allison mientras se unía a la mujer que se calentaba las manos.

Él se quedó a unos metros. Su tía le lanzó miradas casi temerosas, cuando lo vio caminar por la habitación como si fuera un sueño que pudiera desaparecer en cualquier momento.

—Oíste mi nombre y quisiste que me fuera. Pero cuando viste mi cara, cambiaste. ¿Por qué? —Se interesó.

—Al principio, pensé que eras otro hijo de Collins Marshall, uno que nació después de sus dos primeros hijos. Cuando vi la marca en tu cara, supe que eras el bebé que ayudé a nacer hace tantos años. El que me llevé del castillo para buscarle una vida mejor.

Jason se acercó. Allison lo miraba con ojos llorosos. El rostro de Annabella se había arrugado mientras lloraba abiertamente.

—¿Dime qué pasó? —le preguntó.

—Yo ayude a que tu madre te diera a luz. Ella no sobrevivió al parto, pero parió a dos gemelos hermosos y sanos. Una niña y un niño. Mantuve oculta a la niña, ya que ambos poseíais la marca de nacimiento. Pensé que, si Collins no os aceptaba, sería mejor que nunca lo supiera. Y fui lista al hacerlo. Lo siento, Jason, pero tu padre era un hombre malvado y superficial. Cuando te mostré a él... te rechazó. Y no tuve otra opción que llevarte a ti y a tu hermana conmigo. Al convento. Aquí.

Jason no recordaba haberse sentado cuando sus rodillas cedieron, simplemente se encontró en uno de los bancos cuando esto sucedió.

Allison corrió a su lado, cogiéndole la mano y apretando la cabeza contra la suya. Respiró su aroma y cerró los ojos con fuerza. El dolor del rechazo era una herida fresca, un nuevo navajazo. Nunca había conocido a su padre y no había oído hablar nada bueno de él, aunque le hería que alguien pudiera decir con tanta facilidad la forma en la que lo habían despreciado.

Miró a Annabella.

—He venido a buscar a mi hermana. No para oír la historia de cómo me rechazó mi padre. Mi verdadero padre, Donald Gordon, me dijo quién era y de dónde venía. ¿Qué le pasó a mi hermana?

Su tía enterró la cara entre las manos, llorando, con los hombros temblorosos.

—Lo siento mucho. He pasado tanto tiempo intentando reparar el daño. Todo fue culpa mía. ¡Soy una vieja estúpida!

—¡Dímelo! —rugió Jason.

Se levantó del banco y la anciana cayó de rodillas. Juntó las manos y empezó a golpearse el pecho. Jason se sorprendió ante semejante muestra de remordimiento. Con una sensación de creciente temor, se preguntó qué habría sido de su hermana gemela. Sintió rabia hacia aquella anciana que se había encargado de llevarse a dos bebés y luego separarlos.

Pero su angustia le cambió. Sintió compasión por ella. Se arrodilló frente a ella y con suavidad, pero con firmeza, le cogió las manos para que dejara de golpearse el pecho. Luego la abrazó, dejándola sollozar contra su pecho. No dijo nada, esperó a que el dolor siguiera su curso. Entonces ella se apartó de él.

Allison se arrodilló a su lado, cogió una de las manos de la anciana y la acarició con dulzura.

—No podría cuidar de dos bebés aquí. Un convento no es lugar para niños. Decidí llevarlos al orfanato de Nuestra Señora de Lourdes. Lo dirige mi orden y sabía que os cuidarían. Pero un día vino un abogado con los papeles de adopción preparados para ti, Jason. Había encontrado una familia, un caballero en Escocia y lo hacía porque eras el heredero del Ducado. Estaba actuando para proteger la línea familiar.

—¿Por qué los Gordon no se llevaron a mi hermana también?

—Porque la escondí de ellos. Y del abogado.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—Porque fui egoísta. Cuando llegó el momento, no podía separarme de los dos. Antes de unirme a la Orden, estuve casada. Tres veces, y el Señor nos bendijo con hijos. ¡Y tres veces nos los quitó de nuevo! tomé las órdenes sagradas porque no podía soportar perder otro hijo y pensé que había encontrado la paz. Y entonces os vi a ti y a Summer. Vi que no podía quedarme contigo. El nombre de la familia debía continuar, y los Fearne se encargarían de eso. Me quedé

con Summer.

—Pobre mujer. No puedo imaginar lo duro que debió de ser para usted perder a sus hijos —dijo Allison, con una voz cargada de compasión.

Abrazó a Annabella, acariciando su fino cabello blanco. Las palabras de la anciana terminaron en sollozos. Jason volvió a sentarse en el frío suelo de piedra. La cabeza le daba vueltas como si las palabras de su tía hubieran sido golpes físicos. Su hermana se llamaba Summer. La habían separado de él por el deseo de esta mujer de ser madre, algo que nunca podría ser mientras siguiera siendo monja.

—Iba a renunciar a mis votos, pero caí enferma. Una fiebre que me tuvo en sus garras durante semanas. Cuando me recuperé, descubrí que la madre superiora había entregado a la niña al orfanato. Le habían encontrado padres. Ella creía que yo estaba cometiendo un error al renunciar a mi vocación y tomó medidas para evitarlo. —Sacudió la cabeza apenada, los sollozos seguían sacudiendo su cuerpo de vez en cuando.

—Entonces, ¿sabe por quién fue adoptada? —preguntó Allison.

—Pregunté y pregunté, pero no quisieron decírmelo. Dijeron que era por mi bien. Y entonces mi hermano me localizó. No quería a los niños, solo vengarse de mí. Compró el terreno donde estaba el convento y nos desalojó a todas.

Fui abordada por unos hombres. Estaban a su sueldo, pero nunca lo admitieron. Me golpearon, pero me dejaron viva como pago por mi traición. Sabía que no quería a su primogénito, pero había descubierto que había habido otra hija, una que no estaba marcada como tú. Estaba furioso porque se la habían ocultado. Una niña pura, sin mancha.

—Entonces, ¿Summer no tiene una marca de nacimiento? —Allison se mostró impaciente.

—La tiene, en el hombro izquierdo. Pero él no debía saberlo. Probablemente se lo dijo algún criado, que solo había visto la cara del niño.

—Debemos ir al orfanato. Vendrás con nosotros, tía Annabella. Llevas demasiado tiempo sola en este horrible lugar —afirmó Jason—. Tu hijo ha vuelto y vamos a buscar a Summer.

CAPÍTULO 36

Daniel llevó a Summer a sus aposentos dentro de la Fundación. Mientras subían las escaleras, sir Henry salió del despacho de la matrona Bentley con una docena de voluntarios o miembros del patronato. Daniel levantó una mano para adelantarse a lo que estuvieran a punto de decir.

—Damas y caballeros. Permítanme ahorrarles la molestia. Mi búsqueda ha terminado. Tengo intención de hablar a solas con la señorita Summer y luego, juntos, haremos balance de lo que hay que hacer a continuación. Tengo entendido que últimamente he estado intolerable como director de esta fundación y que tal vez exijan mi dimisión.

—Espero que no —intervino Summer—. Nunca encontrarán a nadie mejor.

—Sin embargo, respetaré su decisión.

Sir Henry parecía como si le hubieran quitado el viento de las velas. Tiró de las solapas de su abrigo.

—Bueno, eso es lo que habíamos decidido solicitar...

—Entonces, ya está. Permítame hasta el final del día —pidió Daniel, reanudando su marcha escaleras arriba.

—¡Bueno, por todos los...! —comenzó la matrona Bentley.

—Yo creo que esta no es la manera... —Sir Henry fue interrumpido al comprender que ni Daniel ni Summer le prestaban atención.

Tras sonreírle, Daniel tomó su mano y subieron escaleras arriba. Se sentía libre de una forma que no había sentido en mucho tiempo. La pérdida de la Fundación debería haber sido aplastante. Tenía grandes planes: una Fundación en cada una de las grandes ciudades de Gran Bretaña y sucursales más pequeñas en los pueblos. Cambiar una sociedad desde la base, empezando por los más humildes. Había querido llevar a cabo una revolución social, el cambio de un status quo que había aplastado a lo más bajo de la sociedad durante siglos.

Pero había encontrado a Summer. Había sido guiado de nuevo a su presencia y había compartido con ella lo que sentía. No había nada en el mundo que pudiera tocarle. Si le quitaran la Fundación, volvería a empezar. Ahora había una brillante esperanza. Al llegar a su despacho, se dio cuenta de que la ventana estaba abierta, dejando entrar el aire gélido.

—No recuerdo haberla abierto —comentó, y se apresuró a cerrarla.

Al hacerlo, se dio cuenta de que el cierre estaba roto y se quejó. No cerraba bien y seguía entrando una corriente de aire en la habitación.

—Voy a ver el fuego —sugirió Summer.

Se arrodilló ante la chimenea y se puso a encender unos troncos.

Daniel se fijó en el cuenco de estofado a medio comer, que se estaba congelando y enfriando. Avergonzado por su falta de limpieza, cogió el cuenco y lo escondió en un cajón del escritorio.

—Es una pena. Me encantaba este lugar. He hecho muchos planes en esta habitación —comentó con aire soñador.

Ella consiguió encender el fuego y se enderezó, rozándose la falda mientras se volvía hacia

Daniel. Palideció y se llevó las manos a la boca mientras ahogaba un grito.

Daniel percibió un movimiento a sus espaldas.

Había salido un hombre de la habitación que estaba en penumbra, mientras Daniel y Summer estaban de espaldas.

O´Reilly llevaba una navaja en una mano y un cuchillo en la otra. Llevaba la cabeza descubierta, lo que dejaba ver un cráneo calvo, bordeado de largas y grasientas colas.

—Perdí mi maldito sombrero subiendo aquí. Me las va a pagar, reverendo.

Arremetió con la navaja, moviéndose tan rápido que su mano parecía un borrón. Daniel retrocedió por instinto hacia su propio escritorio y se desplomó sobre él, cuando el hombre alzó la mano para clavarle el cuchillo. El pie de Daniel salió disparado y se enganchó en la parte inferior de una silla situada frente al escritorio. La silla se desplomó en el camino de O´Reilly y la puñalada llegó lo bastante lejos como para pinchar el estómago de Daniel.

Summer se lanzó en defensa del reverendo con un trozo de leña del fuego. O´Reilly retrocedió, con los brazos abiertos para evitar los amplios golpes de la madera llameante. Daniel rodó por la mesa y cayó al suelo, poniéndose en pie a duras penas.

—¡A la puerta! —le indicó, mirando a su alrededor en busca de algo que pudiera utilizar como arma.

O´Reilly aprovechó la distracción. Mientras Summer corría, se subió a la silla y luego al escritorio, azotando con la navaja mientras saltaba hacia Daniel. Él advirtió el ataque en el último momento.

Se levantó de un salto, cogió la navaja con las dos manos y atrapó la muñeca de O´Reilly. El impulso de Daniel los llevó a ambos hacia atrás, y el borde de la mesa alcanzó al hombre en la parte baja de la espalda.

Por un momento, ambos fueron una maraña de miembros. Entonces, el hombre sonrió como un lobo mientras sacaba la mano que llevaba el cuchillo. Daniel vio su muerte inminente en la sonrisa victoriosa y el tiempo pareció ralentizarse.

La hoja afilada se dirigía hacia su costado, pero si soltaba la mano que sostenía la navaja, le cortaría el cuello. Daniel hizo lo único que se le ocurrió. Con toda la fuerza que pudo reunir, levantó la rodilla directamente entre sus piernas.

La sonrisa se convirtió en una boca abierta, y una ráfaga de aliento fétido inundó a Daniel. Se apartó de O´Reilly mientras el hombre se agarraba a sí mismo, cayendo de rodillas y luchando por respirar. Él corrió hacia la puerta donde esperaba Summer y corrieron hacia las escaleras.

—¡Sube aquí! —gritó el hombre desde la habitación.

Desde abajo se oyó el estruendo de las puertas delanteras y un grito de mujer. Luego, el sonido pesado de botas en la escalera. También se oyó la voz de sir Henry, que desafiaba a los intrusos. Terminó con un ruido sordo y húmedo. O´Reilly apareció en la puerta detrás de ellos, gruñendo y empuñando sus armas.

Summer había estado en las escaleras, justo al pasar el rellano del piso de abajo y doblar una esquina. Gritó cuando un hombre corpulento con la cabeza calva y la nariz rota la agarró. Otro hombre, con la cara sucia y los dientes negros al descubierto, estaba justo detrás de él.

Ella blandió la leña y golpeó al calvo en un lado de la cabeza, haciéndole caer de rodillas. Se abalanzó sobre el otro, pero un garrote le arrancó el leño de la mano.

Giró por el aire y cayó por el medio de la escalera hasta aterrizar en algún lugar de abajo. Daniel bajó corriendo los escalones hasta Summer y se lanzó con ambos pies contra el negro dentudo. Daniel cayó dolorosamente de espaldas sobre la escalera, pero el impacto lanzó al

atacante hacia atrás, dando tumbos y revolcándose hasta aterrizar en un montón inconsciente contra la pared. Pero el hombre fornido y calvo gruñía mientras volvía a ponerse en pie.

—¡Arriba! ¡Vamos arriba! —gritó Daniel, agarrando la mano de Summer.

Subieron corriendo el resto de las escaleras hasta llegar a una puerta cerrada, justo después del último escalón.

Daniel empezó a lanzarse contra la puerta, golpeándola con el hombro con todas sus fuerzas. O´Reilly apareció al pie del último tramo de escaleras.

—¡No tienes adónde ir! Voy a cortarle el cuello, reverendo. Y la chica viene con nosotros. Horca Hans quiere hablar contigo, amor —dijo, avanzando.

Daniel gritó e hizo un último intento de abrir la puerta. La cerradura se astilló y la puerta salió volando. Daniel aterrizó al otro lado, sobre una extensión plana de tejado. Summer se apresuró a pasar y cerró la puerta de golpe, apoyándose en ella para mantenerla cerrada mientras O´Reilly subía corriendo las escaleras por el otro lado.

—No puedo sujetarlo. Busca algo con lo que bloquearlo —gritó ella.

Daniel se puso en pie, con el hombro entumecido. El techo de la Fundación era plano alrededor de la estructura que albergaba la puerta. Luego descendía en pendiente hasta otra sección plana que ascendía bruscamente hasta un conjunto de chimeneas.

Al otro lado de la puerta había un estrecho pasillo, y luego una pendiente que terminaba en un canalón, y después una caída recta hasta el suelo. Summer salió despedida de la puerta por un impacto, retrocedió para cerrarla y se enganchó en un brazo que portaba una bayoneta.

Se oyó un grito de dolor cuando la puerta le mordió el brazo. El cuchillo cayó. Daniel hizo ademán de recogerlo, pero otro impacto se estrelló contra la puerta que se abrió de golpe.

O´Reilly salió disparado, con los dientes apretados y los ojos desorbitados.

Su impulso hizo retroceder a Daniel hasta el borde de la parte inclinada del tejado. Vio cómo la mirada de su atacante se convertía en pánico cuando se acercó y rodeó su cintura con ambos brazos. Luego se lanzó hacia atrás.



Summer cayó de rodillas cuando la puerta se abrió a la fuerza, lanzándola hacia atrás. Su mano aterrizó en algo liso y metálico cuando el hombre calvo entró por la puerta. Cuando él la alcanzó, ella apretó la mano alrededor del cuchillo y lo clavó hacia arriba. La hoja se deslizó bajo su caja torácica. Ella había vivido en la calle el tiempo suficiente para haber visto peleas con navajas y saber dónde golpear.

El calvo adoptó una expresión de asombro, sus ojos bajaron lentamente hasta la hoja antes de rodar sobre blanco. Cayó de lado, golpeándose contra el borde de la zona plana del tejado y deslizándose hacia abajo. Summer tuvo un segundo para respirar hondo tras el encuentro antes de darse cuenta de que estaba sola.

—¡Daniel! Daniel, ¿dónde estás?

—Aquí —respondió débilmente.

Summer se encaramó al borde y miró hacia abajo. Daniel yacía de espaldas en la estrecha forma de V que formaban los dos tejados inclinados. El brazo derecho le colgaba de un espacio vacío y el pie derecho estaba apoyado en un canalón. Si daba media vuelta hacia ese lado, se caería. Afortunadamente, Daniel rodó hacia la izquierda. Summer empezó a mover las piernas

para deslizarse hacia él, pero él levantó la vista.

—¡Alto! Quédate donde estás. Esas baldosas son resbaladizas y no hay mucho espacio aquí abajo. Si no puedes frenar, podrías acabar en el borde.

—¿Dónde está O´Reilly? —le preguntó.

Su fornido amigo se había deslizado hasta detenerse, boca abajo junto a Daniel. Un charco de sangre se extendía sobre la nieve que cubría las baldosas.

—Más abajo. —Señaló Daniel, incorporándose—. El Señor me ha concedido mi último golpe de suerte. Mientras rodábamos por el tejado, yo acabé aquí mientras él cayó a la calle.

Summer soltó una carcajada, mitad sollozo, y se tapó la boca con una mano. Las lágrimas brotaron cuando miró a su héroe golpeado y magullado. El hombre de Dios que había actuado para salvarla en la calle y que había luchado como el mismísimo diablo para protegerla.

—¿Cómo vas a volver aquí arriba? —dijo finalmente Summer.

Daniel intentó ponerse en pie, pero los pies se le resbalaron y cayó de espaldas.

—Esa es la cuestión. —Dejó que su cabeza descansara en el techo inclinado detrás de él.

Olfateó el aire de repente y levantó la cabeza. Summer se dio cuenta un momento después. Un aroma inconfundible. A madera quemada. Y con él, subiendo desde algún lugar de abajo...

—Humo. ¡Hay fuego abajo! —advirtió ella—. Debe ser la leña que tiré.

Los ojos de Daniel se abrieron de par en par e intentó ponerse en pie de nuevo. Esta vez lo consiguió y empezó a intentar subir la empinada cuesta. Pero no se sostenía. Una teja se desprendió del tejado y su pie se metió por el agujero creado.

—Lo tengo. Patearé hasta la buhardilla. Hay una trampilla que baja al pasillo. Baja las escaleras. Te veré enseguida.

Summer asintió, salió corriendo por la puerta y bajó las escaleras lo más rápido que pudo. En el pasillo del último piso, esperó mirando a su alrededor. Entonces se derrumbó una trampilla del techo y Daniel cayó al suelo en una lluvia de astillas de madera y yeso. Corrió a su lado y le ayudó a ponerse en pie. Impulsivamente, le rodeó la cintura con los brazos y la besó apasionadamente.

—Definitivamente, no ha sido un sueño —dijo Summer sin aliento cuando se separaron.

—¿Se puede amar a un tonto que ha cometido tantos errores en su vida? —preguntó Daniel con seriedad.

—Te quiero. —Ella lo miró a los ojos.

—Aunque haya perdido el trabajo de mi vida. Quizá incluso mi parroquia.

—Encontraremos el trabajo de una nueva vida. Una familia.

La expresión de felicidad que apareció en el rostro de Daniel la hizo reír y, esta vez, lo besó. Fue el creciente olor a fuego y humo lo que los separó. Cogidos de la mano, bajaron corriendo las escaleras. Por el camino, se cruzó con personal y voluntarios de la Fundación que ayudaban a los residentes a bajar y salir del edificio en llamas.

Un joven de pelo rojo cogió a Daniel del brazo.

—¿Queda alguien arriba, reverendo?

Daniel negó con la cabeza.

—Somos los últimos. ¿Hay alguien herido?

—Nadie. Es un milagro. El fuego empezó abajo, pero hemos podido sacar a todos con heridas leves.

—Alabado sea el Señor. No nos demoremos más.

Los tres corrieron hacia la planta baja y luego salieron por las puertas principales. Cuando

llegaron, Daniel miró hacia atrás. La parte trasera del edificio era ahora una masa de llamas que empezaba a subir por la escalera principal. Con toda seguridad, las llamas consumirían todo el edificio. La Fundación ya no existía, independientemente de lo que ocurriera con él como director.

Summer tiró de su brazo.

—Todo ha desaparecido. La Fundación ha desaparecido —susurró.

Ahora que la destrucción era real, le entristecía profundamente. Perder la dirección era una cosa. Encontrar a Summer lo reemplazó. Pero perderla por completo, ver el trabajo de su vida reducido a cenizas y carbón era desgarrador.

—No, la Fundación es fuerte. Aquí dentro. —Ella se llevó una mano al corazón—. Y ahí fuera.

Señaló a la multitud reunida en la calle más allá del patio. Los residentes y el personal se pusieron a salvo mientras el fuego consumía el edificio. Daniel sintió que su mano se deslizaba entre las suyas y la siguió al exterior. Detrás, la escalera se derrumbó en el mar de llamas, lanzando una lluvia de chispas hacia el exterior.

CAPÍTULO 37

En menos de una hora, todo el edificio estaba en llamas y se había dado la alarma. Los comerciantes y propietarios de tiendas locales se reunieron para formar filas de cubos, pasando agua de la fuente más cercana para arrojarla al fuego. A tiempo llegaron los bomberos, aunque sus esfuerzos se centraron más en evitar que el fuego se propagara. Daniel se colocó a la cabeza de una de las líneas de cubos y no pudo evitar que Summer se colocara detrás de él.

Sus manos y sus caras se ennegrecieron con el hollín y el humo, y sus ropas se empaparon con el agua derramada. El hombro de su vestido se había desgarrado en la batalla que se había librado en el tejado del edificio, dejando al descubierto la marca negra, aunque cada vez más indistinta bajo la carbonilla. En seguida, hombres más jóvenes y fuertes ocuparon sus puestos, arrojando agua de los cubos con gusto.

Ella cogió la mano de Daniel y fueron a reunirse con el resto de la Fundación. Habían sacado muebles de las casas junto con pan, queso y carne. Se habían proporcionado mantas y sábanas en distintos grados de limpieza. Hombres, mujeres y niños se cubrieron contra el frío. Algunos contemplaban la destrucción de su hogar con los ojos en blanco, recordando la vida de la que venían y a la que probablemente esperaban volver.

Otros atendían a los heridos o distribuían comida. Daniel miró a Summer y vio su cansancio.

—Ve a buscarte una manta y algo de pan. Tengo fuerzas para ayudar un rato más —aseguró Daniel con gesto agotado.

—No hará tal cosa, reverendo Adams —dijo la matrona Bentley, corriendo hacia ellos.

—Buscad un sitio donde descansar y usad esto para sentaros. —Les entregó un montón de mantas dobladas y apretadas—. Ya habéis hecho bastante. No creáis que no os he visto, luchando contra el fuego. A la joven también. Descansad. Órdenes de la matrona.

Summer se dio cuenta de que no necesitaba mucha persuasión y, se alegró de descubrirlo, Daniel tampoco. Cogió las mantas y fueron en busca de un espacio en el que descansar. Mientras caminaban, un tiznado y desaliñado sir Henry apareció frente a ellos.

—Por todos los cielos, reverendo Adams, pero es un desastre. Todo el dinero que... —Se aclaró la garganta, ruidosamente—. Quiero decir, todo el trabajo duro que pusimos en este lugar, ¡y se ha esfumado! ¿Qué vamos a hacer con toda esta gente?

Summer sintió que Daniel se apoyaba en ella con cansancio y rodeaba sus hombros con un brazo. Ella se aferró a él, manteniéndolo en pie. Se pasó una mano por el pelo, mirando el edificio que estaba siendo consumido por las llamas.

—Tendremos que encontrarles un hogar a todos. Empezaremos por mi parroquia de Kensington. Cuando esté llena...

—¡El orfanato! —sugirió Summer.

La idea le vino como un rayo. La madre superiora le había dicho que era bienvenida en cualquier momento. Seguramente, aquella invitación se extendería a toda la gente necesitada. Miró a su alrededor en busca de la anciana monja.

Al principio, no pudo verla entre el caos y el bullicio. Pero entonces una voz estridente

gritando órdenes se alzó entre el tumulto, y la distinguió, organizando un grupo de mujeres y niños.

—Podemos llevarlos al Orfanato de Nuestra Señora de Lourdes. La madre superiora está allí.

Sir Henry sonrió.

—No es mala idea, jovencita. Iré a hablar con ella, ¿de acuerdo?

Se marchó, alisando sus ropas chamuscadas y llenas de hollín. Summer y Daniel reanudaron su fatigoso camino hasta que encontraron un rincón formado por dos paredes de ladrillo. Extendieron una manta en el suelo para protegerse de la humedad de la nieve derretida.

Mientras Daniel se recostaba, Summer extendió otra sobre ellos. Ella se acurrucó en su abrazo, cerrando los ojos felizmente mientras él la rodeaba con los brazos.

—He estado casada con un hombre al que amaba desesperadamente —le contó—. Pero murió y desde entonces estoy sola. Mi madre y mi padre me adoptaron de las hermanas de Nuestra Señora de Lourdes. Eran gente corriente del este. Pobres. Y no sabían leer ni escribir. Así soy yo.

—Nací en la familia de un caballero y me casé con una revolucionaria. Una doctora. Ella quería ayudar a los pobres, a los que no podían pagar la medicina. E ir entre ellos la mató. Yo la quería a rabiar y no creía que nadie pudiera ocupar su lugar. Durante un tiempo, pareció que Dios lo hizo. Y de él vino la visión de la Fundación, ayudar a la gente a través del Señor. Amor y caridad. Pero siempre hubo un hueco en mi vida. Dejado por mi Emily y que Dios nunca pudo llenar. Traté de llenar ese vacío con opio. Entonces te conocí y me di cuenta de que no lo necesitaba.

—Y en tus sueños querías casarte conmigo —le recordó Summer.

—Sigo queriéndolo.

—¿Viviremos en Londres?

—Si tú quieres. También hay necesitados fuera de la ciudad.

—Me gustaría ver el campo. ¿Quizá por un tiempo? —Summer sonó esperanzada.

Daniel sonrió.

—Sí, por un tiempo. Una parroquia rural en algún sitio. Una comunidad rural. Sería un descanso para los dos, creo.

—Y lejos de los problemas de la ciudad.

Estaba pensando en la banda de la Horca. Con O´Reilly muerto y la Fundación quemada, ¿la creería muerta también el capitán Hans? Una nueva vida en el campo ayudaría a consolidar aquella impresión. Sintió una punzada de culpabilidad por la gente que dejaría atrás. Personas que no tenían más remedio que quedarse donde estaban. ¿Sería un abandono? ¿Podría hacer más bien si se quedaba en Londres?

Daniel leyó su mente. La abrazó con más fuerza y le besó la frente.

—Ambos hemos dado bastante de nosotros mismos a nuestros semejantes. Creo que nos hemos ganado el derecho a tener una vida feliz antes de volver a pensar en el sacrificio.

Summer sonrió feliz, disfrutando de la forma en que era capaz de seguir su hilo de pensamiento.

—Descansaremos un rato. Y luego iremos al orfanato y nos aseguraremos de que todo el que lo necesite encuentre una cama. —Summer bostezó—. Pero antes descansaremos unos minutos.

—Parece fuego. Y además grande —observó Jason mientras miraba la espesa columna de humo

que se elevaba al este de ellos.

Allison miró hacia la calle y se estremeció.

—Espero que nadie haya resultado herido o muerto. Al menos ha ocurrido en pleno invierno, no me imagino que un incendio prenda mucho con este tiempo.

Se sentaron frente a frente en el carruaje. Annabella se sentó junto a Allison. Habían sacado mantas de los cofres guardados bajo los asientos del carruaje, y Allison las había envuelto alrededor de ella, sentándose con el brazo alrededor de la anciana. Estaba acurrucada en su asiento, mirando pasar la ciudad con ojos soñadores.

—Me creí maldita por mi egoísmo —murmuró la anciana—. Obligada a seguir en ese lugar podrido por el resto de mis días. Y lo consideré una penitencia adecuada por mis pecados.

—No cometiste ningún pecado, Annabella. Ninguno del que se te pueda culpar —la tranquilizó Allison—. Has hecho un gran servicio a Jason, llenando los espacios en blanco de su pasado y guiándolo un paso más cerca de su hermana.

—Pero, ¿lo he hecho? Vamos al orfanato de donde salió al mundo, ¿quién sabe adónde? ¿Y quién puede decir si sigue viva?

—Ten fe, tía —pidió Jason, suavemente.

Se sorprendió a sí mismo hablando de fe. Era algo para lo que no tenía tiempo, nunca lo había tenido. La fe era cosa de místicos y descarriados. No había visto pruebas en su vida de que Dios tuviera un plan para él. Pero, podía ver el efecto de la fe en los demás.

La anciana se había torturado durante años en castigo por sus pecados percibidos. Lo único, le parecía, que le daría algo de paz sería su fe. Así que, mejor invocarla como incrédula que permitirle continuar con sus golpes de pecho.

—¿Y tú tienes fe, Jason? —preguntó Annabella.

—Ninguna —repuso con rapidez. Luego pensó. Sus ojos se dirigieron a Allison—. Alguna —enmendó—. Tengo fe en una mujer.

Annabella siguió su mirada hacia Allison, y sonrió, haciendo que las arrugas le recorrieran el rostro como telarañas.

—Es un comienzo, ¿no? Y supongo que fue el Buen Dios quien te trajo a mí. Que te hizo grande y fuerte como eres.

Jason quería decir que él mismo se había hecho grande y fuerte. Que había luchado contra matones e intolerantes. Pero, ¿era la marca de su cara la que le había puesto en un camino tan duro, un camino que le había obligado a crecer y a hacerse fuerte? En ese caso, ¿no era eso obra de Dios?

—Tal vez —aceptó a regañadientes.

Durante años se había considerado a sí mismo como la máxima potencia de su mundo. La fuerza de sus brazos, su intelecto, su carácter. Su voluntad de dominar a los perros que eran sus compañeros constantes. El gran castillo en ruinas que era la piedra de molino alrededor de su cuello y la reliquia del pasado de su familia. Los inquietantes páramos y oscuros bosques. Se había alzado como señor de todos ellos. Pero, tal vez había un poder superior.

Uno tan superior a él que no había sido capaz de ver la grandeza del plan que traería a Allison a él y luego a los dos a este lugar.

—Digamos una oración. Los tres aquí y ahora. Una oración para que nuestra hermana e hija nos sea entregada sana y salva —pidió Annabella, cerrando los ojos y tomando la mano de Allison.

Extendió la otra mano hacia Jason y la estrechó con firmeza.

Ellos se miraron durante un largo momento mientras su tía cerraba los ojos. Finalmente, él asintió y Allison cerró los ojos. Él observó por un momento cómo sus labios se movían sin emitir sonido.

Entonces Jason cerró sus propios ojos y comenzó a rezar. Después de un momento que pareció una eternidad, volvió a abrirlos. Al mirar por la ventanilla, vio que la columna de humo se dirigía casi hacia el sur.

Estaban atravesando la puerta de una ciudad y pasando por debajo de una muralla. El carácter de la ciudad había cambiado. Las calles eran más estrechas, los edificios más ruinosos o simplemente destartalados. El barro parecía ser la sustancia predominante de las calles. La gente se agolpaba en las calles en un tumulto constante que se extendía de acera a acera. Tanto el olor como el ruido eran mucho más fuertes que en el interior de las murallas de la ciudad. De repente, el carruaje se detuvo. La gente se agolpaba a ambos lados. Al asomarse, Jason vio tres carruajes más delante del suyo, también parados.

—¿Qué está pasando? —llamó al conductor.

—Una especie de procesión. Va justo por el medio del camino. Mire. —El conductor señaló hacia delante.

Jason abrió la puerta del carruaje y se subió al lado del conductor, mirando hacia un camino que se cruzaba con la que ellos estaban recorriendo. Por la calle avanzaba una fila de gente que se movía arrastrando los pies. Algunos llevaban las marcas de un incendio, con pocas pertenencias o ninguna. También había niños, en su mayoría, con los ojos muy abiertos y asustados.

Parecían guiados por hombres y mujeres que bordeaban el camino. Vio cómo un sacerdote de aspecto cansado extendía los brazos para bloquear el cruce en el que se encontraba el carruaje de Jason. El sacerdote señalaba hacia el sur, hacia el río, y dirigía algunas palabras amables a los que se cruzaban con él.

Cuando Jason estaba a punto de volver al carruaje, una chica se unió al sacerdote. Llevaba el hombro desnudo debido a un desgarrón en el vestido, y pudo ver claramente una marca negra en la piel. Casi se cayó de la sorpresa. Se aferró al techo del carruaje, agitándose con un brazo. Cuando miró hacia atrás, tanto la chica como el sacerdote habían desaparecido.

—¡Acérquese, conductor! —ordenó.

—No puedo, señor. La calle está atascada —protestó el hombre—. No puedo moverme hasta que se hayan ido todos.

Jason gruñó y salió a la calle. Se situó por encima de la mayoría de la multitud, pero siguió buscando el lugar en el que creía que había estado el sacerdote. Tardó un momento en darse cuenta de que nadie se había fijado en su cara ni la había mirado dos veces. Había estado demasiado distraído para darse cuenta. Allison sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje.

—¿Qué pasa, Jason? —preguntó.

—Nuestras oraciones han sido escuchadas —respondió él.

EPÍLOGO

Cuando Jason llegó al cruce, no había ni rastro del cura ni de la chica del hombro negro. Ambos tenían su buena ración de hollín y marcas de carbonización en la ropa. Pero sus manos, caras y piel estaban limpias, como si se hubieran lavado recientemente. La marca del hombro era exactamente como Annabella la había descrito. Era demasiada coincidencia. Tenía que ser Summer.

Frenéticamente, miró arriba y abajo, pero no pudo ver nada, excepto gente que se movía lentamente. Seleccionó a uno de entre la multitud al azar y agarró del brazo a un anciano desdentado que llevaba al hombro un fardo de pertenencias envuelto en una manta y atado al extremo de un largo bastón.

—Tú. ¿De dónde viene toda esta gente? ¿Y adónde van? —preguntó.

El anciano le miró con dulzura.

—Pues seríamos todo lo que queda de la Fundación Revenant. La Fundación del Reverendo Adams. Quemada hasta los cimientos esta mañana. Un asunto terrible. Todos tuvimos suerte de escapar con vida.

—¿Adams? ¿Quién es él?

—Daniel Adams. Un vicario, un buen tipo.

Jason sacudió la cabeza, descartando la información irrelevante.

—Busco a una chica. Se llama Summer. Tiene una marca de nacimiento negra en el hombro.

El anciano se encogió de hombros.

—No significa nada para mí.

Jason le soltó y reanudó su marcha a paso pesado.

—¿Summer, dice? —se interesó una mujer—- ¿Quién pregunta por ella?

La mujer tenía la piel picada de viruelas y espacios entre los dientes torcidos. Tenía el pelo rojo, pero desteñido y alborotado. También llevaba las marcas del fuego.

—Jason Marshall —explicó—. ¿Quién eres?

—Me llamo Sadie, buen señor. Y Summer es mi amiga. Está por aquí. Puedo encontrarla, si quiere.

—¿Tiene una marca de nacimiento en el hombro? —preguntó impaciente.

—¿Qué es una marca de nacimiento?

—¡Como mi cara, mujer! —ladró Jason.

Sadie sonrió.

—Sí, así es. ¿Cuánto vale para ti encontrarla?

Jason gruñó, buscando por encima de las cabezas de la multitud cualquier señal de Summer. No había ninguna. Buscó en un bolsillo interior y sacó un soberano de oro. Sadie abrió mucho los ojos cuando se lo dio. Lo mordió y luego lo hizo desaparecer dentro de su harapiento vestido.

—¿A dónde vais todos? —preguntó Jason.

—Al Orfanato de Nuestra Señora de Lourdes. Debido a que la Fundación ha ardido hasta los cimientos.

Él se encontró dando silenciosamente gracias a Dios. Aquello era realmente un milagro. Un incendio en aquel lugar de la Fundación llevó a su gente al sur, al Orfanato, que era su destino. Y entre esas personas estaba la que él buscaba en particular.

—Yo también voy para allá. Pero con tanto alboroto, creo que llegarás antes.

Sadie ya se alejaba entre la multitud.

—Nos vemos allí entonces, jefe. Y para cuando llegue, la tendré esperándole —le dijo por encima del hombro.

Jason no tardó en perderla de vista entre la multitud y volvió al carruaje. Más adelante, la congestión empezaba a disminuir y el conductor hacía avanzar a su equipo. No se atrevió a volver a sentarse y permaneció de pie a un lado del carruaje mientras avanzaban. Miró a la multitud con impaciencia, buscando a Summer o a la chica a la que había pagado por ayudar.

Doblaron un recodo de la calle y el río se hizo visible. En el río había un edificio distinto de todos los que lo rodeaban. Jason dedujo que debía de ser el orfanato. Se inclinó un momento hacia el carruaje.

—Quédate con Annabella y el carruaje —ordenó.

Antes de que Allison pudiera replicar, bajó de un salto y empezó a abrirse paso entre el mar de gente que parecía congestionar la calle. Algunos se dirigían claramente hacia las puertas del convento.

Renunció a buscar entre todos aquellos rostros en la calle y en su lugar se centró en los que podía ver dando la bienvenida a la gente en el interior. Había monjas, por supuesto. Luego vio al sacerdote.

Por último, vio a Summer. Mantuvo los ojos fijos en su rostro mientras se acercaba. La gente empezaba a disminuir a medida que se acercaba, lo que le facilitaba tenerla a la vista. Los ojos de ella se desviaron de un grupo de mujeres y niños para encontrarse con los de él.

Se llevó involuntariamente a la cara una mano y luego al hombro. Se dio cuenta de que sus ojos se habían fijado en su marca oscura y que le había hecho pensar en la suya.

A medida que se acercaba, escrutó su rostro. Caminaba hacia él, inclinando la cabeza. Se dio cuenta de que había algo de Annabella en su rostro.

—Hola, Summer —dijo al acercarse lo suficiente para hablarle—. Me llamo Jason Marshall, decimoctavo duque de Haverton. Creo que soy tu hermano mellizo.

La búsqueda había terminado. Por fin la había encontrado. No tenía ninguna duda ahora que estaba lo suficientemente cerca como para examinar su rostro correctamente. La marca de nacimiento que cubría su hombro era la misma que la de él, del mismo extraño color, aunque de diferente forma. El sacerdote se acercó por detrás de Summer y le puso una mano en el hombro desnudo. Summer entrelazó sus dedos con los de él.

—Daniel, me ha encontrado. Mi hermano. No estoy sola.